Orsai

PER SALTUM, *por Boligán*

CHEQUE **EN BLANCO**

A mediados del año pasado publicamos una charla con un músico que tiene muchos seguidores en Argentina. Este músico dijo, durante la entrevista, que aquella sería la última vez que hablaría con la prensa, y esa noticia se multiplicó en los diarios, las radios y la tele. De pronto, muchísima gente que no tenía idea de la existencia de Orsai empezó a pedir la revista en los quioscos de Buenos Aires. Los quiosqueros, que tampoco sabían qué era Orsai, durante esa semana se cansaron de escuchar a sus clientes decir «Ernesto, deme la Orsai», o «Ricardo, ¿cuándo llega la Orsai?». A mediados de agosto el sindicato de quiosqueros se reunió —lo hacen siempre una vez al mes— y uno de los temas a tratar fue cómo conseguir la revista Orsai con la entrevista al músico. Encontraron en la web mi correo electrónico y me escribieron un mail escueto: «Necesitamos cincuenta mil ejemplares para la red de quioscos de diarios y revistas de Buenos Aires». Supongo que están acostumbrados a pedir las cosas así. Nosotros habíamos prometido a nuestros lectores imprimir seis mil ejemplares de esa edición, y de las anteriores, y de las que vendrían. Seis mil ejemplares fue, durante 2012, la cifra de venta que nos alcanzaba para pagar los sueldos del staff, la imprenta, la distribución y los honorarios de los colaboradores. Reimprimir cincuenta mil ejemplares más de la Orsai N8 nos habría reportado unos beneficios limpios cercanos al medio millón de dólares. Y también nos habría convertido en una revista de quioscos. Una revista que acepta las condiciones abusivas de la distribución tradicional, una revista que promete algo a sus lectores y después hace otra cosa por dinero. Es decir, una más. La respuesta al mail de los quiosqueros fue inmediata: «Orsai es una revista que distribuyen sus propios lectores y sus ediciones no se venden sueltas. Muchas gracias». Cuando le di al botón enviar sentí, sobre todo, alivio. Yo suelo ser muy bocón, y me encanta decir en voz alta de qué forma pensamos y hacemos las cosas. Pero es fácil ser bocón cuando la sombra de la codicia está lejos. El mail de los quiosqueros, en cambio, fue una tentación puntual. Y decirles que no con tranquilidad fue, para nosotros, una forma de saber que estamos a gusto. Estos proyectos del siglo veintiuno, basados en comunidades que confían, tienen que ser transparentes y mantenerse, dentro de lo posible, en círculos pequeños y con lectores reconocibles. El día que no podamos responder personalmente un mail a nuestros lectores estamos fritos, porque ya no seremos lo que queríamos ser. Orsai es un proyecto amateur, una empresa familiar en comunicación directa con seis o siete mil amigos. Cualquier giro oscuro, cualquier mínima traición a las promesas iniciales, le rompería el corazón a los que confiaron en nosotros. Nos equivocamos mil veces y nos vamos a equivocar más, pero esos errores no serán nunca codiciosos. Únicamente queremos tener un sueldo y divertirnos las noches de cierre. Vivir de este oficio con dignidad. Pagarle bien, y a tiempo, a los que trabajan con nosotros. Tener lectores exigentes, felices de leer historias nuevas. Darle voz a periodistas y escritores que admiremos, incluso si no estamos de acuerdo con lo que dicen. Ser optimistas con el mundo que viene. Intentar que nuestros hijos estén orgullosos de nuestro trabajo. Y pensar siempre que cada número de la revista tiene que ser el mejor. Esos son nuestros beneficios. En ese tipo de interés nos gusta invertir el capital. Bienvenidos a la Orsai número doce. Y gracias a ustedes, otra vez, por el cheque en blanco. ◣

Hernán Casciari

Comparan las Orsai con Messi. Piensan en el fin del mundo. Quieren hacer regalos pero no tienen a quién. Confiesan su amor por un distribuidor. Mandan cartas manuscritas. Agradecen a sus padres. Quieren cosas que ya están y se llevan las revistas a la punta más bipolar del ancho mundo. Así vienen las cartas de la N12, con toda la esquizofrenia.

Ediciones imposibles

Hace tiempo me enteré de la revista y el mundo Orsai gracias a un amigo acá en Rosario; sin duda me pareció interesante pero lo deje ahí, a un costado. La idea de suscribirme y todo eso no me tentaba mucho, pero por suerte tuve la oportunidad de apreciar la revista en los viajes que hicimos con nuestro equipo de fútbol del ascenso, en el cual está mi amigo —el que me introdujo en el tema—, y cada vez que la veía, la olía y la leía me acercaba más a la revista. Cada nota me interesaba y sin duda la calidad de impresión y la suavidad en mis manos me sedujeron mucho. Tardé varios números hasta suscribirme y subirme a este lindo barco. Por más que no tenga los primeros números soy feliz porque lo dejo como algo mítico, como algo que no se puede alcanzar fácilmente, que lo hicieron los que se la jugaron y no como me pasó a mi que tardé en subirme, a veces me lamento y otras no. Es como saber que Messi existe y hace lo que hace y no verlo jamás en vivo, es de mi ciudad y gracias a Dios no lo conozco, es un mito, una leyenda. Como esta revista, de otro mundo.
Quiero agradecerles a todos, por hacer tan linda cosa. ¡Salud viejo!

Alejandro Fiorina
Suscriptor N° 19656

Fin del mundo del fin

Señor Director: soy materialista. Cuando el que suscribe piensa en el fin del mundo, no puede dejar de aferrarse a aquello que le da seguridad, solaz, no puede dejar de ensimismar y acoplar su mente dentro de cierto texto que lo deja siempre fuera de lugar, offside, estupefacto, gratamente anonadado. Entonces la cabeza comienza a rebotar como una pelota de ping-pong, y uno, que se creía el campeón ineluctable, el macho alfa, el alma de la fiesta (Casciari dixit), cae en la cuenta de que en realidad está entre la espada y la pared, esto es, no puede y no quiere que sus globos oculares, voraces, detengan su suculento recorrido por las letras y por la intertextualidad de dicho texto. Con un ritmo alocado, desenfrenado y asaz audible, la melodía de un jazz penetra en la sangre, en las vísceras, en el virgen olor de las páginas sucesivas, en la textura bondadosa del papel: Gillespie, Parker, Coltrane, Monk, Brubeck y el frenesí benigno es interminable, especie de torre o edificio que se derrumba en los hombros, especie de gancho demoledor con dirección precisa y certera al tabique nasal, especie de bofetada de novia luego de un intento eminentemente pornográfico de destruir ese orificio anal. Lo cierto es que cuando uno empieza a pensar en el fin de mundo, no puede dejar de imaginar que una tropa iracunda de pingüinos vendrá a picotear la ventana de su habitación y, con ínfulas de aves descontroladas a causa de ingestas brutales de alcohol, destrozará el vidrio divisorio y obligará al humano de turno, en contra de su voluntad y de sus más altos valores morales, a que se morfe, literalmente, los siguientes ingredientes que posiblemente formasen un cóctel asesino: sapo reventado, frito y descongelado, baba de caracol, semen de toro, la bibliografía completa de Paulo Coelho, cinco cucharadas de excremento de paloma, orín de gato, vómito caliente y, por último pero no menos importante, esencia de vainilla. No obstante, lo verdaderamente palpable y digno de ser recordado, como cuando uno aprende a atarse los cordones de la zapatilla o a andar en bicicleta sin rueditas por vez primera, lo verdaderamente sanguinario y cruel, es imaginar o siquiera concebir un mundo sin Orsai. Ese sería el final, la inexistencia pura, el vacío total: el aniquilamiento sistemático de una estructura cuyos cimientos están construidos a base de honestidad, buena leche, voluntad inquebrantable, amor y alguna que otra porción de cal y de arena. Esperemos que ese fin del mundo del fin, como decía Julio, no llegue nunca. Esperemos que haya Orsai para rato. Atentamente,

Enzo Servedía
Suscriptor N° 07510

Una carta como Dios manda

Querida Orsai: Me niego a dirigirle esta carta al señor Hernán Casciari porque este proyecto trasciende ampliamente al director responsable de la presente publicación. A su vez le escribo con pluma fuente y a mano alzada porque la redacción de una carta de carácter personal es todo un ritual, en particular cuando su carácter es (además) amistoso.
Soy estudiante de Derecho. En mis tiempos libres evito prender el televisor y me gusta leer y escuchar música. También me reúno con amigos. Desde hace un año

es esta revista mi lectura obligada, siempre en pdf. Me bancan mis viejos. Es por eso que justo antes de escribirle a usted lo hice a Papá Noel con la intención de recibir el día de Navidad una suscripción a Orsai para el 2013. La razón por la que le escribo es para felicitarla por lo que ha hecho de usted misma y el positivo impacto que tiene en sus lectores. Usted no deja de ser una razón de inspiración en mi vida recordándome que somos muchos a los que no nos pasan la pelota por estar entre el arquero y el último defensor. Por estar en Orsai.
Este verano, al igual que todos, va a hacer calor en Mendoza. Transpirando y entre exámenes leeré esta carta en el próximo número. Esta vez en papel.

Gianfranco Barchiesi
Suscriptor N° 19014

Lector con malas compañías

«Orsai se puede regalar a los amigos». Acabo de leerlo en el blog de la redacción de la revista. Al principio me ha resultado muy marketiniano, incluso me ha molestado ese aire a acción comercial. Después he pasado al estadio de: ¡oye, que buena idea! puedo regalarle una suscripción a algún buen amigo. A continuación, me he puesto a cavilar para encontrar a ese amigo o amiga, y entonces ha venido el abismo. No es que no tenga amigos. Tampoco un centenar. Soy una persona normal. Aparentemente normal, al menos. Si soy lector de Orsai, tampoco se me puede pedir que sea muy normal. Llegué a la revista desde el primer número editado (el primer año me conformé con la versión pdf y el segundo ya no me pude resistir al papel impreso), se pudiera pensar que llegué desde el blog y desde la lectura de un par de libros de Hernán, pero no, no llegué desde ahí, sino desde mucho más atrás. Cuando era niño, jugaba con otros compañeros y me enamoraba de alguna de mis compañeras. Todo, de nuevo, aparentemente normal. Pero en mi cabeza crecían mundos de fantasía alimentados por las páginas de los libros que me gustaba devorar, por las viñetas de aquellos cómics de aventuras y por los fotogramas de tanto celuloide engullido en grandes salas de cine a la antigua usanza. Mis amigos hablaban de fútbol y de disparar a los gorriones, de saltar las vallas de los colegios para entrar a los aseos y abrir todos los grifos, pero yo me abstraía de aquellas cosas y me imaginaba recorriendo África en globo, viviendo en una isla desierta con un amigo con nombre de día de la semana o navegando en busca de un tesoro. Me imaginaba tanto en otros lugares y otras vidas que además de leer y ver cine, me ponía a escribir cuentos.
Hace poco, ya inmerso en mi madurez irreversible, me presenté a una entrevista de trabajo. Era para un puesto importante y la entrevistadora era una psicóloga de mirada astuta. Me hizo toda clase de preguntas y al final me puso delante un folio con tres textos donde se definían en varias frases tres perfiles psicológicos distintos: uno de los párrafos definía a un clásico ejecutivo depredador, seguro de sí mismo y de ambición insaciable;

—«Vas a ver que si se las mando a mano me la publican...»

«Si quieres llamar la atención de editores esnobs, finge ser tradicional»
Un consejo de **Gianfranco Barchiesi**
Suscriptor Nº 19.014

el segundo párrafo definía... ya ni me acuerdo; el tercero decía frases del tipo: me siento distinto a los demás, cuando estoy con mucha gente me encuentro solo, creo que las demás personas de mi entorno no son como yo... No me sentía identificado con ninguno de los perfiles, pero esas sentencias en concreto... no podía decirle a la entrevistadora que me sentía un tío raro, pero no me definían tampoco ninguno de los otros perfiles... qué encrucijada más jodida, con el salario tan bueno que ofrecían con el puesto. Al final le dije que me gustaría escoger unas cuantas frases de cada uno de los tres perfiles. Me dijo que las subrayara y así lo hice, evitando siquiera acercarme a las temidas: me siento diferente... No me dieron el puesto, claro.
Y siguiendo ese hilo conductor, muy resumido aquí, llego a ser suscriptor de Orsai y fan de ese proyecto tan apasionado. Decido regalarle una suscripción a alguno de mis amigos y... no encuentro ni uno solo que encaje con la revista. Mi amigo J. es demasiado serio y crítico, no le gusta nunca nada de lo que le sugiero. Quizás G., aunque tampoco, tiene los pies muy atornillados al suelo. M. seguro que no tiene ni tiempo para leer las revistas... y así hasta el final. Sigo siendo un tío raro, aunque ellos no se den cuenta.

Juan Andrés Hernández Cegarra
Suscriptor N° 03028

Suscriptora flechada por distribuidor
Señor Director: Le escribo porque hace mucho lo quería hacer y no se me ocurría qué decir y ahora tengo dos motivos para hacerlo. Como ya es de público conocimiento está terminando el año y como no estalló el mundo en mil pedazos (les escribo el veintiocho de diciembre de 2012) uno hace un repaso de lo que le ocurrió durante el año. No voy a enumerar todo lo que me pasó porque no tiene importancia para ustedes y para mí tampoco algunas cosas. Solo le contaré dos cosas que tienen algún tipo de relación con la revista. Primero, recordé una parte del artículo de Gabriela Wiener en la Orsai 3 «Un fin de semana con mi muerte», cuando un día cualquiera, acostada en mi cama, a punto de dormir, descubro un extraño bulto en mi pecho derecho que hace unos pocos días estaba segura que no estaba ahí. Me llamó la atención pero nada más. Pensé: «mañana veo qué onda con ESTO». Al otro día me doy cuenta que la pelota había crecido bastante durante la noche y esta vez sentía mucho dolor. Ahí me cagué. Decidí llamar al novio de una amiga que es ginecólogo y le pedí que un colega suyo me revise. Esa noche casi no dormí pensando boludeces. Bueno, resumiendo, por suerte no era nada grave. Solo un montón de quistes muy dolorosos por cierto que aparecen porque sí. Algunas mujeres los tienen y otras no. Tratamiento con pastillas y listo. Bueno, lo segundo que le quería contar es que renové la suscripción para el año 2013 no solo porque está buena la revista sino porque está mucho mejor mi distribuidor. Así que se imaginarán que soy una de las tantas personas agradecidas porque sale bimestralmente y solo espero dos meses y no tres para verlo otra vez (además de querer leer la revista más rápido, claro). Para los románticos que están leyendo, no se hagan ilusiones, no estoy con él. Él no sabe lo que siento. Tiene novia y yo soy muy cobarde para hacer algo. A otra cosa mariposa y listo.
Bueno gente, mando un beso para todos los que hacen Orsai y sigan como hasta ahora. Obvio que no voy a decir quién soy, ya aclaré que soy cobarde. No quiero que mi distribuidor se entere de lo que siento por él y menos que tengo una pelota en mi teta derecha hasta que desaparezca por completo por obra y gracia de las pastillas.
P/D: Solo diré que no soy la suscriptora de la teta al aire.
Saludos.

Cintia Mariana Suárez
Suscriptora N° 09245

En el nombre del padre
Señor Director: Mi viejo me enseñó miles de cosas, entre ellas leer. Me contaba cuentos, me mostraba libros, me inventaba historias fantásticas de la nada, como quien prepara una cena para diez personas con solo dos ingredientes. El mundo que me enseñó a través de la lectura fue —y lo sigue siendo— una forma de vida, una filosofía. Una manera de ver con otros ojos el mismo mundo; de ver el mismo mundo con los ojos de otros.
Recuerdo que mis penitencias muchas veces consistían en leer. Mi papá me castigaba con Julio Verne, Dostoyevski y con Edgar Allan Poe. Ahora comprendo que lo que buscaba no era retarme sino generarme el hermoso hábito de ingerir eso que nadie te puede robar: historias. Una vez me mandé una macana a los diez años y me sancionó con Hamlet. Tuve que empezar a leer Shakespeare. Lo devoré.
De a poco comencé a leer los otros libros de la biblioteca de mi padre, su única herencia material. Libros de Sábato, Cortázar, Wilde, Pérez Galdós, el Martín Fierro. Más historias.
También recuerdo que nuestra rutina obligaba a que después de cenar debíamos bajar de nuestro departamento de la calle Montevideo y salir de paseo. Yo me aferraba a su mano grande para perdernos en las librerías de la avenida Corrientes. Me mostraba libros y revistas, dejaba que

hojease y oliese las historias, de autores que de a poco se fueron quedando en mis lecturas. Esas eran nuestras sobremesas y cuánto las extraño.
El treinta y uno de diciembre pasado, a media hora de terminar el año mi papá se descompuso y cayó seco al suelo. Se quedó sin pulso y se puso blanco. Hubo que reanimarlo.
Minutos después —gracias a Dios— pudo festejar el año nuevo y también su cumpleaños número setenta y cinco.
Mi viejo conoció Orsai en diciembre pasado. La leímos en silencio en la playa con mi mirada vigilante de reojo, esperando sus sonrisas, comentarios o cualquier gesto que pudiera conmover a un viejo simple. Del mismo modo él me habrá mirado hace veinticinco años.
No sé cuánto tiempo más tendré a mi padre. Por eso, luego de su patatús, decidí devolverle en un simple gesto lo que él había hecho por mí durante tantos años: suscribirlo a Orsai. Si están leyendo esta carta es porque mi papá ya es suscriptor de la revista, supongo que el más viejo, y ojalá que por muchos años más.
Sin embargo me di cuenta de que con la suscripción busco además otra cosa: darle aliento, invitarlo a más, darle un mensaje.
Papá: no encontré mejor lugar que el de una revista literaria para agradecerte —sin intermediarios— por enseñarme el amor por los libros, por ese legado que nunca me robarán: las historias.

Sebastián Dbsie
Suscriptor N° 02417

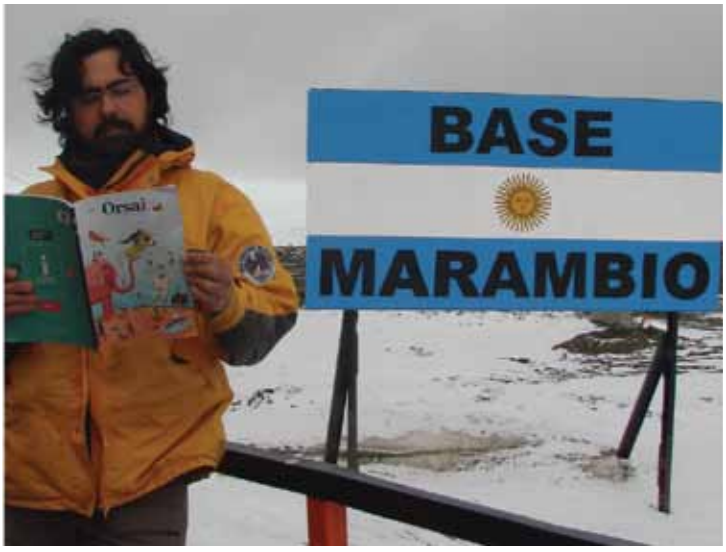
Sus deseos son órdenes
Señor Director: Hay algo que teníamos en 2011 y hemos perdido en 2012. Antes de que la revista saliera de imprenta (o antes de concluir la distribución) ya teníamos en el blog la página de cada nota para dejar comentarios. Sin texto, solo el título y una imagen. También se podía dejar comentarios a cada revista en forma global, en la página que reunía todas las notas. Espero que eso se recupere este año.
¡Bienvenida Orsai 2013!
Atentamente,

Mariano Gaitán
Suscriptor N° 00039

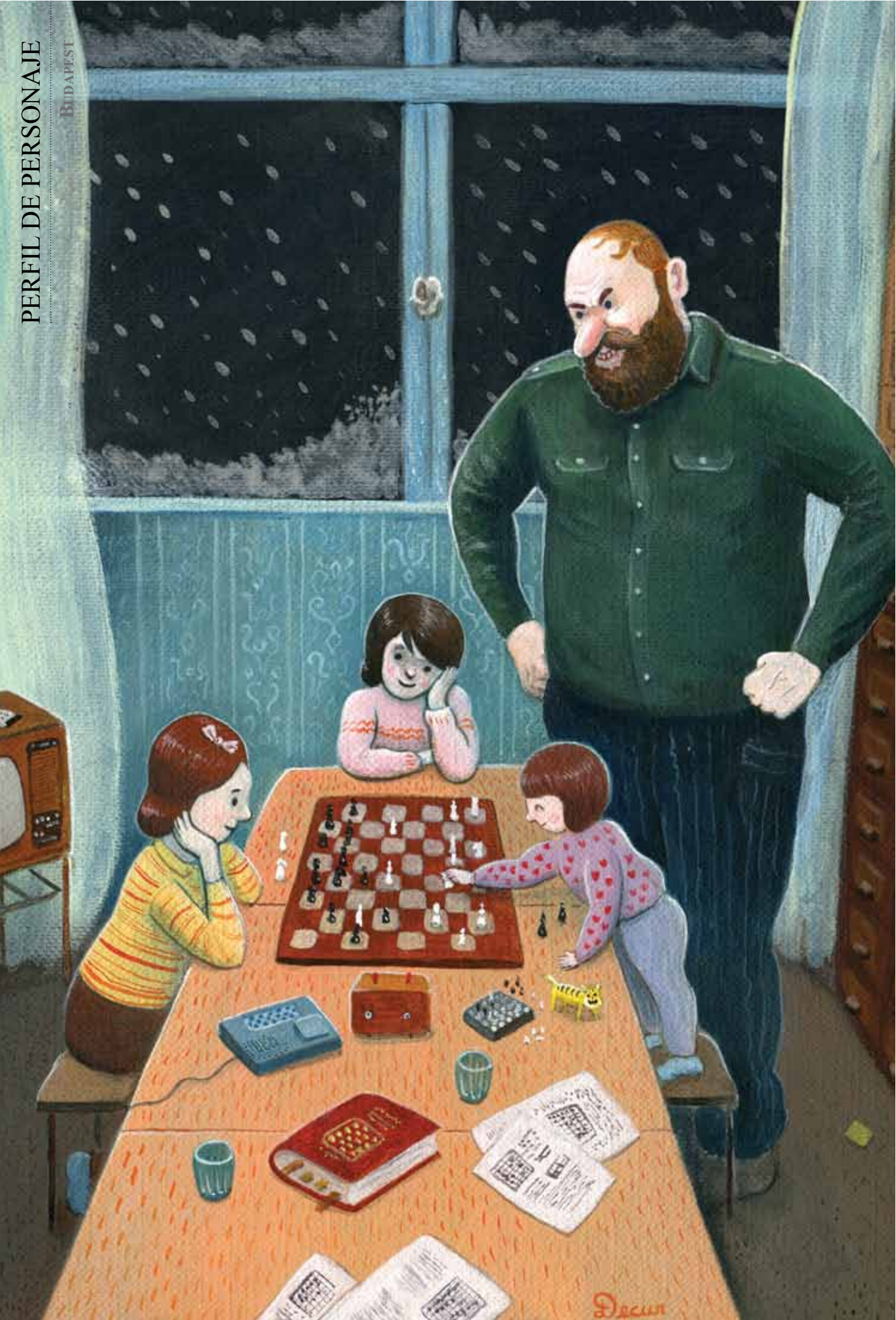
La revista más austral del mundo
Estimado Hernán, por algún motivo que no linda con lo místico, la pequeña biblioteca de la base atesora y amontona —en ese orden— una colección ecléctica de libros y revistas de variados orígenes. Si bien no encontré ninguna Orsai, la convivencia en la base me demostró, en más de una oportunidad, que las vidas que allí confluyen son anónima materia prima de las prosas de sus páginas. Revenida en ciber debido a la demanda de internet, la biblioteca de la Base Marambio —ubicada en la isla homónima, al este de la península antártica— es capaz de alojar en sus estanterías dos ediciones distintas de *Los tipos duros no bailan* de Mailer pero desafortunadamente ninguna Orsai. Estuve cavilando sobre la posibilidad de donar o simplemente abandonar el ejemplar de Orsai que me había acompañado a la campaña con el afamado «Grupo Heidi», pero mi mezquindad pudo más que mi altruismo. Después de todo, quién es uno para iniciar determinadas gestas en determinados lugares.
Le envío lo que asumo corresponde al primer registro en el continente antártico de la revista Orsai y, seguramente, la evidencia más austral de nuestra revista.

Javier N. Gelfo
Suscriptor N° 07319

—«Me llevo algo para leer en el viaje, por si se me hace largo...»



«Si a donde vas no hay mujeres, pon en el bolso otros placeres»
Un consejo de **Javier N. Gelfo**
Suscriptor Nº 7.319



EL EXPERIMENTO POLGAR

UNA CRÓNICA DE **GABRIELA MANULI**

ILUSTRADA POR **GUILLERMO DECURGEZ**

GABRIELA MANULI
Buenos Aires, 1980

Periodista, licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Políticas Públicas con especialización en medios por la Universidad de Europa Central. Hace más de diez años que trabaja en periodismo. Fue parte del suplemento de investigación del diario *Perfil*. Como periodista free-lance escribió para medios argentinos —las revistas *Rumbos*, *TXT* y el diario *La Nación*— y medios internacionales como el diario *El Mundo* de España y *La Nación* de Chile. También trabajó como productora de radio y televisión. En 2008 fue becaria del World Press Institute en Estados Unidos. Ganadora de un premio de ensayos de la Fundación El Libro y finalista del Premio Periodismo para la Tolerancia de la Federación Internacional de Periodistas, es también autora del blog más completo sobre Budapest en idioma español. Vivió casi tres años en la capital húngara y a fines de 2012 se mudó a Washington, D.C.

La mirada fija sobre el tablero de ajedrez. Las manos apretadas contra las mejillas rosadas. Concentrada, replegada en sí misma, una nena de nueve años se preparaba para empezar la partida. Vestía su pulóver de la suerte —tejido por su madre unos días antes de comenzar el torneo— y llevaba consigo un pequeño tigre de madera: un amuleto.

El reloj hacía tic-tac: era el único sonido en la sala.

Ella movió.

Decenas de varones adultos observaban incrédulos la escena. Su oponente —también mayor— sabía que no era una partida más: movió. Y luego movió la nena. Y pasado un tiempo llegó el desenlace.

—Jaque mate —dijo ella.

La criatura, que acababa de ganar un torneo internacional y que en pocos años llegaría a ser la mejor ajedrecista de todos los tiempos, se llamaba Judit Polgar. Y era el resultado de un experimento.

El experimento Polgar. Así lo llamaban y lo llaman, en honor al padre de Judit Polgar —Laszlo Polgar—, quien hace ya varias décadas acuñó una hipótesis: los genios no nacen, se hacen. Y había que hallar la ecuación que hiciera posible ese logro. La clave, pensó Laszlo entonces, estaba en la especialización temprana: en dar a los niños muchas horas diarias de entrenamiento y someterlos a una educación alejada de la escuela formal (algo que no sería sencillo en la Hungría comunista, que es donde nacieron y vivieron los Polgar).

Nadie sabe si fue puntería o coincidencia, pero lo cierto es que Laszlo confirmó su hipótesis con sus tres hijas. Judit, Sofía y Susan —de menor a mayor— terminaron siendo un trío de campeonas de ajedrez.

De las tres, Judit fue la que más se distinguió. El motivo: a los nueve años ganó su primer torneo internacional y a los quince años, cuatro meses y veintiocho días rompió el récord de Bobby Fischer (quien había mantenido el podio por treinta y cuatro años) y se convirtió en la Gran Maestro Internacional más joven de la historia, un título que la Federación Mundial de Ajedrez (FIDE) solo otorga a los mejores jugadores.

Ironías del destino, Fischer había pensado hasta entonces que las mujeres ajedrecistas eran —por definición— principiantes. Pero se equivocó no solo con Judit, sino con todas las hermanas Polgar. Susan, Sofía y Judit se volvieron tan imbatibles que en 1988 —cuando Judit tenía doce años— fueron sumadas al equipo olímpico de ajedrez femenino. Ese año la prensa bautizó a la delegación con el nombre de «Polgaria».

Y Polgaria volvió a Hungría con la medalla de oro.

Luego pasaron los años.

Es un típico día de invierno en Budapest, la capital de Hungría. El frío obliga a evitar las calles y es difícil detenerse a mirar el escenario que la ciudad ofrece. Budapest está signada por el paso del Danubio: un río que no solo impone un paisaje, sino que divide el mapa urbano en lo que hace dos siglos eran dos ciudades: Buda, en la orilla derecha, y Pest, en la orilla izquierda.

Los Polgar viven en Pest. Su departamento está ubicado en uno de los distritos más caros de la capital húngara, en pleno centro y con una imponente vista al Danubio y a sus puentes más famosos, esos que aparecen en todas las postales de viaje.

Frente a la puerta está ahora Klara Polgar: saluda y sonríe.

—Laszlo va a llegar un poco más tarde —dice en un inglés simple pero claro—. Judit llamó porque había tenido un desperfecto con el auto y nos pidió que cuidáramos a Hanna en la casa de fin de semana que tenemos fuera de Budapest y... no estaba previsto.

Judit tiene dos hijos: Hanna y Oliver.

—Puedo ver la casa de Judit desde mi ventana —dice Klara y señala las colinas de Buda, al otro lado del río.

La casa es cálida y huele a zapallo hervido. Klara también es cálida. Tiene el pelo corto y renegrido, y sus ojos oscuros llevan el marco de unas cejas finas. Aun luego de tantos años —y de tres hijos y seis nietos— Klara conserva la elegancia que se ve en las fotos del pasado, cuando acompañaba a su cría a los torneos.

El hogar de los Polgar está lleno de recuerdos de esos tiempos. En las paredes, las imágenes de las hermanas de pequeñas, sosteniendo trofeos, comparten espacio con diplomas y premios.

—Esta es nuestra historia, está todo colgado acá —explica Klara. Y la palabra «todo», en este caso, equivale a mucho.

En las paredes puede verse un currículum interminable: Judit tuvo victorias clave frente a campeones mundiales como Borís Spassky, Anatoli Karpov, Garry Kasparov, Veselin Topalov y Viswanathan Anand. Además, es la única representante femenina en el top 20 de la FIDE, al que llegó a trepar hasta el octavo puesto en 2005 (Judit es la única mujer que ingresó al top 10). Esta clase de triunfos hicieron que muy temprano en su carrera dejara de competir con mujeres y nunca se molestara en conseguir el título del Women's World Chess Championship (el campeonato femenino mundial), aun cuando ya a los doce años su rating era mucho más alto que el de la campeona. Ganadora siete veces de los Oscar del Ajedrez y elegida la Mejor Mujer Ajedrecista del Siglo XX, Judit también es señalada como una de las personas más inteligentes del mundo, con un coeficiente intelectual de ciento setenta, superior al de Bill Gates o al de Stephen Hawking.

Aunque esto último no está en las paredes. Ni en ninguna otra parte.

En el piso de la casa de los Polgar hay unos post-it amarillos con anotaciones en húngaro. Y en un rincón hay una pila de VHS sosteniendo un manojo de papeles. Se trata, sin embargo, de un caos organizado. O al menos eso es lo que explica Klara:

—Los papeles en el piso son los más importantes para Laszlo, así que no hay que levantarlos, hay que dejarlos donde él los puso —comenta frente a un fallido intento de contribuir al orden.

Unos minutos más tarde suena el timbre. Klara se levanta y le abre la puerta a su marido. Él deja su gorra y su campera y saluda mientras

se saca los zapatos, cumpliendo con una costumbre que se repite en las casas de las familias húngaras: el adentro, dicen, no debe mezclarse con el afuera.

Laszlo lleva anteojos de marco fino y una barba blanca y tupida. Las canas no son novedad: ya durante la adolescencia de sus hijas empezó a perder color, y también pelo. Ahora, a los sesenta y seis años, la calva acentúa las líneas redondas de su rostro. Luego de saludar empieza a hablar en un tono de voz fuerte: ese timbre de los maestros de escuela.

Laszlo habla en húngaro, a un ritmo lento y con pausas para que Klara interprete. Es un ejercicio que ambos tienen aceitado después de tantos años de dar entrevistas. Por momentos, más que traducir, Klara completa y adorna sus frases. Porque Laszlo habla poco. Solo se explaya cuando se mete a explicar su nuevo proyecto de vida: el Súper Ajedrez Estrella Polgar, una nueva variante del juego clásico, hecha esta vez sobre un tablero hexagonal de treinta y siete casillas.

—Por favor, mencione el ajedrez estrella en esta nota. Es más rápido e interesante, tiene ochenta movimientos —dirá Laszlo en unas horas, cuando termine la entrevista.

—¿Puede publicar las instrucciones también? —agregará Klara.

Los dos se mostrarán ansiosos. Pero ahora Laszlo no da grandes signos de entusiasmo. Durante la charla parece inquieto: lo distrae el olor de la comida o alguna cuestión relacionada con su Súper Ajedrez Estrella. Cada vez que lo menciona cambia su tono de voz, para que quede claro que ese —y no otro— es el tema del momento.

Laszlo siempre está tramando algo. Es una costumbre que ya viene del colegio secundario. En ese entonces observó a su alrededor y vio que aquellos compañeros que tenían una familia que los motivaba se destacaban más que los que tenían peor suerte. Luego las posibilidades de triunfar en el futuro eran mucho más altas.

Esa diferencia despertó su interés. Laszlo empezó a revisar libros tratando de encontrar historias de niños prodigio como la de Mozart. Así, antes de haber terminado siquiera la educación formal, empezó a escribir los primeros capítulos de su método: el que le permitiría fabricar niños genios.

En ese entonces Laszlo no tenía hijos. Ni siquiera tenía esposa. Por esa época Klara vivía en un enclave húngaro en Ucrania y solía

Ganadora siete veces de los Oscar del Ajedrez y elegida la Mejor Mujer Ajedrecista del Siglo XX, Judit también es señalada como una de las personas más inteligentes del mundo, con un coeficiente intelectual de 170, superior a Bill Gates o Stephen Hawking.

Jugaremos al juego sin nombre. Venga sin estrategia.

escribirse cartas con compatriotas para practicar el idioma. Un día, de casualidad, se cruzó con la madre de Laszlo durante un viaje. Ese fue el único azar en la historia. La madre pensó que Klara podía ser la mujer ideal para su hijo y decidió ponerlos en contacto. Se conocieron por carta y en 1965 se encontraron por primera vez en Budapest. Allí Laszlo le fue confiando detalles de su método, que luego publicaría en su libro *Educando Genios*.

—Él hablaba, yo lo escuchaba. Me decía que el sistema educativo no era bueno y que le gustaría educar a sus hijos en el hogar —recuerda Klara, mientras gira la cabeza para revisar la olla que está sobre el fuego. A pocos metros de la mujer están las fotos. Son de las nenas cuando eran chicas. En algunas imágenes Laszlo viste ropa informal y en otras lleva el traje de las competencias. En casi todas, eso sí, tiene la misma actitud: las manos en los bolsillos. Como si —luego de haber hecho una siembra— esperara que las cosas siguieran su curso.

Para el tiempo de aquellas fotos, varias etapas —en rigor— se venían cumpliendo tal como estaba planeado. Por empezar, la madre de Laszlo había dado en el blanco y la empatía entre Klara y Laszlo había sido un éxito. Klara era la candidata ideal: no solo hablaba idiomas y era pedagoga —al igual que Laszlo—, sino que recibía de buen modo las excéntricas ideas del hombre, que se las transmitía por carta. Así que pronto se resolvió el resto: Laszlo y Klara contrajeron matrimonio y se propusieron criar hijos genios.

Eso también les salió bien.

El encuentro con Judit Polgar, la mejor ajedrecista de la historia, sucedió unas semanas antes de la charla con el matrimonio Polgar. A diferencia de sus padres, Judit no abrió las puertas de su casa y eligió dar la entrevista en un café dentro de un shopping de Buda. El local, ubicado en un subsuelo, estaba atestado de gente.

—Podemos probar en otro lado, conozco otro lugar —sugirió Judit.

El otro lugar era prácticamente el mismo lugar: quedaba unos pisos más arriba, en un patio de comidas dentro del shopping. Mientras subía por la escalera mecánica y el sol de la tarde le pegaba en el rostro, lo que podía verse era esto: una mujer joven —de treinta y seis años— y sencilla —pantalón de vestir, blusa de algodón— conservando muchos de sus rasgos de niña.

Judit tomó asiento en el nuevo espacio. Allí había menos ruido. Buscó una carta de jugos naturales y le echó un vistazo: cada bebida iba acompañada por su información nutricional. Judit analizó los datos y eligió la opción que se ajustaba a la dieta que estaba cumpliendo por aquellos días. Luego de un descanso por maternidad, Judit había vuelto a las pistas y al entrenamiento fuerte. Eso significaba, entre tantas cosas, que debía cuidarse.

—Llevo una vida muy ocupada —dijo—. Más de lo que me gustaría.

Judit parecía relajada pero hablaba a un ritmo rápido: estaba en cierto estado de concentración. Sus gestos eran sobrios y las manos, con una fina capa de esmalte en las uñas, estaban quietas sobre la mesa. Su modo de mostrarse recordaba a su juego: la paciencia y el cálculo estaban en ella.

Casada con Gustav Font, un veterinario al que conoció gracias a su perro, hoy Judit vive en una casa en Buda junto a sus hijos, Oliver y Hanna. Pero por afuera de eso, entrena. Viaja por el mundo participando en torneos de élite y lleva adelante proyectos vinculados con el ajedrez: acaba de publicar el libro *Como vencí a Bobby Fischer* y es impulsora del programa de ajedrez en las escuelas de la Unión Europea. También tiene varias publicaciones acompañadas con ilustraciones de Sofía, la hermana del medio.

Luego están los viajes. Si bien no lleva la cuenta exacta, Judit sabe que recorrió al menos cincuenta países. En Argentina —donde estuvo siete veces— jugó uno de sus mejores partidos contra Alexéi Shirov, quien en ese entonces y desde 1990 estaba en el top ten del ranking internacional. El partido fue en 1994 y Judit lo derrotó. Tenía dieciocho años.

En las biografías de Judit —donde abundan términos como «la mejor», «la primera» o «la única»— se cuenta que las hermanas Polgar empezaron a jugar a los tres años. Hay, en general, varios mitos en torno a las niñas y su infancia precoz. Uno de ellos, relatado por el entrenador de Judit, dice lo siguiente: «una madrugada, en pleno análisis de una partida con Susan, ni ella ni el hombre podían encontrar la manera de descifrar algo y fueron a despertar a Judit. La pequeña se levantó, les mostró la solución y luego volvió a la cama».

—¿Eso fue verdad?

Laszlo fue mirado con recelo por el gobierno y también tuvo problemas con la Federación de ajedrez, que no aceptaba que las mujeres compitieran en torneos masculinos.

En el shopping, Judit no está muy segura de que aquello hubiera sucedido. Hizo un esfuerzo por recordar. Pidió permiso y tomó el papel de la entrevista, donde estaba la anécdota impresa. Lo leyó en silencio, intentando darle otra oportunidad a su memoria. Mientras lo hacía se tomaba las mejillas con las dos manos —como en sus tiempos de niña— y movía la cabeza de izquierda a derecha.

—No sé, puede ser… la verdad es que no me acuerdo —dijo mientras devolvía el papel y daba un trago a su jugo. Su rostro no demostraba sorpresa: Judit estaba, está, acostumbrada a escuchar todo tipo de historias sobre ella. Muchas llevan errores que ya ni intenta corregir, como pasó con una biografía escrita por un maestro que jamás se molestó en entrevistarla. Por este tipo de cosas, Judit es amable pero cauta. Y es su familia la que se encarga, a veces, de acortar distancias. Dentro de un tiempo, desde Missouri, Susan —la hermana mayor— encontrará un punto medio:

—Estoy muy segura de que es una exageración —dirá por teléfono—. Pero debimos haber llamado a Judy para que nos ayudara.

Ahora, por el ventanal de la casa de los Polgar se ve cómo atardece sobre el Danubio. Sentados en la mesa del living, en el centro de la casa, el matrimonio continúa recordando su historia. En un rincón de la sala puede verse una mesa de ping-pong: allí juega Laszlo con sus nietos y allí jugaron también las niñas Polgar. Cuando inició su modelo pedagógico, Laszlo tenía la certeza de que era importante el entrenamiento físico. Eligió el ping-pong porque era un deporte barato.

—Quiero mostrarle las instrucciones del ajedrez estrella —señala Laszlo. Es su obsesión del momento. Se pone de pie y busca entre sus papeles las instrucciones del juego. Klara lo ayuda, las encuentra y las acerca a la mesa. Se trata de un pequeño folleto en blanco y negro donde se reproducen algunas jugadas sobre un tablero en forma de estrella.

—Las instrucciones están en húngaro, pero también en inglés y esperanto —agrega Laszlo, y luego gira en dirección a una de las paredes. Allí, en colores azul y blanco, está el mismo tablero pero en tamaño real. Cuelga, junto a las fotos, los diplomas y los trofeos de las hermanas Polgar. Esa pared resume las obsesiones de Laszlo. Y también su condena. Detrás de las fotos y las medallas hay una contracara sombría. El experimento Polgar llegó a ser tan controversial que alguna vez las autoridades de la Hungría comunista amenazaron con internar a Laszlo en un hospital psiquiátrico.

—Nadie entendía. Ni mi madre, ni su madre, ni la sociedad —dice Klara con un hablar lento, como si buscara las palabras correctas.

Cuando iniciaron el experimento, los Polgar debieron enfrentar una serie de variables adversas que llegaron a poner en peligro la continuidad del proyecto. Decidir educar a sus hijas fuera de los cánones tradicionales no fue una decisión fácil en la Hungría comunista. Laszlo fue mirado con recelo por el gobierno y también tuvo problemas con la Federación de ajedrez, que no aceptaba que las mujeres compitieran en torneos masculinos.

Laszlo tuvo que recorrer pasillos burocráticos —con carpetas y explicaciones bajo el brazo— para lograr conseguir la autorización para salir del país y competir. El miedo del gobierno era que los Polgar no volvieran más. Pero la victoria olímpica de «Polgaria» marcaría el inicio de otra historia. En lo que algunos describieron como la escenificación perfecta de un cuento de hadas, los Polgar —luego de competir— volvieron a pisar tierra húngara como héroes nacionales y comenzaron su escalada social. Hoy viven en un barrio turístico, rodeado de malls exclusivos, locales de última moda y hoteles de lujo. Sin embargo

su departamento —ubicado en un edificio antiguo y restaurado, y con una vista privilegiada de la capital— conserva un aura sencilla, con muebles de distintas épocas y sin una clara unidad estética.

—Mis padres atravesaron muchas cosas difíciles —recordó Judit días atrás—. Para los tiempos que decidieron educarnos en casa, obviamente no era una forma de criar y educar niños. Igual siempre tuvimos comida en el plato. Claro que al principio no comíamos carne todos los días y más que nada era comida barata, pero estaba bien.

El dinero y las trabas burocráticas no fueron el único escollo de los Polgar, en un comienzo. También estaba el antisemitismo. En ese caso, el problema tenía un nombre concreto: Bobby Fischer. Ya retirado de las pistas, el ajedrecista pasaba su tiempo tramando teorías conspirativas. Para las hermanas Polgar, con familiares perseguidos por el Holocausto, la locura de Fischer se hacía difícil de aguantar.

—Estaba enfermo, completamente paranoico, su mente estaba llena de ideas frenéticas; siempre hablaba de conspiraciones de rusos y judíos en su contra —contó Judit en el shopping. No exageraba. En declaraciones radiales, Fischer (que todavía hoy es una leyenda del ajedrez) llegó a asegurar que era perseguido por los judíos día y noche: «Me quieren poner en la cárcel, están robando todo lo que tengo, todo el tiempo mienten sobre mí» dijo. También se refirió a ellos como «bastardos mentirosos» y «criminales», para terminar sentenciando que «son una amenaza para todo el mundo».

Los Polgar sobrevivieron también a eso, y la razón probablemente haya estado fundada en la tenacidad de Laszlo. El hombre se movía con un objetivo fijo. Nada lo corría de su eje. Antes del éxito de Polgaria, y una vez que logró conseguir el permiso del gobierno, montó su «laboratorio» en su pequeño departamento dentro de un clásico monoblock comunista en Angyafold, un distrito de clase trabajadora en Pest. Allí, las paredes estaban cubiertas por análisis de partidas de ajedrez, había un inmenso archivero de madera —lleno de mínimos cajones—, y los estantes —que iban del piso al techo— estaban repletos de libros con jugadas y estrategias, incluidos los títulos que él mismo había escrito.

La habitación de las niñas no escapaba a la lógica del resto de la casa. Allí no había pilas de juguetes ni osos de peluche ni amiguitos a la hora de la merienda, ni ninguna otra postal común de la infancia.

El problema tenía un nombre concreto: Bobby Fischer. Ya retirado de las pistas, el ajedrecista pasaba su tiempo tramando teorías conspirativas.

—Para los chicos es importante tener amigos no de la misma edad, pero sí de la misma capacidad intelectual —dice Laszlo en su casa.

—No tuve osos de peluche pero sí tuve acceso a animales de verdad: en los viajes pude abrazar a un koala y acariciar a un canguro —dijo Judit en el shopping.

Al principio del experimento, Karla y Laszlo se encargaban de casi todo. Pero a medida que el dinero comenzó a llegar, se sumaron entrenadores profesionales. El método Polgar incluía sesiones de deporte —sobre todo ping-pong— y hasta recreos para contar chistes. Las niñas, además, todos los años debían rendir un examen oficial: aprendían lo básico muy rápido y luego volvían a concentrarse en el tablero.

Klara tuvo un rol fundamental en esta historia. Apuntaló la vida familiar y se ocupó de enseñarles idiomas a las niñas. El único que no estaba a su cargo era el esperanto: ese era territorio de Laszlo, quien aprendió la lengua para entrar en la fraternidad que suponía el idioma y recibir alojamiento gratis durante los viajes a los torneos.

Judit, de cara a estas anécdotas, acepta que la mayoría de la gente encuentre su historia un poco rara.

—Empecé a jugar ajedrez cuando tenía cinco años y crecí en circunstancias muy especiales e inusuales, sin ir a la escuela —dijo durante la entrevista—. Empecé de muy chica y los medios se interesaron mucho en mí. A los

once o doce años pasé momentos difíciles. Los medios siempre estaban buscando cosas desagradables que me ponían incómoda y diciendo que yo no era normal. Y aun cuando no lo decían de esa manera era claro que me veían de forma extraña. Solo porque no fuimos a la escuela trataban de descubrir que estábamos locos. Lo peor eran las conferencias de prensa, con diez periodistas a tu alrededor, todos mirándote. Además, a los doce años no querés hablar de nada, ni de la escuela, ni de tu casa, y yo tenía que lidiar con completos extraños.

Para protegerse, las hermanas Polgar armaron una defensa hermética, basada en el apoyo mutuo y —aseguran— libre de rivalidades y competencias internas. La cohesión era la única forma que tenían los Polgar de seguir enteros.

—Eso me daba seguridad —recordó Judit—. Además yo no me sentía anormal: para los niños lo habitual es lo que conocen y yo estaba acostumbrada a competir con hombres adultos. Para mí lo extraño era jugar contra chicos o mujeres.

—¿Les darías esa educación a tus hijos?

—No, con mi marido tenemos una idea de crianza completamente diferente. Nosotras vivíamos en una sociedad muy cerrada: era mi familia, mis entrenadores, y no mucha más gente. Ahora es distinto. No estamos pensando en dejar nuestros trabajos y queremos seguir siendo exitosos. Además lo nuestro no fue una receta simple. Fue como una comida muy especial y extremadamente complicada: había que marinar la carne por días, con diferentes temperaturas... Si se hace con amor y cuidado, y sabiendo que cocinar ese plato de cinco días es la cosa más importante de la vida, está bien. Pero si no te interesa cocinar, o nunca cocinaste, no va a ser lo mismo.

Judit dijo esto acelerando el ritmo, como si estuviera enunciando una idea varias veces repetida. A su lado, un grupo de adolescentes pasó riendo entre las mesas, de camino al Mc Donalds. El primer local de esta cadena en toda Europa del Este y Europa Central se abrió en Budapest recién en 1998, y a solo unos metros de la casa donde ahora viven Laszlo y Klara. Para esa época en que la gente hacía cola frente a un mostrador, Judit tenía doce años y ya se estaba convirtiendo en leyenda.

Todas, de algún modo, hacían historia.

Susan ayudó a preparar el terreno: fue la primera mujer en romper la barrera de género en el ajedrez y en ganar el título de Gran Maestra con los requisitos tradicionales para hombres. A medida que crecía su rating, las circunstancias progresaban.

Sofía, aun cuando se autodefinió como «la más débil» de las tres, llegó a ser la sexta mejor jugadora del mundo.

Y Judit, a la que todos describen como la más ambiciosa y trabajadora, llegó a la cima del podio.

—¿Cuántas veces leíste el libro de tu padre?

Yo no me sentía anormal: para los niños lo normal es lo que conocen y yo estaba acostumbrada a competir con hombres adultos. Para mí lo extraño era jugar contra chicos o mujeres.

En el shopping, pequeña y ausente entre el mundo de gente, Judit pensó unos segundos y luego respondió.

—Creo que una vez. Lo escuché muchas veces. Era parte de nuestra vida diaria, de cada entrevista, de cada pregunta de los periodistas. Me sé de memoria la forma en que mi padre piensa —dijo de un modo mecánico. La alusión al libro de Laszlo parecía hastiarla. O aburrirla. Judit miró su reloj y advirtió que era hora de irse: tenía que hacer compras y volver a casa con sus hijos. Hacía poco que había regresado de un torneo, y pronto debería subirse a otro avión para viajar a competir. Tenía pocos días para estar con su familia.

—¿Creés que tu padre está satisfecho con lo que fue su proyecto de vida? —fue la última pregunta.

La popularidad creció y se fue de la casa de sus padres.

—Siempre fue un maximalista. Siempre quiso más. Él piensa que si las cosas hubieran sido diferentes yo sería «campeón del mundo», por encima de hombres y mujeres. Es difícil de saber. A veces está feliz, y a veces sueña que todo podría haber sido aún mejor.

A lo largo de los años, muchos se acercaron a Laszlo interesados en la clave del método Polgar. Uno de ellos fue el fallecido ajedrecista argentino Gerardo Barbero, quien también logró un niño prodigio: su hijo, János Américo, consiguió una beca universitaria en Estados Unidos a los dieciséis años y hoy trabaja en un revolucionario proyecto en Silicon Valley.

Otro de los interesados fue un millonario y mecenas holandés llamado Joop van Oosterom, quien impulsó una idea para poner a prueba el método. El objetivo era que el matrimonio Polgar adoptara tres niños de Aruba y los criara del mismo modo en que había criado a sus hijas. Laszlo no veía la hora de hacerlo, pero al final tuvo que dejar la idea de lado por la burocracia y las fuertes críticas de los medios de la época, y por la negativa de Klara, quien sabía que la vida no pasaba solo por el ajedrez y que criar a tres hijos, fueran o no prodigio, caería también sobre sus hombros.

—Su mayor preocupación era que, si los entrenaba sin adoptarlos, en algún momento, especialmente cuando llegara el éxito, los padres biológicos podían cambiar de idea e interrumpir el experimento. Era algo a largo plazo y si lo hacía lo quería hacer a fondo —recordó Susan desde Estados Unidos.

—Los medios empezaron a decir que no se podían hacer experimentos con niños. Se olvidan que es algo natural y que los padres siempre educan a los hijos —dice Laszlo ahora, aún molesto por el fracaso del proyecto, mientras toma asiento en el comedor de su casa.

—¿Por qué cree que Judit fue la mejor de las tres?

Laszlo hace silencio y mira a Klara. Ella lo entiende.

—Tiene hambre —explica con una sonrisa, mientras se levanta de la mesa. La mujer va a la cocina y sirve dos platos de zapallo con crema agria.

Mientras tanto, Laszlo aprovecha esa pausa y vuelve a la carga con su nuevo proyecto, continuando una suerte de batalla dialéctica entre su presente y un pasado que parece aburrirle. Habla en un húngaro lento y Klara —desde la distancia— hace un intento por traducirlo.

Laszlo no responde sobre Judit. Pero sí dice esto:

—La campeona del ajedrez Polgar ahora es peruana, pero su madre es húngara. Las reglas se pueden encontrar en la página polgarstarchess.com.

La traducción de «polgarstarchess» es «Ajedrez Estrella Polgar».

—¿Por qué eligió ajedrez para sus hijas y no otra cosa?

—Si pensamos en la situación actual, elegiría algo más científico: ciencias naturales, matemática, física, medicina o computación. Pero éramos pobres y muchas cosas no eran posibles.

—¿Está satisfecho con los resultados?

Laszlo piensa unos segundos. Mientras tanto toma un pote de crema agria —la base de infinidad de comidas húngaras— y rasca las sobras del fondo.

—Si no hubiéramos sido tan pobres y tan criticados y presionados, habría resultado aún mucho mejor.

—¿Entonces hoy no habría elegido ajedrez?

—No, estoy muy seguro de que no habría elegido ajedrez. Educaría al doctor que ganaría el premio Nobel.

Luego de decir esto, Laszlo se sumerge en su plato de zapallo, lo termina y ofrece una visita al club: el emporio, sí, del Súper Ajedrez Estrella Polgar.

El club queda a metros del departamento. Es un caserón antiguo emplazado en un centro cultural, donde todos los sábados el mismo Laszlo enseña el ajedrez inventado por él. Una vez adentro, Klara vuelve a servir de guía sin perder la sonrisa que mantuvo a lo largo de toda la entrevista, y sin tampoco perder la paciencia para traducir a su marido.

En el club, una vidriera exhibe los libros que tienen a Laszlo, a Judit o a alguna de sus hermanas como protagonistas. También —como en la casa de los Polgar— hay fotos, videos, trofeos, recuerdos de campeonatos y en un salón —una vez más— varias mesas con tableros en forma de estrella.

—Esto es —dice finalmente Laszlo, como quien muestra una evidencia. Luego dice adiós y se pierde en su nuevo mundo. Que en realidad es el de siempre. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Anand, Viswanathan: (1969) Gran Maestro de ajedrez. Nació en India y actualmente es Campeón del mundo de Ajedrez.
Barbero, Gerardo: (1961-2001) Ajedrecista argentino, a quien la FIDE le otorgó los títulos de Gran Maestro Internacional en 1985 y de Gran Maestro en 1987.
FIDE: Sigla de la Fédération Internationale des Échecs (Federación Internacional de Ajedrez).
Fischer, Bobby: (1943-2008) Gran Maestro de ajedrez. Nació en Chicago y se convirtió en Campeón mundial de ajedrez entre 1972 y 1975. En 1992 participó en un torneo de ajedrez en Yugoslavia, violando una resolución de la ONU; como ese hecho podía acarrearle hasta diez años de prisión, nunca regresó a los Estados Unidos.
Gates, Bill: (1955) Empresario estadounidense cofundador de la empresa de software Microsoft.
Gran Maestro Internacional: Título otorgado por la FIDE (Fédération Internationale des Échecs) a jugadores de ajedrez excepcionales.
Hawking, Stephen: (1942) Físico, cosmólogo y divulgador científico británico.
Karpov, Anatoly: (1951) Gran Maestro Internacional de ajedrez. Nació en la ex Unión Soviética y fue Campeón mundial de ajedrez entre 1975 y 1982, y entre 1993 y 1999.
Kasparov, Garry: (1963) Gran Maestro de ajedrez. Nació en la ex Unión Soviética, hoy Azerbayan, y en 1985 se convirtió en el Campeón mundial de ajedrez más joven de la historia. En 2005 anunció su retirada del mundo del ajedrez para dedicarse a escribir y a la política.
Malls: Centros comerciales.
Polgar Ajedrez Estrella: Variante del ajedrez clásico, inventado por Laszlo Polgar, con reglas similares y un tablero hexagonal de treinta y siete casillas.
Polgar, Judit: (1976) Ajedrecista húngara. Gran Maestro Internacional y considerada la mejor jugadora de ajedrez de la historia.
Polgar, Laszlo: Pedagogo y profesor de ajedrez. Ha escrito varios libros sobre ajedrez.
Polgar, Sofia: (1974) Maestro Internacional y Gran Maestra Femenina de ajedrez. Actualmente vive en Canadá y trabaja como profesora de ajedrez.
Polgar, Susan: (1969) Escritora, jugadora y promotora de ajedrez. Actualmente vive en Estados y Unidos y creó la Polgar Chess Center y la Fundación Susan Polgar.
Post-it: Pequeños papeles autoadhesivos de distintas formas y tamaños.
Shirov, Alexéi: (1972) Nació en Letonia y se nacionalizó español. Además de Gran Maestro de ajedrez, Shirov es escritor.
Silicon Valley: Zona sur del área de San Francisco dedicada específicamente al desarrollo tecnológico.
Spassky, Borís: (1937) Nació en Leningrado (actual San Petesburgo) y fue un niño prodigio del ajedrez. Fue proclamado décimo Campeón mundial de ajedrez en 1969.
Topalov, Veselin: (1975) Gran Maestro de ajedrez búlgaro. Fue Campeón mundial de ajedrez en 2005.
Van Oosterom, Joop: (1937) Multimillonario holandés cofundador de la primera empresa de software de Holanda: Volmac.

APERTURA **INDIA**

Mi mejor recuerdo sobre ajedrez pasó en la Feria del Libro de Buenos Aires 1988 —le digo a Chiri.

—Me alegra que empieces con esa anécdota.

—Estaba el campeón cubano, no me acuerdo el nombre, abriendo unas simultáneas contra unas treinta personas. Y vos, querido Christian Gustavo, con tus dieciocho añitos, con tu cara de Paul McCartney púber, te sentaste.

—A lo macho.

—Si señor —le digo—. A lo macho. Y el campeón cubano fue haciéndole jaque mate a todos, y una hora después de despachar a veintinueve aficionados, quedó mano a mano con vos.

—Yo estaba nerviosísimo —me dice Chiri—. Había mucha gente mirando.

—¡Es que eras nuestro héroe! —le grito—. Representabas a todos los aficionados del mejor juego creado por el hombre. Defendiste ese alfil como un león herido. No me olvido nunca.

—Me ofreció tablas con bronca, el campeón cubano —me dice él, con el recuerdo clavado en esa tarde—. Me miró enojado y me ofreció tablas.

—Y vos te levantaste, como una esfinge, y le diste la mano sin sonreír. Y todos aplaudimos y gritamos como en la cancha, porque éramos muchos.

—¿De verdad, Jorgito, estuve tan bien?

—Cuando entraste a esa feria eras mi amigo —le confieso—, cuando saliste eras mi ídolo.

—De todos modos ese cubano no le llegaba ni a los talones a su compatriota José Raúl Capablanca —minimiza Chiri, ruborizado—. Lo más probable es que haya sido un impostor. Y que el verdadero campeón estuviera amordazado en el baño, secuestrado por Guillermo Patricio Kelly.

—¿Kelly? ¿El periodista? —me sorprendo—. Se me había caído del disco rígido. ¿Era anticastrista, no?

—Era de todo.... ¿Te imaginás a Kelly en la televisión argentina de estos tiempos? ¿En un móvil de Rial, por ejemplo?

—Sería maravilloso. Lástima que esté muerto.

—Igual, comparada con la final entre Alekhine y Capablanca, la anécdota de la simultánea con el cubano en la Feria del Libro es una reverenda boludez. ¿Conocés la historia de esa final?

—¡Claro, boludo! La final que se jugó en Buenos Aires en el año veintisiete. Te la conté yo.

—¿Perdón? —dice él—. Esa historia la leí en una nota buenísima de la web de la *Jot Down*…

—¿Y quién te dijo que la leyeras?

—No lo recuerdo —me dice Chiri, sin dar el brazo a torcer. Y cambia de tema—. ¿Cómo puede ser que todavía no haya una película sobre esa final de ajedrez? ¿Será porque pasó en Buenos Aires y no en Nueva York?

—Es probable —le digo—. Pero imagináte la Buenos Aires de esa época para un tipo como Capablanca.

—Dicen que la ciudad lo perdió —me explica Chiri—. Capablanca fue a todas las fiestas a las que lo invitaron, se emborrachó como un cubano en cada esquina y se volteó a todas las señoritas que pudo. Vino a ganar. Estaba clarísimo. Era un genio y nadie lo dudaba.

—Pero un genio con resaca. Y el otro era una máquina obsesiva, un estudioso, un enfermito. Y le terminó ganando. Y nunca más le dio revancha.

—Capablanca lo subestimó. Eso fue lo que dijo Alekhine. Y es verdad. Capablanca estaba acostumbrado a disfrutar las mieles del éxito sin hacer ni un solo esfuerzo.

—El viejo Polgar debe sentir algo parecido frente al éxito de sus hijas —le digo a Chiri—. Se debe sentir subestimado, desplazado, el último orejón del tarro. Hizo tanto y se lo reconoce tan poco... ¡La vida es injusta!

—Lo decís como con bronca.

Lo miro a los ojos:

—¿Vos te acordás por qué habíamos ido todos a la Feria del Libro de 1988? Nuestros amigos del colegio, mis padres, éramos un montón...

—Ni idea —me responde—. ¿Una excursión?

—Nadie se acuerda... Fuimos todos en grupo porque había ganado un concurso literario, con un cuento, y me iban a dar el diploma y la medalla, en el stand de Colihue.

—¿Fue ese año, seguro?

—Sí, querido amigo, fue ese año, una hora antes de tu gesta magnífica. Mis padres, mi hermana, nuestros compañeros del colegio, todos se acuerdan de esa tarde como «la vez que Chiri le hizo tablas al campeón cubano».

—Uy, perdón gordo, no sabía.

—No me digas gordo cuando estoy sensible. ◣

No sabe cómo le favorece todo lo que de usted he olvidado.

¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?
NO ME DESCONCENTRES.
ESTOY REPROGRAMANDO LA REALIDAD.
TRATO DE HACERLA MENOS COMPLEJA.
¡FUNCIONÓ!

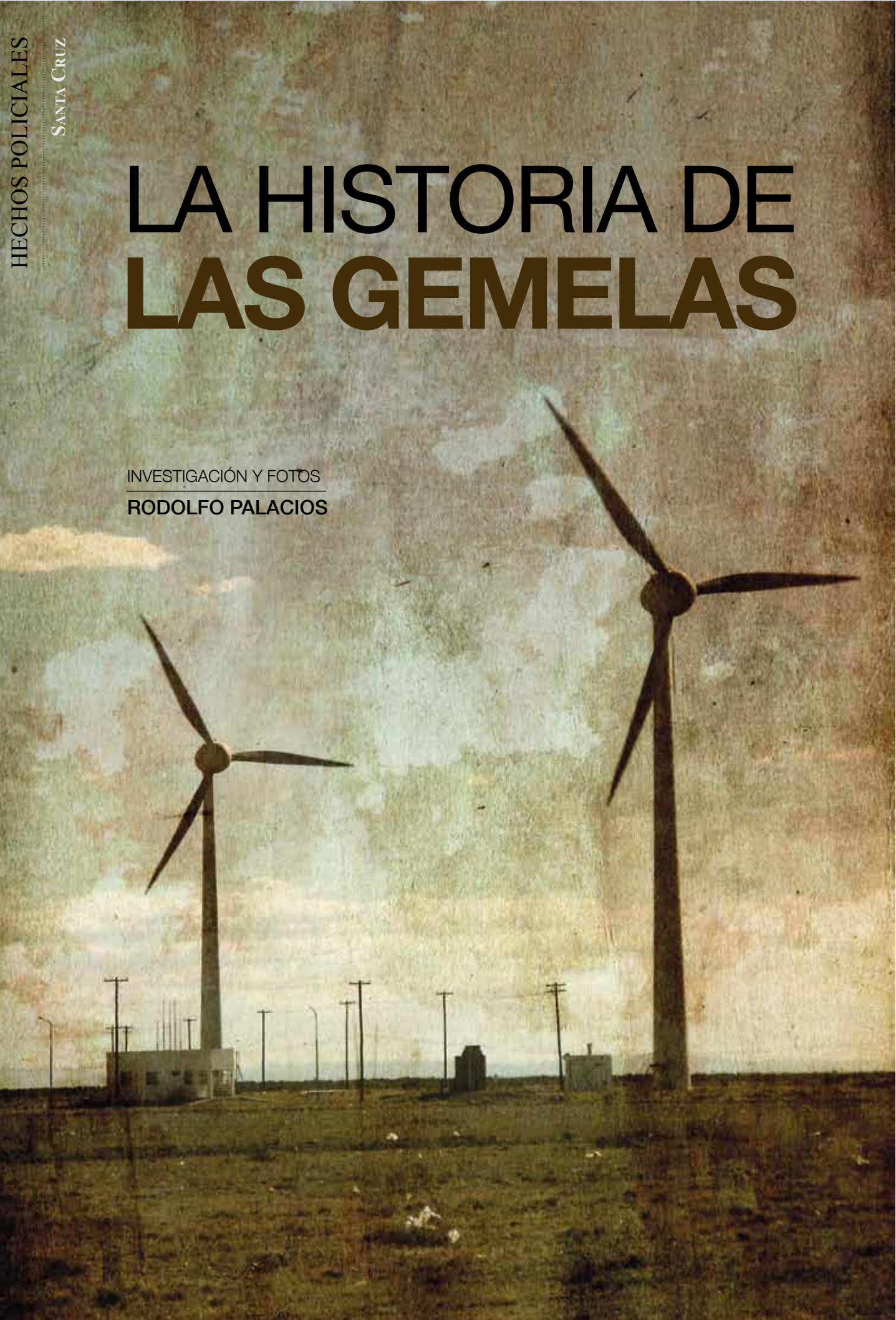
HECHOS POLICIALES

SANTA CRUZ

LA HISTORIA DE LAS GEMELAS

INVESTIGACIÓN Y FOTOS

RODOLFO PALACIOS



RODOLFO PALACIOS
Mar del Plata, 1977

Trabajó en el diario *La Razón* y en las secciones policiales de los diarios *El Atlántico*, de Mar del Plata, *Perfil* y *Crítica de la Argentina*. Colaboró en el semanario *La Maga*, en las revistas *Playboy*, *Ñ*, *Muy Interesante* y en el programa *Cárceles*, de Telefe. Escribió los libros *El Ángel Negro, vida de Robledo Puch, asesino serial* (Aguilar), *Pasiones que matan*, *13 crímenes argentinos* (Aguilar*), Adorables criaturas, crónicas grotescas de ladrones y asesinos* (Editorial Ross) y *Conchita, el hombre que no amaba a las mujeres* (Libros de cerca). Además es autor de dos biografías de la colección «200 argentinos, vida, pasión y muerte (1810-2010)», dirigida por Jorge Lanata para la *Revista 23*. Dicta talleres de crónica policial en el Centro Cultural Ricardo Rojas. Que la crónica policial es lo suyo, no nos cabe duda. Y que es un buen profesor, tampoco. Vean si no en esta crónica cómo nos lleva ante asesinos, víctimas y parentela para jugar al ping-pong y comer ravioles.

En los sueños de Marcelina del Carmen Orellana, los muertos aparecen en blanco y negro. A sus abuelos los sueña como si fueran parte de una foto antigua. Y a su hija Johana —asesinada hace dos años— Marcelina la ve como una actriz de Hollywood: peinado tirante, cejas finas, ojos negros, labios y nariz que caben perfectos en una cara angulosa parecida a la de Audrey Hepburn.

Algunas veces la imagen es doméstica. Otras, es absurda. Una noche, Marcelina soñó con una escena que rompía la monotonía habitual del paisaje árido y salvaje de su pueblo: al pie de un cerro, en un camino que el viento patagónico cubre con nubes de polvo y tierra, Johana sacaba una bolsa llena de peces de colores y los mezclaba como si fueran caramelos. La acompañaban dos amigas: contrastaban con su palidez grisácea. Cuando veía a su madre, Johana le tiraba los peces, que caían y aleteaban contra el suelo arenoso. Algunos quedaban atrapados entre la maleza: sus movimientos repentinos se volvían lentos como el pestañeo de un moribundo. «Tírenle más pececitos a la mami así se asusta» les pedía Johana a las chicas. Bajo los pies de Johana había flores.

—Flores asesinadas —dirá en un rato Marcelina.

No dirá flores marchitas: dirá flores asesinadas. Sin perfume.

En Pico Truncado, pueblo de veintiún mil habitantes del norte de Santa Cruz, no crecen flores ni nadan peces: de la superficie solo brotan cerros, matas de pasto y petróleo. El único río que lo atraviesa, el Deseado, en los días de verano queda reducido a un hilo de agua y en

invierno fluye a correntadas. Paradojas de la naturaleza, reaparece en la época en que los pobladores desaparecen: con la llegada del frío la gente se encierra en sus casas porque el aire lastima y la nieve cubre las calles.

Dos años atrás, sin embargo, en el invierno de 2010, hubo al menos dos personas que —a pesar del clima— estuvieron a la intemperie y en el medio del frío. Una fue Johana. La otra, su asesino. Ambos estaban en un terreno descampado en las afueras del pueblo. No se sabe cómo llegaron hasta ahí, pero sí se sabe lo otro: el hombre mató a Johana de dos balazos y con ese asesinato marcó el inicio de un caso digno de una tragedia griega, y del que dos años después —es decir, ahora— hablaría todo el país. Mientras tomo el avión a Pico Truncado, Víctor Cingolani, indicado como presunto asesino, está haciendo los últimos ajustes de su casamiento con la hermana gemela de su presunta víctima. Cingolani y su novia quieren contraer matrimonio —como finalmente lo harán— el catorce de febrero: el Día de los Enamorados.

Camino sin rumbo por las veredas desiertas de Pico Truncado. Es la hora en la que se duerme la siesta en todos los pueblos. La paz imperturbable me atormenta: llegar de Buenos Aires a un lugar sin avenidas, sin sonidos y sin caos de tránsito es inquietante. Tendré que acostumbrarme antes de que el silencio me parezca también un ruido ensordecedor.

Llego hasta la casa de Marcelina, la madre de Johana. Está ubicada en un barrio de construcciones parecidas a las que los niños dibujan en primer grado: un rectángulo con una puerta, una ventana y un techo a dos aguas. Entro sin tocar timbre. La puerta está abierta, como en las otras casas de la cuadra. Cuando paso al living, veo que Marcelina está sentada frente a una mesa negra. El ambiente es lúgubre. La mujer no se sorprende por mi visita no anunciada.

Desde un tiempo a esta parte, la casa de Marcelina se convirtió en un destino obligado de curiosos y periodistas que buscan saber todos los detalles de una historia que llegó a los medios del mundo. Una historia al estilo de las tragedias de Eurípides. Una historia que bien puede ser el eslabón perdido de los dramas de Shakespeare. Una historia que parece concebida por la mente de Pedro Almodóvar. Una historia que recién fue resumida en pocas líneas y que ahora va a profundizarse un poco más: Johana Casas fue asesinada en julio de 2010.

Dos años después, Edith Casas —su hermana gemela— va a casarse con el presunto asesino y exnovio de Johana. Ese hombre, Víctor Orlando Cingolani, está preso en la alcaidía del Pueblo. Marcelina —la madre de las chicas— está haciendo todo lo posible para impedir que la boda se realice. Ella todavía no lo sabe, pero lo cierto es que no tendrá éxito. Aun cuando presente un recurso de amparo a la Justicia y aun cuando pida que se analice el estado mental de Edith —Marcelina cree que está loca— los peritos darán el visto bueno y la boda se realizará en el medio de un escándalo. Volarán huevos para Cingolani y Marcelina no irá a la ceremonia.

Pero eso es el futuro. Marcelina, ahora, ignora —aunque tal vez intuye— lo que vendrá.

—Ese casamiento es otro funeral —dice Marcelina.

Tiene los párpados inflamados y los labios detenidos en un rictus triste. En el cuello lleva una cadenita con la imagen de Johana. Es un

Pico Truncado. Veintiún mil habitantes.

La madre. Marcelina del Carmen Orellana.

Silba la bala su melodía de muerte.

Cuando ve a Edith, Marcelina cree ver a su hija asesinada renacer en su hija viva.

rostro que aparece en todos los portarretratos de la casa, como una imagen icónica. No hay, en cambio, fotografías de Edith. Ella se las llevó todas cuando se peleó con su madre y se fue a vivir a lo de la hermana de Víctor Cingolani.

Por este tipo de cosas, Marcelina cree que Edith —de veintitrés años— es víctima de otro crimen; un crimen simbólico que la ha dejado muerta en vida. Marcelina siente que Edith es asesinada cada día por una pistola invisible que se dispara en silencio.

—Está tan muerta como su hermana.

Durante mi primera visita, Marcelina dice pocas palabras. Pero cada una de ellas suena como una sentencia. Aunque vive a dos cuadras de Edith, dice que hace varios días que no se cruza con su hija. Cada vez que la ve siente escalofríos. Edith y Johana eran dos gotas de agua: la misma cara, el mismo cuerpo, la misma mirada, los mismos gestos, el mismo tono de voz, la misma risa, la misma forma de caminar. Cuando ve a Edith, Marcelina cree que ve a Johana. Es como si su hija asesinada renaciera en su hija viva. Y si antes confundirlas era tierno (cuando eran bebés Marcelina se equivocaba y le cambiaba el pañal dos veces a la misma), ahora es siniestro.

—Usted va a pensar que no estoy bien de la cabeza —dice Marcelina mientras acaricia la cadena en su cuello—. Pero creo que Edith me mira con los ojos de Johana. Y clama justicia. Y lo que no puedo saber es si Edith está con el asesino de su hermana porque quiere vengarla o porque está loca. A veces pienso que está poseída. ¡Habiendo tantos hombres fue a meterse con este!

—¿Está segura de que Cingolani mató a Johana?

—No hay dudas de eso. Cingolani es el demonio en persona.

—¿Cree que Edith está en peligro?

—Sí. El asesino podría matarla como mató a Johana. Son una familia muy rara.

—¿Por qué dice eso?

—No sé si son de una secta o algo así. A la Edith la tienen como secuestrada. No es la misma. Cuando la veo hablar por televisión, no es ella. Le lavaron la cabeza. Quizá si usted llega a conocerla pueda darse cuenta de lo que le digo. La hermana de Cingolani no la deja sola en ningún momento. A mí me odia. Ayer salí a caminar y me persiguió doce cuadras en su camioneta. Hice la denuncia.

—¿No piensa hablar con Edith?

—Para Navidad le mandé mensajes pero ni me contestó. Cingolani me las robó a las dos. Eran muy unidas. Si usted viera las fotos se daría cuenta.

—¿Puedo ver esas fotos?

—No lo tome a mal, pero la prensa está lucrando con esta tragedia. Han llamado de todo el mundo y me enteré de que un vecino vendió una foto a un diario alemán. Todos ganan dine-

La víctima. Johana Casas.

La gemela. Edith Casas, durante el juicio.

ro y yo sigo pobre. Si quiere una foto, va a tener que pagarla. Acá pasan cosas extrañas. El sueño que tuve con mi hija y los peces es raro. No hay día en que no busque saber qué me quiso decir la Johanita. El otro día tuve una pesadilla muy tenebrosa. Otro día se la cuento.

La mujer me acompaña hasta la puerta mientras yo recuerdo el sueño de Johana y los peces. Me siento aturdido. ¿Habrá un mensaje cifrado en ese sueño? Pienso en *Twin Peaks*, la mítica serie de David Lynch en la que el detective Cooper, del FBI, busca resolver los enigmas del crimen de Laura Palmer a través de las imágenes que sueña en la cama del hotel de un pueblo extraño.

El suelo que piso es —como en el sueño— pedregoso y seco. Apuro el paso. En unos minutos Claudia, la hermana de Cingolani, me pasará a buscar por el hotel donde me alojo. Ella y su hermano han decidido recibirme y dar su versión de la historia. Contacté a Cingolani con una simple carta que le envié a prisión y en la que me comprometía a no juzgarlo, sino a escuchar su relato. Me llamó por teléfono y me anotó como visita para que lo viera el sábado y el domingo.

Me pregunto si podré conocer a Edith, hablar con ella, hacerle preguntas. Cingolani me dijo por teléfono que era una mujer de pocas palabras: solo hablaba con él, con su hermana y con sus sobrinos. La veo en unas fotos que imprimí: su belleza impacta. Es una belleza misteriosa, aunque acaso toda belleza lo sea. Tomo un café en el bar del hotel Ciervo Rojo y me detengo en su mirada penetrante y al mismo tiempo lejana. Escucho una bocina desde la calle. Levanto la vista y me impresiono: la misma cara que veía en la imagen ahora me mira a mí. Es Edith, sentada en el asiento del acompañante.

—Vamos a dar una vuelta —grita Claudia, a su lado. Tomo el último sorbo de café, guardo las fotos en un cuaderno y salgo a la calle.

A Johana Casas la mataron de dos balazos el dieciséis de julio de 2010. Su cuerpo fue encontrado por un entrenador de perros que recorría un descampado ubicado a unos cuatro kilómetros del centro de Pico Truncado, en una zona conocida como cordón forestal, cerca de un santuario de la Difunta Correa.

«Mataron a una de las gemelas». Ese fue el comentario que recorrió el pueblo.

En aquel entonces, Cingolani había dejado de salir con Johana y era novio de Edith. La autopsia reveló que el asesino la había ejecutado de un balazo a quemarropa en el corazón y de otro entre la segunda y la tercera costilla.

Desde un principio hubo dos sospechosos: Cingolani y Marcos «el tosco» Díaz, el último novio de Johana. Para los investigadores, los dos organizaron un plan para eliminar a la chica. «Era de ellos o de nadie» argumentó un detective sobre el móvil del crimen. El veintisiete de junio de 2012, la Justicia condenó a Cingolani a trece años de prisión. Los jueces tuvieron en cuenta tres pruebas: las manos del acusado tenían pólvora según la prueba de parafina (creen que empuñó el arma con las dos manos), un rastreo de perros había comprobado que Cingolani había estado en la escena del crimen, y la coartada —que había pasado la noche en el casino y en la casa de una amiga— se había derrumbado. A Marcos «el Tosco» Díaz, por su parte, lo habían detenido pero lo liberaron a la semana porque no tenía pruebas en contra,

Primera mirada. Edith Casas

El acusado. Víctor Orlando Cingolani.

aun cuando había estado con Johana y con un grupo de amigas en la noche del crimen. Tiempo después, sin embargo, un ADN realizado en una colilla de cigarrillo encontrada en el lugar del crimen lo incriminaría porque había sido fumada por él. Díaz será juzgado en otro juicio porque estuvo seis meses prófugo.

—A Víctor nunca lo pudieron ubicar en la escena del crimen. No hay testigos que lo hayan visto o lo acusen. Y el dermonitrotest, que es la prueba de parafina, fue hecho sin la presencia de los peritos de parte ni oficiales. Y el policía que se lo hizo no tenía guantes y usó una cinta scotch que cortó con los dientes —dice Claudia mientras vamos en la camioneta hacia su casa. Edith vive ahí desde que se peleó con sus padres.

—Pero según ese test, tu hermano tenía pólvora en las manos.

—Tenía pólvora en la mano derecha, apenas en la izquierda. Es raro, porque él es zurdo. El asesino es Marcos Díaz, a él lo vieron con Johana poco antes del crimen.

Minutos después llegamos a la casa de Claudia. No hay nadie acá adentro. Martín, el marido de Claudia, trabaja en el petróleo —como muchos de los hombres del lugar— y ahora está en Comodoro Rivadavia.

—El petróleo avejenta. Mi marido tiene treinta y cuatro años pero parece mucho más grande —dice Claudia mientras abre y cierra puertas de un aparador. Luego me pregunta por Buenos Aires. A las dos les llama la atención que haya venido desde allá. A Buenos Aires la ven inalcanzable, como una ciudad de película que tiene la forma de la pantalla del televisor y donde a diario hay crímenes, robos, peleas y chimentos. Claudia pregunta por los famosos y dice que a Pico Truncado no llega nadie, ni siquiera músicos de medio pelo.

Edith escucha todo en silencio. Claudia sigue hablando y pasa de la farándula a los temas mundanos: anuncia que va a cocinar ravioles. Propongo ir a comprar un vino y pan, y Edith me quiere acompañar. ¿Querrá contarme algo? ¿Me pedirá ayuda? ¿Dirá que está secuestrada? Para nada: solo quiere salir a tomar aire. Vamos a una despensa que hay a dos cuadras. Le pregunto si conoce Buenos Aires y me dice que nunca salió de Pico Truncado.

—¿En Buenos Aires hay montañas? —pregunta.

—¿Cómo si hay montañas?

—Bueno, lomas, subidas.

—No, hay torres, moles de cemento y una multitud de estresados.

Volvemos y en la casa hay olor a tuco. Claudia pone los platos y Edith acomoda el pan sobre la mesa. Al rato cada una viene con una fuente: la de Edith tiene ravioles, la de su cuñada, estofado.

—Te vas a chupar los dedos —dice Edith.

Ahora soy yo el que está en silencio, observándola hipnotizado. En todo asesinato, el periodista policial busca saber cómo era la víctima. Casi siempre, la persona asesinada es una foto que entregan sus familiares para que aparezca en la prensa. La única posibilidad de verla es a partir de ese instante estático que pasa de mano en mano. Una de las tantas cosas que me impresiona de este caso es que es posible ver a la víctima en movimiento; ver a Johana sobrevivir en Edith. No solo en sus rasgos, sino en todos los detalles: desde la respiración hasta algún gesto imperceptible. Ahora las palabras de su madre Marcelina resuenan en mi cabeza:

El implicado. Marcos «El Tosco» Díaz.

El barrio. Frío apacible en Pico Truncado.

«Son dos gotas de agua», «Veo los ojos de Johana en los ojos de Edith», «La Edith está poseída, pobrecita».

Miro a Edith y no veo a una poseída, sino a una chica misteriosa. Devoramos los ravioles y con Claudia vaciamos una botella de vino tinto. Edith tiene el vaso lleno y empieza a tomar de a sorbos, casi por aburrimiento.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —quiero saber. Ella sonríe por primera vez —la sonrisa la hace aún más bella— y responde con otra pregunta.

—¿Vos tenés segundo nombre?

—Sí, pero no lo pienso decir.

Al decir eso, sé que voy a generar una curiosidad desmedida. Siempre me pasa. Llamarse Remigio es algo atípico, extraño, aunque haya sido el nombre de mi abuelo y de mi bisabuelo, los dos comisarios, los dos perseguidores de cuatreros y piratas del asfalto.

—Te digo mi segundo nombre si me decís el tuyo.

—Mejor tratemos de adivinarlo —propongo. No es una estrategia, aunque terminaré viendo que este juego inocente y hasta infantil me acercará tanto a Edith que en los días siguientes me confesará hasta sus sueños, tan enigmáticos como los de su madre.

—Yo quiero jugar —pide Claudia.

Hacemos dos ahorcados. Yo debo adivinar el nombre oculto de Edith, y ellas el mío. Vamos anotando las letras correctas y tachando las incorrectas.

Después de varios intentos, ellas llegan a nombres tan o más extraños que Remigio. Edith arriesga algunos imposibles: «Refugio», «Revagio», «Relagio», «Retagio», «Religio».

—¡Eso! —grita cuando ve mi cara de sorpresa al escuchar Religio— ¡se llama Religio!

—No.

—¿Repigio?

—Menos.

—¿Retugio?

—Mucho menos.

—¿Remigio?

—Sí. Remigio.

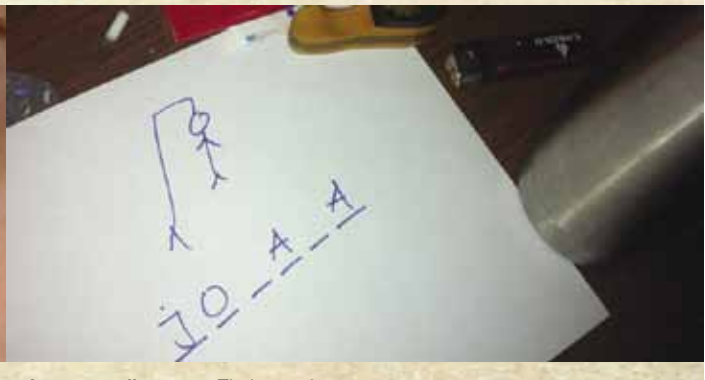
Edith y Paula se abrazan como si hubiesen adivinado la pregunta del millón. Ríen a carcajadas y se burlan de mi segundo nombre. Yo podría haber adivinado el de Edith, pero algo me frena. En el papel anoté: «JO—A—A».

Faltan dos letras y, salvo que el segundo nombre sea «Jovata», todos los caminos conducen a Johana. Temo decirlo por si me equivoco y el nombre de Johana le trae recuerdos o pesadumbre. Por otro lado, sería raro que su madre le haya puesto el mismo nombre que a su gemela. Me doy por vencido para evitar un momento incómodo. Edith devela el misterio:

—Johana. Edith Johana me llamo. Johana, como mi hermana.

La cárcel de Truncado es muy distinta a las cárceles bonaerenses. Hay guardias cordiales, pisos encerados, paredes blancas que parecen recién pintadas y olor a líquido desinfectante de lavanda. A Cingolani le llevo un pan dulce, un budín, galletitas surtidas, cinco atados de cigarrillos y un cómpact de Leo Mattioli, su ídolo (Cingolani me mandó una carta en la que cita fragmentos de canciones, le dedica temas románticos a Edith y le agradece a Dios por haberla puesto en su camino). Aprovecho para colar en la bolsa una lapicera y un cuaderno. Eso me servirá a mí a la hora de entrevistarlo. Si los

Foco. La segunda mirada de Edith Casas.



Juegos peligrosos. El ahorcado.

guardias se enteran de que soy periodista, probablemente no me dejen entrar sin autorización judicial. Para ellos soy un amigo de Cingolani que llegó desde Buenos Aires.

Un guardia me lleva a una salita, donde me hace desnudar. En un tacho de basura veo que hay objetos que los familiares no pudieron entrar: pastillas de Viagra, un ladrillito de marihuana, preservativos. Yo paso la revisión y el control, salvo por un detalle: el pan dulce es frutado y está prohibido. En las celdas —dicen— se podría usar la fruta para fermentar y hacer el «pajarito», el trago alcohólico de los presos. No me imagino a un preso destrozando el pan dulce solo por la fruta abrillantada, pero así son las cosas.

Otro guardia me toma las huellas dactilares y me lleva hacia un pasillo. La cárcel no huele a cárcel: huele a hospital. Se abren dos rejas; detrás de la segunda me espera Víctor Cingolani. Tiene veintiocho años, es robusto, tiene ojos grandes (luego me dirá que le dicen «el ojón»), lleva el pelo corto y viste una remera blanca ajustada, un pantalón de gimnasia gris y zapatillas.

Otro guardia me toma las huellas dactilares y me lleva hacia un pasillo. La cárcel no huele a cárcel: huele a hospital. Se abren dos rejas; detrás de la segunda me espera Víctor Cingolani.

Me abraza como si me conociera desde hace tiempo. El salón, que parece recién pintado de blanco, tiene mesas, sillas y una puerta que conduce a un patio a cielo abierto. Aunque en la celda está solo, en los espacios comunes Cingolani convive con nueve presos. Con ellos juega al ping-pong y a la play station. Lo hace en los ratos libres. Luego, de dos a siete de la tarde, Cingolani trabaja en la carpintería del penal: fabrica sillas, banquitos, mesas, revisteros, portarretratos y cuadros. Su hermana Claudia se dedica a vender los productos afuera y la ganancia total es para el detenido. En otras prisiones, los presos trabajan pero solo cobran un mísero peculio de cincuenta pesos mensuales.

—¿Te parece que soy como dice la prensa? —quiere saber Cingolani.

Estamos sentados a una mesa, con mate y facturas de por medio. En unos minutos llegarán su hermana y su novia.

—¿Y cómo dice que sos la prensa?

—Un monstruo. Un monstruo asesino.

—A simple vista, no parecés —le digo.

Cingolani sonríe.

—Cuando leas la causa te vas a dar cuenta de que no hay pruebas. Está todo armado por-

Prisión. Llegando a la cárcel.

Encuentro. Cingolani y el autor.

que en Santa Cruz la justicia es así: condenan a un perejil porque necesitan a un asesino para conformar a la familia.

—En la causa dice que le pegabas a Johana, que la tenías amenazada y que tenías pólvora en las manos.

—Es mentira. Nunca le pegué. Y la prueba de parafina se hizo sin que yo supiera lo que me estaban haciendo. Y como dije al juez, había estado en la camioneta de mi cuñado, que suele cazar y dejar las balas en los asientos. Y además uno puede tener la sustancia de la pólvora si toca orina, fertilizantes. Eso lo dice un perito químico.

—En el expediente consta que los investigadores comprobaron que estuviste en el descampado donde mataron a Johana.

—Hubo tres rastreos con perros. Dos dieron negativo con testigos. Y llamativamente uno dio positivo sin testigos. Además no es una prueba científica. El olor de una persona puede quedar hasta un mes en un lugar, eso dicen los peritos. Además no tengo auto como para llegar a ese lugar. Yo estaba a veinticinco cuadras de ahí.

—La familia de Johana te acusó de haberle mandado mensajes en la que la amenazabas de muerte a ella y a su novio.

—Es mentira. Y esos mensajes, dice la causa, fueron hechos en forma anónima.

—¿Qué hiciste la noche del crimen?

—Fui al casino. Pedí que incorporaran las cámaras de seguridad pero no lo hicieron. Luego fui a la casa de una amiga. Estuve hasta las seis de la mañana. A esa hora estaban matando a Johana. Hacía seis meses que yo no salía con ella. Sus amigas dijeron lo mismo.

Antes de que fuera acusado de asesinato, Víctor Cingolani era un pibe de pueblo que trabajaba doce horas por día en una empresa petrolera. Hacía recorridos y fue jefe de cuadrilla, ayudante en tareas generales y mecánico. Por las noches, si no llegaba cansado, salía con sus amigos. Prefería ir a los prostíbulos antes que a los bares.

—Amo la noche. Con mis amigos la aprendimos a controlar. Aprendí a esperar, a no ser ansioso, a disfrutar cada noche porque no hay dos noches iguales. Las mujeres venían solas sin que las fuera a buscar como un desesperado. Me gustaba dialogar, conocer historias. Íbamos al puticlub, pero a charlar. A veces las chicas no cobraban porque pegábamos onda.

—Por lo que se lee en la causa, eras un mujeriego empedernido.

—¡No! ¿Te parece?

—¿Cuántas mujeres pasaron por tu vida?

Cingolani se queda callado y cierra los ojos. Después de un breve cálculo mental, revela:

—Y…habré estado con unas cuarenta mujeres.

—¿Cómo conociste a Johana?

—El otro día se lo conté a Edith y ella se reía. A Johana la conocí en el bingo, un mediodía. Yo estaba con mi vieja y una amiga de ella. Johana estaba en una mesa con su padre y su hermano, a unos quince metros. Ella me miraba y yo me daba cuenta. Era muy bonita. «A que me la levanto» le dije a la amiga de mi vieja. Yo venía de una racha ganadora. La miré a Johana y le hice señas. Enseguida se levantó y fue con una amiga al baño. Al salir me tocó la espalda, me di vuelta y me dio un papelito. Me había anotado su nombre y el número de celular. Le mandé mensajes al toque. Nos vimos un par de veces y nos pusimos de novios. Salimos un año y medio.

El descampado. Todo ocurrió allí.

Suerte. El Casino de Pico Truncado.

—¿Llegaste a salir con las dos al mismo tiempo?

—No, eso nunca.

—¿A Johana la dejaste por Edith?

—Con Johana nos separamos porque ella quería tener hijos y yo no. Además a Johana no le gustaba la noche.

—¿Y cómo te fuiste enamorando de Edith? —quiero saber.

—Con el tiempo. Edith era mi cuñada. Su novio se llamaba Wilfredo. Salíamos los cuatro. A veces la invitaba a salir a Johana y como Edith estaba sola venía con nosotros. Me sedujo su humildad, su sencillez, su bondad. Ella es muy reservada. Su hermana, que quería ser modelo y hasta fue elegida Reina de la Belleza de Pico Truncado, era más revoltosa. Edith ahora capaz que quiere modelar. Famosa ya es.

—¿Nunca las confundiste?

—No. Y eso que eran iguales. Hasta el mismo tono de voz. Pero Johana se producía más y Edith es más sencillita. Igual a veces la veo a Edith de perfil y me parece que es Johana. Se ríen igual. El otro día se lo dije. Eso me impresiona.

—¿Johana y Edith se pelearon por vos?

—No. Edith le fue de frente, le dijo lo que nos pasaba y Johana lo entendió. A Johana la quise. A Edith la amo.

—Cualquier manual de psicología diría que en Edith ves a Johana y que en el fondo sentís que la reemplazaste, o que Johana sigue viva.

—Esas son pavadas.

—En la causa, una testigo dice que le dijiste a Edith que querías salir con ella porque en Pico Truncado era lo más parecido que había a Johana.

—Eso es falso. Esto es un pueblo y en los pueblos se dicen muchas mentiras. Se vive del puterío. Haber salido con las gemelas, que para muchos eran las chicas más lindas del pueblo, no fue una fantasía. Igual te voy a confesar algo antes de que venga la gorda. Vos sabés que después intercambiamos parejas. Es decir, yo me puse de novio con la Edith y Wilfredo, el novio de la Edith, se puso de novio con la Johana.

—¿Eran swingers?

—¡No! Se dio así. Acá muchos se han hecho el coco pensando chanchadas. Algunos sinvergüenzas del pueblo me han puesto un apodo fulero.

—¿Cuál?

—Bin Laden. Osama Bin Laden.

—¿Por?

—Porque me volteé a las gemelas.

—¿Les gustaría tener hijos? —pregunto, como para cambiar el tono de la charla.

—Es nuestro sueño. Yo maduré. Te voy a confesar algo porque me caés bien. ¿Sabés una cosa? Hace dos días soñé que Edith y yo estábamos abrazados. Y en el medio, acurrucadito, había un bebé. Nuestro bebé.

—¿Qué dijo ella de ese sueño?

—Se emocionó hasta las lágrimas. Tengo otro sueño lindo. Ya lo soñé como tres veces. Los dos caminamos por la playa, sobre la arena, descalzos y de la mano. El mar es azul como el del Caribe.

—¿Cuántos hijos quieren tener?

—Cuatro. Nos gustan dos nombres.

—¿Los puedo saber?

—Sí, aunque si se entera la Edith me mata. Mantenelos en secreto, o hasta que ella te los diga. Nos gustan los nombres Johana y Luisina.

—¿Johana por tu exnovia o por el segundo nombre de Edith?

¿Con cuál? Cingolani y una de las gemelas.

Dalí. El pub de Pico Truncado.

—Las dos se llamaban así. Y es un lindo nombre. Pero me gusta porque es el segundo nombre de Edith.

—¿A Johana la soñaste?

—Yo estaba en un complejo del gas del Estado: era una especie de puente con dos puertas laterales abiertas. Ella venía caminando. Lloraba. Yo la paraba y le preguntaba: «¿Estás contenta por lo que pasó?». Y ella me decía: «No». Y se iba triste, con otra chica.

—¿Qué interpretación hacés de ese sueño?

—Creo que Johana confirmaba que yo era inocente. Me daba la razón porque yo le preguntaba si estaba contenta y me decía que no. Y esto lo soñé después del juicio. Después de que me condenaran.

En este momento, la gemela entra en el salón con su cuñada Claudia. Los novios se saludan con un beso apasionado. Ellas apoyan en la mesa los ravioles que sobraron de la noche anterior y una docena de empanadas de carne y de jamón y queso.

—Preguntáme lo que quieras —dice Cingolani. No lo hace con tono desafiante, sino amistoso.

—¿Recordás algún momento que hayan vivido los tres: vos, Johana y Edith?

—Jugábamos mucho. Siempre me acuerdo de una tarde en que las cargué a caballito a las dos. Ellas me pedían que corriera. Pero nos caímos. ¿Te acordás, gorda?

Edith lo mira pero no dice nada.

Cingolani insiste:

—¿No te acordás que nos caímos los tres? Fue en una esquina. Ustedes me pedían que apurara. Son recuerdos que te quedan.

Edith asiente con la cabeza, quizás para conformar a su novio.

Él le acaricia el pelo, le besa el cuello con ternura y dice:

—Me llenó la humildad que tiene Edith. Eso me enamoró de ella. Me voy tatuar su nombre.

—Y yo me voy a tatuar las iniciales J y V —agrega Edith—. Por Víctor y Johana.

Miro a Cingolani.

—¿Sentías que en el juicio Edith te apoyaba pese a estar con los padres y con una camiseta que pedía justicia por su hermana?

—Ella pedía justicia y eso está bien. Me miraba como al hombre de su vida, no como al asesino de su hermana. En el juicio trataba de no mirarla para que la familia no le dijera nada. Pero fue difícil. Es tan linda que la mirada se me iba sola. Armaron una historia falsa que compró el juez. La hipótesis de los investigadores es que con Marcos y Johana nos fuimos a charlar a un descampado. Luego el sacó el fierro, le metió un balazo y me lo pasó a mí para que le diera otro balazo. Eso es increíble.

—Yo miré dos veces la novela *Resistiré*, con Pablo Echarri y Fabián Vena, que hacía de malo —dice Edith—. Hace poco estaba viendo la repetición. Digo esto porque en el sueño apareció Fabián Vena, en el papel de Mauricio, el villano de la novela. Y mi hermana estaba rara. No tenía forma. Parecía un alma. Toda iluminada. Fabián Vena la acarició, ella se puso a llorar y al final dijo…dijo…

Pero Edith no termina de contar el sueño. Llora y Cingolani la abraza.

¿Qué habrá dicho el espectro onírico de Johana? ¿Lo sabré algún día? Pienso en eso mientras la pareja sigue abrazada; me siento atrapado en la madeja de un mensaje cifrado. O al menos eso me pasará cada vez que los protagonistas de esta historia me cuenten sus

Cárcel. Edith y Cingolani, juntos.

Camiseta. Edith con el rostro de Johana.

Ella pedía justicia y eso está bien. Me miraba como al hombre de su vida, no como al asesino de su hermana.

sueños. Ellos creen que detrás de esas imágenes fragmentadas, como escenas arrancadas a películas cuyo género sería imposible adivinar, se oculta una verdad. No quiero preguntar cuál fue el final de ese sueño que tanto atormenta a Edith. Volvemos a tomar mate, a jugar al Ludomatic. Esta vez gana Edith y el perdedor es Cingolani.

—¡Tiempo! —grita un guardia para dar por finalizado el horario de visita. Antes de despedirnos, Cingolani les dice a Edith y a Claudia:

—Lleven al Rodolfo a la escena del crimen, y a hacer el recorrido que según la policía hice hasta matar a Johana.

Sigo pensando en el sueño inconcluso de Edith. Mejor dicho: en el relato inconcluso del sueño. ¿Qué dijo Johana? No es el momento de preguntarlo.

Salimos de la cárcel y subimos a la camioneta de Claudia. Son las siete de la tarde pero parece mucho más temprano. En Pico Truncado anochece a las nueve de la noche. La temperatura supera los treinta grados y en una radio local dicen que es una marca histórica, que hace más calor que en el norte argentino. Ahora haremos un paseo hacia el pasado, hacia la madrugada en la que víctima y asesino quedaron cara a cara, en ese instante irreversible en el que una persona mata a otra y se mata a sí misma. Siento una tensión que no llega a ser incomodidad: he recorrido muchas escenas del crimen, he caminado por donde caminaron las víctimas antes de ser arrebatadas de este mundo. Pero esta vez es distinta: voy al lugar de los hechos con una mujer que es igual a la asesinada.

Ahora pasamos por la plaza del pueblo, convertida en centro de reunión de jóvenes que se pasan botellas de cerveza mientras escuchan Agapornis, el grupo cheto de cumbia que fascina a los porteños. Enfrente está el Casino, un edificio dorado que desentona con el lugar: parece trasplantado de una ciudad bulliciosa.

—Acá estuvo Víctor la noche en que mataron a Johana —dice Claudia. Seguimos viaje hacia un barrio situado a unas cinco cuadras del centro. «Puta cabaretera» se lee en una casita.

—Ahí vive la amiga de mi hermano, que trabaja en el cabaret «Tu Noche». Ahí estuvo él mientras mataban a Johana —sigue Claudia. Edith va a su lado, callada, atenta a todo. Pasamos por una calle interna. Me cuentan que el cine cerró hace rato y que el teatro del pueblo abre cada tanto: ese cada tanto puede durar dos años. «Osvaldo Maimo, te merecés un monumento…encima tuyo» se lee en un grafiti es-

Fabián Vena. El villano de «Resistiré».

Claudia. La hermana de Cingolani.

tampado en un paredón, dedicado al intendente peronista del pueblo.

Salimos del centro y tomamos la Ruta 44. A lo lejos se ven cuatro molinos de viento de una planta hidrógena. Es una zona de descampados: en algunos hay altares del Gauchito Gil, y en otros hay criaderos de lombrices de tierra o de caballos de carrera. También hay quintas con invernaderos y están —cerca— las vías muertas del tren, que dejó de pasar el quince de enero de 1978. Atravesamos un camino cubierto de piedras que levanta tierra y polvillo a nuestro paso. El viento silba un sonido parecido al de una quena. Nos aceramos a un lote que ahora está enrejado.

—Ahí encontraron a Johana. Habían puesto una cruz, pero alguien compró el terreno y lo enrejó para construir una vivienda. Acá no se encontró ninguna huella de mi hermano.

Eso dice Claudia, mientras estaciona la camioneta. Edith tiene una expresión sobresaltada, al borde del espanto, como si ya hubiese estado en este lugar. Me pregunto si su madre Marcelina tiene razón cuando dice que ahora Johana mira a través de los ojos de su hermana. Edith llora en silencio. Como si contemplara su propia muerte.

—Ahora vas a conocer al dinosaurio del pueblo —avisa Claudia como para cambiar de clima. Ese dinosaurio fue construido en 1997 por el artista Carlos Regazzoni con restos de chapa y chatarra. Mide diecisiete metros de largo, tres de ancho y cuatro de altura. En la mole hay grafitis y leyendas de amor.

Hasta este lugar, según declaró Edith a la justicia, Cingolani la llevó obligada en un auto y la forzó a tener sexo, unos meses antes del crimen de Johana. Cingolani amenazó con abandonar a Edith y dijo que podía matarla y que nadie iba a culparlo a él. Pero Edith ahora jura que eso lo dijo obligada por sus padres.

No hay mucho más que mirar; volvemos.

Esta noche, Claudia me invita otra vez a su casa. Llevo cerveza y una parrillada para tres. Edith tiene buen apetito y sed. Entre los dos tomamos dos botellas de cerveza. Claudia va hacia su pieza, abre un cajón y vuelve con una caja llena de cartas. Cartas de amor que Cingolani le mandó en secreto a Edith, cuando él cayó preso y estaban distanciados. Esas cartas dirigidas a Edith fueron leídas por Claudia. Edith se está enterando en este momento. No logro entender por qué las leyó la hermana de Cingolani y no su novia. Cuando se lo pregunte, Cingolani dirá que lo hizo por timidez, porque no quería presionar a Edith durante el período de duelo que pasó por el asesinato de Johana. Además estaban un poco distanciados. Claudia me pasa una carta que Cingolani le mandó a ella (a Claudia): «Las chicas me tienen abandonado, pero cuando salga libre van a caer a mis pies», alcanzo a leer y pienso qué dirá Edith cuando lea esa frase. Pero ella lee todo con devoción. Me siento un testigo privilegiado de esta escena: de sus ojos de enamorada leyendo lo que su novio escribió de puño y letra, con la intención de que ella lo leyera algún día. Ese día es hoy.

En un momento, Edith va hacia el living y vuelve con fotos.

Un par de días antes, solo conseguía de Edith el silencio o la indiferencia. Hasta llegó a tratarme de usted. Pero ahora no solo me cuenta sus sueños sino que comparte sus recuerdos.

En la primera tanda de fotos aparece con su gemela. Las dos de bebés, de niñas (vestidas iguales, con conjuntitos rosas) y de ado-

Los molinos. A la salida el pueblo.

El dinosaurio. La obra de Carlos Regazzoni.

lescentes. En todas las imágenes adivino cuál es Edith, no sé si por casualidad o porque hay algo que la diferencia de su hermana y que no logro develar. Ella mira las fotos conmigo. Al menos en las fotos, las gemelas son inseparables. Nunca posan solas. Aparecen sonrientes, sacando la lengua, serias, abrazadas, subidas a un caballo. En la segunda tanda, Edith muestra fotos que se sacó con Cingolani. Hay algunas de un paseo romántico que hicieron a orillas del río Deseado, donde acamparon en una cueva, cerca de los cerros. En algunas imágenes Cingolani hace muecas. En otras, ambos aparecen en un gomón.

—¿Viste que te mostré todas las fotos? —me dice Edith.

—Gracias. La cerveza ya está haciendo efecto. Tomate otra —bromeo; ella ríe—. Viendo las fotos, se nota que con tu hermana tenían una comunicación especial.

—Sí, si a una de nosotras le pasaba algo, la otra lo sentía.

—¿Por ejemplo?

—Cuando éramos nenas yo le dije a mi mamá que Johana se estaba haciendo pis. Y al rato vino mi hermana del patio para decirle que se estaba haciendo pis. Y cuando yo tenía once años me atropelló un auto cuando andaba en bicicleta. Estuve en coma, internada en Comodoro Rivadavia. Cuando me sacaron el respirador me hinché y empecé a llamar a Johana. Yo estaba con mi mamá y mi hermana estaba en Truncado con mi papá. Pero mis papás me contaron que Johana empezó a decir que yo la llamaba. Y estábamos a más de doscientos kilómetros de distancia.

—¿Sentiste algo la noche en que la mataron? —le pregunto.

Edith hace silencio. Luego respira hondo y habla.

—Estaba como rara. Incómoda. Yo estaba con amigas. No sabía qué me estaba pasando. No lo podía explicar. Era un vacío inmenso. Llegué a casa de madrugada y pasó algo extraño: mi reloj se detuvo a las cuatro y media de la mañana.

Se supone que a esa hora Johana era fusilada en el descampado.

Después de esta revelación, Edith decide contar el final del sueño en el que su hermana aparece como un fantasma. Los protagonistas de este caso buscan la verdad en los sueños. Si en los sueños de Marcelina —su madre—, Johana camina en blanco y negro y ríe, en los de su hermana y los de Cingolani llora a mares.

—En ese sueño mi hermana era un alma. Y Fabián Vena, que estaba en el papel de la novela, la acariciaba. Y ella lloraba.

—¿Y qué decía? —pregunté torpe y ansioso; temía que el llanto interrumpiera otra vez el final. Pero no hizo falta. Edith estaba entera.

—Y mi hermana, llorando, dijo: «Fue Marcos. Me mató Marcos».

—¿Y qué significa eso para vos?

—Que Víctor no la mató. Está claro. El asesino es Marcos. El Tosco Marcos Díaz.

Es tarde, llega la hora de irse. Camino por las calles de Pico Truncado sin destino fijo. Todo está cerrado, envuelto en una oscuridad que convierte el camino en una boca de lobo. Las únicas luces, estridentes y detectables a una cuadra de distancia, son las de los puteríos. Por las calles desfilan autos con jóvenes que dan la vuelta al perro. Pasan una y otra vez, lentamente, escuchando a Gilda o a Rodrigo. Intento entrar en el cabaret «Tu Noche», donde trabaja

Gauchito Gil. Altar en medio de la nada.

Edith. Mirando sus propias fotos.

Vanesa, la amiga de Cingolani y la mujer que el hombre usó de coartada, pero el lugar está cerrado. A tres cuadras está «La Reina de la Noche»: como todo puticlub, es un salón viejo con una fonola, una barra y varias chicas sentadas esperando la llegada de los hombres sedientos de alcohol y de sexo. En este lugar, en 2012, un tipo que había sido echado por un patovica por causar escándalos en el prostíbulo baleó la entrada y mató a un cliente e hirió a una chica. Entro y todos (ellas y ellos) me miran. Voy a la barra y canjeo la entrada por un whisky nacional con hielo. Se me acerca una mujer descomunal, alta, sensual, morena, cabello ondulado castaño, ojos felinos y labios perfectos. Lleva corpiño, tanga y zapatos rojos. Su desnudez brilla en la oscuridad del prostíbulo.

—¿De dónde sos? —le pregunto.

—De donde quieras —dice con cadencia colombiana.

No pasaré la noche con ella. Estoy en ese lugar para tratar de buscar pistas. Estos espacios sórdidos son el paraíso infernal por el que se movía Cingolani.

—Acá algunas muchachas lo conocían. Y no lo creemos capaz de lastimar a nadie. Todo lo contrario, bebé, un día un marinero le pegó a una de nosotras y él saltó a defender a la chica. Otra cosa no puedo decir. Llegué de Colombia hace un mes.

—¿Por qué elegiste venir a este pueblo?

—Porque hay mucho dinero, papi. Amorcito, acá hay petroleros aburridos que buscan chicas lindas.

La mujer me acaricia el pelo.

—Sí, corazón. Acá vas a ver gitanos que vienen a vivir porque venden sus autos. Y polizones que vienen de Dominicana o África porque acá pueden vivir de algo. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Acá hay un fruto que se llama calafate. Si lo devoras te quedas para siempre en este pueblo. Yo lo comí y creo que este es mi lugar en el mundo.

No quiero probar el calafate.

En el local suena una canción de Los del Fuego. Pido una moneda de un peso y me apodero de la fonola. Busco una canción que levante el clima, que lo vuelva festivo en vez de oscuro. Calamaro es el único rockero que aparece en el medio de Cristian Castro, Luis Miguel, Rodrigo, Karina, Damas Gratis, Alcides, Ricky Maravilla y Arjona. Elijo «Sin documentos», un hit de los noventa. *Déjame que te cierre esta noche los ojos / y mañana vendré con un cigarro a la cama / porque no tengo más intenciones que seguir / bebiendo de esta copa que no está tan rota. / Quiero ser el único que te muerda en la boca / quiero saber que la vida contigo no va a terminar. / ¡Porque sí, porque sí, porque sí! / Porque en esta vida / no quiero pasar más de un día entero sin ti. / ¡Porque sí, porque sí, porque sí!*

Las putas cantan y bailan. Los hombres se suman. El lugar es una fiesta. Una de las chicas, de vestido transparente, me saca a bailar y no logro negarme. Soy uno más. Puedo ser un marinero, un polizón, un petrolero, un camionero o un tipo infiel. Pero no soy más que un periodista de lentes lleno de dudas. La chica me quiere llevar al reservado. Me pide que le pague una cerveza con un pase de cien pesos y por trescientos me invita a una casa que hay al lado. Allí, en apenas media hora cualquiera de los hombres que ahora bailan y cantan puede vaciar sus miserias y —quizá— incluso puede

El desierto. Un pueblo fantasma.

La reina de la noche. Un cabaret de día.

Había tan poca gente en aquel pueblo, que la puta tenía que hacer de loco durante el día.

descubrir horrorizado que estas mujeres en tanga son a la vez madres y extranjeras que no ven a sus hijos desde hace mucho tiempo.

Todo —chicas y clientes— forma parte de una misma desdicha. Me voy, finalmente. El sueño y el cansancio han ganado.

Domingo por la mañana. Martín, el marido de Claudia, acaba de llegar de Comodoro Rivadavia, donde trabajó en un pozo petrolero. Hoy es su cumpleaños y su cordialidad lo lleva a hacerme una doble invitación. A la noche hará un cordero patagónico y ahora me llevará a dar una vuelta por la zona de los cerros. Subimos a la camioneta. Por la ventanilla puede verse el Cerro Truncado (se llama así porque su cima parece aplastada o incompleta) que le da nombre al pueblo y pueden verse los pozos con petróleo. Los camiones cargan máquinas y el ruido de los motores se impone a todo. Hay un olor parecido al de los talleres mecánicos: a nafta, grasa y aceite.

—Si veo algún animalito, voy a cazar —anuncia Martín.

Me pregunto qué me diferencia de un cazador. He venido a este lugar a cazar imágenes, intimidades, recuerdos, gestos, silencios y frases de los protagonistas de esta historia. Agazapado y acechante, con la mirada puesta a descubrir el más mínimo movimiento, busqué hurgar en las profundidades de la memoria de Cingolani y hasta probé puntería para capturar los sueños de su novia Edith.

—¿Ves algún avestruz? —pregunta Martín.

—Por ahora no —le respondo y echo un vistazo al paisaje monótono. Todo parece pintado por la mano de un artista aburrido.

Me pregunto qué me diferencia de un cazador. He venido a este lugar a cazar imágenes, intimidades, recuerdos, gestos, silencios y frases de los protagonistas de esta historia.

—¡Ahí va uno! —grita Martín y acelera por el camino de tierra. Levanta polvo a los costados y al frente. Adelante, a unos cincuenta metros, un avestruz corre como lo haría el Correcaminos ante la embestida del Coyote. Pero la camioneta de Martín no es el coyote del dibujito: alcanza al avestruz. El cazador y su presa están a pocos pasos. A pocos segundos. El avestruz se queda quieto. El miedo lo paraliza. El animalito ignora que le quedan diez segundos de vida. Lo que tarde Martín en frenar, levantar el rifle de sus piernas y hacer puntería. Pum. El primer tiro da en el ala derecha. El avestruz se tambalea.

Martín. El cuñado de Edith.

Toma uno. La caza del avestruz.

—Ya está —dice Martín. Se baja, corre al avestruz unos metros y lo agarra de las dos patas. Lo tira en la cabina de la camioneta, que se llena de sangre y plumas.

—Ahí va otro —dice Martín y acelera la camioneta—. Si nos quedamos atascados acá no nos saca nadie.

Luego frena, saca el rifle y hace puntería. Deberá ser preciso porque le quedan cuatro balas. Dos dan en el cuerpo de un avestruz. Otra le perfora la pata a un zorrito que ahora se escabulle por los pastizales. La cuarta da al pie de un cerro.

—Esta noche vas a comer corderito patagónico y avestruz —dice Martín.

Con la camioneta llena, ahora me lleva a un lugar donde hay otros seres que fueron cazados: la penitenciaría. Allí me espera Cingolani para nuestro segundo encuentro. En la sala hay ahora una mesa de ping-pong y tres mesas ocupadas con otros presos que reciben a sus familiares. Uno de ellos toca la guitarra para su esposa y su pequeño hijo.

Claudia aparece con un pan casero y con un tupper con la carne que sobró anoche.

—¿Jugamos al ping-pong? —pregunta Cingolani.

Edith lo alienta desde un costado, aunque a veces hincha por mí para fastidiar a su novio. Cingolani me cae bien y aunque las pericias lo definen como alguien peligroso con rasgos psicopáticos, me parece un buen tipo. Más allá de eso, no sé si estoy jugando al ping-pong con un asesino despiadado o con un inocente que está preso.

Cingolani tiene un golpe potente. «Soy como los chinos», bromea. Pero le gano el partido 21 a 16. Pide revancha inmediata. Esta vez Edith se queda sentada con Claudia. Son testigos de la paliza que me da Cingolani. Pareciera que su paleta dirige la pelotita a su antojo. En uno de sus remates la pelotita fue a dar a la cabeza de Edith.

—Ahora me van a volver a acusar de golpeador —dice Cingolani.

Después de mi derrota, invito a pasar a Edith. Se acerca con timidez, dice que es mala jugadora. Pero a los pocos segundos me gana cuatro a cero. Cingolani, desde un costado, se ríe y se burla de mi pobre comienzo. Repunto con tiros rápidos. Trato de no mirar el escote de Edith ni su bella cara porque podría tener problemas. Y me pregunto si mi mal juego se debe a que Cingolani me intimida o a que la belleza de Edith me encandila. Pero dejo de pensar en eso y ahora voy ganando. Edith se mueve con rapidez, protesta como una niña caprichosa cuando pega mal o cuando la sorprendo con un punto preciso. Vamos 17 a 14. Luego nos ponemos 17 iguales y Cingolani le toca la cola para festejar, pero ella se incomoda y le dice que la deje jugar tranquila porque la desconcentra. Tiene razón: se vuelve a dispersar cuando él la abraza o le dice cómo mejorar el saque. Mi triunfo es inapelable: 21 a 18. Que pase el que sigue.

El que sigue es Cingolani.

Mientras jugamos aprovecho para hacerle preguntas.

—¿Tuviste una infancia feliz? —le digo mientras corro de un costado a otro ante su peloteo insistente.

—Sí. A mí y a mi hermana no nos faltó nada. Mi viejo murió cuando éramos chicos. Tuvo un infarto. Y mi vieja tuvo que salir a limpiar casas por hora. Claudia fue como una segunda madre para mí —responde Cingolani, que me gana cinco a dos.

Toma dos. El avestruz cazado.

Regreso. A la cárcel de Pico Truncado.

Persigo al avestruz por toda la habitación para que desempolve los muebles.

Cingolani me cae bien y aunque las pericias lo definen como alguien peligroso con rasgos psicopáticos, me parece un buen tipo. Más allá de eso, no sé si estoy jugando al ping-pong con un asesino despiadado o con un inocente que está preso.

Saco y le pregunto si alguna vez pensó en irse a una ciudad grande.

Víctor Cingolani responde con un revés cruzado y dice:

—El pueblo siempre es triste. No hay nada para hacer. No cruzarte con alguien en un pueblo chico significa no salir a la calle.

Me va ganando 12 a 3. El partido es irremontable. En la mesa, Edith y Claudia juegan al Ludomatic y toman mate con budín. No hay guardias a la vista, pero me contaron que vigilan por unos ventiluces que dan al salón.

—Mi sueño es construir una casa, pasar las vacaciones en el Parque de la Costa, en Tigre, y envejecer con Edith. Y jugar con nuestros hijos: hacer muñecos de nieve o atar unas cajas a las bicis y jugar a que es un trineo, como yo hacía de pibe.

El partido sigue pero yo estoy en otra cosa. 20 a 7. Cingolani me cuenta que siempre le gustó el riesgo, que corría picadas y que llegó a ir a doscientos kilómetros por hora. Una vez le sacó una foto al velocímetro con ese registro. Fin del partido. Me gana 21 a 8.

—¡Le di una paliza! —le dice a Edith y la abraza—. El Remigio va a soñar con esto.

—Hablando de eso —intervengo—, ¿tuviste más sueños interesantes?

—¿Los cuento? —le pregunta Cingolani a Edith, buscando su aprobación.

Ella lo mira, seria.

—¿Puedo contarlos, mi amor? —insiste él.

—A los tuyos, contalos. A los míos dejálos donde están, bien guardaditos.

Edith sonríe con una rara dulzura. Cingolani habla:

—Anoche otra vez soñé que estábamos con la Edith juntitos, en la playa de Las Gru-

La pareja. El amor en días de visita.

Última mirada. Edith Casas.

tas. ¿Sabías que tenemos las alianzas? Las compré con los banquitos y mesitas que fabriqué y vendí. Y tomamos la decisión de casarnos el catorce de febrero, el Día de los Enamorados. Yo me voy a poner un traje azul y Edith un vestido corto, que no quiero ver porque trae suerte. Después de dar el sí en el Registro Civil vamos a tener nuestra visita íntima en la cárcel. Nuestra luna de miel. Hay medios que quieren comprar la exclusividad del casorio, pero eso no se negocia. No somos famosos de la revista *Caras*.

El día del casamiento él estará de traje y corbata, y ella llevará un vestido corto, fucsia, pegado al cuerpo. Su belleza —y el escándalo de la ceremonia— serán tan notables que la revista *Playboy* incluso pensará en hacer con Edith una sesión de fotos. Pero ahora ninguno de los novios imagina un futuro semejante.

Al salir por el pasillo angosto miro a través de uno de los ventiluces para tener la perspectiva de los guardias. El que elijo para ver hacia el salón es justo el que muestra a Cingolani y Edith. Ellos no pueden verme. Pero yo sí: están abrazados y se besan con pasión. Con esos besos que se ven en las películas románticas, pero no en las cárceles.

Es mi cuarto día en Pico Truncado. Ya no me siento observado por todos, aunque mantengo un poder que me hace distinto a los pobladores: mis secretos, a diferencia de los suyos, están resguardados. Mantener un secreto en un pueblo («ese monstruo de mil cabezas», como decía el poeta Alexander Pope), es casi imposible.

Todos, en Pico Truncado, hablan del romance que conmueve al país.

—La piba está loca —dice un remisero.

—Para mí que quiere vengarse, pero hubiese elegido otro camino —dice Martha, kiosquera, acostumbrada a las telenovelas de la tarde.

—El tipo anduvo con todas las minas del pueblo. No sé qué le ven. Debe ser un toro en la cama —arriesga Mario, mozo.

Mientras los pobladores hablan y esperan el nuevo capítulo del culebrón, Marcelina vuelve a recibirme en su casa.

—Si se casan, será como otro crimen —reitera, como la primera vez—. Como si me hubiesen matado otro hijo.

—¿Usted desde un comienzo aceptó la relación?

—Cuando Johana empezó a salir con Cingolani tenía quince años. Fue en 2006. Autoricé el noviazgo porque era mejor eso antes de que vagara por la calle.

—¿Fue testigo de algún tipo de maltrato?

—Una vez acá un día rompió un vidrio de la ventana. Tiró una piña a Johana y la mano pasó de largo. Ella no quería saber nada con él. Y Edith siempre nos dijo que Cingolani la había obligado a salir con él, que la tenía amenazada. Le dijo que si no era su novia él iba a matar a su familia o prendernos fuego la casa. Por eso no volvió a acusarlo. A Johana le pegaba y a Edith también. Antes de que apareciera Cingolani en sus vidas, mis hijas eran inseparables. Johana era más gordita, más comunicativa y más cariñosa. De chiquitas las vestía igual.

Marcelina cuenta que la primera en nacer fue Edith. A los quince minutos llegó Johana. Jugaban mucho entre ellas y la comunicación era especial. Si a una le pasaba algo, dice su madre, la otra lo presentía.

—La última vez que la vi a Edith, me saludó desde la puerta. Estaba vestida de negro.

Vecinos. Gente de Pico Truncado.

Madre. La sombra de Marcelina.

«Chau mami», me dijo y levantó la mano. Me impresionó. Era Johanita.

Marcelina llora. En este lugar hay dos piezas vacías: la de Edith y la de Johana. La casa quedó reducida al living, a la cocina y al dormitorio principal.

Antes de irme, le recuerdo que en mi primera visita me había hablado de un sueño horrendo que no había llegado a contarme. Esta vez lo revela con todos los detalles, sentada frente a una mesa, con las manos entrelazadas y los ojos entreabiertos, como si estuviera en trance.

—Edith y Johana están en la misma cama. Vestidas igual. De repente, Cingolani se transforma en un monstruo y golpea a Johana y la mata. Y Edith, atemorizada, no hace nada. Solo mira. Cingolani descuartiza a su hermana, la pone adentro de una olla grande y se va de la casa. Edith queda inmovilizada. Pienso que en la vida real pasa eso. Edith está haciendo lo que no quiere hacer. Lo que le obligan a hacer. La pobre está loca. Johana está muy enojada con su hermana. Edith se burló en vida de ella y ahora de muerta. Es una doble traición.

Marcelina habla de su hija asesinada en presente.

Un rato después me despido de ella y voy caminando hacia la plaza. En la puerta del casino hay un hombre parado como una estatua. Es enjuto y tiene pelo corto, barba rala, mirada huidiza y una vestimenta aún más llamativa que sus gestos aparatosos. A ese hombrecito todos lo conocen como Tatá: es el loco oficial del pueblo. Luce corbata, saco, pantalón de vestir y una camisa con estampados chillones con forma de pequeños rayos. Tatá tiene la mente de un niño de ocho años, el vocabulario de uno de tres y el cuerpo de un hombre de cuarenta.

No creo haber visto un loco de pueblo tan peculiar. A mi memoria vienen otros personajes insólitos que conocí; seres que habitan otro pliego de la realidad. Recuerdo al «hombre cachetada». Lo descubrí una mañana en Constitución, en una esquina, agazapado como un perro rabioso. De cada dos o tres personas que pasaban por ese lugar, una de ellas recibía una cachetada sorpresiva e injustificada. Una vez lo observé durante poco más de una hora, como si estuviese ante un número de circo o en el medio de un episodio de *Los tres chiflados*. Traté de adivinar para mis adentros quién se salvaría del golpe y quién no. Hombres, mujeres, ancianos y hasta niños podían caer en la trampa con forma de mano abierta que el loco les tenía preparada.

Pero Tatá es único. Es una especie de camaleón, como Zelig, la criatura de Woody Allen que mutaba con su alrededor. Hay días en los que Tatá se viste como un policía y detiene al que no lo saluda. A veces se calza el uniforme de bombero y apaga incendios imaginarios. Una noche lo vieron vestido de ladrón: con antifaz y una pistola de juguete, simulando esconder un tesoro bajo una baldosa.

—El pueblo se encariñó con Tatá. Es una atracción. Entre todos le damos disfraces para que se ponga. Una vez se disfrazó de gerente del casino. ¡Podés creer que no te daba bola! —cuenta Margot Sáez, una vecina.

Tatá es una celebridad: los jóvenes le convidan cerveza y él toma del pico de la botella. A veces, cuando ve una chica linda, saca un teléfono celular que no anda y finge hablar con una mujer:

—Mamor tamo, tamo mamor. Mua mua mua. tequero muto. Mutísimo.

Vistas. El pueblo, la plaza.

Tatá. El más querido del pueblo.

Se llama loco a cualquier desenfadado.

«¿Ves que está poseída?», bromea Claudia señalando a Edith. «La madre al final tiene razón».

Le saco una foto y posa con gusto.

—¿De qué se disfrazó, Tatá? —le pregunto.

—De Tatá, de Tatá beno —me responde.

Más tarde, cuando le diga sobre mi encuentro con Tatá, Edith me contará la historia del loco. Detrás de lo pintoresco y lo monstruoso suele ocultarse lo trágico:

—El pobre quedó tontito por las palizas que le daba el padre cuando era chico —dirá.

Las vueltas de la vida, ahora Edith es vista por algunos como la loca del pueblo. Su madre la ve así. Y no solo ella. Muchos no se explican cómo puede Edith estar noviando con el hombre condenado por el crimen de su hermana. Técnicamente, sin embargo, Edith está en sus cabales. A tal punto que las pericias psicológicas autorizaron la boda con Cingolani porque Edith «no presenta disfunción psicológica o mental que le impida contraer matrimonio».

Cingolani y Edith se ríen de todas las conclusiones psicológicas que hubo en la causa. Una de ellas fue la de la perito Alejandra Azpiroz, quien declaró en el juicio que en los exámenes Cingolani había dibujado una figura con una raya en el pecho, justo a la altura donde Johana había recibido los balazos. «No le importa que sus novias simultáneas sean gemelas por su modalidad cuasi incestuosa, pero ellas se pelean por él como salida a una triangulación edípica» escribió Aspiroz en su informe.

Pero Edith y Cingolani no le dieron importancia. Ignoran el mito de Edipo y desconocen las teorías de Freud.

Esta noche tengo un plan. Soy uno de los invitados al cumpleaños de Martín, el marido de Claudia, el cuñado de Cingolani. Mañana volveré a Buenos Aires. La despedida no puede ser mejor: Fernet con Coca Cola y corderito patagónico. El agasajado trabaja en el fogón, transpirado por el fuego.

—Tomá, vas a ser el primero en probarlo porque fuiste mi asistente —dice y me da a probar un pedazo de avestruz pinchado en un tenedor. El sabor es delicioso. Ya no siento culpa por la cacería de esta mañana.

En el quincho hay otros invitados: Cristina, la madre de Víctor y Claudia, el padre de Martín, un grupo de vecinos (entre ellos Margot, Miguel y sus hijas mellizas) y amigos de sus hijos. Edith y Claudia limpian los vidrios de una puerta corrediza que conduce al living.

—Dale, Edith, lustrá bien. Dale. No servís para nada. Si no limpiás, no comés —bromea Claudia. Luego agrega—: Poné en la nota que la tenemos secuestrada, que la obligamos a estar acá y le decimos lo que tiene que hablar.

Edith se ríe.

Noche final. El corderito patagónico.

Claudia. La torta de cumpleaños.

Te invito a mi fiestita. La cita es de 17:00 a 17:03.

Aunque hay otros lugares, la gemela se sienta al lado mío. Sé que me faltan preguntas por hacerle y esta es mi última noche en el pueblo. Ahora ella y Claudia me muestran más fotos. Miramos cuatro álbumes de la infancia de Cingolani. Edith mira las fotos fascinada.

—¡Qué lindo! —exclama cuando ve una imagen de su novio cuando era bebé.

Cingolani aparece en distintas situaciones, muchas veces al lado de su hermana: en la cuna, durante su primer baño, en el jardín, como abanderado, en la primaria, en la secundaria, jugando un partido de fútbol, de viaje, acampando en los cerros, como parte de un grupo de gendarmería juvenil (lo dejó después de un año), en cumpleaños (con globos, tortas, guirnaldas y afiches de Mickey y el Pato Donald) y en fiestas de fin de año. De todas ellas hay una foto que me llama la atención. Cingolani está en un acto infantil sobre un escenario. Tanto él como sus compañeros están disfrazados de cowboys y llevan pistolas de juguete. Todos agarran las pistolas con una mano, salvo Cingolani, que la empuña con las dos. Según los detectives, Cingolani agarró el arma con las dos manos, de la misma manera en la que lo hace en esa foto de su infancia.

—Ni sueñes que te vas a quedar con alguna foto —le advierte Cristina, la madre de Cingolani, a Edith.

Edith la provoca en chiste: saca dos fotos y se las pone en el escote.

A los pocos minutos, las fotos desaparecen. Cristina, casi desesperada, pregunta quién las tiene. Fue Edith, le dice Claudia. Pero es broma. Las fotos están guardadas en un cajón de la casa. Cristina las recupera. Son mías, dice.

Edith pone cara de mala.

—¿Ves que está poseída? —bromea Claudia—. La madre al final tiene razón.

—Si descubrieras que Víctor la mató, ¿seguirías con él? —pregunto.

—Eso no va a pasar porque él no fue. Yo también creo en él. Y demasiadas cosas me hicieron ver que él no es culpable. Uno no puede hacerse cargo de lo que no hizo.

—Pero ante la justicia declaraste que él te pegaba a vos y a Johana, que una vez tuvo sexo con vos por la fuerza y que para vos había tenido que ver con el crimen.

—Eso lo dije porque mi papá me presionó. Y sentí que si no lo hacía iban a pensar que no quería que se supiera quién había matado a mi hermana.

Edith toma cerveza, ensimismada. En la mesa se cuentan chistes, se discute sobre fútbol, y la madre de Cingolani habla de su fanatismo por las motos Honda y desafía a un sobrino adolescente a correr una picada.

Edith vacía el vaso, se sirve más y decide revelarme sus últimos sueños.

—Creo en los sueños porque no mienten —dice por lo bajo. Edith advierte que a veces son tan nítidos que los vive como si hubiesen ocurrido. Aquí van tres de ellos.

Al primer sueño lo llamaremos «el intruso»:

—Marcos Díaz aparece por la ventana de la casa de mi mamá y mira hacia adentro. Está vestido a rayas negras y blancas. Cuando nosotras salimos él se esconde.

El segundo sueño podría titularse «la libertad»:

—Aparece Víctor en el juzgado, rodeado de policías. Pasa, me mira y me sonríe porque va a quedar libre. Mi padre está sentado en un banco y, al verlo pasar, baja la vista. El sueño

Costumbre. Foto escolar de Cingolani.

Fin. El acusado y la hermana de la víctima.

me gusta porque una vez nos miramos así con Víctor. Nevaba y a él se lo llevaban esposado en un patrullero.

El tercer sueño se llama «los vestidos» y Edith se lo contó a la psicóloga que la examinó para ver si estaba en condiciones mentales para casarse:

—Yo estoy con un vestido de novia blanco y largo, mi hermana usa otro más corto y Claudia uno distinto. A mí me gusta el de Claudia, a Claudia el de mi hermana y a mi hermana el mío.

Edith me mira.

—Lo importante es que todo lo que sueño se cumple.

Eso dice Edith, que no está borracha. Ha tomado menos de dos vasos de cerveza.

—Una vez soñé que al marido de mi mamá le pasaba algo malo. Estábamos en una sala de hospital, todos preocupados, como esperando un milagro. Al otro día me enteré de que había tenido un infarto. Por suerte sobrevivió. Tengo sueños proféticos. No fallo.

Ahora, en esta noche relajada, Edith, va a confesarme su último sueño. De un equipo de música suena una canción de Pepo Lara, el cantante de cumbia favorito de Edith. Pero ella casi no le presta atención. Estamos alejados del resto, en la punta de la mesa, y cualquiera que nos vea podría pensar que nos conocemos desde hace tiempo. El resto de la gente aplaude al asador, y en un rato vendrá la torta de cumpleaños decorada con un dibujo de Claudia en bikini, en honor a Martín. Edith se acerca a mi oído para hablarme, pero en ese momento una de las hijas mellizas de Margot —amiga de Claudia—, me mira, me hace un corte de manga, me dedica un fuck you y se ríe a carcajadas. Tiene problemas de aprendizaje porque al nacer fue asfixiada por el cordón umbilical de su melliza, me explica su madre. Pero yo hago un gesto comprensivo y menor; solo me importa lo que Edith va a revelarme ahora:

—Soñé con vos —dice y se queda en silencio. Está seria, como si tuviera que decirme algo malo.

Claudia se acerca y mira atenta.

—¿Qué soñaste? —quiero saber.

—Soñé que se caía el avión que tenés que tomar mañana. Vos caías al mar. Pero eras el único sobreviviente.

—Ah, bueno. Me quedo tranquilo.

—No, pero al rato te prendías fuego y morías calcinado.

Me río pero ella sigue seria.

—Hice mal en decírtelo. ¡Qué casualidad! Así morías —dice y señala la pantalla del televisor: dan la película *Destino Final 2* y justo se ve una escena dantesca: un hombre cae al vacío prendido fuego.

—¿Para qué se lo dijiste? —la reta Claudia.

Edith la mira con falsa inocencia.

—Se me escapó —dice, risueña—. Igual estás a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De viajar en micro. Tarda un día, pero llegás vivo.

Lo confieso: soy fóbico a muchas cosas. Entre ellas a viajar en avión. Sé que es un medio seguro y que las probabilidades de morir estrellado son 1,4 en un millón, según las estadísticas de Boeing. Siempre que vuelo me pregunto si formaré parte de ese malogrado 1,4. Edith acaba de meter el dedo en la llaga. Ahora tengo miedo de volar.

—Vas a quedar como el pueblo: truncado —bromea Claudia. Edith se ríe.

Los tres. Víctor Cingolani, el autor de la crónica y Edith Casas.

Claudia Cingolani parece encendida con su humor negro:

—Me parece que vamos a tener una boda y un velorio. Quedáte tranquilo que te vamos a hacer un homenaje.

Ya es la hora de despedirse. Debo irme a descansar unas horas antes del viaje y supongo que Edith debe querer ir a encontrarse con sus sueños proféticos. Ahora se hace señas con Claudia. Se van y enseguida aparecen con un regalo que quieren darme: es un revistero de madera hecho por Cingolani. Agradezco y las abrazo.

Salgo a la calle y la oscuridad es un telón que cubre Pico Truncado. Camino hacia la esquina. Edith y Claudia están en la puerta. Me saludan con la mano. A lo lejos, escucho que Edith me grita:

—¡Revagio! ¡Lo del sueño lo inventé! ¡El avión no se va a caer! ¡Te vamos a invitar al casamiento!

Mi paranoia no ayuda. No sé si dice la verdad o si quiere tranquilizarme. Tampoco sé por qué le doy tanta importancia a un sueño. Ya es tarde: temo subirme al avión. Si su sueño se cumple, como se cumplieron los otros, quiere decir que tengo apenas diez horas para contar esta historia.

Llega el día de volver a Buenos Aires. Subo al avión y el despegue es normal. En las dos horas que dura el vuelo siento nerviosismo. Pero voy ganando confianza y seguridad conforme el viaje termina y empiezan a verse, desde las alturas, las luces de la ciudad. «Parecen luciérnagas» pienso y me relajo. Pero me equivoco al cantar victoria: al aterrizar, el avión golpea con la pista antes de tiempo. Sentimos el traqueteo. Agarrados a los apoyabrazos, dos hombres se preguntan qué habrá pasado, por qué el piloto hizo esa mala maniobra. En el medio de la incertidumbre llegamos al final de la pista. Nos detenemos. Unos diez aplaudimos y yo aplaudo más que todos. Aplaudo como quien aplaude a rabiar y de pie al artista que brilla y deja la vida sobre un escenario. En el avión solo se escuchan mis aplausos desaforados. Los nenes ríen. Los grandes me miran como si fuera un maniático. No me importa. No tengo fuerzas para explicarles todo. Respiro aliviado y al mismo tiempo me invade la ansiedad. Me saco el cinturón y me paro. Una azafata me llama la atención. Siento el impulso de contarle la historia de las gemelas, pero no hay tiempo. Busco mi teléfono. Ni bien lo permitan voy a llamar a Edith para decirle que llegué sano y salvo. Además, confieso, no veo la hora de que me cuente su sueño de anoche. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Celular: Teléfono móvil.
Cinta scotch: Cinta adhesiva.
Cheto: Palabra que, en Argentina, designa a la gente VIP.
Correr picadas: Forma clandestina e ilegal de correr carreras en centros urbanos o cerca de ellos.
Constitución: Barrio de la ciudad de Buenos Aires.
Dermonitrotest: Prueba de parafina que determina si existen restos de pólvora en un lugar determinado.
Difunta Correa: Figura mítica en Argentina y Chile. En la provincia de San Juan hay un santuario que es visitado por miles de peregrinos.
Echarri, Pablo: (Buenos Aires, 1968) Actor y productor argentino.
Gauchito Gil: Figura religiosa que en Argentina genera devoción popular.
Gomón: Embarcación de caucho, inflable, con un motor fuera de borda. Zódiac.
Jogging: Ropa deportiva. En España, «chándal».
Los del Fuego: Grupo argentino de cumbia.
Los tres chiflados: Grupo cómico estadounidense. Actuaron desde 1922 hasta 1970.
Ludomatic: Juego de mesa similar al Parchís.
Maimo, Osvaldo: Actual intendente de la localidad de Pico Truncado, provincia de Santa Cruz.
Mattioli, Leonardo Guillermo: (Santa Fe, 1972- Buenos Aires, 2011) Más conocido como Leo Mattioli, fue un cantante de cumbia argentino.
Pajarito: Bebida alcohólica que se obtiene con frutas fermentadas, levadura, agua de arroz y azúcar. Se elabora de manera clandestina en las cárceles.
Parque de la Costa: Parque de diversiones ubicado en la localidad de Tigre, Buenos Aires.
Patovica: Manera argentina de llamar al personal de seguridad.
Pico Truncado: Ciudad petrolera ubicada en el norte de la provincia de Santa Cruz, Argentina.
Quena: Instrumento de viento utilizado entre los habitantes de los Andes centrales.
Regazzoni, Carlos: (Chubut, 1943) Artista, escultor y pintor argentino.
Remera: Camiseta.
Remisero: Conductor de un «remís», que es un servicio de transporte público similar al taxi.
Resistiré: Telenovela argentina estrenada en 2003, protagonizada por Pablo Echarri y Celeste Cid.
Tigre: Ciudad de la provincia de Buenos Aires.
Tirar una piña: Dar un golpe. Trompada, puñetazo.
Vena, Fabián: (Buenos Aires, 1968) Actor de televisión, teatro y cine argentino.

COMO **DOS GOTAS DE AGUA**

Dice un estudio muy serio... —le digo.

—¿Es una teoría tuya, no? —me interrumpe Chiri.

—Más o menos... Pero si empiezo diciendo que es un estudio serio me prestás más atención.

—¿Qué dice el estudio?

—Que si ponen adelante tuyo a un ser humano idéntico, a un gemelo absoluto, y los encierran a los dos en una habitación, tres horas después solo pueden haber pasado dos cosas. A: que vos y tu gemelo hayan peleado hasta la muerte. B: que hayan tenido sexo consentido.

—¿Conversar no?

—Sí, claro... Las dos primeras horas son de conversación y tanteo. Pero a la tercera hora uno mata al otro o cogen por el culo.

—No estoy de acuerdo.

—Pensalo bien.

—Lo estoy pensando bien, no me cierra.

—Pensalo a solas... Date tiempo.

—Bueno, lo voy a pensar mejor —me dice—. Igual, lo que más me preocupa es lo siguiente: ¿cómo puede ser que un gemelo sienta a la distancia lo que le pasa al otro? Es un gran misterio de la naturaleza, ¿no?

—Me hace acordar a una serie francesa que vi hace poco, *Les Revenants* —le digo—. Es una historia buenísima pero que, para mi gusto, se desinfla un poco hacia el final.

—¿Qué tiene que ver eso con los gemelos?

—Muchísimo —le digo—. Escuchá: la serie transcurre en un pueblito francés de montaña, un lugar muy tranquilo parecido a Sant Celoni, en el que de golpe los muertos empiezan a volver a la vida, como si nada.

—¿Otra historia de zombis?

—Pero esta es rara, porque los muertos están igual que cuando se fueron, salvo que no se acuerdan de nada. Uno de esos muertos es Camille, la gemela de Lena. Camille se muere a los quince años y Lena sigue viva. Cuando la muerta regresa su hermana gemela tiene cuatro años más que ella, y el choque entre las dos es rarísimo. ¿Te imaginás?

—¿Pero es una historia de zombis?

—¡No! Es una historia de muertos que regresan a la vida, pero no son zombis…

—¿Y entonces qué son?

—Todavía no se sabe bien, porque va a haber una segunda temporada.

—¿Y desde cuándo los franceses especulan con segundas temporadas?

—Desde que ven tele yanqui, supongo —le digo—. Hablando de gemelos franceses, el otro día leí un caso rarísimo de dos hermanos idénticos: Elwin y Yohan. Están presos acusados de seis violaciones. La policía francesa piensa que el responsable es uno de los dos, pero como se gestaron en la misma placenta las pruebas de ADN no sirven, porque no revelan diferencias genéticas. Y nadie sabe qué hacer.

—¡Qué cosa más rara! ¿Y ellos se acusan mutuamente de las violaciones?

—Ellos dice que son inocentes. Pero sin embargo una de las víctimas los identificó.

—Entonces están al horno…

—Pero la víctima no puede decir cuál de los dos fue el atacante, ¡porque son como dos gotas de agua!

—¿Por qué los franceses no agarraron esta historia buenísima en vez de haber hecho esa mierda de los zombis?

—¡No es de zombis! —me indigno—. No me vuelvas loco. Y la serie está buena.

—¿Lo gemelos Elwin y Yohan estarán encerrados en la misma celda?

—¿Por?

—Porque me quedé pensando en tu teoría del principio —me dice—. Realmente puede ser insoportable estar encerrado tres horas con otro idéntico a vos sin querer matarlo.

—O...

—O sin querer... ¿cogerlo?

Chiri se queda en silencio, sorprendido.

—¿Viste? Es una teoría muy buena.

—¿Cómo la descubriste? —me pregunta.

—Un día me quedé mirándome al espejo muy serio. Había fumado, ojo. Me quedé quieto, y al rato el reflejo era una persona real, que actuaba y pensaba como yo. Lo sentí muy vívido.

—¿Y entonces qué pasó? —me pregunta Chiri— ¿Rompiste el espejo, aniquilaste al intruso?

—No. El espejo quedó todo baboseado. Fue un amor muy intenso... Ahí nació la teoría.

—¿Se te ocurrió de repente?

—Se le ocurrió a él mientras yo lo abrazaba. ◣

LLEVO MI ESPEJITO PARA CUANDO SE ME DA POR BUSCARME A MÍ MISMO.

MI
HASTA ~~LA~~
VICTORIA,
SIEMPRE.

CRÓNICAS DE BOLSILLO

SANT CELONI

PAPELITOS

Una fábula económica

UN CUENTO INFANTIL DE **HERNÁN CASCIARI**

ILUSTRADO POR **JUAN PABLO CARO**

SOBRE UNA IDEA DE **ALFREDO MOLARES**

Érase un pueblo tranquilo en el que habitaban muchos vecinos tranquilos. Todos llevaban una vida agradable y sencilla y cada uno deseaba prosperar. Pepe era uno de ellos. Una tarde Pepe salió a caminar por el pueblo y tuvo sed. Siguió caminando y tuvo más sed. Cuando volvió a su casa, y mientras descorchaba una botella, descubrió algo que nadie había descubierto antes: en el pueblo no había bares. Pepe pensó que si montaba un bar podría ser feliz y hacer felices a otros dándoles de beber. Y además, ganar dinero.

Durante dos noches Pepe hizo un listado de lo necesario para montar el primer bar del pueblo: primero necesitaría diez mil monedas para comprar mesas, sillas, copas, bebidas y un palenque para que los parroquianos dejaran sus caballos; después le harían falta dos semanas para convertir su casa en un bar; y más tarde otras dos semanas para tener las mesas repletas de vecinos sedientos.

Su amigo Moncho, que esa tarde pasaba por allí, le dio un excelente nombre para el bar.

Por supuesto, Pepe no tenía diez mil monedas, pero durante la noche se le ocurrió una buena forma de conseguirlas. La tarde del sábado recortó mil papelitos y escribió en cada uno de ellos «Próximamente, bar de Pepe». El domingo, después de misa, se fue a la plaza del pueblo vestido con su mejor traje:

—Queridos vecinos, voy a montar un bar a las afueras del pueblo —dijo, y todo el mundo dejó de conversar para mirarlo.

—¡Qué gran idea! —exclamó Ramón, con su cigarro en la boca.

Pepe se sintió cómodo con la atención de todo el mundo y mostró en abanico los papeles recortados.

—Cada uno de estos mil papelitos cuesta diez monedas —les dijo Pepe a sus vecinos—. Quien me compre un papelito deberá guardarlo y no perderlo, porque de aquí a un mes, cuando mi bar tenga clientes, entregaré doce monedas por cada papelito que vuelva a mis manos.

—¿Pero no costaba diez monedas cada papelito? —preguntó Moncho, al que todos tenían por el tonto del pueblo—. ¿Por qué vas a regalar dos monedas?

—No es regalar, Moncho, es compensar. Compensaré a los que me ayuden a cumplir mi sueño, que es el de tener un bar en las afueras del pueblo.

—Tiene sentido —dijo el Alcalde—, mucho sentido.

—Me parece muy bien —sopesó Ernesto, que era rico y entendía de negocios.

—¡Qué gran idea! —dijo el cura Francisco, y rebuscó en sus bolsillos.

De ese modo tan simple, y en una sola mañana de domingo, Pepe consiguió el dinero para montar un bar: entre todos le entregaron diez mil monedas exactas por la venta de mil papelitos.

—Yo le compré dos papelitos —dijo Sabino, que era pobre y optimista.

—¡Yo treinta y seis! —exclamó Quique, que era codicioso y altanero.

—Yo le compré cinco papelitos, y pienso emborracharme en ese bar para celebrar el negocio más fácil de mi vida —dijo Luis.

Y todos rieron.

Pepe se fue a su casa ese domingo con las diez mil monedas en la mochila y se durmió pensando en su bar.

El lunes por la mañana viajó a la gran ciudad y compró madera para construir un mostrador robusto. Volvió a su casa y se puso a trabajar. No pasó por la plaza del pueblo en toda la semana. Es decir: no se enteró de que había encendido, entre sus vecinos, un extraño furor por los papelitos.

La primera semana

La plaza del pueblo estaba llena de gente, y eso era muy raro para un lunes. Varios vecinos habían pasado la noche entera recortando y escribiendo sus propios papelitos, porque habían descubierto que también ellos tenían proyectos para ofrecer.

Unos papelitos decían «En breve Heladería de Horacio». Otros decían «Muy pronto Peluquería de Carmen». Incluso algunos decían «A fin de mes Moncho hará viajes a la Luna».

De pronto, la plaza se convirtió en un lugar atestado: los vecinos se subían a las farolas, o se trepaban a la fuente, para comprar o vender porciones de nuevos proyectos.

Esto ocurrió el lunes y el martes fue todavía peor. El miércoles ya no se podía caminar por la plaza. El Alcalde tuvo que poner orden y habilitó un lugar cerrado para que los vecinos pudieran reunirse sin destrozar los espacios públicos. Este pequeño local se inauguró el jueves por la mañana y fue bautizado con el nombre de Salón de los Papelitos.

Y así ocurrió que el viernes todos los que tenían un proyecto ya habían conseguido las monedas necesarias y se habían puesto a trabajar. Horacio buscaba los mejores sabores para su heladería, Pepe serruchaba la madera para el mostrador de su bar, Carmen afilaba tijeras para su flamante peluquería y Moncho compraba dos caballos para hacer viajes a la Luna.

Solamente quedaban, en el Salón de los Papelitos, un puñado de vecinos a los que nunca se les había ocurrido ningún proyecto interesante para llevar a cabo. Lo único que tenían estos vecinos eran papelitos.

—Necesito dinero para cigarros —se quejó Ramón en voz alta—. Hace unos días le cambié este papelito a Pepe por mis únicas diez monedas, pero la tabaquería de Raúl no me acepta papelitos, y necesito fumar.

—¡A mí me pasa lo mismo! —dijo Luis— ¡Quiero ir al cine y tengo los bolsillos vacíos!

Los murmullos fueron cada vez mayores.

—En tres semanas Pepe le dará doce monedas a quien le devuelva este papelito —dijo Sabino, con los ojos brillosos—. ¡Vendo mi papelito, ahora mismo, por nueve monedas!

—Trato hecho —exclamó Ernesto, que era rico pero quería serlo todavía más, y le arrancó el papelito de las manos a Sabino.

Ramón y Luis también vendieron su papelito por menos de diez monedas y, mientras uno corría a comprar cigarros y el otro al cine, los demás vecinos vieron que aquella era una nueva forma de hacer negocios, aunque ya no hubiera proyectos que vender.

Algunos se subieron a las sillas, otros a las mesas, y empezaron a ofrecer lo que tenían.

—¡Cambio cuatro papelitos de Horacio por dos papelitos de Carmen!

—¡Entrego ocho papelitos de Moncho y mi caballo por cincuenta monedas!

Cuando entró al Salón el cura Francisco, todos hicieron silencio.

—El día que Moncho puso a la venta sus papelitos —dijo el cura—, yo le compré algunos porque Moncho es tonto: los vende a siete monedas y devolverá quince. Pero ahora necesito monedas para arreglar la campana de la iglesia. Pongo a la venta mis papelitos de Moncho a seis monedas cada uno.

—¿Cuál es el proyecto de Moncho, padre? —preguntó Quique.

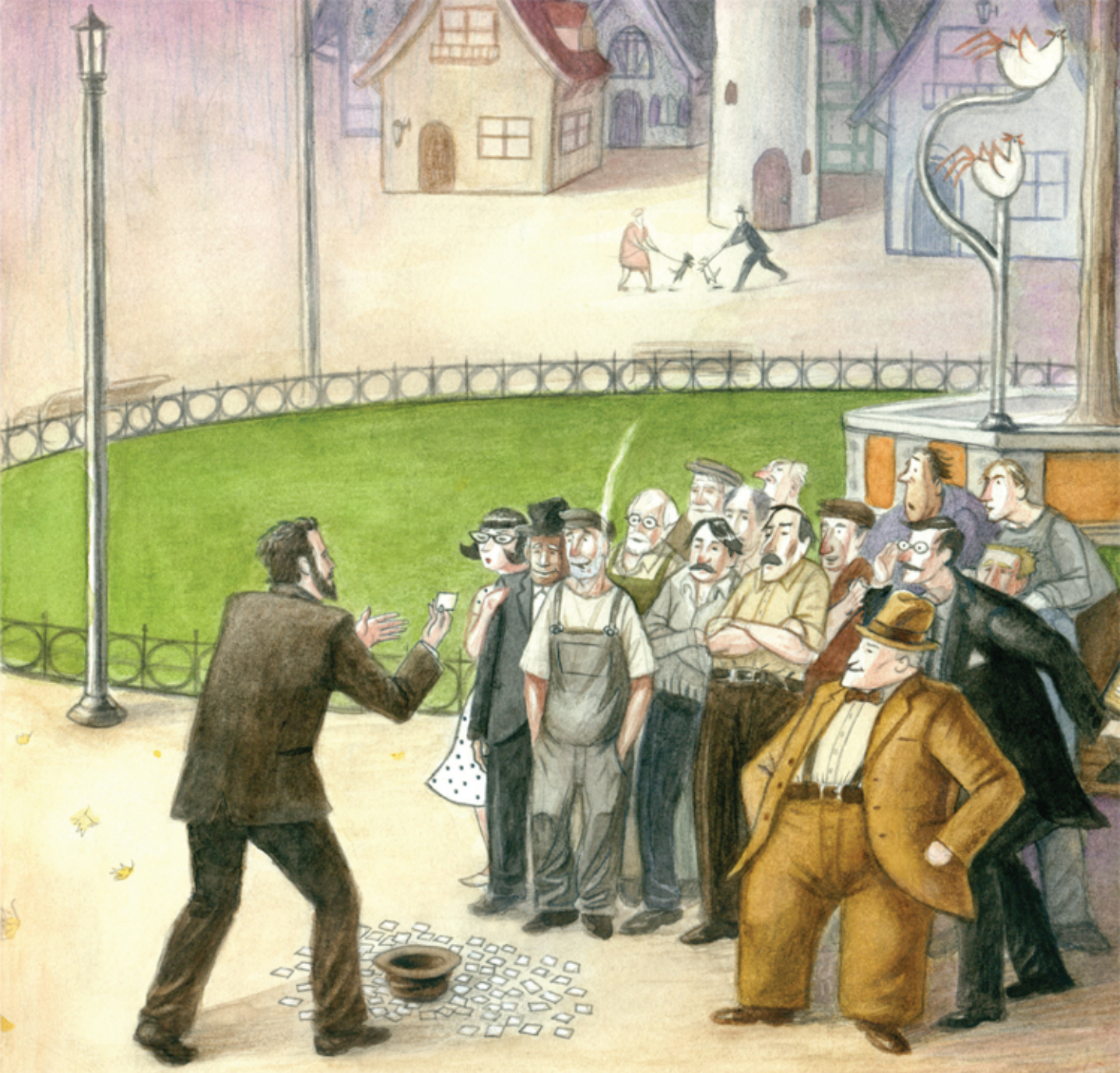
—Está construyendo un carro muy largo, tirado por dos caballos —dijo el cura—, el pobre quiere hacer viajes a la Luna.

Quique hizo un gesto negativo.

—¿Y si te los dejo a cinco? —regateó el cura Francisco.

—Los compro por cuatro, padre —dijo Quique, con gesto de limosna dominical.

—¡Ah, Dios te bendiga, hijo mío!



QUERIDO NIÑO:

En el mundo real el Salón de los Papelitos se llama BOLSA DE VALORES. Mientras que los papelitos pueden tener dos nombres: BONOS o OBLIGACIONES. Las doce monedas que pagará Pepe cuando el bar se llene de parroquianos (o las quince monedas que pagará Moncho cuando logre ir a la Luna) se llaman VALOR NOMINAL DEL BONO.

PAPELITOS, *por Hernán Casciari*

La segunda semana

Habían pasado solo siete días y el hogar de Pepe ya no parecía una casa. En el comedor había una barra de madera lustrada, el baño se había convertido en dos baños (uno para las damas, otro para los caballeros) y las paredes estaban a medio pintar de un azul marino intenso. Pepe estaba feliz con el progreso de su proyecto, y ya estaba colocando en la fachada el cartel luminoso de su flamante bar.

Como aún no había bajado al pueblo, seguía sin saber que la vida de sus vecinos se había convertido en un ir y venir de papelitos que cambiaban de precio y de dueño.

Incluso el Alcalde, después de conversarlo una noche con su edecán, decidió sumarse a la nueva moda.

La mañana del segundo lunes salió al balcón con un megáfono y dijo:

—Vecinos, la plaza quedó estropeada después del furor de los papelitos.

Y era verdad. La primera semana de compra y venta de proyectos los jardines habían quedado deshechos y los espacios públicos parecían aplastados por una inundación.

—Necesito recaudar fondos para reparar la fuente, renovar las farolas y, por qué no, para comprarme una diligencia —dijo el Alcalde—. Desde este momento saco a la venta mil papelitos oficiales, cada uno cuesta un caballo. Cuando la fuente eche agua, las farolas den luz y mi diligencia me lleve lejos, devolveré dos caballos por cada papelito. Los papelitos oficiales están a la venta. ¡Corran, corran que se acaban!

Los papelitos del Alcalde se esfumaron en tiempo récord en el Salón de los Papelitos: todos en el pueblo entregaron sus caballos y las tareas cotidianas empezaron a hacerse de a pie.

La compraventa de papelitos siguió en aumento y ya no alcanzaban los lápices para apuntar quién era el dueño de qué. Algunos papelitos eran muy deseados: por ejemplo los de Pepe, que trabajaba día y noche en su proyecto del bar en las afueras. Pero a otros papelitos no los quería nadie: por ejemplo a los de Moncho, puesto que su artefacto para hacer viajes a la Luna, por el momento, solo constaba de dos caballos flacos unidos a un carro, y a otro carro, y a un tercero. Nadie creía que Moncho pudiera remontar el vuelo.

Ernesto, el vecino rico, había comprado papelitos sin ton ni son durante la primera semana, y ahora los papelitos de Moncho le quemaban en las manos. Pero como también tenía papelitos de Pepe, inventó algo que bautizó los *Fajos de Ernesto*.

Eran paquetes cerrados con cien papelitos de proyectos variopintos; por ejemplo, diez papelitos de Pepe y su bar, veinte de Horacio y su heladería, y setenta de Moncho y su extraño vehículo para hacer viajes a la Luna.

Durante todo el jueves los *Fajos de Ernesto* tuvieron gran éxito entre los vecinos del pueblo que buscaban como locos papelitos de Pepe o papelitos del Alcalde, pero el viernes Quique descubrió el truco y lo dijo públicamente en el Salón de los Papelitos:

—¡Cuidado, vecinos! Los *Fajos de Ernesto* a veces vienen con papelitos de Pepe o del Alcalde en la parte de arriba, y eso está muy bien, pero al fondo del fajo hay un montón de papelitos de Moncho, que jamás hará viajes a la Luna. Les propongo que, antes de comprar *Fajos de Ernesto*, pasen por mi casa para que los aconseje. Mi tarifa por cada consejo son seis monedas, o dos papelitos de Pepe.

Durante el resto de esa semana, y la siguiente, los compradores de papelitos consultaron siempre a Quique antes de comprarle fajos a Ernesto.

Ernesto y Quique, que habían jugado al mus durante años en el centro recreativo, dejaron de hablarse para siempre.

QUERIDO NIÑO:
En el mundo real, los papelitos oficiales del Alcalde se llaman TÍTULOS DE DEUDA PÚBLICA. Los fajos de Ernesto reciben el nombre de OBLIGACIONES DE DEUDA COLATERALIZADA. Mientras que la casa de Quique, el sitio a donde acuden los vecinos para saber si confían o no en los Fajos de Ernesto, se denomina BANCA DE INVERSIÓN.

La tercera semana

Ya habían pasado más de veinte días desde el inicio de las actividades cuando los vecinos del pueblo descubrieron que algunos proyectos ya estaban casi terminados, y en cambio otros seguían en pañales.

A Pepe solo le faltaba montar el palenque para que los caballos de los clientes pastaran fuera del bar.

Horacio había conseguido, con éxito, batir leche y frutas para su heladería, y solo le quedaba traer barras de hielo desde la gran ciudad.

Pero Carmen todavía no había encontrado un buen local para instalar su peluquería, aunque ya tenía docenas de tijeras afiladas.

Y qué decir de Moncho: sus caballos estaban cada vez más lustrosos, porque los cepillaba día y noche, y había conseguido atarlos a cuatro carros, pero no parecía que su artefacto pudiera volar en el plazo de una semana.

Los vecinos que tenían papelitos de Moncho, o de carmen, estaban inquietos y ya no lograban vendérselos a nadie. Hasta que apareció Quique con una gran idea:

—¡Oigan! —dijo Quique—. Aquellos que todavía tengan papelitos de Moncho, yo les puedo vender *Tranquilidad de Quique* para esos papelitos...

—¿De qué hablas? —preguntó Raúl, que tenía varios papelitos de Moncho.

—Muy fácil. Tú me pagas dos monedas cada noche, de aquí a fin de mes, y si Moncho no consigue hacer viajes a la Luna y no puede devolverte las quince monedas que prometió, yo te daré esas quince monedas. Justo lo que él debía pagarte.

—¿Aunque el viaje a la Luna fracase?

—Aunque fracase.

—¡Tremenda idea! —dijo Sabino—. Así nos sentiremos mucho más tranquilos y podremos comprar más papelitos.

—Por eso mi idea se llama *Tranquilidad de Quique* —dijo Quique, con una sonrisa, y muchos vecinos empezaron a pagar dos monedas cada noche, por las dudas de que algunos proyectos no terminaran bien.

En medio de la euforia por estas nuevas ideas, nadie en el pueblo se dio cuenta de que el Alcalde ya no se dejaba ver por el Salón de los Papelitos, ni tampoco había reparado las farolas ni la fuente de la plaza.

El Alcalde había cumplido, eso sí, con una parte de sus promesas: se había comprado una diligencia y había desaparecido del pueblo con los caballos de todo el mundo.

El edecán, que había sido la mano derecha del Alcalde y conocía la estafa desde el principio, decidió hacer algo para que nadie descubriera la ausencia de su jefe. Y su idea fue estupenda. Trajo al Salón de los Papelitos una pizarra y empezó a ponerle una nota (del uno al diez) a cada uno de los proyectos del pueblo.

—¿Qué estás escribiendo en la pizarra, edecán? —le preguntó Ernesto.

Pero el edecán se hizo el misterioso y siguió trabajando en silencio.

Al bar de Pepe le puso un ocho, a la peluquería de Carmen un cinco, a la heladería de Horacio un siete, al vehículo para hacer viajes a la Luna de Moncho un dos y, haciéndose el distraído, a las reformas de las farolas de la plaza les puso un nueve.

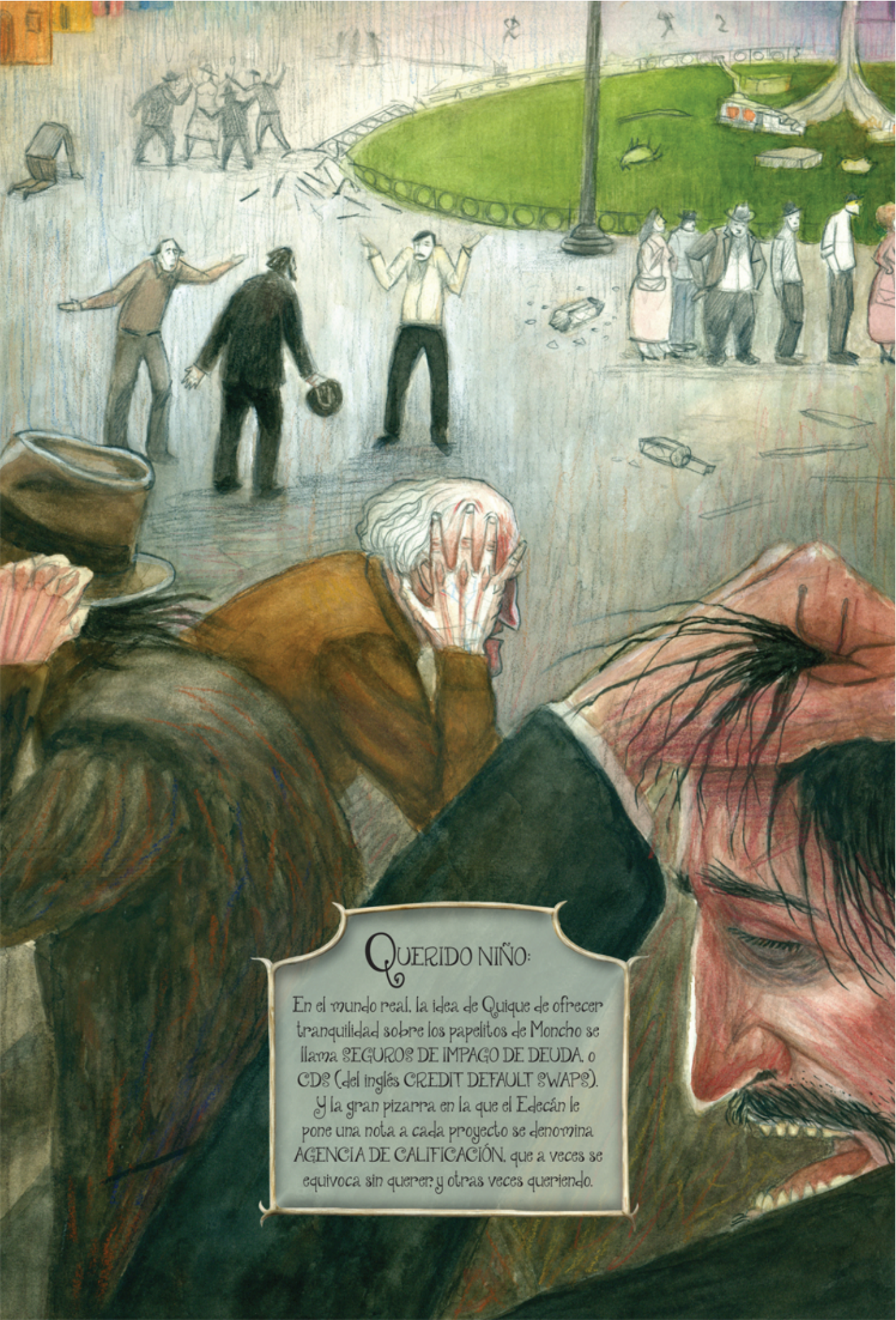
—Ahora sí —dijo—. Ya está.

—¿Qué significan estos números? —preguntaron todos.

—Son las notas de la Alcaldía. Es para que nadie compre papelitos sin saber si podrán recuperar sus monedas o sus caballos —dijo el Edecán—. Lo hago por ustedes. Confíen en estas notas.

Todos los vecinos agradecieron la ayuda y esa tarde se revendieron, a precio muy alto, muchísimos papelitos del Alcalde.

FUE AL ESTABLO Y NO ENCONTRÓ SU CABALLO: MONTÓ EN CÓLERA.


QUERIDO NIÑO:
En el mundo real, la idea de Quique de ofrecer tranquilidad sobre los papelitos de Moncho se llama SEGUROS DE IMPAGO DE DEUDA, o CDS (del inglés CREDIT DEFAULT SWAPS). Y la gran pizarra en la que el Edecán le pone una nota a cada proyecto se denomina AGENCIA DE CALIFICACIÓN, que a veces se equivoca sin querer y otras veces queriendo.

PAPELITOS, *por Hernán Casciari*

Última semana

Cuando llegó el día de la inauguración, Pepe se levantó muy temprano y caminó tranquilo hasta el pueblo. De lejos vio la fachada de su bar, con el cartel luminoso a todo trapo. El bar se llamaba *La Luna*, como lo había bautizado Moncho el primer día. Ahora ya no faltaba nada más, solo que llegaran muchos clientes desde el pueblo, con las gargantas secas de sed.

Recorrió las cinco leguas hasta el pueblo colocando carteles en todos los árboles del camino. «Bar La Luna, abierto desde esta noche». Cada cartel que ponía en un tronco, se lo quedaba mirando, lleno de orgullo.

Durante su caminata hasta el pueblo Pepe fantaseó con que, de allí en adelante, docenas de vecinos irían a caballo a su bar y todos serían felices conversando y bebiendo.

Pero cuando llegó a la plaza no pudo entender lo que veía. Hasta pensó que había equivocado el camino, y que estaba en un pueblo diferente. Parecía que hubiera pasado una guerra.

Las farolas y la fuente de la plaza estaban destrozadas. Los vecinos caminaban en círculos hablando solos, y había corrillos de hombres y mujeres discutiendo y peleando.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Pepe a Horacio, que lloraba contra una farola.

—¡Ay, Pepe! ¿No lo sabes? —sollozó Horacio—. Todo el mundo enloqueció con los papelitos. Con los míos, con los de Carmen, con los tuyos... ¡Con todos! De pronto empezó a haber más papelitos que monedas, más tarde ya no hubo monedas, después desaparecieron los caballos, y entonces el Alcalde se escapó del pueblo, y los vendedores de *Fajos de Ernesto* quebraron, y los revendedores de *Tranquilidad de Quique* no pudieron pagarle a nadie y escaparon por la noche... Y ahora todo el mundo está en la ruina...

—¿Qué diantres es eso de «fajos de Quique» y «tranquilidad de Ernesto»?

—Es largo de explicar —dijo Horacio.

—¿Y tu proyecto, y el de Carmen?

—Mi heladería fracasó: no hay caballos para ir a buscar hielo a la ciudad. Y Carmen no tiene clientes en su peluquería, ¿no ves que todos se están arrancando los pelos con sus propias manos?

Pepe se quedó en silencio.

—Necesito una bebida —dijo Horacio.

—Tengo la garganta seca —dijo Luis.

—¿Has abierto ya tu famoso bar? —preguntó Sabino. Y otros también se acercaron.

Pepe supo que, sin caballos en el pueblo, nadie podría ir nunca a su bar de las afueras, y entendió también que jamás podría devolver las diez mil monedas a nadie.

Y entonces vio, en el medio de la plaza, a Moncho. Sus caballos eran los únicos que quedaban en la región, y arrastraban tres carros con dos ruedas cada uno, en forma de tren. Allí se iban subiendo muchos vecinos. Otros hacían una larga fila para esperar subir.

—¿A dónde los llevas? —le preguntó Pepe a Moncho.

—¡A tu bar! —dijo Moncho, con una enorme sonrisa—. ¡A La Luna!

Un cartel, colgado en la fuente rota, decía:

«Moncho hace viajes a La Luna, salidas por una moneda. Regreso gratis».

—¿Sabías que iba a ocurrir esto? —le preguntó Pepe, abrazándolo—. ¿Sabías que todos se iban a quedar sin caballos?

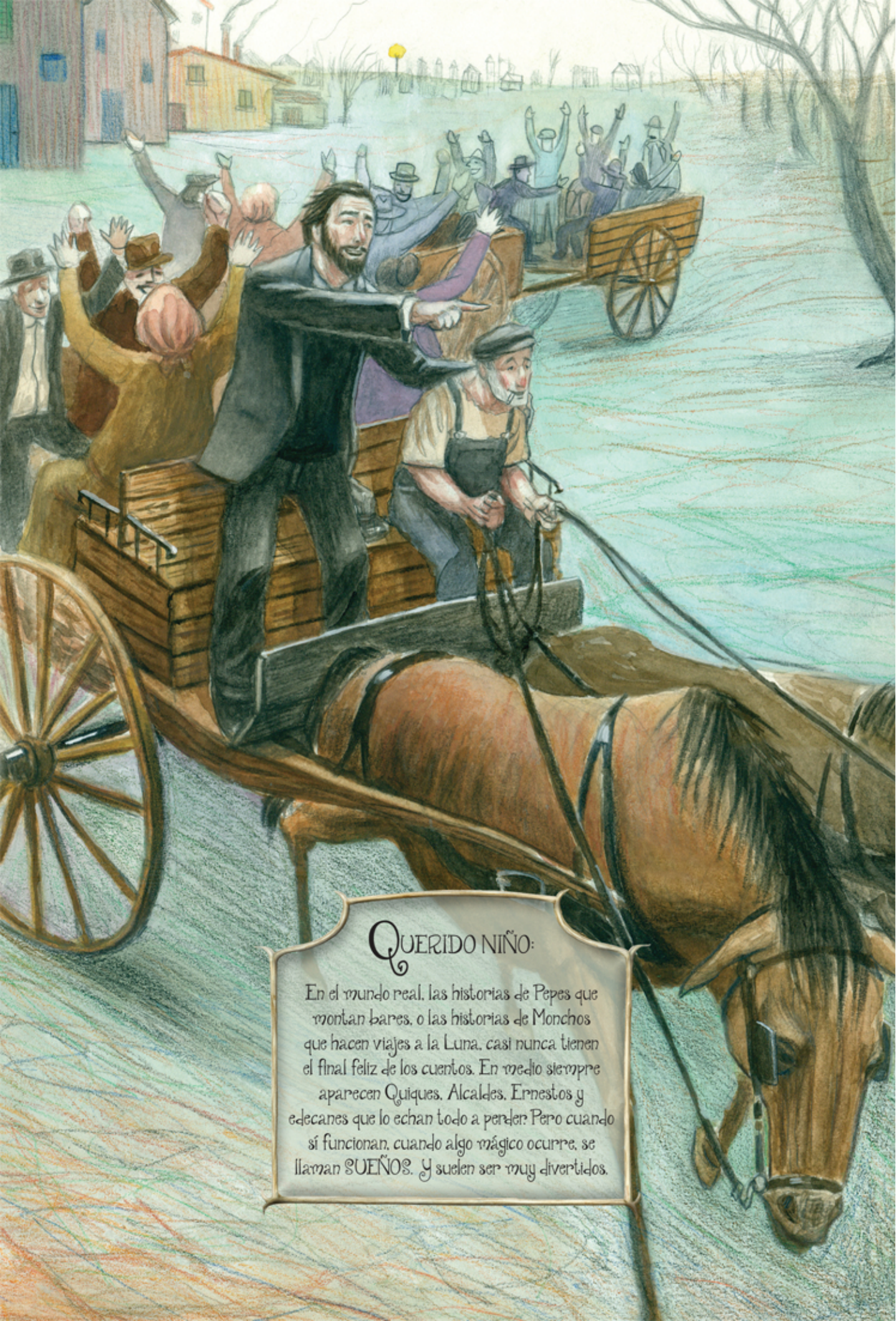
—No —dijo Moncho—. Solamente sé que la gente puede ir a un bar a caballo, pero nadie puede *volver* de un bar a caballo. Y como yo no bebo, pensé que mi negocio podría ser el de llevarlos y traerlos de La Luna.

Pepe se subió al primer carro y grito:

—¡Vamos entonces a La Luna! ¡Bebidas gratis el primer día!

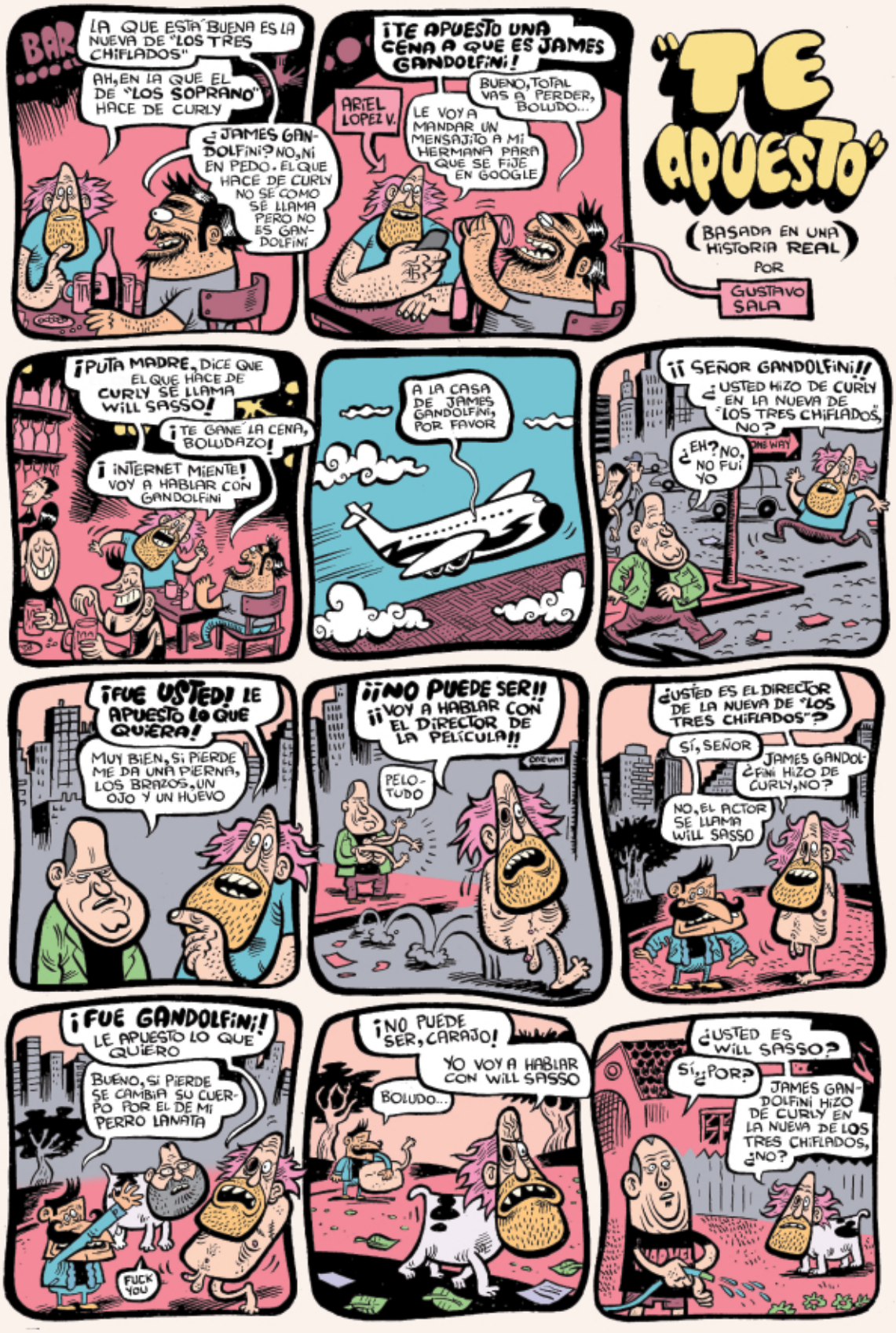
Y todo el pueblo aplaudió. ◣

El vendedor de humo agregó valor: lo vende hecho señales.



QUERIDO NIÑO:

En el mundo real, las historias de Pepes que montan bares, o las historias de Monchos que hacen viajes a la Luna, casi nunca tienen el final feliz de los cuentos. En medio siempre aparecen Quiques, Alcaldes, Ernestos y edecanes que lo echan todo a perder. Pero cuando sí funcionan, cuando algo mágico ocurre, se llaman SUEÑOS. Y suelen ser muy divertidos.


BAR
LA QUE ESTÁ BUENA ES LA NUEVA DE "LOS TRES CHIFLADOS"
AH, EN LA QUE EL DE "LOS SOPRANO" HACE DE CURLY
¿JAMES GANDOLFINI? NO, NI EN PEDO. EL QUE HACE DE CURLY NO SÉ COMO SE LLAMA PERO NO ES GANDOLFINI
¡TE APUESTO UNA CENA A QUE ES JAMES GANDOLFINI!
ARIEL LOPEZ V.
BUENO, TOTAL VAS A PERDER, BOLUDO...
LE VOY A MANDAR UN MENSAJITO A MI HERMANA PARA QUE SE FIJE EN GOOGLE
"TE APUESTO"
(BASADA EN UNA HISTORIA REAL)
POR
GUSTAVO SALA
¡PUTA MADRE, DICE QUE EL QUE HACE DE CURLY SE LLAMA WILL SASSO!
¡TE GANÉ LA CENA, BOLUDAZO!
¡INTERNET MIENTE! VOY A HABLAR CON GANDOLFINI
A LA CASA DE JAMES GANDOLFINI, POR FAVOR
¡¡SEÑOR GANDOLFINI!!
¿USTED HIZO DE CURLY EN LA NUEVA DE "LOS TRES CHIFLADOS", NO?
¿EH? NO, NO FUI YO
ONE WAY
¡FUE USTED! LE APUESTO LO QUE QUIERA!
MUY BIEN, SI PIERDE ME DA UNA PIERNA, LOS BRAZOS, UN OJO Y UN HUEVO
¡¡NO PUEDE SER!! ¡¡VOY A HABLAR CON EL DIRECTOR DE LA PELÍCULA!!
PELO-TUDO
ONE WAY
¿USTED ES EL DIRECTOR DE LA NUEVA DE "LOS TRES CHIFLADOS"?
SÍ, SEÑOR
JAMES GANDOLFINI HIZO DE CURLY, NO?
NO, EL ACTOR SE LLAMA WILL SASSO
¡FUE GANDOLFINI!
LE APUESTO LO QUE QUIERO
BUENO, SI PIERDE SE CAMBIA SU CUERPO POR EL DE MI PERRO LANATA
FUCK YOU
¡NO PUEDE SER, CARAJO!
YO VOY A HABLAR CON WILL SASSO
BOLUDO...
¿USTED ES WILL SASSO?
SÍ. ¿POR?
JAMES GANDOLFINI HIZO DE CURLY EN LA NUEVA DE LOS TRES CHIFLADOS, ¿NO?

NO, YO HICE DE CURLY
¡NO, FUE JAMES GANDOLFINI! LE APUESTO LO QUE QUIERA
BUENO, SI PIERDE SE CAMBIA LA CARA POR UNA DE PERRO
MARVEL
¡GUAU!
TARÚPIDO
¡¡NO PUEDE SER!! ESTOY SEGURO QUE FUE JAMES GANDOLFINI!
¡AHÍ ESTÁ! ACÁ ME SACO LA DUDA
CINE
LA NUEVA DE LOS TRES CHIFLADOS
¿Y CURLY DÓNDE SE METIÓ? YA VAN 40 MINUTOS DE PELÍCULA Y TODAVÍA NO APARECIÓ
¿CURLY? TE REFERÍS A JAMES GANDOLFINI ¿NO?
¿QUÉ HACÉS EN EL CINE, PERRO DE MIERDA?
NO, EL QUE HACE DE CURLY SE LLAMA WILL SASSO
VOS TE VENÍS A MI CASITA.
ME GUSTAN MUCHO LOS PERROS, JA, JA, JA
UNO MÁS PARA LA COLECCIÓN. BIENVENIDO, JA, JA!
¡LLEGÓ OTRO!
POR LA CARA DE PUTO DEBE SER DIBUJANTE
¿VOS TAMBIÉN PERDISTE UNA APUESTA?
SÍ... NO ME DIGAS QUÉ...
SÍ, ACÁ ESTAMOS TODOS LOS TIPOS QUE PERDIMOS APUESTAS PELOTUDAS.
YO SOY HORACIO ALTUNA Y APOSTÉ QUE EL NEGRO ARNOLD DE "BLANCO Y NEGRO" LO HACÍA MORGAN FREEMAN
YO SOY LINIERS Y APOSTÉ QUE AL GALÁN DE "V" LO HACÍA RICHARD DEAN ANDERSON
YO SOY JUAN SÁENZ VALIENTE Y ANDO EN SKATE
ACÁ NOS PEGAN, NOS CAGAN DE HAMBRE Y NOS VIOLAN. PERO POR LO MENOS TENEMOS TELEVISOR
¡BUENÍSIMO!
A CONTINUACIÓN, EL REGRESO, DESPUÉS DE VARIOS AÑOS, DE "LOS SOPRANO" CON JAMES GANDOLFINI COMO "TONY SOPRANO"
HBO
¿EH?
EY, TONY, TE NOTO DISTINTO. ¿TE HICISTE ALGO?
¿DISTINTO? ¿POR QUÉ LO DECÍS?
GSAIA

EN EL PAÍS DE LOS SIETE LOCOS

UNA CRÓNICA DE **CÉSAR CALERO**
ILUSTRADA POR **RODOLFO FUCILE**

CÉSAR CALERO
Madrid, 1965

Desarrolló su carrera profesional colaborando en diferentes medios: *Diario 16*, *El País*, *The Washington Post*, *El Universal*, *Cambio* y *La Nación*, entre otros. Fue corresponsal en México, Centroamérica y Cuba. En 2008 publicó la novela *Humano* (Inéditor) y en 2011 ganó el Premio Narrativa de Viajes Eurostars-RBA con su libro de crónicas *Cuba a cámara lenta*. Colaboró en Orsai N2 con la crónica « Radowitzky en el fin del mundo». Actualmente está afincado en Buenos Aires, donde se encarga de la redacción de temas internacionales para el diario *La Nación*. También se encarga, en sus ratos libres, de escuchar a la gente y tomarle nota a la calle. ¿De qué hablan los porteños? ¿Cuál es el tema que genera más ansiedad en la Argentina? Una pista: es verde y está en un corral. ¿Adivinaron? No importa, igual lean la crónica y pasen por caja antes que cambie el precio.

Con un poco de atención y una pizca de imaginación, cualquiera que se aventure por las calles del centro de Buenos Aires podrá ser testigo de un pequeño milagro: confundidos entre la multitud —esa marea de seres malhumorados que camina deslizando el pulgar por sus teléfonos inteligentes— surgen como sombras huidizas no uno sino diez Erdosain; veinte, tal vez treinta Astrólogos y un montón de Rufianes Melancólicos. Los héroes y villanos de Roberto Arlt están aquí, en esta Argentina del siglo veintiuno, más presentes si cabe que hace ocho décadas, para recordarnos que nada o muy poco ha cambiado y que la *mosca*, la *biyuya*, el *vento* o para entendernos mejor, la *guita*, sigue presidiendo las relaciones sociales en un país donde —dicen— nada es lo que parece.

«En las novelas de Arlt, el dinero define los enigmas y el suspenso de la trama», escribe Ricardo Piglia en un ensayo sobre la literatura del autor de *Los siete locos*. Y las novelas de Arlt son, como se sabe, no solo una radiografía exquisita de la Argentina de los años treinta. Son también relatos futuristas que nos envían desde el pasado continuas señales de alerta sobre nuestro presente. Pero dejemos por un momento a los lunáticos arltianos y centrémonos en esos seres atormentados que pululan por el centro de Buenos Aires. Hablan sin pausa del negocio que están a punto de concretar, de la subida desenfrenada de los precios, de un descuento mayúsculo en este o aquel supermercado, de un dos por uno imperdible en el cine, de las veinticuatro cuotas sin intereses con las que pagarán las vacaciones o de lo caro que está el dólar —siempre el dólar— y lo poco que rinde el salario.

Leí «la inflación se siente en las gónadas». Era en las góndolas.

Cuando me instalé en Buenos Aires, en enero de 2008, una de mis distracciones fue registrar extractos de conversaciones, palabras y frases entrecortadas con las que se podrían armar —como si se tratara de una novela de Perec— interminables historias de vida cotidiana. No es una tarea difícil. El argentino, que ama el exhibicionismo hasta límites insospechados, habla para que lo escuche no solo su interlocutor más cercano sino, a ser posible, todo el mundo. Relegados a vivir en el culo del mundo por un malentendido con Dios (en el momento de crear al argentino todavía no estaban muy claros los atributos sublimes que desarrollaría el porteño, que todo lo sabe, hasta lo que desconoce), los argentinos tratan de que su voz se perciba allende los mares. No importa si no encuentran respuesta al otro lado del Atlántico. El argentino habla también —o antes que nada— para sí mismo. Vive, como vislumbró Ortega y Gasset, entregado no a una realidad sino a una imagen: «Es sobremanera Narciso. Es Narciso y la fuente de Narciso. Lo lleva todo consigo: la realidad, la imagen y el espejo».

Con el paso de los años, la capacidad de observación se va diluyendo y el extranjero asume como normales ciertos hábitos y situaciones del país en el que vive, los mismos hábitos y situaciones ante los que el recién llegado no deja de asombrarse: después de vivir varios años en La Habana, por ejemplo, me parecía normal ver salir del agua en la bocana de la bahía a un buzo con un pargo de diez libras en las manos.

Hace ya tiempo que tengo tan asimilada la palabra «guita» como, por ejemplo, el hecho de que los autos circulen ocupando su carril y el del vecino. Tampoco pregunto ya a nadie en qué momento fueron bombardeadas las aceras de Buenos Aires, y asumo los esguinces como un daño colateral de esa guerra que debió de librar la ciudad. No arqueo ya las cejas cuando el cliente que está delante de mí en el Farmacity paga una pasta de dientes con su tarjeta de crédito en tres cómodas cuotas. Y hasta veo lógico que los colectivos de la línea que más uso —la 152, que va de Olivos a La Boca— pasen por la parada de tres en tres. Tampoco me sorprende ya, por otra parte, cruzarme con tantas librerías como bares de moscas hay en mi Madrid natal. Pero al principio sí me causaba perplejidad.

«La preocupación por el dinero es el tema de conversación preferido de los argentinos», anoté en un cuaderno a poco de llegar a Buenos Aires. Era, obviamente, un comentario exagerado, pues nada hay más excesivo que tomar la parte por el todo y hablar de una sociedad en términos generales. Pero si asumimos como un acto de fe la inevitable generalización, a esa entidad que llamamos «argentino» (o más específicamente «porteño»), no parece importarle demasiado el contexto en que se encuentre para mentar la bicha. Hace unas semanas hablaba con una joven librera de la avenida Corrientes sobre la gran oferta cultural que brinda Buenos Aires, con su celebrada escena de teatro independiente, los recitales de todo tipo de música, exposiciones, ferias artísticas… «Sí, todo eso está muy bien si tenés plata —me interrumpió—, los recitales son caros y el teatro también». Y a continuación me preguntó si yo me lo podía permitir. Solo le faltó interesarse por mi sueldo, una afición (la de querer saber cuánto gana el de al lado) muy argentina, sobre todo si el de al lado es extranjero. El único límite que parece haber en materia crematística es hablar del dinero propio —gran tabú— porque en el imaginario argentino el enriquecimiento personal y la corrupción caminan de la mano.

Para tratar de discernir qué hay de cierto en el mito de la obsesión de los argentinos con el dinero nada mejor que bucear un poco en la historia sociopolítica del país. La socióloga Ana Wortman, autora entre otros libros de *Construcción imaginaria de la desigualdad social*, me despeja algunas dudas. En los salones de tango de París —me cuenta Wortman— había un dicho recurrente: «Rico como un argentino». Eran los tiempos de la acumulación de riqueza gracias al filón de la exportación de ganado y trigo. Aunque la riqueza —me aclara la socióloga— la ostentaba la oligarquía terrateniente: «Esa parte de la sociedad argentina se caracterizaba por estar al tanto de la novedad, ser consumista y viajar por Europa. Siempre estuvo muy atenta a la moda y tenía una vasta vida social donde sacaba a relucir sus adquisiciones en la casa y en la estancia. Y ahí quedó esa imagen del argentino como un tipo consumista, exhibicionista, que no tiene inconveniente en gastar y en mostrarse, en tirar lo que ha pasado de moda».

Una imagen que ya percibieron algunos viajeros extranjeros hace más de cien años. Como el dramaturgo catalán Santiago Rusiñol, que visitó Argentina durante el centenario de la independencia (1910) y se quedó pasmado: «Acá el dinero es el rey». O el escritor polaco Witold Gombrowicz, que vivió más de veinte años en el país a mediados del siglo pasado: «La Argentina

—escribe en sus diarios— es un estanciero entre las naciones, un oligarca orgullosamente sentado sobre sus espléndidos territorios».

La obsesión del argentino por el dinero se manifiesta, no obstante, tanto en épocas de abundancia como de crisis. En *El País de las maravillas* (1998), el escritor chaqueño Mempo Giardinelli explica cómo se forjó ese vínculo especial con la plata: «Si hay muchos mitos que uno sabe que pueden tener validez en otras sociedades, como es lógico, probablemente este sea uno de los más genuinamente argentinos. Y desde luego que tiene que ver con la perversa relación que hemos entablado con la economía a lo largo de por lo menos el último medio siglo; deriva de la pesadilla que hemos venido padeciendo los argentinos de por lo menos tres o cuatro generaciones: el proceso de constante empobrecimiento, lo que se llama la pauperización de la sociedad (y no solo de las clases medias) llevó a esta especie de oficio paralelo que todos los argentinos tienen: ser un poco economistas aficionados por imperio de las circunstancias».

Y las circunstancias han sido bastante convulsas en Argentina ¿Será entonces verdad que en cada argentino se esconde un economista? Los procesos traumáticos dejan huellas que condicionan la conducta futura del sujeto, me explica el psicoanalista Gabriel Rolón, autor de best-sellers como *Historias de diván*. «Los vaivenes económicos de la economía argentina han dejado marcas; procesos como el Rodrigazo (una gran devaluación del peso unida a un fuerte aumento de los precios) en los años setenta o la crisis de 2001 seguramente han dejado una inquietud acerca del tema del dinero que lo ha vuelto una cuestión de permanente ansiedad para nosotros». Argentina —me recuerda Rolón— está poblada por descendientes de inmigrantes que vinieron huyendo de la guerra y el hambre en Europa, gente que guardaba cada peso que ganaba para construirse un futuro o para enviar a su familia en sus países de origen. Rolón ha viajado recientemente por España y Grecia y ha podido constatar que la virulencia de la crisis ya está dejando también su marca en la relación de esas sociedades con el dinero. «Psicológicamente hablando, el dinero no es más que un sustituto de la completitud y el poder. Hay otros valores, como la cultura, el talento, etcétera, que pueden ocupar ese lugar de hacernos sentir seguros y potentes, pero en la sociedad capitalista el dinero viene como anillo al dedo para lograr esa impostura en busca de una completitud que nunca será posible. El ser humano es un ser en falta, por suerte». Me comenta Rolón que sus pacientes solo le hablan de plata cuando tienen problemas económicos. Los ahorristas, por ejemplo, suelen ser sujetos bastante neuróticos.

Una ansiedad que se manifiesta a la hora de decidir cómo rentabilizar el dinero sobrante y que atañe por tanto a las clases medias y altas. Todo argentino al que le sobra un mango a final de mes sabe a cuánto cotiza el dólar, la moneda refugio de un país que vivió el sueño de la convertibilidad (un peso: un dólar) durante la década de los noventa, los años del «deme dos», cuando muchos argentinos iban a Miami de compras como quien baja al quiosco de la esquina a por tabaco. Los años de pizza y champán, el gran legado político de aquel taumaturgo con patillas conocido popularmente como El Innombrable (por lo que respetaremos la sabiduría popular y no lo nombraremos), que privatizó medio país y prendió la hoguera para el gran incendio de 2001. A excepción de esos años, la preocupación por la cotización del dólar siempre ha estado presente entre los argentinos. Con una inflación que ronda el veinticinco por ciento anual (aunque el gobierno solo reconoce un diez por ciento), el ahorro en divisas era algo habitual entre las clases medias y altas hasta que la presidenta Cristina Kirchner logró la reelección en octubre de 2011 con una abrumadora mayoría y decidió acabar con lo que denominó «ahorro especulativo». Y ella misma, para dar ejemplo, se aplicó el cuento y pesificó sus ahorros en dólares (es decir, dejó de especular). El control cambiario había llegado para quedarse. El Estado —argumentó el gobierno— necesitaba divisas para hacer frente al pago de importaciones y vencimientos de deuda. Y las divisas se estaban esfumando: ochenta mil millones de dólares en los últimos cinco años, según datos oficiales: ni más ni menos que el dieciocho por ciento del PIB.

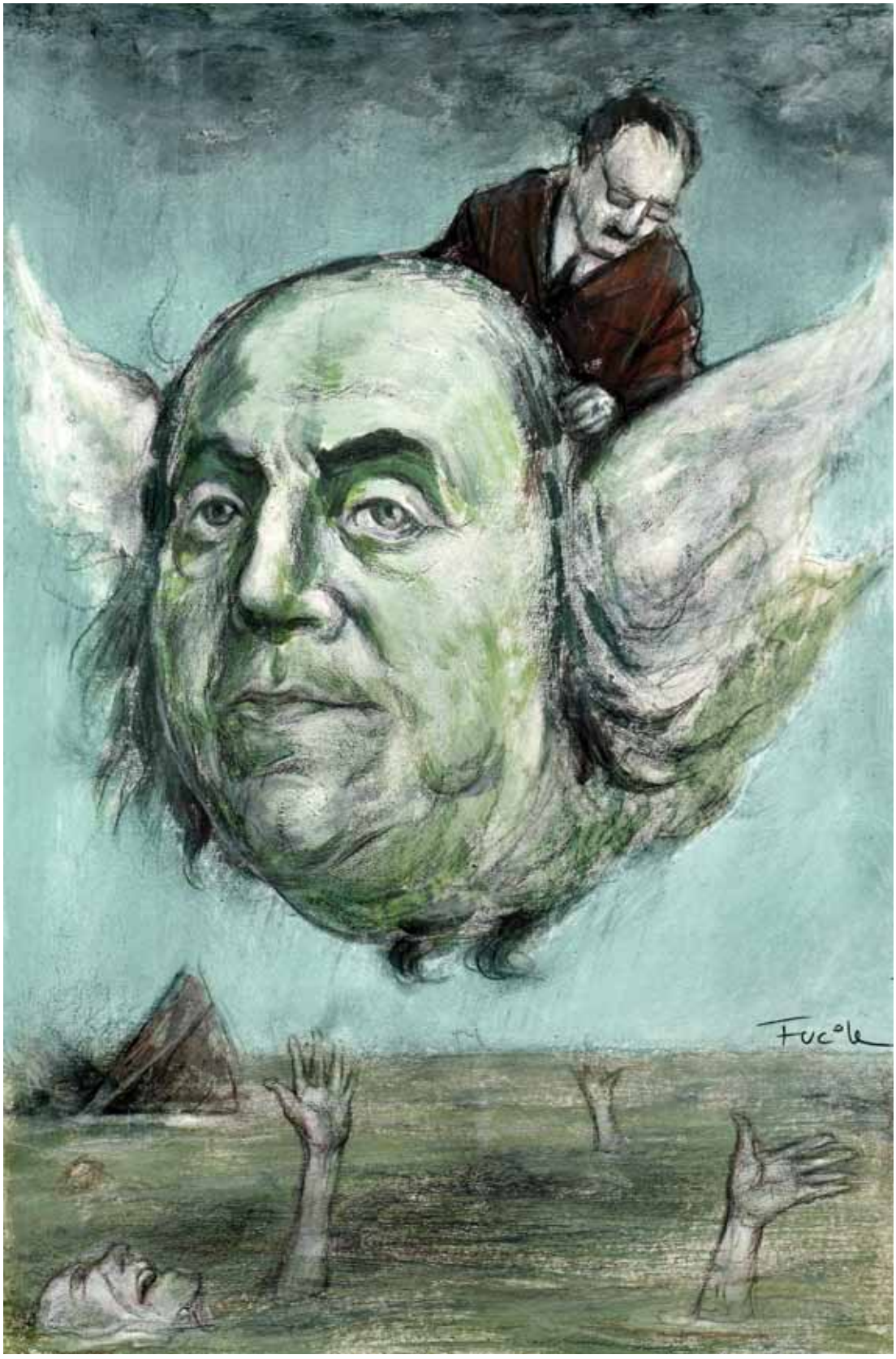
En el otro lado de la trinchera, los críticos vieron en el cepo al dólar una suerte de corralito en divisas. Solo en algunos supuestos (viajes al exterior, pago de determinadas importaciones) se pueden comprar dólares de manera legal en el país que, después de Estados Unidos, atesora más billetes verdes en el mundo. A cada argentino le corresponderían, según datos del Tesoro norteamericano, mil trescientos dólares frente a los seis dólares per cápita de Brasil. Aunque en

El argentino, que ama el exhibicionismo hasta límites insospechados, habla para que lo escuche no solo su interlocutor más cercano sino, a ser posible, todo el mundo.

las filas oficialistas se defiende la medida como una salvaguarda de la economía nacional, entre la tropa hay opiniones para todos los gustos, desde los defensores acérrimos del control cambiario hasta los que se preguntan por qué el gobierno al que votaron les obliga ahora a cometer una ilegalidad para adquirir dólares. «¿Por qué tengo yo que ir a una cueva (los chiringuitos financieros donde opera el mercado negro) como si fuera una delincuente?», se pregunta una profesional relacionada con el mundo de la cultura.

Las quejas y alabanzas por el cepo al dólar se apropiaron en los últimos meses de las conversaciones sobre el dinero. En una cena con tres amigos kirchneristas (el antiguo binomio peronista/gorila quedó hoy superado por el de kirchnerista/antikirchnerista), todos caen en una curiosa contradicción: la norma es buena para el país —argumentan— y mala para ellos, que también necesitan dólares para salir fuera del país. «A mí me cagaron, viajo a Ecuador y necesito dólares», se lamenta uno de ellos. «Yo intenté pedir dólares a la AFIP (la Hacienda argentina que autoriza unos cincuenta dólares por día para los viajes al exterior, aunque el sistema se cae cada dos por tres y en la práctica resulta totalmente arbitrario a la hora de asignar divi-

En el supermercado me hacen cada vez más descuentos; de mercadería por el mismo dinero.



Poner la tasa de interés sobre la mesa de dinero.

sas) pero me pidieron una clave fiscal y no tengo», confiesa otro. «Y ni se te ocurra pedirla», interviene el tercero: «Cuanta menos información tengan de vos, mejor; están esperando que llames a su puerta para cazarte».

Hablemos de guita

Pero cómo no hablar de dinero todo el tiempo si los medios de comunicación se desayunan con ese asunto y concluyen la jornada de la misma manera. No hay más que encender el televisor y sintonizar alguno de esos canales que ofrecen noticias (la misma noticia todo el tiempo) durante las veinticuatro horas del día. Ahí está el analista de turno hablando de guita. Hoy toca el salario de los porteros de Buenos Aires, un tema que no deja indiferente a nadie pues hay quien piensa que ganan demasiado (su sueldo está muy por encima del salario promedio, que ronda los cinco mil quinientos pesos mensuales, unos novecientos euros). «Si el portero de mi edificio gana más que yo, es que algo anda mal en este país», recuerdo que me comentó un amigo periodista. Se equivocaba: lo que anda mal no es Argentina sino el oficio de periodista, aquí y en Pernambuco. Cambio de canal y escucho que alguien habla de la corrupción en España y los sobresueldos en el Partido Popular. «Mirá, estos españoles están copiando lo que hacíamos acá». Sin embargo, no está muy claro quién copió a quién. No hay más que leer a Belgrano, uno de los próceres de la Independencia, en una de las cartas que envió a su padre sobre lo que vio en la España de finales del siglo dieciocho: «Mi querido padre, la plata puede mucho bien dirigida, teniendo algún conocimiento en las cosas de la Corte y sabiendo los conductos se llega a conseguir lo que se quiere con ella; aquí más vale aparentar riquezas que pobreza, pues a todos abre los ojos el metal».

Cambio de nuevo de canal y me topo con el objeto más deseado del momento: el dólar. En seguida pienso en Guillermo Moreno, el todopoderoso secretario de Comercio. En tiempos en que el dólar paralelo está batiendo todos los récords y ha superado los 7,50 pesos —es decir, un cincuenta por ciento por encima del oficial— Moreno acaba de pronosticar que el dólar oficial podría llegar a los seis pesos a finales de 2013; tengamos en cuenta que a principios de año ronda los cinco pesos. Y si lo ha dicho Moreno, una suerte de Rasputín del kirchnerismo capaz de recibir a ciertos empresarios con guantes de boxeo para poner las cosas claras desde el principio, como mínimo conviene prestar atención, por más complicado que resulte en este país asimilar rápidamente los avatares del dólar.

Si algún extranjero aterrizó por primera vez en Argentina el pasado diecisiete de enero, probablemente no haya podido entender los titulares de la prensa de ese día: «El dólar blue llegó a 7,50 pesos». ¿El dólar blue? No tengo la menor idea de por qué al dólar que se vende en el mercado negro no lo denominan por su nombre, «negro», en lugar de llamarlo blue. Y eso no es todo, porque en Argentina hay tantas especies de dólares que cuesta proponer un inventario. Está el dólar blue de las cuevas y el green de los «arbolitos», esas plantas humanas que pueblan la céntrica calle Florida al grito de «cambio, cambio» y que poseen el don de la invisibilidad, pero solo ante la policía. Está el dólar celeste de las operaciones inmobiliarias (porque en Argentina, ver para creer, los pisos se construyen en pesos y se venden en dólares) y el dólar turista de los gastos con tarjetas; hay un dólar soja, un dólar maíz, un dólar girasol: cada uno con su propia cotización. Y hasta un dólar bautizado con el extraño nombre de «contado con liqui», que se utiliza para la fuga de capitales por la vía legal.

La asimilación social del dólar paralelo es tal que los principales diarios argentinos publican en sus páginas financieras no solo la cotización del dólar oficial sino también la del negro (quiero decir, blue). Como no podía ser menos, en las redes sociales ya hay quien informa de la cotización del dólar paralelo a todas horas: @dólarblue, @dólarcable, @dólarlite.

Para rizar el rizo, recientemente apareció una aplicación informática que sigue los altibajos del dólar paralelo en tiempo real en iphones y ipads. Como se sabe, los argentinos son los reyes del invento. Ahí está Erdosain y su rosa de cobre para atestiguarlo. Se autoproclaman inventores del bolígrafo (que en Argentina llaman con el peculiar nombre de birome en honor a su creador, el húngaro nacionalizado argentino László Biro) y del autobús urbano o colectivo (puedo dar fe de que fueron ellos los creadores del cacharro: por Buenos Aires circulan los prototipos más viejos del planeta). Pues bien, una empresa argentina de sitios web, Bullpix, está detrás de la aplicación del dólar blue, una de las más demandadas de Apple en

Argentina. «Primero regalamos la aplicación a nuestros clientes. Luego decidimos cargarla en el App Store de manera gratuita por dos días y la descargaron más de tres mil personas. La pasamos al modo pago para poder mejorarla. Ahora cuenta con notificaciones en donde se informa por hora los cambios en la cotización», relata Alejandro Donzis, director comercial de la empresa, al diario *El Cronista Comercial*.

Sin tantos alardes tecnológicos, Agustín, un treintañero que lleva siete años en el negocio del dólar paralelo, cuenta y recuenta billetes tras una ventanilla en un local de Barrio Norte, una zona de clase media-alta de la capital. «Dame pesos», ordena sin que haya nadie más a la vista. Unos segundos después, un bote de plástico desciende por una plataforma habilitada en una esquina del habitáculo donde trabaja. «Cien, doscientos, trescientos…». Los dedos de Agustín son más rápidos que la vista. En unos segundos, le entrega siete mil cuatrocientos cincuenta pesos a un cliente que le ha vendido mil dólares. Todo en la cueva de Agustín —el tabuco de dos por dos donde atiende, la luz mortecina, las paredes cuarteadas— tiene un aire de sordidez que no desentona con la actividad que allí se practica: la usura. El sociólogo alemán Georg Simmel ya advirtió en *La filosofía del dinero* (1905) que las relaciones humanas quedaron marcadas a fuego desde la aparición de un instrumento de comercio que se transformó en un fin en sí mismo. Con el dinero surge el individuo calculador en detrimento del individuo contemplativo.

«Esto no tiene mucha ciencia: se trata de comprar y vender», me asegura Agustín. Pero tiene más ciencia de la que parece. «Faltan dólares en el mercado, por eso hay tanta demanda, y la va a seguir habiendo porque el gobierno no va a salir a vender dólares; hay que entender una cosa: el cepo cambiario no se va a acabar».

El cuevero habla de economía con desparpajo. La espiral inflacionaria: ahí está el problema. Argentina se precipita hacia esa espiral y a la paralización del crecimiento. O sea: la temida estanflación. Agustín parece un economista, pero no lo es. «Lo que pasa es que leo mucho, me gusta estar enterado de las cosas, porque yo también muevo mi plata: en oro, en bonos, donde vea que va a ser más rentable». Entre lección y lección, suena el teléfono. Y Agustín contesta telegráficamente: «Euro: ocho noventa». Como si fuera un cambio legal, cada día, desde las diez y media de la mañana, los cueveros como Agustín llaman a una «central» para informarse sobre el precio de cada divisa de acuerdo a la oferta y demanda. «Son bancos y mesas de dinero de la City (el Microcentro porteño) las que marcan la pauta».

Cada día el mercado negro mueve al menos veinte o treinta millones de dólares, el tres por ciento del total. Los técnicos lo llaman mercado ilíquido porque se trata de un volumen pequeño donde unos pocos jugadores pueden mover el tablero a su antojo. Pero Agustín no tiene dudas sobre quién respalda la existencia de ese mercado paralelo: «Al que más le interesa que exista es al propio gobierno, que así puede operar con sus dólares en los dos mercados: el oficial y el paralelo. Ellos son los formadores de dinero».

El negocio del cuevero está estrechamente relacionado con la veneración que sienten los argentinos por el dólar. Moneda fetiche, el billete verde será siempre garantía de ahorro. «Yo lo explico con el ejemplo de la campera: vos te olvidás una campera en mi negocio y regresás dentro de un año; en un bolsillo dejaste cien pesos y en el otro cien dólares; con el primer billete podrás comprar un treinta por ciento menos (por la inflación) mientras que el segundo lo seguirás guardando porque no perdió su valor, al contrario. ¿Se entiende?».

Meridianamente.

Y mientras Agustín continúa hablando de márgenes y centavos, el ejemplo de la campera me lleva a pensar en todos esos lugares donde los argentinos guardan sus ahorros. La desconfianza en los bancos tras el corralito financiero de 2001 llevó a mucha gente a esconder el dinero en los rincones más insospechados de sus casas: bajo una encimera, en el balcón o entre la ropa, como esa campera ficticia de Agustín. Otros prefieren no arriesgar tanto y depositar sus dólares en los bancos, pero no en una cuenta sino en una caja de seguridad.

Según el diario *Ámbito Financiero*, en Argentina hay setecientas mil cajas fuertes en las entidades bancarias. Cuántos dólares acumulan esas cajas es un misterio. Hay también quien decide encastrar la caja fuerte en su propio hogar.

En el apartamento que alquilé cuando llegué a Buenos Aires había una enorme caja fuerte en el cuartito de la lavadora. De hecho, la caja tenía el tamaño de una lavadora. Estaba cerrada a cal y canto y nadie se acordaba de la clave para abrirla. Durante los primeros días soñé con que unos ladrones entraban en casa

Comer con tenedores de bonos.

¿El dólar blue? No tengo la menor idea de por qué al dólar que se vende en el mercado negro no lo denominan por su nombre, «negro», en lugar de llamarlo blue.

y me torturaban para que cantara la combinación. Como no la sabía, me iban cortando los dedos de las manos y cuando ya solo quedaban muñones me despertaba gritando. Le pedí encarecidamente a la administradora del piso que se llevara esa cosa maligna de mi departamento o que al menos la dejara con la puerta abierta. Pero no fue tan sencillo. El dueño vivía en el extranjero y no recordaba la clave, así que la administradora tuvo que contratar a unos expertos en cajas de seguridad. Primero vino el operario estilista, pero aunque gesticuló como esos ladrones de guante blanco que salen en el cine, no logró dar con la fórmula adecuada. Se marchó cabizbajo. Después llegaron los reventadores profesionales, tipos rudos con taladradoras, martillos y refrescos de cola. La caja pesaba un quintal y la única forma de no fundir el ascensor era trocearla. Rompieron varias brocas antes de poder perforar el acero del armatoste. Nunca supe muy bien qué hicieron esos «expertos» tanto tiempo en el cuarto de la lavadora, pero estuvieron varios días hasta que finalmente consiguieron separar la puerta del cuerpo de la caja y mi pesadilla, por fin, se acabó.

Le he perdido el hilo a Agustín durante unos segundos pero no importa porque él sigue en lo suyo: «El dólar blue va a continuar subiendo aunque el gobierno devalúe el oficial; si no pone dólares a la venta, la brecha seguirá», está diciendo ahora. No hay una salida fácil, según el economista cuevero, porque si se elimina el cepo cambiario la gente irá en masa a comprar dólares: «Es la cultura argentina; somos así».

La obsesión por el dólar existe desde hace décadas. «Salarios, precios, tipo de cambio: todo el mundo habla de dinero, todos los que pueden permitírselo compran dólares en el mercado negro. Y pronto el visitante se ve afectado por la histeria». Cualquiera podría suscribir esa frase hoy, pero fue escrita en 1972. V.S. Naipaul palpaba entonces la realidad argentina para escribir su extensa crónica sobre el peronismo: *El regreso de Eva Perón*. El traductor de Borges, Norman Thomas di Giovanni, que llevaba tres años viviendo en Buenos Aires, le traslada a Naipaul esa impresión: «Empiezas a tener la sensación de que te estás pasando los mejores años de tu vida en casa del cambista. Voy allí algunas tardes igual que otras personas van de compras; solo para ver qué se ofrece». Para seguir el consejo de Di Giovanni, me acerco a visitar a Agustín algunas tardes de este verano austral mientras paseo por Buenos Aires. Me gusta verle contando billetes a toda velocidad: cien, doscientos, trescientos, mientras ordena que bajen el frasquito con los pesos en su tabuco de dos por dos.

Es el triunfo de la sociedad del cálculo.

Coaching in the river plate

Seguramente Agustín no necesite los consejos de Nicolás Litvinoff, un economista (con título universitario) devenido coach financiero. Cuando oí hablar de él no tenía idea de qué demonios era un «coach» financiero, una de esas maravillosas expresiones de nuestra época globalizada. «No es más que el coaching ontológico aplicado a las finanzas», me suelta Litvinoff.

Sigo sin entender nada, así que abro su libro *Es tu dinero* e intento enterarme de qué hablamos cuando hablamos de coaching ontológico: «Se basa en la premisa de que existe una relación directa entre nuestra forma de observar el mundo, las acciones que emprendemos y los resultados que obtenemos; por ende, su meta principal es transformar el tipo de observador que somos (…) para alcanzar los objetivos planteados».

Aplicado a las finanzas, el trabajo del coach es lograr que el inversor cambie y mejore su punto de observación de la realidad económica para lograr resultados tangibles. Voy entendiéndolo.

Nicolás me ha citado en una cafetería de Salguero y Libertador, una de las zonas más nobles de Buenos Aires, donde uno imagina que a la gente no le hacen falta muchos consejos para conseguir plata. «Lo que hago es darle una vuelta de tuerca al coaching y fusionarlo con las finanzas; trabajé en sociedades de bolsa manejando cuentas de terceros e impartí clases de economía financiera; junto todo eso y salgo con el coaching financiero». Y para ello fundó Estudinero.net, un sitio de internet al que se apuntan desde contables hasta mineros o taxistas en busca del tiempo (y del dólar) perdido. En sus clases, el coach enseña a sus alumnos a «invertir con fundamentos». «La intuición siempre genera pérdidas», es una de sus premisas.

Tenía mis dudas sobre las diferencias entre un coach y un asesor financiero, pero empecé a despejarlas cuando Nicolás me comentó que estaba terminando su primera novela: *Maten al asesor financiero*. Parece que los coach no se llevan muy bien con los asesores. «Hay siempre un conflicto de intereses entre el asesor y su cliente, porque el asesor piensa solo en el bonus de fin de año que le corresponderá por la cantidad de productos que haya podido colocar». Y el coach, según Nicolás, trabaja en un plano más emocional. ¡Qué buen rollo! En cualquier caso, a mí la parte de la charla con Litvinoff que más me interesa es cuando me revela que él no trabaja más de cuatro horas por día. Trabajar menos y ganar más, de eso se trata. Erdosain y el Rufián Melancólico se unen a nuestra mesa.

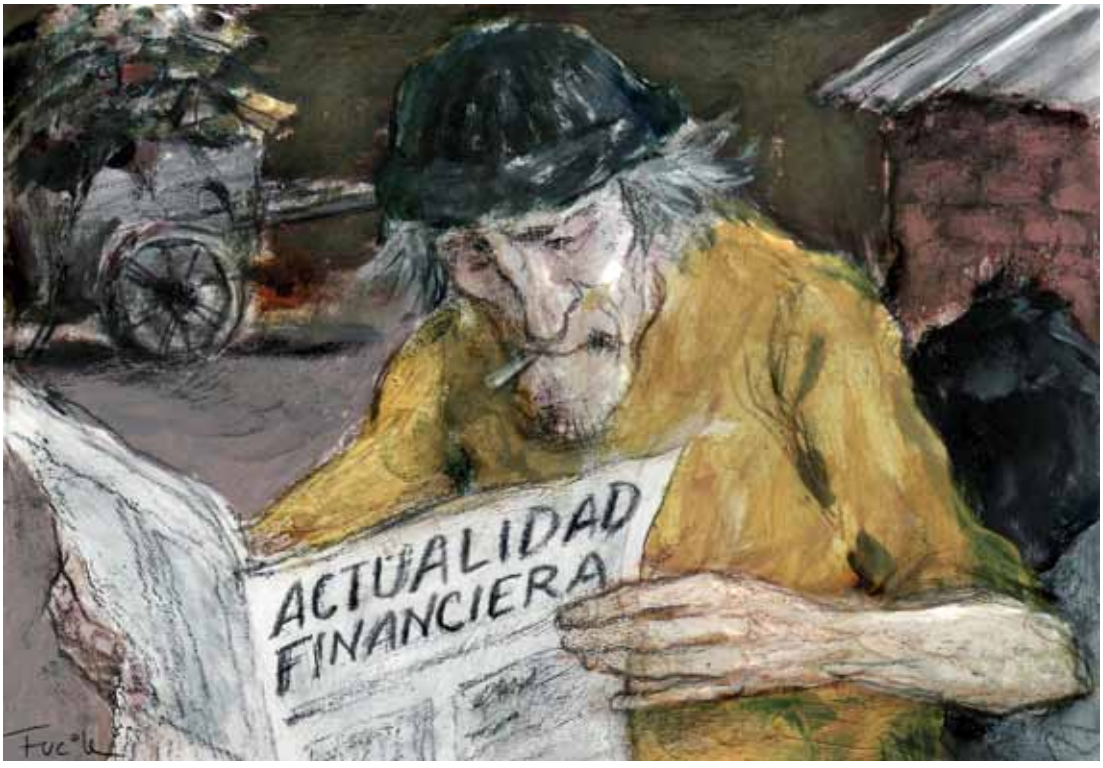
«La pregunta clave —nos informa el coach a los tres— es si conviene dedicar el ochenta por ciento de nuestro tiempo a generar los ingresos o, por el contrario, trabajar el veinte por ciento de nuestro tiempo para generar el ochenta por ciento de los ingresos». Para ello, hay que vender bien nuestro talento. «Internet te da la posibilidad de llevar este tipo de vida que yo propongo: nunca fue tan fácil montar un negocio como hoy en día, se trata de buscar aquellos nichos no explorados». Litvinoff los llama Vehículos Automatizados de Ingreso. Otra expresión maravillosamente posmoderna.

«Se vende talento. Razón aquí», podría ser el lema del trabajo por cuenta propia que viene. El problema, según el coach, es que no todo el mundo sabe potenciar su capacidad. Y los que saben hacerlo —pienso yo— también pueden caer en las redes de la ansiedad: Litvinoff relata en su libro la aventura ficticia de un broker de bolsa argentino que decide manejar cuentas de terceros desde su casa. Después de informarse bien (siguiendo los mandamientos del coaching), invierte en paquetes de acciones de los países emergentes, los llamados Brics, muy en boga. Al principio le va de maravilla, con ganancias de mil quinientos dólares por día, el sueldo de un mes y medio en su trabajo anterior. Pero un día la Bolsa da un giro inesperado y el broker comienza a perder al mismo ritmo que antes ganaba. Todo eso le genera un estrés incontrolable, vive pegado a la computadora hogareña todo el tiempo, se queda desvelado hasta la madrugada para ver cómo se comportan los mercados asiáticos, come mal, discute con su novia: un infierno. Hasta que cambia la estrategia inversora y logra revertir la caída de su cuenta de terceros. El cuento tiene un final feliz, porque el broker acaba ganando en quince días tres mil quinientos dólares. Pero maldita la gracia. A punto ha estado de que lo llevaran a urgencias por un paro cardiaco. «Tiene algo de autobiográfico, sí», confiesa Nicolás para saciar mi curiosidad.

Los consejos de Litvinoff sobre cómo utilizar el dinero y el tiempo se venden bien en las librerías, pero no han logrado batir a la auténtica estrella de la temporada, el best-seller de la divulgación económica: *Economía a contramano*, del periodista Alfredo Zaiat. «Yo no veo en la Argentina una obsesión con el dinero como objeto fetiche del sistema capitalista diferente a la que puede haber en otros países; lo que sí existe es una obsesión con el dólar», me explica Zaiat.

En su libro —lectura de cabecera de la presidenta Kirchner—, Zaiat dedica un capítulo a esa obsesión. Y relata algunas curiosidades interesantes, como la peculiar manera en que viajan todos esos dólares que acumulan los argentinos desde la Reserva Federal hasta el Banco Central de Argentina. Todo un negocio para Washington. En concreto, el Tesoro norteamericano recibió tres mil doscientos veintitrés millones de dólares en intereses solo en 2005. «Los argentinos que se aferran a esos billetes merecen saber que, de forma gratuita (…), han colaborado con esa suma millonaria a las finanzas de Estados Unidos». Para Zaiat, lo que sí diferencia a Argentina de otros países es la cultura rentista que hunde sus raíces en la posesión de vastas áreas de tierra tremendamente productivas, pero en muy pocas manos. «Una cultura que no se dio en otras partes del mundo con una bendición de la naturaleza similar a la nuestra», dice.

Estamos viviendo un momento histérico.



Defensor del control cambiario impuesto por el gobierno, el autor de *Economía a contramano* cree que lo que está en juego es la recuperación de la soberanía monetaria del país, rifada a su suerte durante décadas de políticas neoliberales.

Los libros de divulgación económica, como el de Zaiat, inundan las estanterías de las librerías argentinas. Pero el dinero no está muy presente en la literatura actual. No siempre fue así. La investigadora del Conicet Alejandra Laera, doctora en Letras, me cita en el bar del Museo Sarmiento para explicarme en qué momentos puso el foco la literatura argentina en el dinero. Laera, que pronto publicará su ensayo *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*, ha detectado una estrecha relación entre esas dos épocas. Dos momentos que combinan una gran modernización con un desastre económico. Esa tesis reveladora nos lleva a conectar a Julián Martel —el primer autor que se ocupó del dinero a conciencia en *La Bolsa* (1891)—, con los narradores contemporáneos que entre 1990 y 2001 escribieron obras en las que el dinero se articula como motor de la trama. En *La Bolsa*, Martel escribe por primera vez sobre un asunto —el dinero— que antes solo había aparecido de manera tangencial, como en los registros de gastos de Sarmiento que, por cierto, anotaba hasta las orgías.

«Es a partir de esa crisis de 1890 cuando las novelas se hacen cargo de esa nueva realidad, el dinero, la crisis, la especulación bursátil. Al mismo tiempo, los diarios comienzan a publicar noticias relacionadas con las finanzas, los suicidios que provoca la crisis, etcétera». Y ese ciclo de novelas relacionadas con el dinero concluirá a finales de la década del veinte, con *Los siete locos* y *Los lanzallamas* de Arlt. Después, y aunque otros grandes escritores, desde Borges a Saer, trataron el asunto a su manera, habrá que esperar hasta otra etapa de abrupta prosperidad y crisis para encontrarnos con el dinero como protagonista en la narrativa argentina.

En la década de 1990 se escriben, según Laera, cinco novelas que tratan el dinero no ya como el nuevo héroe moderno que proclamara Balzac sino como su reverso. «Son tramas que refuerzan la idea de la abstracción intrínseca del dinero; más que del dinero hablan de la desaparición del dinero». Ahí están *El aire* (1992), de Sergio Chejfec, donde el vidrio reemplaza a monedas y billetes; *Wasabi* (1994), de Alan Pauls, donde la beca concedida a un escritor

se transforma en una pesadilla que le provocará el crecimiento de un quiste; *Plata quemada* (1997), de Ricardo Piglia, donde arde el dinero de un robo; *Varamo* (1999), de César Aira, con el dinero falso como protagonista, y *La experiencia sensible* (2001), de Rodolfo Fogwill, donde una familia se ve abocada a gastar su plata en un casino de Las Vegas.

«Estas novelas —señala Laera— son una apuesta por escribir las ficciones del dinero desde la interpelación y la denuncia de situaciones vinculadas al contexto político y social del país, y creo que es importante la conexión con las obras del diecinueve. Aunque son novelas de temáticas y propuestas diferentes, las obras de finales del diecinueve y las de la década del noventa coinciden en algo esencial: destacar la tensión entre modernización y crisis; se trata de ciclos modernizadores con mucha inversión, mucho consumo lujoso, y ambos terminan con crisis no solo económicas sino institucionales».

Pero si hay un escritor que sublimó el dinero como trama central de su obra fue Roberto Arlt, autor de algunas de las grandes novelas de la literatura en español del siglo veinte. Piglia ha visto en Arlt al gran urdidor de la ficción del dinero. «En sus novelas —escribe Piglia— el dinero aparece como causa y como efecto de la ficción. Causa, porque para tenerlo es preciso mentir, estafar, hacer el cuento. Efecto, porque ese enriquecimiento siempre postergado desencadena la historia de todo lo que se va a hacer, cuando se tenga dinero». Laera también comparte esa lectura sobre la narrativa de Arlt: «Tanto *Los siete locos* como su continuación, *Los lanzallamas*, representan el momento culminante de las ficciones del dinero».

El escritor Martín Kohan (Buenos Aires, 1967), uno de los mejores narradores de su generación, también cree que Arlt da en el clavo al subrayar una de las dos fantasías que dominan el imaginario argentino: la riqueza repentina a través del batacazo. Su contracara es la ruina fulminante, que tanto ha cantado el tango. «La idea del batacazo arltiano va en contra de esa filosofía de nuestros abuelos, el trabajo diario, el separar el pesito, el ahorro», me cuenta Kohan en el escenario del teatro Grand Splendid, rodeado de actores políglotas que no paran de tomar café. Llegó a la cita con una camiseta deportiva y una mochila a cuestas. No parece un intelectual. Pero su vida son los libros y la docencia. «Mi principal capital es el tiempo», me confiesa, para luego explicar que le revienta perder un día en trámites burocráticos.

Kohan es un argentino atípico, poco o nada preocupado por el dinero. Aunque esa indiferencia no lo protege del virus: «Hoy fui a comer a una parrilla normal en un barrio normal y cuando me levanté para ir al baño pasé bordeando tres mesas y en todas escuché conversaciones relacionadas con el dinero. Es interesante pensar en esa persona que aunque no esté directamente ligada al tema de la plata se interesa de alguna manera, porque el dinero está en el ambiente. En mi memoria de argentino, siempre fue un tema del que había que saber algo, como el clima del día».

A Kohan no le duelen prendas en reconocer que él mismo, un antimenemista declarado, se sintió de alguna manera mesmerizado por la convertibilidad. «El ideologema del uno a uno (un dólar: un peso) me quedó inoculado con una fuerza que iba más allá de la racionalidad». De repente, a alguien como Kohan —que cultiva el anticonsumismo— se le encendían los ojos ante la cantidad de libros y discos importados que podía adquirir. «Más allá de que el uno a uno no tenía ningún fundamento económico y estaba destinado a desmoronarse, están las razones ideológicas por las que funcionó; la convertibilidad tocó un deseo colectivo, la voluntad de creer en que se puede ser otra cosa».

La idea nos lleva de nuevo a principios del siglo veinte, a los estancieros que viajaban a Francia con su vaca en la bodega del barco, al sueño de una nación que quiso ser y no fue la Estados Unidos del sur. La moneda argentina mirando de tú a tú al dólar era eso: la idea de pertenecer a un primer mundo privilegiado, donde el consumo desbocado («deme dos») sería el nuevo becerro de oro. «La crisis de 2001, además de todo el empobrecimiento que causó, lastimó ese imaginario», subraya el autor de *Ciencias morales*. Y el paciente ya estaba tocado después de sufrir la hiperinflación de finales de los años ochenta.

«El filósofo Tomás Abraham se refirió en un artículo a que el verdadero miedo social actual en Argentina viene estimulado por el fantasma de la hiperinflación, por encima de otros traumas sociales como el que dejaron en el país los represores de la última dictadura; es terrible pero auténtico», apunta Kohan. Los traumas económicos marcaron a fuego en la sociedad un «reflejo defensivo» que no ha desaparecido y que no tiene nada que ver con la especulación

pura y dura que practican algunos. «El dinero —dice el escritor— no es una cuestión relevante en mi vida, pero sí tengo ese reflejo de ahorro; no tengo avidez en ganar dinero: mi reflejo es no gastar».

Me despido de Martín Kohan en la cafetería de la deslumbrante librería El Ateneo, ¿o era el escenario del Gran Splendid?, y me encamino hacia casa. Tengo que hacer algunos arreglos en la baulera. Cada vez que entro en esa covacha llena de trastos y veo la caja fuerte troceada me vienen a la memoria aquellos días de angustia, cuando me atormentaba la idea de que los expertos de las taladradoras y los martillos nunca pudieran terminar su trabajo. Arrumbada en una esquina de la baulera quedó la puerta de la caja. Nunca olvidaré el día en que uno de los operarios, con los ojos enrojecidos de tanto polvo tóxico, me gritó la buena nueva: «¡Ya está listo, capo!». Quise ser testigo del momento de la apertura. ¿Qué preciado tesoro se escondía en aquel cofre misterioso? Entré apurado a la habitación y me asomé impaciente por encima de los hombros del operario. En la caja fuerte no había nada: ni un peso ni un dólar ni una joya. Ni siquiera un papelito socarrón con la frase «¡Te mataron por nada, pelotudo!». Solo vacío y nada más. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Abraham, Tomas: (Rumania, 1946) Filósofo y escritor radicado en Argentina desde 1948.
Aira, César: (Coronel Pringles, 1949) Escritor y traductor argentino. Publicó más de sesenta obras.
Alfonsín, Raúl: (Chascomús, 1927-Buenos Aires, 2009) Presidente de la Argentina desde 1983 hasta 1989.
Arlt, Roberto: (Buenos Aires, 1900- 1942) Novelista, cuentista, dramaturgo, periodista e inventor argentino.
Astrólogo: Personaje de la novela *Los siete locos* (1929) del escritor argentino Roberto Arlt.
Belgrano, Manuel: (Buenos Aires, 1770-1820) Abogado, economista, político y periodista argentino. Creó la bandera argentina y participó en varias batallas decisivas para la independencia de España.
Bíró, László József: (Budapest 1899-Buenos Aires, 1985) Conocido en la Argentina como Ladislao José Biro fue un inventor y periodista húngaro, nacionalizado argentino. El bolígrafo fue el invento que le otorgó fama internacional.
«Biyuya», «torbelo», «vento», «mango»: En Lunfardo (jerga originada en Buenos Aires), dinero.
Campera: Abrigo, chaqueta.
Celular: Teléfono móvil.
Colectivo: Autobús.
Crematística: Arte de hacerse rico.
Chejfec, Sergio: (Buenos Aires, 1956) Escritor argentino radicado en Nueva York.
El Rufián Melancólico: Personaje de la novela *Los siete locos*.
Erdosain, Augusto Remo: Personaje de la novela *Los siete locos*.
Ergueta: Personaje de la novela *Los siete locos*.
Estancia: Denominación de los grandes establecimientos rurales en Argentina.
Farmacity: Cadena de farmacias de Argentina.
Fogwill, Rodolfo: (Buenos Aires 1941-2010) Escritor y sociólogo argentino.
Giardinelli, Mempo: (Resistencia, 1947) Escritor argentino creador de la revista *Puro Cuento*. Colaboró en Orsai N9 con «Los traidores».
Gombrowicz, Witold: (Polonia, 1904-Francia 1969) Novelista y dramaturgo polaco.
Kohan, Martín: (Buenos Aires, 1967) Escritor y profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires. Su novela *Ciencias morales* fue ganadora del premio Herralde 2007.
Lavadora: Lavarropas.
Litvinoff, Nicolás: (Buenos Aires, 1975) Economista y autor del best-seller *¡Es tu dinero!*
Martel, Julián: (Argentina, 1867-1896) Seudónimo de José María Miró. Publicó en 1891 un estudio social llamado *La Bolsa* en el diario *La Nación*.
«Mentar la bicha»: Mencionar una posibilidad desagradable.
Naipaul, Vidiadhar Surajprasad: (Chaguanas, Isla Trinidad, 1932) Más conocido como V.S. Naipaul, escritor británico de origen trinitense-hindú, premio Nobel de Literatura 2001.
Pargo: Besugo. Pez comestible.
Pauls, Alan: (Buenos Aires, 1959) Escritor, crítico literario y guionista argentino, ganador del Premio Herralde 2003.
Perec, George: (París, 1936- Ivry-Sur-Seine, 1982) Uno de los escritores más importantes de la literatura francesa del siglo veinte.
Pesificar: Convertir la moneda extranjera a pesos argentinos.
Piglia, Ricardo: (Buenos Aires, 1941) Escritor, crítico, ensayista y profesor académico argentino.
Quisque: Voz latina que significa «cada cual».
Rolón, Gabriel: (Buenos Aires, 1961) Psicoanalista y escritor argentino.
Rusiñol i Prats, Santiago: (Barcelona, 1861-1931) Pintor, escritor y dramaturgo catalán.
Saer, Juan José: (Santa Fe, 1937-París, 2005) Escritor argentino considerado uno de los más influyentes del siglo veinte.
Sarmiento, Domingo Faustino: (San Juan, 1811-Asunción, 1888) Político, escritor, docente, periodista y militar argentino. Fue presidente de la Argentina entre 1868 y 1874.
Simmel, Georg: (Berlín 1858 - Estrasburgo, 1918) Doctor en Filosofía, fue parte de una de las primeras generaciones de sociólogos alemanes.
Wortman, Ana: Doctora en Ciencias Sociales, escritora y profesora en la Universidad de Buenos Aires.
Zaiat, Alfredo: (Buenos Aires, 1964) Economista y periodista argentino.

POSTALES
LÉXICO
Me encontré un anillo!
¿¡Anillo? ¡jugale al 16
estás comiendo como un pajarito
pajarito... ¡jugale al 35!
qué lindas las zapatillas que me compré
¿zapatillas? ¡jugale al 42
ey, te estás yendo a la mierda
excremento, ¡jugale al 71!
LA CONOCÍ ESCUCHANDO "MONEY". ASÍ NOS FUE.
MA QUÉ DISNEY NI MIGUEL ÁNGEL NI BOTTICELLI.
ÉL HIZO EL DIBUJO MÁS VISTO DE LA HISTORIA. EL DE 1 DÓLAR.
MORIRÉ RICO dijo el chorro,
ASÍ FUE
James Caan le tira unos dólares al chasicete, tras haberle destruido la cámara. Únicos billetes que se ven en El Padrino.

l'amor che
move il sole
e l'altre
stele.

Nº H/ 575.772
Buenos Aires, 7-6-196
BARTOLOMÉ MITRE 399
Banco de Londres y América del Sud
Paguese a Sr. Quinielero
la suma de pesos moneda na
Quince mil pesos
$ 16.000.-

Un indignado desubicado
QUEREMOS AL CACIQUE PINCÉN
EN LOS BILLETES DE 100 EUROS

Oquidipiombo, el afortunado,
nació con un billete
bajo el brazo.
SU PAPÁ LO PUSO,
UNAS HORAS ANTES,
EN EL ADENTRO
MISMO DE LA
SUA ESPOSA.

LE EXCITAN
SUS
TATUAJES
GUILLERMO DIVITO Y SU ARCHIENEMIGO
ISIDORO CAÑONES SE LA GASTABAN
TODA EN LA RULA DE MARPLA
RJP
firma d'mercancía

GLOSARIO:
MONEY: tema de Pink Floyd
amor: Sentimiento que a veces ocurre
RULA: ruleta.
chorro: ladrón
chasirete: fotógrafo
GUILLERMO DIVITO: editor y dibujante
PINCÉN: cacique
quinielero: que recibe apuestas ilegales

REKOJ
Q

BLACK JACK
EN ATLANTIC CITY

UNA CRÓNICA DE **MARCOS PEREYRA**

ILUSTRADA POR **LORENZO AMENGUAL**

MARCOS PEREYRA
Buenos Aires, 1968

Abogado y escritor. Sobre su novela *Te sigo*, publicada por Libros del Zorzal en 2012, la crítica ha dicho que «se animó a crear un *American Psycho* vernáculo y, a pesar del fantasma omnipresente de Bret Easton Ellis, le salió bien». *Te sigo* se puede leer online en su blog de ficción 2teclas.com. En él también publica historias cortas, medianas y largas. Algunas de ellas han sido premiadas y reproducidas en medios gráficos y radiales; otras no. Tuitea bajo el nic de @nippur y tiene una banda de música alternativa que algunos describen como una alternativa a la música. A pedido de sus vecinos, que no entienden mucho de música alternativa, enviamos a Marcos a divertirse a Atlantic City con unos viáticos de cincuenta dólares. Ni el huracán Sandy pudo detenerlo. En esta crónica, Orsai N12 echa a rodar la apuesta. Muestren sus cartas, señores. Nosotros tenemos un As.

La primera vez que jugué en Atlantic City fue hace quince años, cuando vivía en Nueva York. Era un sábado a la tarde y estaba aburrido. Agarré el auto a las tres y a las seis ya estaba sentado jugando al Black Jack. No me moví de ahí hasta las diez de la mañana del día siguiente. Cada vez que lo cuento la gente se asombra: fue demasiado tiempo, incluso para mí. Cuando terminé de jugar estaba tan cansado que casi no podía moverme, pero decidí subirme al auto y hacer las tres horas de vuelta. No me maté, pero me dormí y me detuvo la policía por exceso de velocidad, aunque no recuerdo en qué orden sucedieron las cosas. Sí recuerdo lo otro: me juré no volver a Atlantic City. O, al menos, dejar que corriera el agua hasta hacer otro viaje.

Pasaron los años.

Estoy yendo a la ciudad por segunda vez. Alguien en la revista estaba al tanto de esta anécdota de juego y me ofrecieron regresar ya no solo para apostar sino también para contarlo. Soy capaz de jugar hasta desmayarme así que en este caso tomo un colectivo: elijo un ómnibus llamado «Lucky Streak» que me sacará de Manhattan y me dejará en la boca del casino Ballys. «¿Se siente con suerte? Entonces súbase a uno de nuestros autobuses Lucky Streak® y lo llevaremos directamente a las puertas de los casinos y resorts más populares del país» dice la página web que promueve los servicios. Al lado hay una foto de dos rubias en bikini con el signo «$» por todos lados. Pero nunca es tan así. Mis compañeros de viaje no parecen estar

No hay cartero que entienda el juego: las cartas se reparten al azar.

pasando por un gran momento. La mayoría es de raza negra, aunque también hay un puñado de latinos —yo soy uno de ellos— y un chino. Chicas como en la foto, ninguna. Igual no me importa: voy a jugar.

Atlantic City está en el estado de Nueva Jersey. Para llegar desde Nueva York solo hay que cruzar el río Hudson a través de un puente o de algún túnel. El colectivo elige ir por debajo y lo primero que veo al salir a la superficie es un cartel que publicita servicios de abogados para las víctimas del Sandy: un huracán que integra el «top 5» de los más brutales de la historia de Estados Unidos, que el pasado mes de noviembre mató cientos de personas y que causó daños por decenas de miles de millones de dólares en más de veinte estados norteamericanos, principalmente Nueva York y Nueva Jersey.

«Supertormenta Sandy tocó tierra cerca de Atlantic City» dijo en su momento la BBC. «El huracán Sandy destruyó la costanera de Atlantic City» dijo el *Washington Post*. Empiezo a recordar algunas cosas que leí y trato de imaginar entonces —mientras vamos por la carretera— cómo estará la ciudad. Pero el pensamiento se interrumpe por la voz de una pasajera que, como tantos otros, habla a los gritos por su celular.

—No estoy yendo al casino, voy a otro lugar —le explica la señora a su hija. No tiene vergüenza de mentir frente a nosotros; debe considerarnos pares.

Quizás, de algún modo, lo seamos.

Me preguntan seguido qué es lo que me gusta tanto del juego. Al principio me molestaba porque la palabra «tanto» llevaba un juicio implícito: «¿No pensaste en buscar ayuda?» era el mensaje. Después maduré y ahora me río. Aunque esta vez quiero buscar una respuesta. No para los otros: para mí. Quizás este viaje también sirva para eso.

No me acuerdo de la primera vez que pisé un casino. Pero sí sé que a los catorce años fui a un hipódromo y que el concepto «juego» me pareció agradable. En aquella oportunidad me dejaron apostar y por supuesto gané. Uno siempre gana al principio. Luego crecí, a los dieciocho años conocí el primer casino —fue en Mar del Plata— y de ahí en más, jugué. Incluso hasta sufrir algún inconveniente. Una vez perdí toda la plata de mis vacaciones al tercer día de haber llegado y tuve que estar mendigando el resto del mes. Otra vez quise cruzar una frontera entre Estados Unidos y Canadá para ir a un casino de Windsor, pero lo hice sin visa y terminé esposado. Volví en auto hasta mi hotel, con dos móviles policiales escoltándome en la ruta.

«¿Se siente con suerte? Entonces súbase a uno de nuestros autobuses Lucky Streak® y lo llevaremos directamente a las puertas de los casinos y resorts más populares del país».

Miro, ahora, la ruta que me lleva a Atlantic City. Es lisa y previsible: no hay señales del huracán. Pero una vez en la ciudad empiezan a aparecer montículos de madera prolijamente apilados: alguna vez fueron casas. Es como si el lobo de «Los tres chanchitos» hubiera soplado y soplado hasta destruirlas y después alguien se hubiera tomado el trabajo de ordenar todo. Hay montañas así casi por todas partes, pero —a medida que avanzamos— veo que no en el centro. Ahí se ve otra cosa. El centro de Atlantic City recuerda a esas películas donde cae una bomba química que mata gente pero no edificios. La rambla, por ejemplo, sorprende. La costanera es famosa por ser la primera construida en Estados Unidos —a fines del siglo diecinueve— y por haber sido destruida en tres oportunidades, siempre por huracanes. Sin embargo, a pocos meses del desastre se la ve intacta. También están intactos los doce casinos que fueron construidos frente a ella.

El micro se detiene en el estacionamiento del Trump Plaza: una mole llena de neones, arabescos y notable mal gusto. Bajo, enciendo un cigarrillo y un portero llamado Kevin dice en español que pase, que puedo fumar adentro.

Le pregunto qué ocurrió con el huracán: dónde está, dónde estuvo.

—Aquí solo pasó, pero rompió las casas. Mi casa se salvó pero la de mi suegra no. La tengo viviendo conmigo, tú sabes.

Kevin explica que los casinos estuvieron sin actividad durante una semana. Es la primera vez desde 1978 —cuando se abrió el primer casino en Atlantic City— que cierran por tanto tiempo. Hubo otras anteriores, pero nunca tan largas y con semejante pérdida. Las cifras —sabré después— fueron dadas por Tony Rodio, presidente del casino Tropicana y jefe de la Asociación de Casinos de Nueva Jersey: el huracán Sandy hizo que los casinos de la rambla perdieran cada uno cinco millones de dólares diarios. Por eso la presión de los dueños por abrir era muy alta, aun en el medio de la emergencia.

—Tú sabes, ganan esa fortuna, cómo no van a querer abrir —dice Kevin—. Y hay gente que hubiera venido igual, *you know*, aun con el agua tapándoles la casa y los carros dados vuelta por ahí.

Entro y el casino está muerto. Todas las luces están prendidas, pero nada de esto se parece a lo que vi hace quince años. Antes del Sandy, Atlantic City era un exceso. No es pura sensación: hay una infinidad de estudios que hablan del juego como industria floreciente en Estados Unidos. Uno de ellos, llamado «Impactos sociales de los negocios de juegos con apuestas» —y publicado por la Universidad Nacional de México— dice dos cosas: que en Estados Unidos la industria representa un mercado superior a los sesenta mil millones de dólares anuales, y que los estadounidenses gastan más en juegos de apuestas que en idas al cine y parques temáticos.

En lo que refiere a Atlantic City, en mayo de 2010 un informe de la Universidad Rutgers analizó cuánto dinero había entrado a la ciudad en 2008: fueron más de siete mil millones de dólares que salieron de los bolsillos de casi treinta y cinco millones de turistas.

En cualquier caso, eso ya no se ve. Donde antes había risas ahora solo hay ruidos de tragamonedas vacías generando un eco infinito. Antes de avanzar voy a la recepción del hotel. Estoy más viejo que la primera vez y en algún momento voy a necesitar un cuarto donde tirarme un rato. Me toca el 1925, en el piso diecinueve. La habitación tiene vista a la playa y a la ciudad. También se ve el cartel de neón que dice «Trump Plaza»: tiene algunas letras quemadas. Me acuerdo del huracán y pienso que puede ser por eso, pero no me detengo mucho más. Me saco la campera, los calzoncillos largos (hay temperaturas bajo cero), el gorro y los guantes, y salgo. Es tiempo de casino.

Una vez en la sala la primera impresión es rara. Están todas las luces encendidas y todos los ruidos en orden, pero sigue faltando la gente. Las mesas están vacías y las ruletas no giran. Parece un casino fantasma y hay que avanzar bastante para encontrar movimiento. A los cien metros, finalmente, llega la parte activa de este asunto. Y empiezo a jugar.

Lo mío es el Black Jack: uno de los pocos juegos de casino donde es importante no solo cómo juegues, sino también cómo lo hagan tus compañeros. Las reglas y los detalles son muchos, pero alcanza con entender lo siguiente: se juega con cartas abiertas (a la vista) y todos tenemos que ganarle a la banca, es decir: sumar más que el crupier —quien también juega— pero sin pasarnos de veintiún puntos. Si el crupier pierde porque se pasó de veintiuno, ganamos todos. Si el crupier pierde porque un jugador se plantó —y tiene más puntos que la banca— gana ese jugador en especial. Y si el crupier gana —porque tuvo suerte o gracias al error de un jugador— eso impacta en toda la mesa: todos perdemos. Por esta razón, y a grandes rasgos, tener un buen compañero de Black Jack es maravilloso (todos nos aliamos para hundir a la banca y ganar por igual) y tener un mal compañero es una tortura: si alguien gana de modo individual o no se queda «quieto» hasta que la banca pierda sola, eso tiene una consecuencia directa en tu bolsillo.

También por eso me gusta el Black Jack: uno juega contra el casino, pero sobre todo juega contra la inoperancia y el individualismo de los otros. La vida misma, digamos, metida en un juego de azar.

Me siento en una mesa y prendo un cigarrillo. Los casinos son el único lugar de Estados Unidos donde se puede hacer eso sin que te saquen a patadas.

—¿De Argentina, eh? No te olvides de pasear por la rambla. Es hermosa aun en invierno —dice la crupier.

Nunca escuché algo así. Los crupiers —también llamados «pagadores» o «dealers»— han cambiado: se muestran más relajados,

En una mesa de Black Jack —mi juego— solo hay que saber hacer dos señas: un dedo arriba de la mesa para pedir cartas y un movimiento con la palma de la mano para no hacerlo. Eso es lo único que quieren los casinos de vos. Eso y tu plata.

como si —quizás luego del Sandy— tuvieran menos necesidad de hacer plata para el casino y más de relacionarse con los jugadores. Hablan, hacen chistes, dan consejos y hacen todo con lentitud. La situación al principio es agradable, pero después se vuelve irritante. A veces tardan casi diez segundos en sumar cuatro o más cartas, lo que es pésimo para la ansiedad de los que, como yo, las cuentan más rápido.

—Diecinueve, nena: diecinueve. Ocho más cuatro doce, más tres quince y más cuatro diecinueve —le digo a una crupier antes de que empiece a usar los dedos. Tiempo atrás leí que los casinos estaban empezando a buscar chicas que fueran agradables a la vista. Y que en el proceso se habían deshecho de cualquiera que tuviera algo de oficio. Eso molesta.

Por suerte tengo conmigo a Elisha: mi compañera de mesa, una negra que conoce el juego. Con Elisha nos entendemos pronto. Siempre me pasa lo mismo. No importa en qué país esté o qué idioma se hable, entro y en el acto sé qué debo hacer y cómo, y con quién debo jugar y por qué. Al fin y al cabo en una mesa de Black Jack —mi juego— solo hay que saber hacer dos señas: un dedo arriba de la mesa para pedir cartas y un movimiento con la palma de la mano para no hacerlo. Eso es lo único que quieren los casinos de vos. Eso y tu plata.

Elisha sabe cuándo pedir y cuándo quedarse, aunque eso no es garantía de que vaya a ganar. De hecho, Elisha está perdiendo. Yo empiezo despacio. Me prometí no jugar fuerte y no traje demasiada plata. El problema es que no paro de ganar y me la paso pensando en el dinero que tendría si hubiera puesto plata en serio. A mi lado Elisha sigue perdiendo, aunque lo hace con gracia.

—Vamos, *girl*, no es tu dinero, sé más generosa con las cartas —le dice a la crupier varias veces, siempre de buen humor.

Elisha me cae bien. Me pregunta de dónde soy, qué es Argentina, dónde queda. Y finalmente pregunta por qué estoy jugando en este casino de mierda. Le doy alguna razón vaga. Ella da las suyas.

—Juego porque tengo demasiados puntos en la tarjeta y estoy por llegar a un gran premio. Si no, no jugaría jamás en este casino racista.

El fenómeno de las tarjetas lo vi antes. Los casinos te dan puntos por la plata que jugás o el tiempo que permanecés sentado en una mesa, y esos puntos son intercambiables por distintos premios. En Panamá, por ejemplo, se llega al colmo del absurdo: el casino te devuelve el 0,5 por ciento del dinero que jugaste. Es decir que si perdiste mil dólares recuperás veinticinco. Esto es muy útil en los lugares donde hay muchos casinos porque genera fidelidades tales como la de Elisha, quien pese a odiar a Donald Trump está sentada y alimentando su mundo (el de Trump).

El origen del odio está en la pelea entre Obama y Trump. El magnate siempre dudó de que Obama hubiera nacido y estudiado en Estados Unidos, a tal punto que ofreció donar cinco millones de dólares a la obra de caridad que Obama eligiera si el presidente mostraba su pasaporte y sus registros de la universidad. Con la llegada del Sandy —que tuvo lugar una semana antes de los comicios presidenciales— Trump dijo que extendería su apuesta un día más porque seguramente Obama, con tal de ganar las elecciones, estaría parado bajo la lluvia y entregando dinero compulsivamente a las víctimas del huracán.

—Aún no habían enterrado a los muertos y el racista tuiteó que Obama iba a comprar las

elecciones dándole billones de dólares a las víctimas, *fucking ass-hole* —brama Elisha. Luego sigue en su escalada de insultos hasta que recibe un Black Jack servido y la furia se disipa. Ahora todos podemos charlar en paz. Entre tanto llega a la mesa una nueva crupier llamada Zina. Creo que habla español, aunque parece no querer hacerlo. Elisha le habla del Sandy y Zina responde que el huracán le arruinó la vida. Su casa fue destruida y está viviendo en lo de unos amigos, junto con sus dos hijos.

—Los que dicen que «lo bueno es estar vivo» no perdieron todo; no hay nada bueno en perder todo —dice Zina mientras mezcla las cartas sin alegría y sin destreza.

El Sandy destruyó casas, pero sobre todo —puede verse— hizo pedazos el ánimo de mucha gente. En Atlantic City, donde la mayor parte del turismo está vinculado a los casinos, el cierre temporal de las casas de juegos impactó de un modo drástico en la vida urbana. Los casinos tienen menos gente y los turnos de los empleados fueron reducidos.

—Antes venía cinco días por semana y ahora vengo dos, *you know*: menos paga, menos tips, todo se ha vaciado —dice Zina.

La charla se interrumpe cuando Tom y Eileen llegan a la mesa. Son dos americanos de unos cincuenta años, rubios y de ojos celestes. Eileen es ruidosa, alegre y no tiene la más remota idea de cómo jugar al Black Jack. La banca tiene malas cartas y está a punto de perder, pero Eileen —en vez de dejarla perder, así ganamos todos— pide cartas de un modo frenético.

—*Hit me, hit me* —grita desaforada, mientras se traga un gin-tonic entero y extiende la mano para que le traigan otro. Acá te dan las bebidas que quieras; solo hay que dejar un dólar cada tanto en la bandeja de las mozas.

Lo increíble es que Eileen, borracha como está, gana. Y lo terrible es que Elisha y yo perdemos. Eso no nos pasa una, sino varias veces. Pronto entiendo que las decisiones de Eileen van a matarme. Empiezo a jugar el mínimo en cada mano y a tratar de que pase la tormenta. Elisha en cambio tiene una postura más agresiva y quiere recuperar lo perdido apostando cada vez más. Elisha está nerviosa, no para de hablarme.

—Maldita estúpida —dice—, no tiene idea de lo que está haciendo; la contrató el casino para que perdamos todos.

Eileen y Tom están en su pequeño mundo y no dan señales de haber escuchado a Elisha,

Por eso me gusta el Black Jack: uno juega contra el casino, pero sobre todo juega contra la inoperancia y el individualismo de los otros. La vida misma, digamos, metida en un juego de azar.

J
J
J

aun cuando mi compañera habla a los gritos. En media hora Eileen ha ganado quinientos dólares, yo perdí más de la cuenta y de Elisha mejor no hablar. Mientras tanto me entero de que es la primera vez que Eileen pisa un casino, de que administra un campo de golf y de que conoció a Tom —que es de Texas— por internet. Eileen vive en Connecticut, a más de dos mil kilómetros de Tom.

La mesa me deprime y quiero irme. Saber retirarse a tiempo es una virtud, aunque en los casinos se practica poco.

—Pero espero mudarme a Texas pronto —me susurra, con algo parecido a un guiño de ojos.

Tom no escucha, y yo estoy harto de verlos ganar en paz.

—Tom, ¿así que te vas a llevar a Eileen a Texas? —pregunto; quiero verlos pelear.

—¿Qué? ¿Dónde escuchaste eso?

—Acaba de decirlo —dice Elisha—, Eileen se irá a vivir a Texas, felicitaciones.

Dos minutos después el microclima Tom-Eileen se deteriora y ahora estamos todos callados. Elisha sonríe. Tom trata de remar el clima tenso y me pregunta de dónde soy. Frente a mi respuesta grita «Manu Ginóbili» tres veces, mostrando una alegría que no siente.

La mesa me deprime y quiero irme. Saber retirarse a tiempo es una virtud, aunque en los casinos se practica poco. ¿Otras claves? No festejar una buena mano antes de haber ganado; y nunca —jamás— apostar fuerte cuando uno está enojado. Me levanto de la mesa con mal humor y con hambre. Me hago diez minutos para tragar una pizza y —sin terminar la segunda porción— decido cambiar de aire y de casino. El más cercano es el Cesar's. Queda a pocos metros de acá, también sobre la rambla. Camino.

Sigue haciendo frío pero no me quejo. Tuve viajes más difíciles hasta un casino. Hace unos años vivía en Ann Arbor, una ciudad universitaria en el estado de Michigan, mi mujer había viajado y yo —una vez más— estaba aburrido y sin saber a dónde ir. A unos cuarenta kilómetros, cruzando el límite con Canadá, estaba la ciudad de Windsor, repleta de casinos. Llegué a la frontera de noche y con la visa vencida, pero con la esperanza de que —si fingía bien el idioma— tal vez me trataran como a un gringo y no me pidieran documentos. Salió mal. Me pidieron el pasaporte, me hicieron pasar a una oficina y me explicaron amablemente que mi visa había expirado. Yo intentaba asentir con docilidad. Pero a lo lejos titilaban los casinos —podía ver las luces desde la ventana del despacho policial— y algo de eso me hizo perder la paciencia.

—Ok —dije—, no tengo visa pero voy al casino y vuelvo en un rato, déjeme pasar.

—Ah, ¿pero usted sabía que su visa no era válida?

—Claro, no soy estúpido.

Todo cambió. El oficial tocó algún botón y en el acto dos policías se acercaron para esposarme. Luego me escoltaron hasta mi auto, donde removieron mis esposas mientras otros policías miraban todo con las manos pegadas a las armas en la cintura. El trayecto hacia Detroit —la ciudad americana más cercana— lo hice solo en el auto, pero con dos patrulleros a mis espaldas.

Por este tipo de cosas, los cincuenta pasos que me separan ahora del Casino Cesar's no son —a pesar del frío— tan graves. Diez minutos después estoy sentado en otra mesa de Black Jack. Acá solo hay una mujer negra llamada Ann. Pienso que este puede ser un nuevo comienzo, hasta que quince minutos después llegan Tom y Eileen. De los veinte casinos que hay en todo Atlantic City, de los doce que hay sobre la rambla y de las no sé cuántas mesas de Black Jack que hay en la ciudad, Tom y Eileen eligieron venir a jugar acá. Están eufóricos. Hablan a gritos con los dos crupiers (Jerry y Dan) y beben y festejan todo el tiempo.

A mi derecha sigue Ann, quien no para de fumar mis cigarrillos mientras le pregunta a la encargada de la mesa cuánto falta para que le den los suyos. Aparentemente su premio por jugar es tabaco, y ella lo necesita ahora.

—Me dijiste que faltaban quince minutos para mis cigarrillos y eso fue hace más de una hora, ¿dónde están mis cigarrillos? —le pregunta Ann a una supervisora.

La empleada se va sin responderle. Ann juega manos de cincuenta dólares y los cigarrillos valen ocho. Quiero gritarle que compre sus putos cigarrillos en lugar de fumar los míos y que dejemos de hablar del tema y sobre todo que deje de pedir cartas como una imbécil: estoy perdiendo plata, más de lo que tenía pensado. Pero cuando estoy a punto de estallar llega el momento incorrecto. Sobre la mesa, Eileen —la novia de Tom— dobla la apuesta y necesita una figura para ganarle a la banca (y para que eventualmente ganemos todos). Las figuras son los 10, los 11 y los 12 y uno puede referirse a ellas con la palabra «monkey» (mono).

—Gritá «Monkey» —le dice Ann, de raza negra, a Eileen.

—¡No voy a hacer eso! —contesta Eileen, que prefiere perder antes que ser tildada de racista.

Todos nos detenemos a la espera de la decisión de Eileen.

—Vamos, *girl*. Todos los asiáticos lo dicen y no paran de ganar —le insiste Ann, pero Eileen está luchando contra sí misma y se niega rotundamente. Yo tengo bastante plata arriba de la mesa y siento que esta discusión me está dejando seco.

—¡Dale, decí monkey de una vez! —le digo.

Eileen me mira asustada, y susurra:

—Monkey.

El crupier le da un rey de trébol y un veintiuno a Ann, quien también gana.

—¡Alegría para todo el mundo! ¡Siempre que gane me van a escuchar! ¡Cuando pierda no, pero cuando gano quiero que se enteren! —grita Ann y gritan todos. Todos menos yo, porque me paso y pierdo la mano.

Estoy de pésimo humor. Va a ser mejor irme mientras me queden dólares y cigarrillos, así que me pongo de pie. Todos protestan, en especial Eileen y Tom: piensan que somos algo así como hermanos de sangre por haber compartido dos mesas de Black Jack. Si yo hubiera tomado tanto como ellos quizá pensaría lo mismo.

Salgo del Cesar's como puedo y vuelvo al Trump. Paso por la recepción del hotel y evalúo la posibilidad de subir un rato a la habitación. Llevo siete horas de casino, quizá me vendría bien dormir un poco y además no estoy pasando por una gran racha. Pero pienso en la palabra «racha» y en el acto me río de mí mismo: no hay forma de que descanse, menos cuando voy perdiendo.

Entro al salón del Trump Taj Plaza y me siento a jugar de nuevo. Elijo la mesa como elijo las cartas: mal. A mi derecha hay un colombiano borracho y pesado.

—*Che boludo*, ¿sos argentino, *boludo*? Qué grande el *boludo*.

La primera vez sonrío. A la quinta tengo ganas de pegarle. Por suerte le quedan muy pocas fichas. Pierde en media hora y se termina yendo. La palabra «boludo» se le queda en los dientes.

Piensan que somos hermanos de sangre por haber compartido dos mesas de Black Jack. Si yo hubiera tomado tanto como ellos, pensaría lo mismo.

Las cartas empiezan a ordenarse y mi humor también. No sé qué hora es. Tengo muchas fichas conmigo. Las fichas son el mejor invento del casino: la razón por la cual la gente se queda jugando en vez de huir de antros como este. ¿Por qué se usan fichas y no dinero? Los casinos tienen muchas respuestas y a lo largo de los años las he escuchado todas: dicen que son más higiénicas que el papel, que no se rompen y que son más difíciles de falsificar porque les ponen un chip adentro (dudo de que sea verdad). De todos los argumentos, sin embargo, el único que no nombraron es —a mis ojos— el

más cierto de todos: las fichas no son nada. No sirven para ninguna otra cosa que no sea apostar. Y cualquier jugador con fichas en la mano se olvida fácilmente de lo más importante: está empeñando su dinero.

Las fichas son el mejor invento del casino: la razón por la cual la gente se queda jugando. ¿Por qué se usan fichas y no dinero? Las fichas no son nada. No sirven para ninguna otra cosa que no sea apostar. Y cualquier jugador con fichas en la mano se olvida fácilmente de lo más importante: está empeñando su dinero.

Ahora, en la mesa, el ambiente se recompuso: estoy ganando; todo se vuelve agradable. A mi lado está Petrona Gutiérrez (una filipina que —pese a su nombre— no habla español) y está también Angelina, una chica joven, gorda y linda que viene acompañada por un amigo que le pide plata todo el tiempo.

—*Come on*, Angie, dame algo para doblar; gano y te lo devuelvo —es la frase que repite cada dos o tres manos.

Angelina le da todo lo que gana y mientras tanto cuenta que debió dejar su casa por el huracán. Que la casa está parcialmente destruida, pero que para el gobierno es suficiente: su demolición fue planificada para este mes y ahora Angelina está viviendo con unos tíos.

—No debo estresarme, *you know* —dice Angelina y se señala el vientre: lleva un embarazo de siete meses y medio, y dice el número —«siete y medio»— entre bocanadas de humo de cigarro.

La miro.

—Cuando nazca voy a dejar de fumar —dice y pone sus cartas sobre la mesa.

El crupier es un colombiano llamado Luis y no tiene demasiada suerte, lo que quiere decir que nosotros sí. Petrona, Angelina, el amigo de Angelina y yo empezamos a ganar con calma, mientras charlamos de la vida y bebemos lo que más nos plazca. Todo parece una playa a la hora de la caída del sol. Empiezo a estar cómodo y decido apostar fuerte, y es entonces cuando un tipo llamado Evan —borracho— aparece en escena y desparrama un vaso de algo naranja y pringoso arriba de la mesa. Moja todo el mazo. El crupier reacciona rápido y toma unas servilletas y absorbe todo en segundos, pero las cartas ya están arruinadas.

—Así no se puede seguir, la mesa debe ser cerrada —dice.

A Petrona se le desfigura la cara.

—¡No vas a cerrar nada, siempre pasa lo mismo cuando voy ganando! ¡Trampa es lo que hacen, trampa! ¡Consiga otras cartas y sigamos!

—Lo siento, no hay otras cartas.

Lo que sigue es indignación y caos. Todos —salvo el borracho— protestamos con energía,

aunque en el fondo sé que tengo poco resto. Estoy cansado: fueron demasiadas horas para mí. Petrona, en cambio, es mayor que yo —tiene más de sesenta años— pero muestra unas notables ganas de pelear, aun cuando estuvo despierta toda la noche. A los gritos, le explica al empleado del casino que ella decidió dejar pasar un colectivo de vuelta a su casa para jugar y que si no le abren la mesa se habrá quedado en vano y que está por descomponerse y que quiere descansar pero no tiene un cuarto de hotel porque pensaba quedarse jugando toda la noche. Petrona es una catarata de la que cualquiera quisiera librarse. Cualquiera, menos el casino: todos sabemos que Petrona podría caminar algunos metros e ir a otra casa de juegos con cartas secas, pero Petrona sabe que a ningún casino le gusta perder clientes. Antes de que acabe mi cigarro, Petrona tiene en la mano las llaves de su habitación, cortesía del lugar, aunque igual no abandona la mesa. Nadie lo hace.

Estamos viviendo una masacre en tiempo récord y, en una obvia alegoría del juego, lo ganado se va en un suspiro. Me levanto de la mesa desplumado.

Angelina mira la escena con el rostro adormecido mientras silba, por lo bajo, lo que entiendo que es la canción «Bajo la rambla». *Cuando el sol no está / Y la tarde cae al fin. / Quiero olvidar los momentos que en la rambla pasé*. La miro extrañado.

—The Drifters —dice Angelina—. ¿Escuchaste la versión de Springsteen?

En realidad pensaba en Gabriel Carámbula.

—No sabía que Springsteen había grabado esta canción —digo.

Angelina saca su teléfono, entra a YouTube y bajo el título de «Huracán Sandy, llegando juntos» aparecen Bruce Springsteen, Billy Joel y Steven Tyler, entre otros, cantando «Under the boardwalk». Arreglar las ramblas, sabré después, costó más de cincuenta millones de dólares. Y los músicos juntaron la mayoría de ese monto en una gala benéfica. La canción es linda y aunque no estamos jugando, por un momento la pasamos bien. Incluso el amigo de Angelina deja de pedirle plata.

—Debajo de la rambla hay gatos —dice Petrona—. Gatos, cientos. Son famosos los gatos de Atlantic City. La gente estaba preocupada porque se fueron con el Sandy, pero ahora volvieron y voluntarios de todo el país vienen a cuidarlos. La gente no tiene casa pero cuidan a los gatos.

Petrona sonríe. No sé si lo hace por la historia de los gatos o porque vino un supervisor con un mazo de cartas nuevo. Da igual. Lo importante es que junto con el mazo llega Lisa, una crupier entrenada en el arte de sacarnos la plata. Los crupiers, hay que decirlo, son gente de miedo: son, en muchos casos, jugadores con rasgos ludopáticos y capaces de desvalijarte en un minuto. Un estudio de la Universidad de Chicago advierte que el veinticinco por ciento de los empleados de casinos tiene severos problemas de adicción al juego. Esa enfermedad es útil a la industria, y si no miren a Lisa: es feroz. Con ella las cartas vuelan y también nuestras fichas. Todo es muy rápido. Estamos viviendo una masacre en tiempo récord y, en una obvia alegoría del juego, lo ganado se va en un suspiro. Me levanto de la mesa desplumado.

No tengo idea de la hora pero estoy tan cansado que a gatas llego a mi cuarto. Me tiro en la cama y prendo el televisor. Hay un show de Jerry Springer, un conductor televisivo que se hizo famoso por ser alcalde de Ohio y por pagarle a una prostituta con un cheque, razón por la cual Springer debió renunciar a su cargo de funcionario. «Si fuera posible jugar con cheques tal vez seguiría abajo, en alguna mesa» me digo. Y eso es lo último que pienso.

Luego creo que me duermo. Pasan tres horas y me despierto con acidez, dolor de cabeza y una imagen. Prendo un cigarrillo, esto es lo que veo. Tengo cinco años y estoy con mis padres caminando por alguna ciudad de Colombia cuando entramos a un lugar con tragamonedas.

Hace calor y estamos contentos; la vida es buena. Ellos empiezan a jugar.

—Marcos, meté vos una moneda —dice mi padre.

Lo hago, tiro la palanca y empieza una fiesta de luces y ruidos metálicos. El ruido es sordo y las monedas no paran de salir. Son tantas que se desbordan y caen al suelo. Las personas se acercan a ver; todos miran las monedas, todos menos mis padres: ellos me miran a mí. Sonríen.

Anoto el recuerdo en una libreta y le pongo un título: «¿Origen?». Después salgo de mi cuarto.

Abajo, en la misma mesa que dejé hace algunas horas sigue Petrona, o lo que queda de ella. Está claro que no fue a la habitación. Su cara está descompuesta por el cansancio, pero aun así parece alegre de verme.

—Te estaba esperando. Ahora vamos a enseñarles —me dice con una sonrisa y poca fe.

Pero no pasa nada y vamos aburriéndonos de a poco. Yo dormí algo y soy más joven, así que debería estar en mejor estado que Petrona. Pero ella tiene lo único que yo no tengo: necesidad de ganar. Eso le da una ventaja. Resuelvo fumar un último cigarro y detenerme acá. Pero antes de apagarlo una moza me trae una Coca y un paquete nuevo.

—Cortesía de la casa —dice. Agradezco y siento que contra ellos no se puede. Yo estoy mirando las cartas pero ellos están mirando todo. La sensación me agota y por segunda vez tomo la decisión: en cinco minutos parto, es un hecho. Así que ahora juego con la claridad mental del que sabe que no va a volver a hacerlo por un largo tiempo. Así pasa el rato. En algún momento se va Petrona y llegan tres negros de muy buen humor.

—Tengo cuatro trabajos porque tengo cuatro novias que mantener —dice uno, y todos reímos.

Me traen un café y lo tomo, aunque no lo necesito. Estoy despabilado y fresco y empiezo a ganar. Tengo una camisa marca Polo y el de las cuatro novias me dice «Polo Man ». Otro pregunta mi nombre y se lo digo. Al rato soy «Marco Polo» para todos y empiezo a olvidarme de que tengo que irme.

Ya me pasó otras veces. Cuando me casé fui de luna de miel a California y como quedaba de paso (forzando un poco el paso), nos quedamos una noche en Las Vegas. Fuimos a un show y después a dormir, pero a las dos de la mañana bajé solo al casino. Mi vuelo salía a las doce, y a las once y cuarto sentí que me tocaban la espalda: era mi mujer que había hecho las valijas, las había subido a un taxi y me había encontrado al fin en la mesa de Black Jack.

Ahora no está mi mujer, así que llego al ómnibus de milagro. Me siento de un modo extenuado y ciego: sin mirar quiénes viajan conmigo. Solo sé que a mis espaldas hay un nene que pega patadas todo el tiempo y que a mi lado hay un tipo con grandes auriculares y una bolsa inmensa de comida frita.

—¿Buena suerte? —pregunta con la boca llena. Procuro ofrecer un gesto amable, pero no sé qué decir. Dejo mi bolso y me acomodo en el sillón como si fuera un lugar seguro. Ahora cierro los ojos, trato de relajarme. El ruido de los salones todavía está conmigo y se va transformando lentamente en una lluvia monótona y metálica: puras monedas que me van durmiendo.

Entre ellas, sonrío. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Campera: Chaqueta, abrigo.
Carámbula, Gabriel: (Montevideo, 1965) Músico uruguayo, nacionalizado argentino. Fundador de «Los ratones paranoicos» y «Los perros calientes». Formó parte de la banda estable de Fito Páez.
Colectivo: En Argentina, autobús.
Fucking ass-hole: Insulto muy bestia que cada uno podrá adaptar a su lengua de origen.
Ginóbili, Emanuel: (Bahía Blanca, 1977) Conocido como «Manu», es el mejor jugador argentino de baloncesto de todas las épocas. Muy famoso en Estados Unidos, donde consiguió tres campeonatos de la NBA.
Hit me: Golpéame. Se utiliza también como «dame una carta» en el Black Jack.
Mar del Plata: Ciudad de la Costa Atlántica argentina.
Micro: En Argentina, autobús de larga distancia
The Drifters: Grupo afroamericano de rhythm & blues muy popular en los años cincuenta.
Universidad Rutgers: Universidad estatal de Nueva Jersey.

LAS IDEAS **NO SON DE NADIE**

Me gustó mucho «Papelitos», tu cuento infantil bursátil —me dice Chiri.

—Digamos que es mío a medias —le explico—. Por eso le pedí a María que pusiera en la portada «sobre una idea de Alfredo Molares», un señor al que no conozco.

—¿El cuento es de él?

—Molares tiene un blog económico, y en 2010 publicó una entrada a la que llamó «Credit Default Swap y otras mierdas financieras explicadas para lerdos», una idea muy divertida, pero sin estructura literaria. Yo le pedí una de esas entradas para hacer mi versión libre de un cuento infantil.

—¿Le pagaste al hombre? Me imagino que sí.

—No. Alfredo fue muy generoso y me lo prestó sin pedirme nada a cambio.

—Entonces lo cagaste —me dice Chiri—. Lo plagiaste y además lo cagaste. Nos estás haciendo quedar para el orto en el extranjero.

—Lo mío no es nada, Christian Gustavo. Mucho peor nos hace quedar Calero.

—Eso es verdad. ¡Pero cuánta razón tiene!

—Está buena la mirada que puede tener un extranjero sobre nosotros. A mí siempre me gustó mucho esa crónica de Naipaul que nombra Calero. Qué raros que somos, ¿no?

—Rarísimos.

—Se nota, por ejemplo, en todos los colores que ahora tiene el dólar —le digo—. ¿Decime si eso no es un símbolo hacia el futuro? Algo que seguramente va a quedar cuando se hable de esta época de la Argentina: el dólar oficial, el blue, el gris, el green, el celeste, el moreno...

—Pero moreno no es un color, querido Jorge. A ese dólar le dicen así por Guillermo Moreno, el secretario de Comercio del interior.

—¿Te conté que un día Moreno me llamó por teléfono? —le digo—. Me dijo: «Che, Orsai, ¿qué problema tenés vos?». Fue cuando nos retuvieron las revistas en el puerto.

—¿Tuviste miedo?

—Muchísimo miedo. Dicen que está loco.

—¿Y qué le contestaste?

—«No, señor, ya está todo solucionado».

—Qué genuflexo que sos —me dice Chiri—. ¿Y él qué te respondió?

—Nada. Me cortó. Se fue sin saludar.

—¿Ves que somos raros? —me dice Chiri—. El otro día, leyendo el diario, caí en la cuenta de otra rareza nuestra: ¿vos sabías que dos de los héroes más grandes de la historia argentina en realidad vivieron poco tiempo en el país?

—¿Sí? ¿Quiénes?

—San Martín y Messi—le digo—. San Martín vivió solamente un cuarto de su vida en Argentina. Dieciséis años, para ser más exacto. O en realidad menos: once sobre sesenta y dos, si le descontás la campaña libertadora de Chile y Perú. Y Lionel Messi, el mejor jugador de la historia del fútbol, bueno, ya sabés...

—No es que no me interese lo que me estás contando, pero ahora que nombraste la palabra «jugador» me acordé de una duda muy fuerte que tengo: ¿al final ganó o perdió en el casino este muchacho Pereyra?

—¡Ganó! ¿No leíste cómo termina la crónica?

—Sí, con esa lluvia de monedas y él en el bondi, sonriente, relajado —me dice Chiri—. Pero con ese final a lo mejor este muchacho esté queriendo decir otra cosa. No sé, una metáfora...

—¡No le digas más «este muchacho»! ¿Quién sos? ¿Bioy Casares? ¡Y además Pereyra está queriendo decir lo que está queriendo decir! Su crónica es honesta hasta en las metáforas.

—A propósito de honestidad —me dice—. ¿Le vas a mandar una revista al pobre hombre al que le robaste el cuento, no?

—¡No le robé nada! —me indigno.

—En el número pasado le robaste una historia a Pedro Mairal, la del gol de Maradona a los ingleses. Ahora le robás una idea a otro buen señor. Miráme a los ojos, Jorge...

—Te miro. Qué pasa.

—Se te terminó la imaginación, ¿verdad, querido amigo? Tenía razón tu mamá: muchas drogas blandas en la adolescencia... No me escondas la mirada, a mí me podés decir la verdad.

—Sí —le confieso—. Estoy seco, Christian Gustavo. Mi pozo se quedó sin agua fresca.

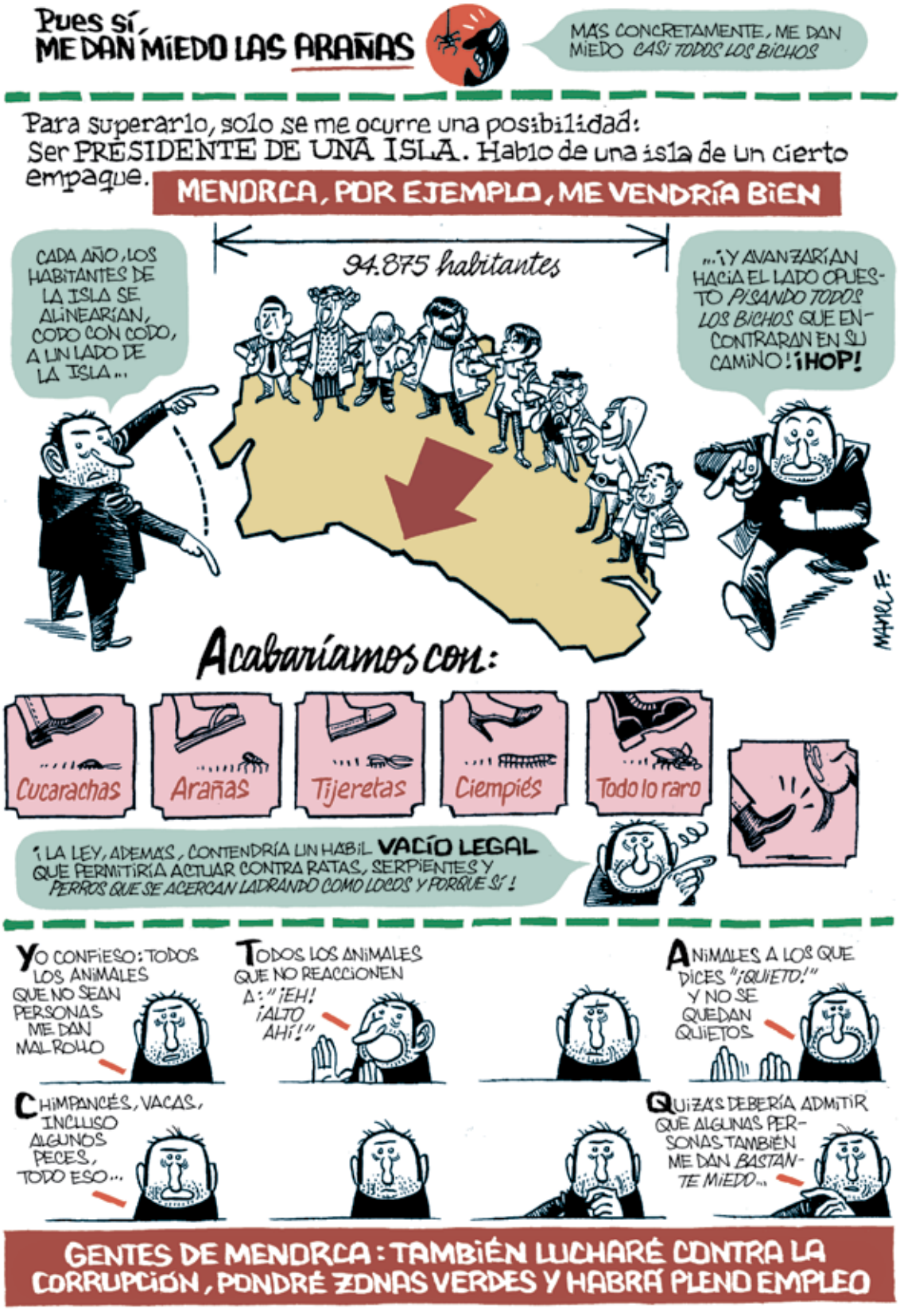
—Me lo imaginaba.

—Ya no me sale ser escritor —lloriqueo.

—¿Y qué vas a ser ahora?

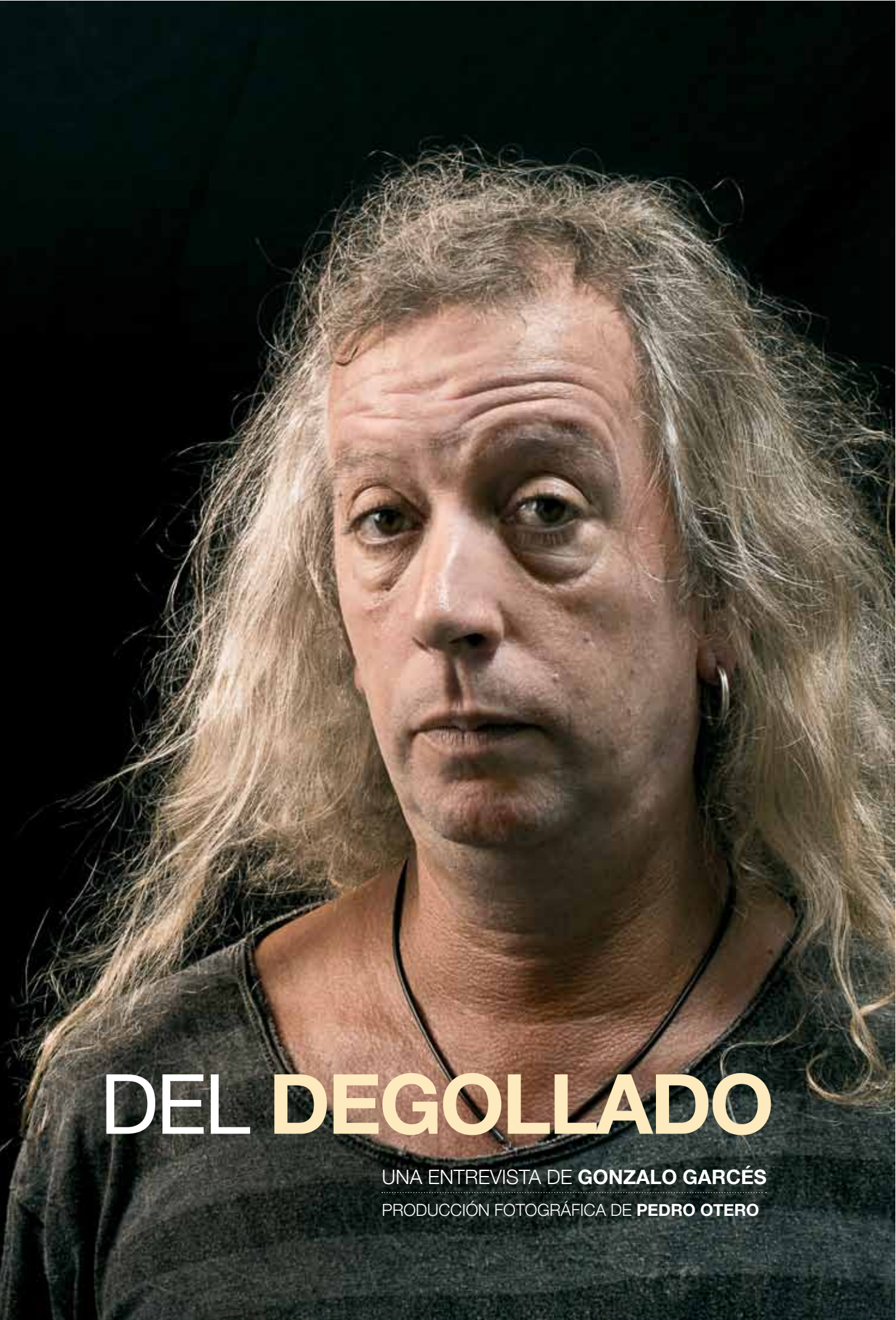
—Intermediario de las historias de otros —le digo—. Es más relajado y se gana más plata. ◣

Copiar a alguien y luego pegarle.


Pues sí, ME DAN MIEDO LAS ARAÑAS
MÁS CONCRETAMENTE, ME DAN MIEDO CASI TODOS LOS BICHOS
Para superarlo, solo se me ocurre una posibilidad: Ser PRESIDENTE DE UNA ISLA. Hablo de una isla de un cierto empaque.
MENORCA, POR EJEMPLO, ME VENDRÍA BIEN
CADA AÑO, LOS HABITANTES DE LA ISLA SE ALINEARÍAN, CODO CON CODO, A UN LADO DE LA ISLA...
94.875 habitantes
...¡Y AVANZARÍAN HACIA EL LADO OPUESTO PISANDO TODOS LOS BICHOS QUE ENCONTRARAN EN SU CAMINO! ¡HOP!
MANEL F.
Acabaríamos con:
Cucarachas
Arañas
Tijeretas
Ciempiés
Todo lo raro
¡LA LEY, ADEMÁS, CONTENDRÍA UN HÁBIL VACÍO LEGAL QUE PERMITIRÍA ACTUAR CONTRA RATAS, SERPIENTES Y PERROS QUE SE ACERCAN LADRANDO COMO LOCOS Y PORQUE SÍ!
YO CONFIESO: TODOS LOS ANIMALES QUE NO SEAN PERSONAS ME DAN MAL ROLLO
TODOS LOS ANIMALES QUE NO REACCIONEN A: "¡EH! ¡ALTO AHÍ!"
ANIMALES A LOS QUE DICES "¡QUIETO!" Y NO SE QUEDAN QUIETOS
CHIMPANCÉS, VACAS, INCLUSO ALGUNOS PECES, TODO ESO...
QUIZÁS DEBERÍA ADMITIR QUE ALGUNAS PERSONAS TAMBIÉN ME DAN BASTANTE MIEDO...
GENTES DE MENORCA: TAMBIÉN LUCHARÉ CONTRA LA CORRUPCIÓN, PONDRÉ ZONAS VERDES Y HABRÁ PLENO EMPLEO

EL MUERTO SE RÍE

UNA CHARLA CON **SABORIDO Y CAPUSOTTO**



DEL DEGOLLADO

UNA ENTREVISTA DE **GONZALO GARCÉS**

PRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA DE **PEDRO OTERO**

Mientras los espero en un bar de Barracas pienso que, para mí, el humor de Capusotto y Saborido es siniestro. En el sentido que le daba Freud a la palabra siniestro: aquello familiar que se vuelve extraño. Extraño y por lo tanto amenazante. Antes de que aparecieran humoristas como Capusotto, como Saborido, como Casero, antes de que *Cha cha cha* y después *Todo por dos pesos* pusieran patas arriba al humor en la Argentina a mediados de los noventa, los humoristas se reían de los siete pecados capitales: Olmedo, Porcel, Calabró hacían chistes con la lujuria, con la envidia, con la cobardía, con la pereza. O si no, estaba el humor de Tato Bores, que nos invitaba a reírnos de esa casta que reúne todos los pecados anteriores en uno: los políticos. Ya Antonio Gasalla, con sus personajes costumbristas al borde del delirio, provocaba una risa con más matices sombríos, con una sospecha de que nosotros mismos, o nuestros propios prejuicios, podían ser el blanco del chiste.

Diego Capusotto ahora dice que la clave de todo es romper el rito. Que el humor es eso. Y para dar un ejemplo, propone un asado donde las que comen son vacas. Pedro Saborido, su guionista y colaborador desde hace muchos años, propone que sean vacas que comen asado de hombre. Yo no sé cuál de los dos tiene razón, pero sé que estar ahí cuando Saborido y Capusotto empiezan, en medio de la charla, a inventar un sketch, es toda una experiencia. No hay nada previsible en la conversación con estos tipos, así como no hay nada previsible en los disparates feroces que vienen poniendo en la pantalla desde *Todo por dos pesos* (1999-2002) y quizá más todavía con *Peter Capusotto y sus videos*, que se emite sin parar desde 2006. En todos los personajes de Peter Capusotto hay un núcleo de parodia. Nos reímos de los excesos y la estupidez de los rockeros con Pomelo. Con Micky Vainilla, de la forma en que ciertos cantantes pop son funcionales al conformismo y a los prejuicios de la clase alta. Nos reímos al encontrar, en Bombita Rodríguez, a un montonero de los setenta cantando a lo Palito Ortega. Pero a la parodia le brotan apéndices extraños. Cosas que escapan a la lógica del humor, o que representan una lógica humorística más compleja. Juan Estrasnoy, el ministro de Educación que interpreta Capusotto, ¿a quién parodia? ¿A las autoridades

No se gaste con tanto humor inteligente. Tenga, pise esta cáscara de banana.

pacatas preocupadas por el mal uso del lenguaje? ¿O a nosotros mismos, gente culta, canchera y de buen gusto, que sentimos ganas de matar cuando un punga dice «rescatáte, barrilete» o un egresado de la Universidad de Palermo dice que se dedica a hacer «stand up comedy» o usa los deditos para hacer comillas en el aire? ¿Y por qué Estrasnoy tiene pelo largo?

Más o menos por la época en que Capusotto y Saborido empezaron a tener seguidores, una generación accedía al poder en todo el mundo: la generación del rock, del individualismo, de la informalidad, del gesto libertario. La vieja pacatería sigue ahí, lo mismo que los siete pecados capitales, pero ahora se le superponen los gestos de una generación que se sigue imaginando joven. Eso obliga al humor satírico a ejecutar piruetas extrañas, a retorcerse sobre sí mismo para probar su flexibilidad.

Yo creo que Capusotto y Saborido son karatecas veteranos que conservan la agilidad necesaria para encontrar las imposturas, los ritos cristalizados, los automatismos, en lugares inesperados e íntimos. Y creo también que son, quizá de manera no del todo voluntaria, algo así como poetas de la degradación. Como cuando los muertos se ríen de los degollados. Porque el blanco que buscan son las prácticas que alguna vez fueron vivas y se han convertido en cadáveres, sus programas son también cementerios. Cementerios de arquetipos, movimientos, relatos, artes y discursos. Cementerios radioactivos donde los cadáveres se mueven. Y hacen reír y sentir frío. Sí, Capusotto especialmente es uno de esos oídos finísimos que, como decía Roberto Bolaño, oyen la musiquita de los mundos que se disgregan. Yo quería que me hablaran de la práctica de su disciplina. Y quería que me hablaran de las prácticas de otros, del humor a través del tiempo, porque así como hay pocas miradas más ácidas que las de Capusotto y Saborido, también hay poca gente así de interesante cuando habla de cine o de televisión. Por eso les llevé clips de cuatro películas conocidas y les pedí que me dijeran lo primero que les sugiriera a cada uno. No imaginaba que las respuestas iban a incluir reflexiones existenciales, consideraciones sobre los Mercedes de Ricardo Fort, un elogio de los locos del Borda y una pierna humana con lechuga y tomate.

La charla arranca con Capusotto. Saborido se sumará después.

Las reflexiones sobre la vida son según el brillo del sujeto.

—*En estos días volví a ver muchos de tus videos. Uno se ríe, se ríe, pero llega un momento en que le agarra angustia. Hay algo muy pesado ahí.*

—En general, no tenemos una mirada liviana de la vida. Y en realidad lo que hacemos es apuntar algo que nos duele y también a través del humor suavizarlo. Y también, a través del humor, que se supone que suaviza la mirada, estás mostrando algo monstruoso. Que es la propia realidad transformada en algo suave, donde lo monstruoso no se ve. A través del lenguaje humorístico vos podés poner eso en primer plano.

—Vos hablás, en otro lado, de mostrar lo monstruoso de aquello en que creemos. No solo lo que está afuera, sino lo que te resulta más querido.

—Sí, claro, también de nuestras propias creencias. Hay una burla de aquello que nosotros afirmamos que somos. Pero eso es una búsqueda humana. Uno intenta afirmarse sobre lo que es, sobre lo que quiere hacer. Y a veces a través del humor desmitificamos esas mismas preguntas. A veces desde un lugar fatalista. Otras veces porque necesitamos huir de nuestra propia gravedad. Siempre lo que hacés son puntos de fuga. Viste que el humor está siempre tocando lo trágico, lo oculto, la propia tragedia de vivir, lo que te sofoca. Por eso se hace tanto humor sobre la guerra, sobre la muerte. Claro que también hay puntos que son más festivos. Cuando nosotros hacemos el Bailarete que trata de engancharse una mina en un boliche, bueno, ese es un pelotudo y a mí no me genera ninguna pena.

—Pero el rock es distinto. Ustedes al rock lo quieren. No es una pelotudez, digamos.

—El rock a esta altura es una excusa. De alguna manera, el sonido del rock nos perteneció y también estaba relacionado con una manera de mirar la vida y de posicionarse y de saber quiénes son aquellos con los que te querés juntar y quiénes no. Y después el programa empezó a ser otra cosa… A modo de cautela pusimos esto de que el nuestro es un programa de rock. Para no tener que decir que es un programa de humor. Y en el rock entra un poco de todo. Aparecen situaciones que no tienen nada que ver con el rock, pero porque el programa permitió, en su crecimiento, que nosotros podamos nombrar otras cosas.

—Eso pensaba yo mirándolos: hoy el rock es todo. Aunque sea en formas bastardeadas o aguadas, el rock está en todos los niveles de la cultura. Cuando vos ponés al ministro de Educación con pelo largo, bueno, es una idea chistosa, pero al mismo tiempo es perfectamente lógica: nosotros tenemos ministros o vicepresidentes con pelo largo. El rock es una de las banderas de un diario conservador como La Nación…

—Sí, claro. El rock es un sonido que está integrado. Para mí los únicos sonidos interesantes del rock son los que están en la periferia: los que no suenan tanto en la radio. Por ejemplo, bandas como Pez, como Acorazado Potemkin, como Sur Oculto. Los Natas, Tantra, que es una banda de Mar del Plata… Te estoy nombrando algunas pero hay millones. Los Jenifer Pérez, que hacen psicodelia y que son de allá del sur… ¿Querés medio tostado?

—Gracias, me acabo de clavar dos medialunas.

—Son grupos más situacionistas, si se quiere. Tocan en lugares que son más lugares de irrupción que festivales organizados.

—Lo que ustedes mismos hacen se podría vincular con los situacionistas de los sesenta. Pero con una diferencia grande: los situacionistas mostraban las grietas o las hipocresías de una sociedad que era muy pacata: la Francia de De Gaulle, la Europa de posguerra. Pero acá la situación es muy diferente, porque los que están en el poder son justo la gente que se formó, y que ayudó a formar, la cultura cool. La cultura rock, en definitiva.

—Nosotros no estamos en el lugar de acción del situacionismo. Nosotros estamos en un canal de televisión que, si se quiere, está establecido. Si bien estamos en un canal que está corrido de los grandes éxitos, el lado B de la televisión, es un programa que también está incorporado al sistema. De todas maneras, nosotros también tenemos una visión sobre la propia existencia. No hablamos solo de lo macro, no apuntamos al funcionario o al poder real. También hablamos del ser humano y su encuentro consigo mismo en un lugar que lo fagocita, que es el Universo. El humor lo que hace es fijar, tratar de entender, ser curioso. Desenmascara ¿me entendés? La idea es esa.

—Después de mirar videos tuyos durante tres días seguidos, me vino a la cabeza una palabra: entropía. Hay una sensación de que es un humor hecho en una época tardía, en la que muchas cosas han degenerado: el peronismo, el rock, la vida misma…

—Sí, y lo que hay también son creencias

que son puestas en duda. Hay la necesidad de recrear algo así como una realidad paralela. Por eso yo decía: esto es el efecto de vivir día a día. El humor está concatenado con la burla y por eso yo hablaba de desenmascarar ciertos discursos. Ahí vos venís a meter el dedo en la llaga. Sobre algunas cosas que te sensibilizan, no sobre cualquier cosa, y no porque vos necesites venir a convertirte en ese personaje mediático que es el personaje que transgrede. Y que no es nada. Nosotros también apuntamos muchas veces a eso.

—¿Un ejemplo?

—Yo creo que Violencia Rivas es la que más representa cierta desmitificación de nuestras propias creencias. Ahí ponemos mucho hincapié, ahí estamos hablando más nosotros con la excusa del personaje. Y después Micky Vainilla, que lo más inquietante que tiene es que no es un jerarca nazi, es un cantante pop que simplemente disimula su hijaputez y se ampara diciendo que él no está diciendo lo que vos decís que dice. En Micky Vainilla están representadas un montón de cosas.

—Claro: el lado fascista de esa normalización light que vivimos todos los días.

Capusotto: «No hablamos solo de lo macro, no apuntamos al funcionario o al poder real. También hablamos del ser humano y su encuentro consigo mismo en un lugar que lo fagocita, que es el Universo».

No hay más que crear personajes cuando uno ya no cabe en uno.

—Y del propio poder también. Vos le podés hacer la lectura que quieras. A veces me resulta mucho más interesante la lectura que hacen otros que la que hago yo. Son los personajes que tienen una estructura más densa. Y también nos ocupamos de personajes de un humor más directo, más ligado a lo infantil, como el cantante que canta en un inglés de mierda. El que quiere hacerle una interpretación a eso, que la haga, pero para nosotros es solo lo ridículo que podemos ser expresando algo con demasiada intensidad. No darnos cuenta de que cantamos mal o que cantamos en un inglés espantoso. Eso hasta te puede caer bien: alguien que intenta, con mucha concentración, hacer algo que no le sale. Vos ves que se equivoca, pero él no lo ve. Hay que ver cuál de los dos es más feliz.

—Qué raro, es verdad: casi todos los personajes que vos hacés son gente feliz, en el sentido de que hacen lo que quieren. Pomelo es un pelotudo, pero un pelotudo feliz. Violencia Rivas se sale con la suya.

—Bueno, los personajes de ficción suelen salirse con la suya. Generalmente uno se ríe de eso porque también es parte del asunto. Uno también es bastante miserable.

—Esta forma de ver las cosas, esta mirada tan crítica, la necesidad de mirar las fisuras en los discursos, ¿de dónde viene? ¿Para vos es algo de fábrica, tiene que ver con cosas que te pasaron?

—Siempre tiene que ver con cosas que te pasaron. Pero yo me recuerdo siempre como una persona observadora. Que es el primer paso. No la observación del imitador, que capta cómo otro se mueve para copiarlo tal cual. Es la necesidad de encontrar un sentido. Pero lo que nosotros hacemos también es crear un lugar propio, un lugar más placentero donde vivir que la realidad. Por decirte algo, en la realidad, ¿con cuánta gente te conectás? Yo me conecto con más gente porque soy conocido y me pueden hacer una nota o puedo dar una charla donde hay mucha gente, pero el circuito en el que uno se mueve, en la realidad cotidiana, es pequeño. Lo que hacemos es un disparador que puede alcanzar a más gente y permite que uno pueda ser portavoz de una idea en común, que circula, que a veces es rechazada y otras veces aceptada. Ahí se genera una especie de alianza…

Llega Pedro.

SABORIDO: —¿Qué tal?

Saborido: «Nosotros pudimos probar lo que hacíamos en un canal de cable. La TV abierta tiene demasiados instrumentos para saber lo que puede hacer y lo que no».

—*Me estaba hablando Diego de los aliados. Pero yo pensaba en la contracara: en lo que será, para ustedes, ser detestado también por muchos. Porque están los que se toman mal las parodias del rock, los que piensan que Bombita Rodríguez no se debe hacer porque con la militancia de los setenta no se jode…*

S: —Hay gente que piensa simplemente que sos un idiota.

C: —Lo más inquietante es que piensen que sos un idiota, no que te odien. ¿Quién te odia? ¿Cecilia Pando? A mí me encantaría que me odie Cecilia Pando.

S: —Lo que pasa es que también te cruzás con gente que tiene odio estructural. Te va a odiar a vos como también odiará a alguien que tiene pantalón verde o dientes postizos. Ahí hay un malentendido. Pero también es un malentendido el fan.

C: —A nosotros no nos gusta el fan. Porque el fan es aquel que en un segundo se convierte en tu peor enemigo. Si vos empezás a trabajar para el deseo del fan, te convertís en una especie de idiota, o en un artista adolescente, que no somos, porque tenemos cincuenta años. Te convertís en el pelotudo de la televisión que dice: «Le estamos dando a la gente lo que la gente quiere». No estás dando lo que vos querés decir, sino lo que la gente quiere, que es una abstracción. ¿Qué quiere la gente? ¿Vos lo sabés? ¡Qué grosso! ¿Vos sabés lo que yo quiero? Eso lo dicen cuando tienen diez puntos de rating, o quince, y siguen funcionando con la idea de que la gente quiere ver eso. Así que al fan lo tomás siempre con cierto recato.

—*¿Cambió la relación de los humoristas con la gente? Yo siento que en los ochenta, hasta mediados de los noventa, había un conformismo en el humor argentino que no hay ahora. Con* Cha cha cha *y con algún otro eso empieza a cambiar, el humorista se anima más a mojarle la oreja a su público.*

S: —Me parece que lo que hay es más espacio donde hacerlo. Ahora nuestro programa puede aparecer en televisión. Está la oportunidad de romper lo establecido televisivamente. Vos pensá que en los ochenta había cinco canales. No había margen para pifiarla mucho. De todas maneras, yo en los ochenta no miraba televisión. Esa también era una opción.

C: —En los ochenta los espacios más interesantes no estaban en la televisión. Con la apertura democrática, los lugares más interesantes para ver algo revulsivo, algo que fuera testigo de lo que pasamos, de la dictadura, no se encontraba en la televisión. De hecho, *Cha cha cha* sale recién en los noventa. Con el menemismo. Y en un canal que casi no tenía programación y que lo permitía.

S: —Claro, un canal de cable. Nosotros pudimos probar lo que hacíamos en un canal de cable. La TV abierta tiene demasiados instrumentos para saber lo que puede hacer y lo que no. Va poco a ciegas, no prueba, tiene demasiadas fórmulas, tiene el minuto a minuto, el marketing, el focus group. Entonces, sí, se hace algo para gustarle a la mayor cantidad de gente, ahí no podés romper porque seguís reglas básicas. Por ahí en los sesenta y los setenta era más intuitivo. «Bueno, vamos a hacer esto, a ver qué pasa». Y por ahí era una cosa rara, un desafío de la originalidad. Ahora está siempre el temor de que no guste a mucha gente, entonces proponer un formato que salga de lo establecido… En dos semanas, a un programa que no anduvo, se le ponen trece panelistas y los ponen a hablar de algún escándalo mediático, porque me va a pagar rápido. Es como un boliche donde se hace comida de autor y a los quince días decís: «Negro, empezá a servir milanesas porque esto no anda». Pero las cosas

Para abrir la mente es necesario demoler mitos.

necesitan su tiempo, y lo que no hay es tiempo. Si nosotros no hubiéramos hecho el programa en el cable, hubiéramos hecho un piloto y habríamos durado quince días con suerte. Porque no se respeta a cuatro puntos de rating. Si vos sos parte de algo que se llama cuatro puntos de rating, andá a mirar cable, boludo. Andá a mirar el History Channel.

Saborido: «Si nosotros no hubiéramos hecho el programa en el cable, hubiéramos hecho un piloto y habríamos durado quince días con suerte. Porque no se respeta a cuatro puntos de rating».

—*Si les parece, les paso un video y hablamos un poco de las imágenes.*

Les muestro un clip de *El Gran Lebowsky*. Dos matones entran en la casa de Jeff Bridges y le sumergen la cabeza en el inodoro mientras le preguntan: «¿Dónde está el dinero, Lebowsky?». Uno de los matones mea en la alfombra de Lebowsky. «¿Ves lo que pasa, Lebowsky?». Bridges protesta: «Nadie me llama Lebowsky. Yo soy el Dude. Se equivocaron de persona».

C: —Me gustan las películas de los hermanos Cohen. Yo el punto más cercano que encuentro con mi propia sensibilidad, con lo que hacemos nosotros, es la escena del final, en la que tiran las cenizas de su amigo, Donny, y la ceniza les cae en la cara. Es como desmitificar una acción sagrada. Que es lo que nosotros hacemos. Yo antes te hablaba del peso de lo trágico; bueno, acá te disparás hacia un lugar donde podés tomarte la vida en solfa.

S: —Yo, cuando fui a tirar al viento las cenizas de mi viejo, me acordé de esa escena. Tiré las cenizas de mi viejo desde un puente, y medí el viento, porque me acordaba de la escena. ¡Porque eso puede pasar realmente! ¿Me entendés?

C: —Pero igual, que eso pase está pensado por el director. Que es lo que nosotros hacemos en el programa. Puede pasar en la realidad, pero está pensado de antemano, no sé si para aliviar. O para que la muerte no sea un lugar trágico, sino que también tenga su propio peso en esa gestualidad, en la que la muerte vuelve para pegarte en la cara y producir una situación que también es graciosa. Capaz que si tirás las cenizas de tu viejo y te vuelven a la cara vos decís «Qué loco, puede ser un signo». Capaz que un pelotudo piensa que es un signo y se sienta a pensar en el significado de los signos de la muerte. Y otro por ahí se caga de risa. Este hecho simbólico se convierte en un hecho fortuito y gracioso a la vez.

S: —Es que la muerte es algo tan fuerte, y tan claro, y que no merece ningún comentario,

que muchas veces el humor se trata de decir: esto no necesita ningún símbolo, ningún mito, es eso simplemente. Tirar abajo el mito es lo que te alivia y te provoca risa. Lo que pasa es que, hasta el momento en que se le viene la ceniza a la cara, te sorprendo porque te estoy llevando a la emoción, te estoy llevando a la emoción, te estoy llevando a la emoción, y de repente te saco la emoción al carajo. ¡Boludo, se le vino la ceniza a la jeta! ¿Qué hacemos? Yo me acuerdo una boludez, que también se lo conté a Diego: yo le expliqué a un amigo que cuando sacás las cenizas y querés hacer todo el rito, tenés que fijarte de tener un destornillador Parker. Porque las urnas vienen muy ajustadas. ¿No es bueno? El pibe lo hizo en Mar del Plata y se acordó de mí y pidió en el hotel un destornillador. Porque es verdad, el chabón iba a tirar las cenizas de su padre, vos vas con la urna al atardecer, con las olas y todo eso, y de pronto no la podés abrir. ¿Qué vas a hacer? ¿Empezar a golpearla contra una piedra? ¡Se fue todo al carajo!

C: —Vos podés hacer una película a partir de eso… Y aparte yo creo que lo que nosotros hacemos es rememorar la infancia con los juegos que vos hacías cuando eras chico, pero con la gravedad del adulto. Vos tocás otros temas, ya no sos un chico libre e inmortal.

—Claro: sabés que te vas a morir.

C: —Yo lo que creo de los hermanos Cohen es que tienen también esa cosa de chicos. Yo cuando me río de algo que hacemos en el programa, me río como un chico, no es que digo (gesto de sabihondo), no estoy buscando el símbolo... A lo mejor los hermanos Cohen terminan riéndose como nenes.

—Eso dice Frances McDormand, que está casada con Joel. Que se la pasan riéndose como boludos de porro.

S: —Es que no te queda otra.

C: —Es una manera de escaparle al peso de la realidad.

S: —Y es que no es importante lo que estás haciendo. Vos no estás operando a un chico de una peritonitis, que te la tenés que tomar en serio, no podés joder. Vos estás haciendo un programa de televisión que si sale mal no pasa nada. Tenés que creértelo como cuando jugás al fútbol, un picado. Querés ganar, de eso se trata.

C: —Además, siempre es el otro el que te hace imprescindible. No nosotros. Nosotros hacemos el programa y no sabemos si quedó bien, si quedó mal. Para nosotros es imprescindible hacerlo. Pero en el imaginario es el otro el que tiene una lista de cosas imprescindibles en la vida, como Woody Allen en *Manhattan*, cuando enumera las cosas imprescindibles de la vida. Para mí es fundamental ir a comer una vez por semana con mis amigos, sin eso la vida no tiene sentido. Cosa que probablemente a los cincuenta años vos también lo digas.

S: —O que venga un tipo, como una vez le dijo a Diego —que no es por lo dramático sino para mostrarte la potencia de una boludez—, le dijo: «Mi hijo tuvo una enfermedad terminal y ver el programa de ustedes lo alivió en sus últimos años cuando estaba en la cama». Qué sé yo. Mirá, yo lo hacía jugando, no lo hacía para tu hijo, pero qué bueno que tu hijo lo pudo agarrar para eso. Y qué bueno que el padre encontró eso. Había que drogarlo porque se estaba muriendo y no podían encontrar la felicidad con los amigos porque estaba tirado en una cama, así que encontraron esto. Pero más allá de lo melodramático, ¿te das cuenta?, es un juego que sale para cualquier lado. Y lo único que vos podés hacer, realmente, es estar encerrado en tu propio juego, como un pibe que se cree que una escoba es una guitarra o un caballo. Tenés que estar medio como un zombi, porque si empezás a tener en cuenta todo lo que hay afuera, bueno, no lo hacés.

—Vos mencionás a Woody Allen. Pero él habla de un aspecto distinto del juego. Dice que la comedia es rabia. Que el comediante, cuando le fue bien con su público, dice: los maté, los destruí. ¿Ustedes no reconocen algo de esto?

S: —Es que hacés humor con aquello que ves desacomodado. Y que te molesta. Podés decir que un tipo, aunque haga un juego, tiene una gran moralina, o es un tipo esencialmente moral. Porque en realidad está señalando lo que está mal. O lo que todos digan que está bien. Me cago en lo que todos dicen que está bien. Me cago en que Ernesto Sabato sea un gran escritor. Si quiero hacer un chiste con Sabato, hago un chiste con Sabato. Yo hago Papa's Blues, Pappo Benedicto XVI. No es una cuestión de indignación, porque el indignado no se activa, dice: «Ay, mirá vos, no puede ser esto», y nada más. Se lava en su propia indignación. Lo que vos hacés es trastocarlo y decirlo. O cuando alguien te dice: che, no se puede mezclar la muerte con un chiste. ¿Por qué no? Mirá, boludo. La mezclo. No podés mostrar un tipo comiendo caca en televisión. ¿Ah, no? Yo como caca. No sé si en esa cosa de «los maté»

hay algo. Lo que sí hay quizás en la gente que se sube a un escenario, y que por traslación uno lo ve cuando sale su programa, sí hay una sensación de que salís a defender un título, te subís a un ring, te enfrentás con algo. Y si vos lo ponés en términos de público y crítica, el tipo dice «los maté», pero cuando la gente agarra una crítica, dice «Los mataron». Hay un enfrentamiento, vos venís a mostrar algo. O la nueva temporada: ya te están esperando. «¿Hay nuevos personajes?». Woody Allen también decía que hace cosas distintas para marear. El huía de que lo emboquen. Entonces va por acá, va por allá. Hay una sensación de «me están esperando para bajarme».

C: —Es que eso pertenece a la propia crítica. «Esto, que supuestamente gusta, yo lo destrozo». A veces con armas nobles, a veces para posicionarse en una especie de personaje desmitificador. Es una especie de afectación. Es lo que pasa con la gente que va hablar a la televisión, que se convierte en una especie de personaje. Ya tomó un rol. O sea, el gordo Feinmann no es un facho, un cuadro del fascismo italiano. Es un personajito que le encanta asustar a los progres, que creen que es un cuadro fascista. Entonces el único que la ve clara es Tinelli, que lo quiere llamar para *Bailando por un sueño*. Porque ve que es un producto televisivo, no porque Tinelli sea fascista. Tinelli ve que ahí hay un personaje. El gordo Feinmann no es nada, loco. Pero cuando la gente le cree, sí. Entonces nosotros venimos precisamente a no creer.

S: —Vos vas a tratar de hacer algo y ver cómo escaparte de las generales de la ley. O sea, si vos sos una banda de rock gigantesca que triunfa, ¿qué te queda? Caer. Y bueno, ahora queda que Capusotto y Saborido se peleen, o que decaigan, viene el derrotero de la Historia. ¿Y cuál es? La decadencia, porque todo decae. De todas esas reglas que hay, podés escapar. Porque los Beatles se separaron, pero The Grateful Dead siguieron tocando. Siguieron para sus aliados. Serían menos, serían pocos. Habrán perdido público, no importa, pero escaparon a la historia del héroe. Esa que dice: «Sos genial, sos lo máximo», para después verte caer. Ahora Darín metió novecientos mil espectadores: bueno, vamos a esperar cuál va a ser la película de Darín que fracase. Para que haga la curva del héroe ¿no? Y después se redima.

C: —Cuando fracasás y estás dos años sin

Saborido: «Cuando alguien te dice: che, no se puede mezclar la muerte con un chiste. ¿Por qué no? Mirá, boludo. La mezclo. No podés mostrar un tipo comiendo caca en televisión. ¿Ah, no? Yo como caca».

Coca-Cola
Coca-Cola

aparecer en la pantalla, empezás a ser desvalorizado. Nos ha pasado a nosotros con *Todo por dos pesos*.

S: —O está Tarantino como religión. «No, después de *Reservoir dogs* se cayó…». ¡Y a Tarantino le chupa un huevo!

C: —Con *Todo por dos pesos* y *Cha cha cha* pasó exactamente lo mismo. En un momento ya deja de ser la novedad, porque se sitúa, queda establecido, y deja de ser revulsivo como cuando salió. Cuando esos programas desaparecen empiezan a ser reivindicados, probablemente porque no aparece otro programa que lo supere, o si hay alguno que lo supere, tiene su raíz en los programas que habíamos hecho nosotros. No es que no leamos críticas, pero en definitiva termina ocupando muy poco lugar en lo que hacemos. Lo que nos preocupa más que nada son los personajes nuevos, que tienen rebote en la gente. Pero después de seis años de hacer el programa, por supuesto que hay un efecto de novedad que se pierde. Yo, la verdad, ¿viene a tocar Television acá y me voy a preocupar porque dicen que seguimos haciendo el mismo programa? Andá a la concha puta de tu madre. Los Television dejaron de tocar hace treinta años y vuelven a tocar ahora. Porque necesitarán plata, bueno. Pero es Television. Si no, hacé una banda hoy y tocá, pelotudo, a ver si tocás mejor que Television. Viste cómo es. Así que mirá si nosotros nos vamos a privar de hacer un programa.

Capusotto: «A mí, la verdad, me gustaba más Buster Keaton. Me parecía menos efectista. Chaplin siempre me pareció más para la masa».

Saborido: «Sin embargo el que metía más gente en el cine no era ni Chaplin ni Keaton. Era Harold Lloyd».

—*Ahí va otro video.*

Vemos un clip de *El gran dictador*. Chaplin es soldado en la Primera Guerra Mundial. Dispara un enorme cañón. El obús sale con dificultad y cae a pocos metros. El sargento ordena a un soldado ir a inspeccionar el obús. El soldado se da vuelta y le ordena lo mismo al siguiente. El siguiente le ordena lo mismo al siguiente. El último es Chaplin, que se da vuelta, pero no encuentra a nadie. Inspecciona el obús caído. A medida que da vueltas en torno a él, el obús se gira para seguir apuntándole.

C: —Esto es intemporal. Por más que esté situado en un contexto histórico. Pero el ser humano se ríe siempre de lo mismo. Además era un gran artista. Aunque a mí, la verdad, me gustaba más Buster Keaton. Me parecía menos efectista. Chaplin siempre me pareció más para la masa. Suena feo decirle comercial, porque Chaplin era un artista integral, casi te diría que de esos pibes no salen más. Pero a pesar de eso me gustaba más Keaton.

S: —Sin embargo el que metía más gente no era ni Chaplin ni Keaton. Era Harold Lloyd.

C: —Chaplin, quizá, tenía algo demagógico. Se metía con los grandes temas: la clase trabajadora, el nazismo. Tiene algo bienpensante.

S: —Yo no sé si es tan bienpensante. Pero yo no conozco otra película de esa época donde alguien haga de Hitler. Y estaba Hitler en el poder todavía.

C: —Tenía cosas efectistas. Pero era un grande. A mí lo que me gustaba más de Buster Keaton es cómo se salvaba del mundo. Me parece más interesante y hasta más poético. Tenía un registro más poético que Chaplin, si se quiere. Y había una cosa de «él contra el mundo». Quizá no tocara tanto el tema político, pero era una per-

sona sumamente romántica que se las rebuscaba como podía, inclusive con elementos absurdos, y le daba un signo de coherencia a las cosas que hacía. Estoy hablando de actos concretos, como resolver un problema. Que él los resolvía desde el delirio y que terminaba siendo funcional. Cómo podía inventar una máquina que lo sacara de una situación comprometida. Keaton estaba ligado a la idea romántica del amor imposible y las cosas que podía hacer para ganar ese amor. Pero también fue uno de los pocos tipos en esa época que se mató a sí mismo en una película, que no recuerdo cuál es. Terminaba enterrado él con la mujer a la que quería.

S: —Fueron felices… Y se murieron. ¡Mostraba eso! Que fueron felices, tuvieron hijos, y se murieron.

C: —Y eso tiene más contundencia que el efecto chaplinesco. Cuando hoy veo a Keaton no veo esa corrección política que veo en Chaplin. Chaplin es un grosso, eso ni hablar. Pero a mí me gustan mucho también los hermanos Marx, porque son como cuatro dementes puestos en un mundo supuestamente normal. Es como ver a cuatro tipos del Borda, pero en definitiva felices, dentro de la convención de que son actores que están dentro de una película.

S: —No es que te rías de alguien que tiene sufrimiento psíquico, o psiquiátrico.

C: —Son tipos que están en un mundo equivocado. Y el mundo más agradable es el de los hermanos Marx, no el mundo que los rodea, que es el mundo al que nosotros pertenecemos. Cuando los estás mirando, vos no sos los hermanos Marx, vos tenés la identificación, pero lo que estás viendo son personajes que tienen identidad propia. Y vos ves que lo interesante son esos cuatro dementes y no el mundo

que los rodea, y que le pone límites a esa locura. Y como siempre terminan bien, a mí me gusta ver eso. A lo mejor el tipo de película y de formato sí es de una época y vos no lo podrías hacer hoy. Pero adonde apunta la energía de los Hermanos Marx es algo que nos atraviesa a nosotros. A nosotros y a muchos otros, que vieron eso y se formaron con eso. Siempre pasa que estás haciendo algo que está haciendo otro, porque es una idea que no te pertenece, es una manera de mirar la vida que nos pertenece a unos cuantos. El otro día, por ejemplo, yo vi que lo pasaron en TV, que hay un restaurante en Estados Unidos que se llama «La muerte» o algo así, Y después ponían nuestro sketch de angioplastia.

S: —Vos intuís que hay algo que puede pasar. Es lo que intuís cuando vas a un tenedor libre. Y Estados Unidos es una sociedad que hace esas cosas. Que pone un boliche que se llama «Vení, morite» y te invita a comer hamburguesas… Antes hablábamos del fan. Imagináte esto: alguien ve a Diego acá y no se da cuenta de que hay un vidrio, le quiere pedir un autógrafo, rompe el vidrio, tiene poco aguante y se muere.

Capusotto: «Una idea que no te pertenece es una manera de mirar la vida que sí nos pertenece a unos cuantos».

—*Les paso el último.*

Es un clip de *Rambito y Rambón*. Los soldados están en la selva, hay un peligro. Guillermo Francella le da instrucciones a cada uno de sus compañeros. Al final uno le pregunta: «¿Y vos?» «Yo soy muy cagón», responde Francella. Enseguida, un clip de *Bananas*, de Woody Allen. Un oficial revolucionario explica a todos qué hacer si alguien es picado por una serpiente: chupar el veneno y después escupirlo. Todos, por turno, repiten la instrucción. Cuando llega el turno de Woody, este dice: «No puedo chupar la pierna de nadie con quien no esté comprometido».

S: —En realidad, es el mismo chiste. La gracia es el cobarde en un lugar donde alguien así nunca llegaría a ser soldado. Pero ves, Woody Allen tiene algo de Buster Keaton. Porque en la película, Woody Allen arma todo el quilombo de hacerse revolucionario para levantarse una mina.

C: —Y también hay un tipo de humor que está encuadrado ahí en esas películas. No en ese gag. Tanto el gag de Woody Allen como el de Francella, los dos. Ahí hay una representación del humor que es muy televisivo, que es la de Sofovich, por ejemplo. La idea de que la gente tiene que entender todo, que no hay que ser rebuscado. Y que la gente se tiene que anticipar al remate.

S: —Claro, había programas de televisión donde vos sabías cómo iban a rematar cada sketch. Lo que pasa es que en televisión vos ves al actor o a la actriz, no tanto el texto. Entonces la gente veía a Olmedo y Porcel, que repetían los mismos cinco sketches, y ya sabías el remate y sabías lo que pasaba. Es la idea de que todo tiene que ser entretenido, el remate se tiene que entender, si vos sabés cómo viene lo disfrutás junto al actor. Es una cosa que nosotros cuando la hacemos es de manera paródica. Es una idea muy televisiva, porque supone que el tipo labura todo el día y cuando llega a su casa necesita estar distendido y entender todo. Lo que pasa es que si ese tipo labura doce horas por día y gana dos lucas por mes, le chupa un huevo. El problema es que el tipo debería ganar más, no que debería sentarse a ver a Tinelli.

—*¿Ustedes notaron que en el cine, no importa si la película es graciosa o no, la gente siempre se ríe?*

S: —Yo hace poco fui a ver en el teatro una obra sobre Freud, donde aparece Freud con cáncer en el paladar y sufriendo por el dolor de su dentadura postiza, y la gente se empezó a reír. Ahora, análisis psicológico: ¿se ríen porque no se bancan la potencia del dolor

de esa escena? ¿O son unos cosos? Uno podría calificar a esta gente de imbéciles. Pero no los calificás porque se ríen, sino porque se ríen en donde supuestamente estamos de acuerdo todos en que no hay que reírse. Porque esto es serio. Pero bueno, al tipo le causó gracia. ¿Qué carajo hacemos? ¿Cómo compartimos ese lugar?

C: —Si esa situación la trasladamos a la ficción, nos causaría gracia.

S: —En una película de los hermanos Marx, el que se ríe en el cine cuando no debe sería uno de los hermanos Marx. Y nosotros, viendo la película de los hermanos Marx, nos reiríamos con ellos. Diríamos: mirá, ese actor de mierda se quiere hacer el buen actor dramático y estos se le cagan de risa. Sin embargo, si vos estás ahí, vos sos Margaret Dumont, la vieja. Vos decís: «Qué mal, cómo se están riendo acá». A veces la forma de ver eso es ponerse al costado y ver que los dos son ridículos: el que se ríe y el que se indigna porque se ríen. Si es por eso, sesenta personas que se sientan a ver a un tipo que hace como que es Freud, ya es ridículo. Si no te creés el rito, no podés hacer nada. Si no, es como ir a un asado y empezar a hablar de la vaca muerta.

—Es una opción.

C: —Es una opción. Una vaca comiendo asado.

S: —Esta puede ser una discusión de chistes. Diego dice una vaca comiendo asado. Yo digo una vaca comiendo gente.

C: —Ya salió un sketch. Cuatro vacas comiendo…

S: —«…Mmm, esta carne…».

C: —Y saca una pierna…

S:— «¿De dónde es?». «De Coto».

C: —¿Pero se comen un humano?

S: —O que se coman una vaca.

—¿No es mejor que se coman una vaca? Si se comen un humano, puede parecer moralina.

S: —Sí, pero más fuerte es ver una gamba humana puesta con lechuga y tomate. Pero en realidad no importa. La cosa es desarmar el rito. Imagináte que vos recién, cuando nos ponés los clips, nos decís: «Les voy a mostrar estos clips para ver qué opinan», y nos empezás a mostrar clips de gente chupando pijas. Y nosotros pensando: «¿Tiene algo que ver? ¿Este tipo de qué trabaja? Lo mandó Casciari…». Y en la pantalla le están haciendo el ojete a una.

—«¿Qué opinan, chicos? ¿Cómo lo ven?».

S: —Claro, se va todo al carajo.

C: —Por eso, lo que a nosotros más nos hace reír es esa distorsión de la normativa de los signos de la realidad. Sería gracioso que pasara esto en el marco de una ficción, de un programa de humor.

S: —Pero pará, Diego, porque también te divierte cuando por ejemplo viene un periodista y, sin llegar a este absurdo, te hace una pregunta fuera de lugar o desconoce algo básico. ¿Cuál es el límite del humor? En algún momento nos convertimos en parodias de nosotros mismos.

Saborido: «Sesenta personas que se sientan a ver a un tipo que hace como que es Freud, ya es ridículo. Si no te creés el rito, no podés hacer nada. Si no, es como ir a un asado y empezar a hablar de la vaca muerta».

C: —Puede quedar muy afectado que yo te diga que el programa se explica solo. Pero la verdad es que explicar lo que hacés no tiene el mismo peso que hacerlo. Y ese mundo es mucho más personal ahí en la pantalla que los creadores explicando lo que hicieron.

—Bueno, pero por eso existen las entrevistas. Yo veo a ese pintor que pintó muy bien

Capusotto: «Lo que a nosotros más nos hace reír es esa distorsión de la normativa de los signos de la realidad».

esa casa y pienso: qué bueno que es, dan ganas de hablar con él.

C: —También las charlas son interesantes o no. Yo no niego la charla. Esta charla fue interesante. Otras charlas son obvias, no tienen mucho peso específico ni las preguntas ni lo que vayas a responder. Le explicás a otro tres veces cómo hacer un huevo frito. «Ya te lo expliqué». «Pero explicámelo de nuevo». Ah, bueno. Pero si encuentro una nota a Artaud, la leo. Pero leo una nota a Artaud, no a Ricardo Fort. Un chabón que sale del hospital y como estuvo cerca de la muerte, dice que va a sacar un libro. Que se supone que va a ser espiritual. Le habrá visto la pera a Dios, algo vio. Pero cuando salió del hospital, lo primero que dijo es que se compró cuatro Mercedes. «¿Y por qué no me voy a comprar cuatro Mercedes, si estuve cerca de la muerte?».

S: —Eso me parece más interesante que el libro.

C: —Pero si este chabón se compra cuatro coches, no lo escuchemos más. O se los choreamos, o no lo escuchemos más. Se compra cuatro coches y vos ganás cuatro lucas por mes, vos sos idiota. La gente es idiota. Pero bueno, cada uno elige su propia vida y su propia muerte. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Bailarete, Bombita Rodríguez, Juan Estrasnoy, Pomelo, Vicky Vainilla, Violencia Rivas: Personajes de ficción del programa de televisión Peter Capusotto y sus videos.
Boliche: Cantina, en la jerga porteña. Actualmente también se denomina «boliche» a diversos negocios.
Borda: Hospital psiquiátrico de Buenos Aires (Hospital Interdisciplinario Psicoasistencial José Tiburcio Borda).
Bores, Tato: (Buenos Aires, 1927-1996) Humorista y presentador de televisión. Su humor político marcó a generaciones de argentinos.
Calabró, Juan Carlos: (Buenos Aires, 1934) Actor y humorista argentino.
Casero, Alfredo: (Buenos Aires, 1962) Humorista, actor y músico. Creador, junto a Diego Capusotto y otros actores, del programa de televisión Cha cha cha.
Coto: Cadena argentina de supermercados.
Cha cha cha: Serie de televisión argentina de humor absurdo, protagonizada por Alfredo Casero, Fabio Alberti y Diego Capusotto.
Chabón: En jerga lunfarda originalmente significaba «tonto». Actualmente se dice «chabón» o «chabona» a hombres y mujeres en Argentina.
Embocar: Modismo argentino que, en este caso, significa «darle un golpe a alguien».
Feinmann, Juan Pablo: (Buenos Aires, 1943) Filósofo, docente, escritor y conductor de radio y televisión.
Fort, Ricardo: (Buenos Aires, 1968) Multimillonario mediático argentino.
Francella, Guillermo: (Buenos Aires, 1955) Actor y comediante argentino.
Gasalla, Antonio: (Buenos Aires, 1941) Humorista, actor, autor, productor y profesor de teatro argentino.
«Levantar una mina»: En lunfardo «seducir a una mujer».

Luca: Palabra del lunfardo que significa mil pesos.
Mina: Mujer.
Montonero: Organización guerrillera argentina de la izquierda peronista que desarrolló la lucha armada entre 1970 y 1976.
Olmedo, Alberto: (Rosario, 1933; Mar del Plata, 1988) Actor y humorista considerado como uno de los comediantes más importantes de la Argentina.
Ortega, Palito: (Tucumán, 1942) Cantautor, actor, productor, director de cine y político argentino.
Pando, Cecilia: (Buenos Aires, 1967) Activista argentina de derecha ultraconservadora.
Panelistas: Personas que hablan sobre un tema en particular. En Argentina se denomina así a los invitados de un programa de televisión. En España, tertulianos.
Pifiar: Errar, equivocarse.
Pija: En Argentina, pene.
Porcel, Jorge: (Buenos Aires, 1936; Miami, 2006) Actor, humorista, cantante y director teatral argentino. Trabajó muchos años junto a Alberto Olmedo.
Punga: Ladrón de billeteras.
«Rescatate, barrilete»: Frase del personaje de ficción Juan Estrasnoy, del programa de televisión *Peter Capusotto y sus videos.*
Situacionista: El que se dedica a construir situaciones.
Sofovich, Gerardo: (Buenos Aires, 1937) Actor, humorista, productor y guionista argentino.
Solfa: En jerga lunfarda, «paliza». Actualmente «tomar en solfa» significa tomar en broma o ridiculizar algo.
Tinelli, Marcelo: (Buenos Aires, 1960) Presentador, empresario, periodista deportivo y productor argentino. Conduce el programa de televisión *Bailando por un sueño.*
Todo por dos pesos: Programa de televisión argentino protagonizado por Fabio Alberti y Diego Capusotto con guiones de Pedro Saborido y Néstor Montalbano.

Yo creo que todo, o es gracioso o no lo entiendo.

¿QUIÉN HACE **ESTAS ENTREVISTAS?**

Las entrevistas que le hace Garcés a sus entrevistados son mucho más entretenidas que las que me hacés vos a mí al final de cada crónica.

—¿Perdón? —me dice Chiri—. ¿Vos pensás que estas conversaciones grabadas entre vos y yo... son una entrevista?

—Claro. Es un larguísimo interviú que vos me hacés a mí. Muy simpático, es verdad, pero no le ponés la profundidad que le pone Garcés —le digo—. No sé si vas a mantener este empleo...

—Voy a dejar pasar el malentendido —dice Chiri, cambiando de tema—. ¿Te gustó la charla con Capusotto y Saborido?

—No pienso contestar —le digo—. Tus preguntas son superfluas y obsecuentes.

—Te voy a responder como Violencia Rivas, la precursora del punk en el mundo: «Buen fin de semana, andá a la concha de tu hermana».

—¡Esperá Christian Gustavo, no cortes! —suplico—. Si no terminamos esta sobremesa no vamos a poder cerrar la revista. Y eso sería muy grave. Vos sabés que yo t'estimo molt...

—¿Por qué me hablás en catalán, salame? ¿Quién te creés que soy? ¿Tu esposa?

—Es que si lo digo en español me suena medio puto, en catalán en cambio es otra cosa.

—Me sale responderte con otro tema de Violencia Rivas: «Metéte tu cariño en el culo».

—¡Ah, qué temón! —le digo—. Me encanta Violencia Rivas. Pero si tuviera que elegir a uno de los personajes de Capusotto y Saborido, lejos, me quedo con Bombita Rodríguez.

—El Palito Ortega montonero. Un crac.

—Yo le enseñé a la Nina la letra completa de «La sonrisa de mamá es como la de Perón», y todas las noches, cuando nos sentamos a comer en familia, se la cantamos a Cristina.

—A modo de homenaje.

—Por supuesto, pero Cristina no lo entiende de la misma manera que nosotros —le digo—. Igual creo que en el fondo le gusta... Porque a veces baila con la melodía mientras nos sirve la escalivada.

—¿Saborido y Capusotto fueron los primeros en hacer chistes con los símbolos y la liturgia peronista, no? ¿Cómo puede ser que todavía nadie, en Argentina, los haya querido linchar?

—Porque pertenecen a un sector interno del partido que se llama «Peronismo con Humor y Revisión». Lo dijeron una vez en chiste, pero yo creo que es cierto: eso los define bastante.

—¿Te acordás que de chicos ya seguíamos a Saborido? —me recuerda Chiri.

—Claro, lo escuchábamos en la radio cuando estaba con su amigo Omar Quiroga, y después siempre estuvimos muy atentos a los guiones del programa de Tato Bores, que en una época escribieron juntos. ¿Qué es de la vida de Quiroga?

—Lo último que hizo, me parece, es una miniserie que se llama *Memorias de una muchacha peronista*, para la televisión pública.

—¿Está buena?

—No la vi, pero sé que transcurre entre 1944 y 1956 —me dice Chiri—. Y la historia se cuenta al ritmo de un año por episodio. Es, a escala, nuestro *Mad Men*. Y además el personaje principal es una mujer que entra a trabajar como dactilógrafa en la redacción de una radio y se termina convirtiendo en periodista.

—Como Peggy Olson —le digo—, que de secretaria se transforma en creativa.

—¡Cómo la vamos a extrañar a Peggy este año en *Mad Men*!

—Ah, ¿no sabías? Dijo Matthew Weiner que Peggy sí estará en la nueva temporada, que empieza ahora: el siete de abril. «No puedo decir cuánto, ni de qué manera, ni cuál va a ser su historia, pero va a estar», aseguró el pelado.

—¡Qué buena noticia que me das, gordito!

—Sí, todo muy lindo —le digo—, pero dejame volver a un asunto que no me cierra. ¿Entonces estas sobremesas no son una entrevista que vos me estás haciendo a mí desde la primera Orsai?

—¡No! —me grita—. ¿Quién es el que desgraba estas charlas? ¿Quién es el que pone «dice Chiri» y dice «Jorge» al final de cada diálogo?

—Yo.

—Claro... ¿Y vos alguna vez viste a un entrevistado hacer todo el trabajo?

—Entonces... —digo, compungido.

—Sí, querido amigo. Lamento que lo descubras después de tres años.

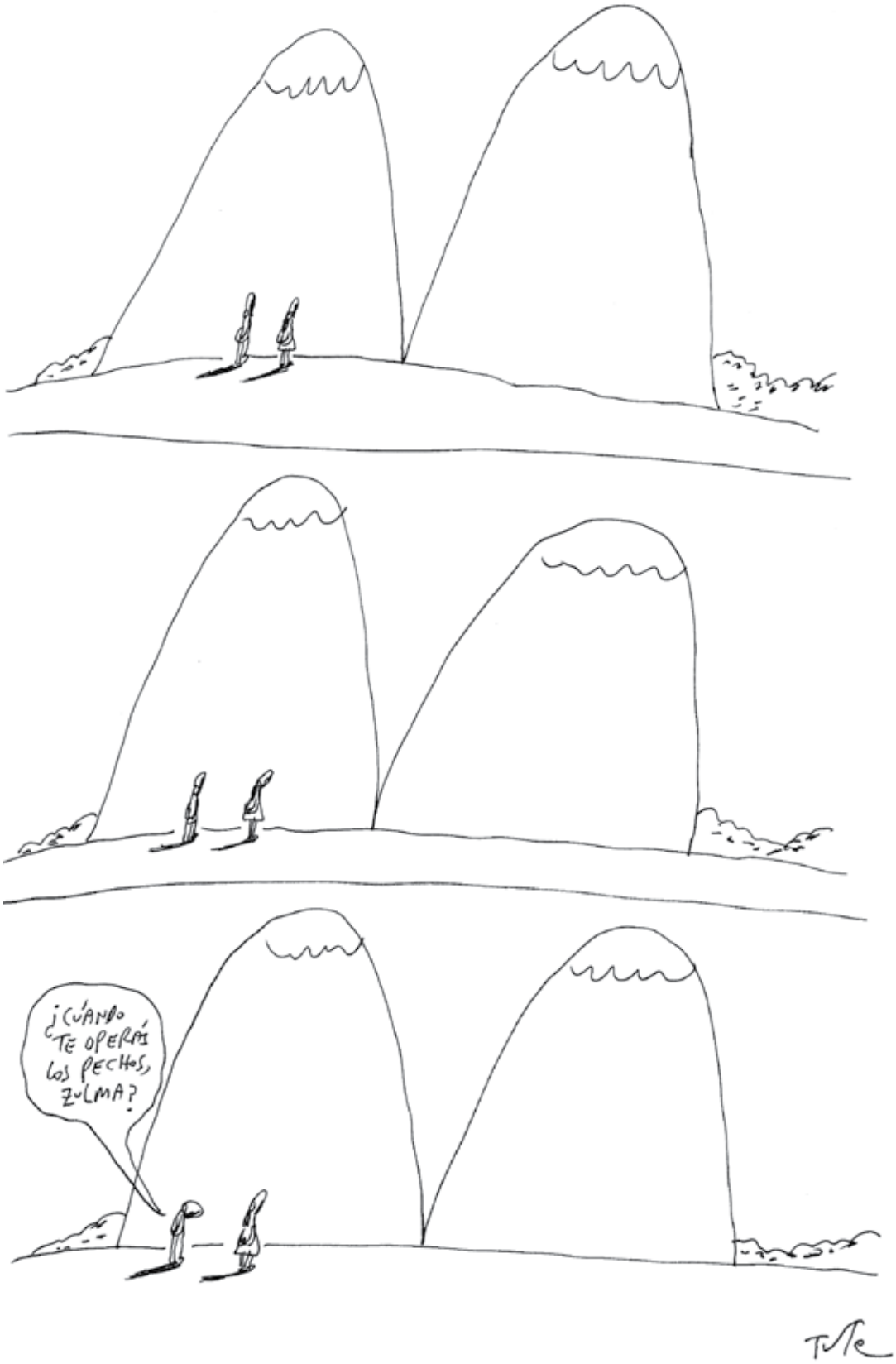
—¿Yo te estoy entrevistando a vos?

—Así parece.

—¡Ah, qué vida perra!

—No tengo más respuestas —dice Chiri.

MI PEOR ENEMIGO ES TAN MAL ENEMIGO QUE HASTA ME HACE FAVORES.


¿CUÁNDO TE OPERÁS LOS PECHOS, ZULMA?
TUTE

(cuento inédito)

La lengua de Chifu

Un relato de LIAO YIWU

Traducción de CARLOS LOMÉ
Ilustraciones de MATÍAS TOLSÀ

LIAO YIWU
Sichuan, 1958

Escritor, poeta y músico chino. Recibió en 2012 el Premio de la Paz de Comercio Librero Alemán. Desde 1987 está en la lista negra de escritores prohibidos en China. Pasó cuatro años en la cárcel luego de escribir *Masacre*, un extenso poema sobre la matanza en la plaza de Tian´anmen. Yiwu describe esos años como una verdadera pesadilla en donde sufrió torturas físicas y psicológicas. En *Por una canción y mil canciones*, el autor relata su paso por la prisión. Actualmente vive exiliado en Alemania. En 2012 publicó *El paseante de cadáveres*. *Retrato de la China profunda* (Sexto Piso), un libro que habla de la gente que no sale en las noticias. Además de poeta y músico, Yiwu revela en *La lengua de Chifu* su trazo gastronómico. Orsai N12 enciende los fuegos y los invita a revolver este guiso espeso de nueve páginas. Amigos sensibles de Orsai, busquen digestivos y ¡bon appétit!

Chifu es un tipo de nariz respingada y boca grande. Su lengua ha pasado por grandes experiencias e incluso cuenta con un gran número de seguidores. «Esta es una época en que la gente solo piensa en comer —me decía—, además de comer, hay que volver a comer». Yo también soy uno de sus seguidores, fue así como comenzamos a tener puntos de vista y objetivos en común. El dos de enero de 1999, estando en cierta casa de té a punto de demolerse en la zona de la Puerta Occidental en Chengdu, el viento soplaba de extremo a extremo del local. Sentados alrededor de la mesa de mahjong, conversaba con Chifu sobre comida; sin embargo, a medida que avanzaba la conversación me iba desanimando. Chifu sí que es un hombre de mucho mundo y con una experiencia que rebasa todo límite, tanto que aunque me esforzara toda una vida jamás lograría alcanzar el nivel al que él ha llegado. Para él *todo* es comestible. Cuando estaba organizando este texto realmente me entró el deseo de atravesarle la boca con un alfiler a ese Chifu, ¡pecador!

LIAO YIWU: ¿Qué delicias te has comido recientemente Chifu?

CHIFU: Nada en especial, ando como dijo el caballero Liang Shan en *A la orilla del agua*: «Con la boca tan vacía que me podría salir un nido».

LIAO: Nadie te lo va a creer, con esos ojos radiantes, tu voz imponente, y esa cabeza pelona y brillante. ¡Pero mira, hasta tus patillas blancas se pusieron negras! Solo porque aún no llegas a los cincuenta años no puedo decir que «de la vejez volviste a la niñez», pero a ver, dime la verdad, ¿qué tónico estás tomando?

CHIFU: ¿Acaso ya sabes leer el rostro?

LIAO: Hace un tiempo vi la película taiwanesa llamada *Comer, beber, amar* y luego releí la vieja novela de Lu Wenfu *El gourmet*, me parece que en lugar de ponerse a comer como él es mejor ver a los demás mientras comen, para tratar de aprender a descifrar el rostro de la comida, ¿de qué te ríes?

CHIFU: No me río, solo estoy haciendo muecas. ¿Acaso puedes comerte las películas y las novelas? Ver no sirve de nada, solo embarrando la lengua conoces la frescura.

LIAO: Sí que te has vuelto más rudo que antes.

CHIFU: Pero claro, es que cada vez como carne humana con más frecuencia.

LIAO: ¿Carne humana? Así que hasta homicida eres. Mira Chifu ya tienes cierta edad, no estás para decir ese tipo de cosas. No te he ofendido.

CHIFU: ¡Para nada! Es más bien porque veo que eres un buen hombre que me atrevo a decírtelo. Si en estos días te sientes de mal humor y quieres buscar alguna motivación, yo te puedo llevar.

LIAO: No pareces estar loco.

CHIFU: Loco estarás tú. Acércate un poco que en esta casa de té hay mucha gente y las paredes oyen. Basta que alguien vaya con el chisme y esto va a acabar convirtiéndose en una película de terror. Toma mi tarjeta, date un tiempo y ve a darte una vuelta; sigues el camino recto por la orilla del río Fujiang, allí verás un gran número de puestos de comida que venden «pez cacho del río Qiuxi». En cierto punto encontrarás detenido un carrito, por ahí te bajas del coche como te indique tu sexto sentido. En la noche verás a unas cuantas personas paseando por el terraplén, ve en esa dirección unas ocho calles, hay un jardín de bambúes y al entrar vas a toparte con unos edificios donde se ve mucho desorden, ahí hay servicio completo: comida, bebida, barajas, mahjong, karaoke, se puede consumir todo un día a doce yuanes por persona.

LIAO: El «agroturismo» que hay por todas partes en la periferia de Chengdu, ¿y para qué iría tan lejos?

CHIFU: ¡Pues a comer carne humana! Cuando encuentres a Zhang el gordo, el dueño, dile que quieres probar borrego, él te entenderá. Da igual si le das o no la tarjeta, en cuanto vea tu apariencia de fatiga como si volvieras de un largo viaje sabrá que andas buscando aquello. Ese detestable lugar es de lo más tranquilo en el día, pero por las noches está a reventar, no sé de dónde salen tantos clientes. Zhang el gordo es un cocinero con un talento único por kilómetros a la redonda, además de su famoso plato de creación original, es capaz de cocinar cualquier cosa en la olla, cualquier ser que vuele por los aires, corra por el suelo, nade en el agua o que crezca en la tierra. Presiento que le pone opio a sus platos porque hasta las más insignificantes hojitas le salen buenas. A veces vende toda la comida y queda algún cliente insatisfecho que se mete a husmear en la cocina olfateando todo como perro de caza. A Zhang el gordo no le queda otra que golpear el bote de los desperdicios gritando: «¡oye solo queda esto para alimentar a los cerdos, la comida para las personas ya se acabó!». Frecuentemente bromeo diciendo: «Cuando haya ganado suficiente dinero me voy a mudar a la casa de Zhang el gordo a pasar mi vejez, así todos los días podré comer esa carne del Bonzo Tang y así vivir hasta los ciento veinte años».

LIAO: Si tan glotones se ponen de seguro no es normal. El año pasado *El Diario* de Sichuan sacó a la luz «la verdad sobre los desperdicios de agua y aceite», y causó indignación entre los ciudadanos de Chengdu, porque en la foto se apreciaban unos botes de la altura de una persona rebosantes de moscas, los botes contenían los desperdicios líquidos que los traficantes de basura habían recolectado en cada restaurante de Chengdu. Luego de hervir lo recolectado separaban la capa de grasa que se acumulaba en la superficie de esta sopa de saliva del pueblo para luego revenderla a todos los puestos de brochetas esparcidos por calles y callejones. Así que la nueva corriente de esta generación de alimentos inducida por lo sabroso y barato no es otra cosa que los desperdicios de comida reciclados varias veces. Si se usaran para alimentar a los cerdos no serían tan útiles, ¡pero las personas sí que saborean brocheta tras brocheta con gran placer!

Después del reportaje sobre los desperdicios de aceite se fueron destapando las madrigueras de una en una, el negocio de las brochetas cayó en la ruina por dos meses. Sin embargo, conforme el clima cambiaba, las ventas también fueron mejorando a gran velocidad, al

día de hoy las brochetas ya son un éxito rotundo en todo Chengdu. Es increíble, la gente no le teme a los desperdicios de aceite, su inmunidad para eliminar toxinas se desarrolla por naturaleza. Es imposible envenenar a la gente. Me atrevo a asegurar que a este desperdicio de aceite le ponen alguna droga que va directo al gusto, haciendo a todos adictos.

CHIFU: Pues al hotpot le ponen cápsula de amapola, incluso la oficina de Industria y Comercio, que hace revisiones durante las cuatro estaciones del año, nunca ha podido frenarlo. La cápsula de amapola es la materia prima para producir opio, en cuanto se le agrega, la olla emana una fragancia única. Basta con comerlo un par de veces para volverse adicto. Finalmente terminas volviéndote cliente permanente del local.

LIAO: El lugar que dices seguramente es una fuente de drogas.

CHIFU: Todos los lugares concurridos son fuentes de drogas, como se dice comúnmente: «hay que comer con excitación».

LIAO: ¿También vender carne humana con excitación?

CHIFU: Pues de vez en cuando los policías también van a comerla.

LIAO: ¿No me estarás inventando una nueva *A la orilla del río*? ¿Cuánto cuesta la orden de bollos de carne?

CHIFU: ¿Cómo supones que es una orden? Son del tamaño de la palma de una mano. Se limpia bien la carne de todo rastro de sangre y se mete al refrigerador para desinfectarla (a baja temperatura). De hecho es más sabrosa sin desinfectar, pero las mujeres de ahora tienen todo tipo de enfermedades complejas así que es más seguro desinfectarla y de paso se elimina un poco el olor a sangre. Después se hierve a fuego lento en una olla de barro con un poco de jengibre. Si se trata de un pequeño feto a lo mucho se hierve por dos horas y queda listo porque todavía hay que estofarlo hasta que quede una sopa brillante como la nieve, luego hay que ponerle un poco de «ginseng». Claro que el supuesto «ginseng» es la patata dulce que asemeja una planta de pie, las de las afueras de Chengdu son grandes y tienen buena consistencia, incluso les sale la forma de dedo pulgar. Es una raíz muy buena para grabar en ella, tanto que cuando los vendedores de medicamentos falsos te ofrecen el «ginseng de los mil años de la montaña blanca» en realidad se trata de esta patata grabada. Hay dos tipos: el macho y la hembra, si usas ambas queda perfecto, pero bueno ya me fui por la tangente. Este tipo de sopa de por sí ya es un fuerte suplemento, si además le pones ginseng sería demasiado para el cuerpo, así que solo se le puede poner la patata dulce para que la sopa espese más. Se trae a la mesa, se enciende el hotpot y se le puede agregar tiras de panza, pollo rallado, tallarines de arroz transparente y también raíz de loto. Incluso hay otra manera de cocinar la sopa para que quede más sabrosa: primero se despellejan unos ratones, se lavan bien y se estofan con aquello. Zhang el gordo cría varios ratones blancos en jaulas, parece todo un científico, pero nada más de ver qué les da de comer me da no sé qué: les da puro desperdicio podrido. Para ordenarlos hay que pedir ratones de los buenos y a buen precio, le pides a Zhang el gordo que mande algunos campesinos a buscar de entre las ratoneras y en un día seguro se pueden atrapar de diez a veinte grandes. Los

Luego de hervir lo recolectado separaban la capa de grasa que se acumulaba en la superficie de esta sopa de saliva del pueblo para luego revenderla a todos los puestos de brochetas esparcidos por calles y callejones.

despellejas y los juntas. Mira, nada más al verlos te das cuenta que son idénticos a un feto, a veces la carne humana se desbarata al estofarla antes que la de ratón, pero sus patas asemejan manitas y pies aún sin forma…

LIAO: ¿Estás seguro que no tienes ningún problema psicológico? ¿Ese feto no es acaso un cadáver?

CHIFU: La primera vez que lo comí de verdad que no sabía qué era, un amigo me llevó, nos sirvieron una sopa bien espesa tan blanca que deslumbraba la vista. Con solo probar la primera cucharada la sentí tan sabrosa que todo mi cuerpo se sintió como una lengua que se extendía y se cerraba para lamer. Mi amigo me preguntó: «¿Qué te parece?» yo estaba estupefacto. Aprovechándose de mi estupefacción mi amigo sacó rápidamente el contrato de donación para la protección del medio ambiente en el río Madre y me pidió firmarlo. Con mi mente en blanco lo firmé, el costo de esta delicia asciende a los cincuenta mil yuanes.

Solo con comerlo dos veces me hice algo adicto. Yo, que he atravesado de Sur a Norte por negocios, y he probado todo tipo de *delicatessen*, jamás me hubiera imaginado que lo más suave, lo más sabroso y de más alto nivel fuera la carne humana. Las tribus primitivas de África siempre han tenido la costumbre de comer carne humana. Bokassa, un antiguo emperador de África Central, incluso ofrecía carne de africanos haciéndola pasar por carne de oso cuando daba recepciones a huéspedes extranjeros. El registro más famoso de canibalismo en China se remonta a cuando el rey Zhou de la dinastía Shang retó al rey Wen de la dinastía Zhou, a quien encerró en una celda por tres años. Zhou, para descubrir sus intentos de conspiración, asesinó a su hijo Yi Bokao y picó su carne finamente, cocinándola en una gacha de arroz para después ofrecérsela. El rey Wen sabía que se trataba de la carne de su propio hijo y aun así se lo devoró exclamando «sabroso» y acabó lamiendo el tazón hasta que quedara limpio. A decir verdad, en aquel entonces cuando leíamos estas historias de canibalismo sentíamos que se nos ponía la piel de gallina. Hay demasiadas descripciones similares a esta en los libros antiguos de China, todo el mundo sabe de los bollos de carne humana que vendía Sun Erniang en *A la orilla del río* y de cómo hasta Wusong casi muere, así como cada detalle de cómo Likui despedaza a Shi Wengong para luego sacarle el corazón, rebanarlo y curtirlo en alcohol.

También, son interminables las historias de canibalismo durante los tres años de la gran hambruna en China. Si se daba a luz un bebe al que no podían dar sustento se lo comía toda la familia, bastaba con que en una aldea se comenzara con la costumbre para seguir haciéndolo, los campesinos pobres y de clase media baja se comían a los terratenientes o a los campesinos ricos, pero como la carne vieja era muy dura comenzaron a comerse a los hijos de estos. En aquel entonces la gente deliraba por el hambre tanto que ya ni saboreaban. Oye Liao mira, en todo, lo más difícil es romper el ayuno, hasta un monje que rompe su ayuno podría comer más que tú. Si se llegara a romper el ayuno de carne humana, seguro habría una gran cantidad de mujeres que se dedicarían a tener bebes para proveer a todo tipo de restaurantes.

LIAO: ¿Tú ya rompiste el ayuno?

CHIFU: Pues hay una diferencia entre un bebe que nació y el que no.

LIAO: ¿Y a qué te sabe la sopa de feto?

CHIFU: Anteriormente había comido placenta, de hecho el sabor del feto y el de la placenta es el mismo. Zhang el gordo es un buen cocinero y tiene su receta secreta para hacer esta sopa. Él logra quitarle todo sabor extraño. En un principio ni me atrevía a mirar dentro de la cocina, me concentraba en comerme la sopa abstraído. Luego vino una temporada baja y la mercancía comenzó a escasear, se volvió cada vez más cara. Daban más de las diez y los encargados de ir a buscar la mercancía no volvían, todo el mundo se quedaba esperando con ansiedad. Los cincuenta gramos estaban a sesenta yuanes, y en caso de encontrar mercancía pequeña a lo mucho era de ciento cincuenta gramos, que daba un total de ciento ochenta yuanes. Los ratones están a diez yuanes cada uno, estos sí no están caros. Así en una sentada entre tres o cuatro personas consumíamos tranquilamente entre cuatrocientos y quinientos yuanes. Claro si corríamos con suerte podíamos encontrar de los grandes, de esos que hasta después de seis meses se le ocurría abortar a alguna tonta. En un abrir las piernas a alaridos, el doctor, a punta de pinzas, le saca un peso de encima: las orejas, nariz, boca, todo completo, ya tiene hasta uñas en los dedos de las manos y los pies.

Este tipo de mercancía mínimo es de medio kilo a un kilo y a veces si se descuidan y abortan en el último momento incluso puede llegar a ser de kilo y medio a dos kilos. Así de grande una olla no es suficiente, así que se tiene que dividir en dos o tres ollas. Por más que no quiera ver tengo que revisar la báscula a la hora de pesarlo porque una diferencia mínima de peso como la de un grano de arroz equivale a varios yuanes. A la hora de dividir la carne también hay que hacerlo con cuidado, en caso de encontrar de los grandes todos quieren las nalgas y los muslos, sin embargo la cabeza es lo más grande. En algunos casos es la mitad del tamaño del cuerpo o bien una tercera parte. Basta con que Zhang le rasure el cabello, lo limpie y lo corte. Finalmente no importa donde hay más o menos carne, se separa todo por igual y a la olla.

LIAO: ¿Y a esto le llamas delicatessen? Solo de escucharte me da asco.

CHIFU: Oír y ver son dos cosas distintas. Lo verdaderamente más cruel es la costumbre en Guangxi de comer cerebro de mono, en cuanto entras al restaurante el mesero te lleva a ver la jaula de monos para que selecciones al que quieras. Imagínate, los monos que son tan inteligentes, en seguida presienten lo que viene. Un grupo de más de diez seres casi humanos pelando sus ojos redondos, escondiéndose en pánico. Tratando de ocultarse tras los demás, empujando a sus iguales hacia adelante. Incluso hay unos más inteligentes que empujan a los demás como recomendándolos a los humanos… Una escena tan cruel, ¿quién, además del verdugo que frecuentemente los sacrifica, sería capaz de aguantar una escena similar? Yo no puedo, si lo viera tal vez me sentiría como ahora te sientes tú, muy incómodo. Tantos años de educación y civilización son retados por un mono. Sin embargo, la cabeza de mono sí que es riquísima. Para cuando el mono ya ha sido atado como un tamal, con un pedazo de madera en la boca y colocado en el centro de la mesa cubierta por todas partes con una tela negra, con el cabeza ya rapada y al descubierto, ya no se percibe ningún movimiento. Luego se le abre el cráneo con un cuchillo, ventilando su cerebro trémulo, que van calentando cucharada a cucharada antes de que te lo puedas llevar a la boca. Tal vez su parpadeo es el único rastro de dolor que queda, pero la sensación en la lengua supera todo (¡y es aún más emocionante cuando te sientes nervioso!). Para el hombre la comida es la necesidad primaria.

Cruel es la costumbre en Guangxi de comer cerebro de mono, en cuanto entras al restaurante, te llevan a ver la jaula de monos para que selecciones al que quieras.

LIAO: Desde monos hasta carne humana, tú sí que has probado de todo. ¿Qué otras cosas extrañas has comido?

CHIFU: Pangolín, trompa de elefante, carne de oso, carne de muntiacus, bagre, salamandra gigante. Ya ni recuerdo cuántos tipos he comido pero en fin, me deberían de cortar la lengua y ofrecerla al pueblo como disculpa porque algunas de las cosas que me he comido están casi en extinción. Una que me como es una menos en existencia. Algunas cosas de hecho ni saben bien, es solo por la novedad que me aguanto y las pruebo. Ya sabes que en esto de los negocios hay que entablar relaciones y además de los centros nocturnos solo queda comer y beber. Lo que comes también es símbolo del nivel social, por ejemplo si invitas a comer a algún director o alguien de más alto rango, no le puedes dar de comer pollo o pescado o pato, ¿no?

LIAO: ¿Ya nada te parece tan bueno como la carne humana verdad?

CHIFU: Las cosas que me comía de pequeño eran las más sabrosas, te podías subir a cualquier árbol a atrapar algún gorrión, lo cubrías con barro y lo horneabas hasta que estuviera bien cocido, luego de sacarlo del horno rompías la capa de barro en el suelo, le quitabas las plumas y listo; he pensado tantas veces en

ese sabor y cada vez se me hace agua la boca. Tal cual los he vuelto a cocinar pero ya no es el mismo sabor de antes, tal vez la calidad del barro ha cambiado por tanto fertilizante industrial, hormonas y toda esa basura diaria. En las ciudades chinas ya no hay un solo río que no apeste, el agua subterránea contamina el suelo y ya no es tan fácil encontrar ese barro amarillo de hace veinte años. ¿Has probado el gusano de bambú? Tienes que atrapar más de diez en algún huerto de bambú, después los insertas en palillos de bambú los pones asar y ¡esa sí que es fragancia! No puedes dejar de comerlos. He comido desde gatos, perros, ratones, vamos hasta cuando logro atrapar una gran anguila es un acontecimiento que rememoro luego de muchos años. La vez que con más maldad lo he hecho fue cuando cociné a un gato, ese sí que era un ladrón bien conocido por todos. Ese gato ya estaba aburrido de cazar ratones y prefería robarse la carne ajena, se dice que incluso llegó a robarse una gallina. Aunque su peso era como de unos cinco kilos se movía veloz como un rayo. Él ya era mi enemigo desde hacía algún tiempo por causa de una placenta que había logrado obtener en el hospital comunal. En esas fechas nadie las pedía, yo me la traje y la estofé junto con medio kilo de grasa. Esa noche estuve ocupado cocinándola por más de dos horas y cuando ya estaba casi lista la saqué para rebanarla, pero como estaba muy caliente la puse a enfriar en el balcón. Pensaba cocinarla como la panza de cerdo, cortándola en tiras y estofándola por otra hora, entonces me fui a la cocina para agregar un poco más de leña. Difícil de imaginar que en menos de un minuto desapareció mi placenta, solo pude escuchar un miau, salí corriendo con la olla hirviendo ¡pero ya era demasiado tarde!

Acabé con mi rostro todo negro por el humo y con un pedazo de ropa quemada, afortunadamente no metí las manos a la olla si no aquello hubiera terminado siendo patitas de cerdo. Escuché un ruido en la azotea y salí a ver pero del gato y la placenta no había ningún rastro. Estaba tan enfadado que busqué por todas partes por media noche, todo mareado volví y me atraganté una sopa fría. Juré acabar con este gato a costa de lo que fuera.

Atrapé unos pececillos en el canal y los cocí a fuego lento. Las ollas en la aldea se usan para cocinar la comida tanto de las personas como de los cerdos, por tanto son ollas grandes y profundas. Yo no alimento cerdos pero en esta ocasión día y noche esperaba la oportunidad para alimentar a este gato. Los pececillos se fueron secando con la cocción y se pusieron crujientes, a distancia se percibía el olor a pescado. Tomé un recipiente de madera con un diámetro de un metro y lo sostuve sobre la olla con unos palillos de bambú, a estos les amarré la cuerda de la caña de pescar, y a esta la sostenía yo desde lejos. Por tres días no salí de casa, me la pasé cocinando pececillos y escondiéndome bajo las sabanas con solo los ojos al descubierto, utilicé la alta inteligencia humana para engañar a un gato.

El gato llegó, apareció en el balcón como la vez pasada, con sus diestras patas rodeaba los palillos y se asomaba al interior de la olla. Mi corazón empezó a latir más fuerte, pero él retrocedía y se asomaba, así se la pasó dudoso unos minutos. Saltó de la estufa y dio unas vueltas maullando algunas veces. Afortunadamente no jaló el hilo, luego volvió a saltar sobre la estufa. Cuando se cercioró que no había nadie, poco a poco se fue metiendo dentro de la olla, yo ya estaba empapado en sudor. Cuando el gato entró a la olla solo quedaba su cola afuera.

Apreté los dientes y jalé el hilo con odio del bueno. Solo se escuchó un ¡pam! y la olla quedó cubierta, después escuché los maullidos del gato. Me lancé corriendo y con todo mi cuerpo tapé el recipiente que cubría al gato. Una vez que me relajé, me senté encima. Jajaja, me reía, ay gato ladrón, gato ladrón, te robaste la placenta de este viejo, ¡pues este viejo te quebrará los huesos!

Estuve sentado sobre la tapa de la olla por una hora, pero el gato seguía debatiéndose con fuerza, no tenía forma de agarrarlo vivo, así que puse el azadón encima para hacer presión y encendí el fuego. El gato forcejeaba tan fuerte que parecían truenos. El sonido de esos maullidos era tan escalofriante que no me pude aguantar las ganas de orinar y me mojé todo sin darme cuenta. Me tomó de dos a tres horas cocer al gato vivo, que apenas pudo mover un poco la tapa; había una apeste a quemado. Cuando pude ver —entre el espeso humo— la cabeza del gato, ya estaba negra como el carbón con sus fieros ojos cocidos. Comencé a echarle agua a cucharadas, el vapor inundaba todo, del gato solo salió un maullido agudo, como vocecita de

mujer. ¡Ay! ya era espíritu. Puse otra vez la tapa y le estuve echando agua a cucharadas, el vapor inundaba toda la casa; yo tenía la sensación de que el gato aún se movía así que por las dudas y para mayor seguridad lo empecé a cocer a fuego alto. ¿Por cuánto tiempo lo cocí? Ya no recuerdo, pero cada vez que levantaba la tapa de la olla sin saber por qué motivo comenzaba a cantar: *Sopla el viento de oriente, baten los tambores de guerra, en este mundo moderno ¿quién le teme a quién?*

Solo canté dos frases con mi mejor voz y de repente me detuve: el gato parecía un submarino que salía a flote de entre el líquido negro, el pecho hacia abajo pero con la panza hacia arriba, con un pedazo abierto de carne del tamaño de un puño. Lo levanté con los palillos, la panza parecía una pelota averiada. En unos cuantos minutos se desinfló y se escuchó puf, luego le salió un líquido similar al óxido.

LIAO: ¡Eres muy atrevido! Increíble.

CHIFU: No seas sarcástico en cuanto a las costumbres sociales, pues ¿quién podría hacer lo que le place?, por mi boquita tengo ánimo para actuar a pesar de los riesgos. Uno de mis seguidores, de repente le cortó la cola a un toro vivo, le causó tal dolor que el animal andaba como loco en la montaña, todos los aldeanos intentaban detenerlo pero nadie se atrevía a acercársele, yo tan solo me comí un gato.

LIAO: ¿Y si el dueño del gato te buscaba?

CHIFU: Aún no era medianoche cuando ya lo tenía en mi panza, ¿qué iba a buscar? ¿un fantasma?

LIAO: ¿Así como lo cocinaste te lo pudiste comer?

CHIFU: Mientras sea carne nada se desperdicia. Claro que es desagradable ver a Garfield hecho un carbón quemado, pero la carne de los muslos y la cola estaba en buena condición, solo bastó con quitarle la piel quemada. Los intestinos y la cabeza las tiré, también el pescuezo y la columna aunque lo dudé un poco, el peso total de más de cinco kilos se redujo a dos o dos kilos y medio después de tirar lo demás. Su tamaño se reduce mucho durante la cocción. Al final, lo que me terminé comiendo fue como kilo y medio de carne. Corté la carne le puse un poco de sal y con tallarines al chile seco quedó listo. Aunque la carne estaba algo dura y con un leve sabor ácido, con dos sorbos de licor de papa lo maticé. Me imagino que la acidez de su carne se debe a que estaba muy alterado, como cuando alguien corre por mucho tiempo y las piernas quedan doloridas.

LIAO: Eres de buen apetito.

CHIFU: Ya son como veinte años y no he tenido ningún problema de estómago o intestinos, oye me la he pasado presumiéndote todo el día y ya me está sonando el estómago. ¡Ay! Nada como los días de antes, vamos, ya ni la carne humana me parece tan fragante como la del gato, porque esa carne es la que gané con gran esfuerzo.

LIAO: ¿No será que lo que has comido no es carne humana?

CHIFU: Cómo se te ocurre.

LIAO: ¿De dónde salen todos esos fetos?

CHIFU: ¿Cuántas mujeres hay en China? Mínimo unos quinientos millones ¿no? Imagínate que cada mujer aborte una vez en su vida, esta riqueza en el pasado se tiraba, en la actualidad aún se desperdicia, pero la placenta vale, todos los doctores se pelean por quedársela, y nadie quiere a los fetos muertos. La esposa de Zhang el gordo, trabaja en el centro de salud. Se sabe bien que en esta época donde la vida sexual está al por mayor, basta con que el costo sea un poco bajo para que las embarazadas prematuras salgan de su aprieto. Los centros de salud y hospitales privados en ciudades y pueblos (sin contar a los médicos ambulantes ni los lugares clandestinos) son más que las estrellas. Tan solo debes apartar la mercancía, ellos saben que una vez que esté lista te llaman y te citan para recogerla. Cuanto más fresca es más cara. En verdad que estás perdido, ¿cómo haces una pregunta tan tonta como esta?

LIAO: Tienes razón, sí que estoy algo bloqueado con mis ideas.

CHIFU: En esta vida si no comes bien, si no vistes bien, la vida no tiene sentido.

LIAO: Pero tengo mi libertad.

CHIFU: Pues no te he visto volar. ¡Eh, Liao! no te la pases tomando té todo el tiempo, vas a acabar dejando tus intestinos blancos.

LIAO: Pues quería invitarte a tomar unos tragos, pero ya no tengo ánimo.

CHIFU: Dos callejones adelante hay una fonda barata, se llama «La res amarilla», de sus platos ya sean al vapor, fritos, asados o estofados los mejores son los que hacen al vapor, vamos por unos más un trago de licor blanco, ese que te baja por el esófago como masajeán-

He oído decir que en Tokio hay una forma de comer el sashimi sobre el cuerpo desnudo de una mujer hermosa, esto le da fuerza a quien lo come.

dote. Vamos para que te pongan en forma. Además voy a darle indicaciones al chef para que nos haga un plato combinando sesos de res con médula y queso de soja, con un poquito de cebolla. En cuanto lo pruebes hasta bizco te vas a poner. La ventaja que tengo es que sé subir y bajar de nivel, me atrevo a probar cosas de diez yuanes y también aprecio los platos de más de diez mil. Antes de morir quisiera ir a probar las delicias de Hong Kong, Japón y Occidente. Por eso tengo que ganar dinero, para complacer mi apetito: bienvenidos sean los yuanes. A la comida japonesa no le agarré mucho sabor, pero con el ambiente del restaurante quedé satisfecho. He oído decir que en Tokio hay una forma de comer el sashimi sobre el cuerpo desnudo de una mujer hermosa, esto le da fuerza a quien lo come. En verdad que para comer no hay límites.

¿Qué te parece? ¿Nos cambiamos de lugar y nos vamos a «La res amarilla» para seguir presumiéndote?

LIAO: Otro día te invito, Chifu.

CHIFU: Tu apariencia de preocupación por tu país y tu gente me hace pensar que nuestra amistad puede ser considerada pura como el cristal.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

A la orilla del agua: Entre los siglos catorce y quince surgieron las «Cuatro Obras Maestras de la Literatura Clásica China»: *Crónica de los tres reinos, Sueños en el pabellón rojo, A la orilla del agua y Viaje al Oeste.*

Bokassa, Jean-Bédel: (1921-1996) Primero fue dictador y más tarde se autoproclamó emperador de Centroáfrica. En 1979 reprimió y mató alrededor de cien escolares. A partir de entonces circuló el rumor de que Bokassa había participado de esa masacre y además se había comido algunos cuerpos.

Bonzo Tang: Personaje de ***Viaje al Oeste***, una de las cuatro obras más importantes de la literatura clásica china. Se lo consideraba como un santo y comer su carne era garantía de eterna juventud.

Comer, beber, amar: Película taiwanesa dirigida por Ang Lee que alude a la naturaleza esencial del ser humano nutrida por medio de la comida, la bebida y el amor.

Chengdu: Capital de la provincia de Sichuan. Está situada en el sudoeste de China.

El Gourmet: Novela de LuWenfu donde se repasa la historia maoísta. El narrador es un joven que debe dirigir un restaurante en Suzhou y decide llevar la revolución a la cocina.

Hotpot: Plato de origen mongol muy popular en toda China, consiste en una olla acompañada de una pequeña estufa la cual se coloca al centro de la mesa y en donde se hierve todo tipo de carnes y verduras.

Liang Shan: Personaje de la novela *A la orilla del agua.*

Likui: Personaje de la novela *A la orilla del agua.*

Mahjong: Juego de mesa de origen chino exportado al resto del mundo.

Muntiacus: Mamífero rumiante parecido al ciervo.

Pez cacho: Pez no muy grande de la familia de las carpas.

Sashimi: Plato japonés que consiste en mariscos o pescado crudo.

Shi Wengong: Personaje de la novela *A la orilla del agua.*

Sun Erniang: Personaje de la novela *A la orilla del agua*.

Wenfu, Lu: (1927-2005) Escritor y periodista chino. Fue presidente de la Asociación de Escritores de Jiangsu.

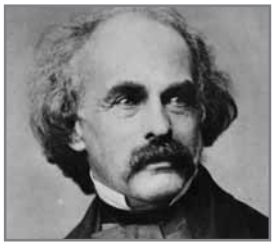
Wusong: Personaje de la novela *A la orilla del agua.*

(clásico con sorpresa)

WAKEFIELD

Un relato de NATHANIEL HAWTHORNE

Ilustrado por MATÍAS TOLSÀ



NATHANIEL HAWTHORNE
Salem, 1804
Plymouth, 1864

Nació en el seno de una familia puritana, lo que explica en parte la profunda conciencia de los problemas éticos del pecado, el castigo y la culpa reflejados en sus relatos. Como la literatura no le alcanzaba para comer, tuvo que trabajar en la Aduana de Boston dos veces. Aun así, Hawthorne pudo publicar a lo largo de su vida *Historias dos veces contadas*, *La silla del abuelo: relato para los jóvenes*, *Musgos de una vieja rectoría*, *La letra escarlata*, *La casa de los siete tejados* y el *Libro de las maravillas para chicos y chicas*, entre otros. Pasaron casi veinticinco años desde que leímos «Wakefield» por primera vez. En ese entonces todas nuestras preocupaciones eran solo dos: el futuro y los malditos granos; luego nos fuimos. Hoy regresamos sin acné y vamos a tocar la puerta. Pasen con nosotros.

Recuerdo haber leído en alguna revista o periódico viejo la historia, relatada como verdadera, de un hombre —llamémoslo Wakefield— que abandonó a su mujer durante un largo tiempo. El hecho, expuesto así en abstracto, no es muy infrecuente, ni tampoco —sin una adecuada discriminación de las circunstancias— debe ser censurado por díscolo o absurdo. Sea como fuere, este, aunque lejos de ser el más grave, es tal vez el caso más extraño de delincuencia marital de que haya noticia. Y es, además, la más notable extravagancia de las que puedan encontrarse en la lista completa de las rarezas de los hombres. La pareja en cuestión vivía en Londres. El marido, bajo el pretexto de un viaje, dejó su casa, alquiló habitaciones en la calle siguiente y allí, sin que supieran de él la esposa o los amigos y sin que hubiera ni sombra de razón para semejante autodestierro, vivió durante más de veinte años. En el transcurso de este tiempo todos los días contempló la casa y con frecuencia atisbó a la desamparada esposa. Y después de tan largo paréntesis en su felicidad matrimonial cuando su muerte era dada ya por cierta, su herencia había sido repartida y su nombre borrado de todas las memorias; cuando hacía tantísimo tiempo que su mujer se había resignado a una viudez otoñal, una noche él entró tranquilamente por la puerta, como si hubiera estado afuera solo durante el día, y fue un amante esposo hasta la muerte.

Este resumen es todo lo que recuerdo. Pero pienso que el incidente, aunque manifiesta una absoluta originalidad sin precedentes y es probable que jamás se repita, es de esos que despiertan las simpatías del género humano. Cada uno de nosotros sabe que, por su propia cuenta, no cometería semejante locura; y, sin embargo, intuye que cualquier otro podría hacerlo. En mis meditaciones, por lo menos, este caso aparece insistentemente, asombrándome siempre y siempre acompañado por la sensación de que la historia tiene que ser verídica y por una idea general sobre el carácter de su héroe. Cuando un tema afecta la mente de modo tan forzoso, vale la pena destinar algún tiempo para pensar en él. A este respecto, el lector que así lo quiera puede

entregarse a sus propias meditaciones. Mas si prefiere divagar en mi compañía a lo largo de estos veinte años del capricho de Wakefield, le doy la bienvenida, confiando en que habrá un sentido latente y una moraleja, aunque no logremos descubrirlos, trazados pulcramente y condensados en la frase final. El pensamiento posee siempre su eficacia; y todo incidente llamativo, su enseñanza.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Somos libres de formarnos nuestra propia idea y darle su apellido. En ese entonces se encontraba en el meridiano de la vida. Sus sentimientos conyugales, nunca violentos, se habían ido serenando hasta tomar la forma de un cariño tranquilo y consuetudinario. De todos los maridos, es posible que fuera el más constante, pues una especie de pereza mantenía en reposo a su corazón dondequiera que lo hubiera asentado. Era intelectual, pero no en forma activa. Su mente se perdía en largas y ociosas especulaciones que carecían de propósito o del vigor necesario para alcanzarlo. Sus pensamientos rara vez poseían suficientes ímpetus como para plasmarse en palabras. La imaginación, en el sentido correcto del vocablo, no figuraba entre las dotes de Wakefield. Dueño de un corazón frío, pero no depravado o errabundo, y de una mente jamás afectada por la calentura de ideas turbulentas ni aturdida por la originalidad, ¿quién se hubiera imaginado que nuestro amigo habría de ganarse un lugar prominente entre los autores de proezas excéntricas? Si se hubiera preguntado a sus conocidos cuál era el hombre que con seguridad no haría hoy nada digno de recordarse mañana, habrían pensado en Wakefield. Únicamente su esposa del alma podría haber titubeado. Ella, sin haber analizado su carácter, era medio consciente de la existencia de un pasivo egoísmo, anquilosado en su mente inactiva; de una suerte de vanidad, su más incómodo atributo; de cierta tendencia a la astucia, la cual rara vez había producido efectos más positivos que el mantenimiento de secretos triviales que ni valía la pena confesar; y, finalmente, de lo que ella llamaba «algo raro» en el buen hombre. Esta última cualidad es indefinible y puede que no exista.

Ahora imaginémonos a Wakefield despidiéndose de su mujer. Cae el crepúsculo en un día de octubre. Componen su equipaje un sobretodo deslustrado, un sombrero cubierto con un hule, botas altas, un paraguas en una mano y un maletín en la otra. Le ha comunicado a la señora de Wakefield que debe partir en el coche nocturno para el campo. De buena gana ella le preguntaría por la duración y objetivo del viaje, por la fecha probable del regreso, pero, dándole gusto a su inofensivo amor por el misterio, se limita a interrogarlo con la mirada. Él le dice que de ningún modo lo espere en el coche de vuelta y que no se alarme si tarda tres o cuatro días, pero que en todo caso cuente con él para la cena el viernes por la noche. El propio Wakefield, tengámoslo presente, no sospecha lo que se viene. Le ofrece ambas manos. Ella tiende las suyas y recibe el beso de partida a la manera rutinaria de un matrimonio de diez años. Y parte el señor Wakefield, en plena edad madura, casi resuelto a confundir a su mujer mediante una semana completa de ausencia. Cierra la puerta. Pero ella advierte que la entreabre de nuevo y percibe la cara del marido sonriendo a través de la abertura antes de esfumarse en un instante. De momento no le presta atención a este detalle. Pero, tiempo después, cuando lleva más años de viuda que de esposa, aquella sonrisa vuelve una y otra vez, y flota en todos sus recuerdos del semblante de Wakefield. En sus copiosas cavilaciones incorpora la sonrisa original en una multitud de fantasías que la hacen extraña y horrible. Por ejemplo, si se lo imagina en un ataúd, aquel gesto de despedida aparece helado en sus facciones; o si lo sueña en el cielo, su alma bendita ostenta una sonrisa serena y astuta. Empero, gracias a ella, cuando todo el mundo se ha resignado a darlo ya por muerto, ella a veces duda que de veras sea viuda.

Pero quien nos incumbe es su marido. Tenemos que correr tras él por las calles, antes de que pierda la individualidad y se confunda en la gran masa de la vida londinense. En vano lo buscaríamos allí. Por tanto, sigámoslo pisando sus talones hasta que, después de dar algunas vueltas y rodeos superfluos, lo tengamos cómodamente instalado al pie de la chimenea en un pequeño alojamiento alquilado de antemano. Nuestro hombre se encuentra en la calle vecina y al final de su viaje. Difícilmente puede agradecerle a la buena suerte el haber llegado allí sin ser visto. Recuerda que en algún momento la muchedumbre lo detuvo precisamente bajo la luz de un farol encendido; que una vez sintió pasos que parecían seguir los suyos, claramente distinguibles entre el multitudinario pisoteo que lo rodeaba; y que luego escuchó una voz que

gritaba a lo lejos y le pareció que pronunciaba su nombre. Sin duda alguna una docena de fisgones lo habían estado espiando y habían corrido a contárselo todo a su mujer. ¡Pobre Wakefield! ¡Qué poco sabes de tu propia insignificancia en este mundo inmenso! Ningún ojo mortal fuera del mío te ha seguido las huellas. Acuéstate tranquilo, hombre necio; y en la mañana, si eres sabio, vuelve a tu casa y dile la verdad a la buena señora de Wakefield. No te alejes, ni siquiera por una corta semana, del lugar que ocupas en su casto corazón. Si por un momento te creyera muerto o perdido, o definitivamente separado de ella, para tu desdicha notarías un cambio irreversible en tu fiel esposa. Es peligroso abrir grietas en los afectos humanos. No porque rompan mucho a lo largo y ancho, sino porque se cierran con mucha rapidez.

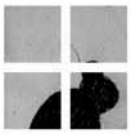
Casi arrepentido de su travesura, o como quiera que se pueda llamar, Wakefield se acuesta temprano. Y, despertando después de un primer sueño, extiende los brazos en el amplio desierto solitario del desacostumbrado lecho.

—No —piensa, mientras se arropa en las cobijas—, no dormiré otra noche solo.

Por la mañana madruga más que de costumbre y se dispone a considerar lo que en realidad quiere hacer. Su modo de pensar es tan errático y deshilvanado, que ha dado este paso con un propósito en mente, claro está, pero sin ser capaz de definirlo con suficiente nitidez para su propia reflexión. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con que se precipita a ejecutarlo son igualmente típicos de una persona débil de carácter. No obstante, Wakefield escudriña sus ideas tan minuciosamente como puede y descubre que está curioso por saber cómo marchan las cosas por su casa: cómo soportará su mujer ejemplar la viudez de una semana y, en resumen, cómo se afectará con su ausencia la reducida esfera de criaturas y de acontecimientos en la que él era objeto central. Una morbosa vanidad, por lo tanto, está muy cerca del fondo del asunto. Pero, ¿cómo realizar sus intenciones? No, desde luego, quedándose encerrado en este confortable alojamiento donde, aunque durmió y despertó en la calle siguiente, está efectivamente tan lejos de casa como si hubiera rodado toda la noche en la diligencia. Sin embargo, si reapareciera echaría a perder todo el proyecto. Con el pobre cerebro embrollado sin remedio por este dilema, al fin se atreve a salir, resuelto en parte a cruzar la bocacalle y echarle una mirada presurosa al domicilio desertado. La costumbre —pues es un hombre de costumbres— lo toma de la mano y lo conduce, sin que él se percate en lo más mínimo, hasta su propia puerta; y allí, en el momento decisivo, el roce de su pie contra el peldaño lo hace volver en sí. ¡Wakefield! ¿Adónde vas?

En ese preciso instante su destino viraba en redondo. Sin sospechar siquiera en la fatalidad a la que lo condena el primer paso atrás, parte de prisa, jadeando en una agitación que hasta la fecha nunca había sentido, y apenas si se atreve a mirar atrás desde la esquina lejana. ¿Será que nadie lo ha visto? ¿No armarán un alboroto todos los de la casa —la recatada señora de Wakefield, la avispada sirvienta y el sucio pajecito— persiguiendo por las calles de Londres a su fugitivo amo y señor? ¡Escape milagroso! Cobra coraje para detenerse y mirar a la casa, pero lo desconcierta la sensación de un cambio en aquel edificio familiar, igual a las que nos afectan cuando, después de una separación de meses o años, volvemos a ver una colina o un lago o una obra de arte de los cuales éramos viejos amigos. En los casos ordinarios esta impresión indescriptible se debe a la comparación y al contraste entre nuestros recuerdos imperfectos y la realidad. En Wakefield, la magia de una sola noche ha operado una transformación similar, puesto que en este breve lapso ha padecido un gran cambio moral, aunque él no lo sabe. Antes de marcharse del lugar alcanza a entrever la figura lejana de su esposa, que pasa por la ventana dirigiendo la cara hacia el extremo de la calle. El pobre necio parte despavorido, asustado de que sus ojos lo hayan distinguido entre un millar de átomos mortales como él. Contento se le pone el corazón, aunque el cerebro está algo confuso, cuando se ve junto a las brasas de la chimenea en su nuevo aposento.

Eso en cuanto al comienzo de este largo capricho. Después de la concepción inicial y de haberse activado el lerdo carácter de este hombre para ponerlo en práctica, todo el asunto sigue un curso natural. Podemos suponerlo, como resultado de profundas reflexiones, comprando una nueva peluca de pelo rojizo y escogiendo diversas prendas del baúl de un ropavejero judío, de un estilo distinto al de su habitual traje marrón. Ya está hecho: Wakefield es otro hom-



bre. Una vez establecido el nuevo sistema, un movimiento retrógrado hacia el antiguo sería casi tan difícil como el paso que lo colocó en esta situación sin paralelo. Además, ahora lo está volviendo testarudo cierto resentimiento del que adolece a veces su carácter, en este caso motivado por la reacción incorrecta que, a su parecer, se ha producido en el corazón de la señora de Wakefield. No piensa regresar hasta que ella no esté medio muerta de miedo. Bueno, ella ha pasado dos o tres veces ante sus ojos, con un andar cada vez más agobiado, las mejillas más pálidas y más marcada de ansiedad la frente. A la tercera semana de su desaparición, divisa un heraldo del mal que entra en la casa bajo el perfil de un boticario. Al día siguiente la aldaba aparece envuelta en trapos que amortiguan el ruido. Al caer la noche llega el carruaje de un médico que deposita a su dueño solemne y empelucado en la puerta de la casa de Wakefield, de donde sale al cabo de un cuarto de hora, anuncio acaso de un funeral. ¡Mujer querida! ¿Irá a morir? A estas alturas Wakefield experimenta una especie de efervescencia de los sentimientos, pero se mantiene alejado del lecho de su esposa, justificándose ante su conciencia con el argumento de que no debe ser molestada en semejante coyuntura. Si algo más lo detiene, él no lo sabe. En el transcurso de unas cuantas semanas ella se va recuperando. Ha pasado la crisis. Su corazón se siente triste, acaso, pero está tranquilo. Y, así el hombre regrese tarde o temprano, ya no arderá por él jamás. Estas ideas fulguran cual relámpagos en las nieblas de la mente de Wakefield y le hacen entrever que una brecha casi infranqueable se abre entre su apartamento de alquiler y su antiguo hogar.

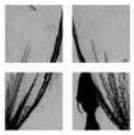
—¡Pero si solo está en la calle del lado! —se dice a veces.

¡Insensato! Está en otro mundo. Hasta ahora él ha aplazado el regreso de un día en particular a otro. En adelante, deja abierta la fecha precisa. Mañana no..., probablemente la semana que viene..., muy pronto. ¡Pobre hombre! Los muertos tienen casi tantas posibilidades de volver a visitar sus moradas terrestres como el autodesterrado Wakefield.

¡Ojalá yo tuviera que escribir un libro en lugar de un artículo de una docena de páginas! Entonces podría ilustrar cómo una influencia que escapa a nuestro control pone su poderosa mano en cada uno de nuestros actos y cómo urde con sus consecuencias un férreo tejido de necesidad. Wakefield está hechizado. Tenemos que dejarlo que ronde por su casa durante unos diez años sin cruzar el umbral ni una vez, y que le sea fiel a su mujer, con todo el afecto de que es capaz su corazón, mientras él poco a poco se va apagando en el de ella. Hace mucho, debemos subrayarlo, que perdió la noción de singularidad de su conducta.

Ahora contemplemos una escena. Entre el gentío de una calle de Londres distinguimos a un hombre entrado en años, con pocos rasgos característicos que atraigan la atención de un transeúnte descuidado, pero cuya figura ostenta, para quienes posean la destreza de leerla, la escritura de un destino poco común. Su frente estrecha y abatida está cubierta de profundas arrugas. Sus pequeños ojos apagados a veces vagan con recelo a su alrededor, pero más a menudo parecen mirar hacia adentro. Agacha la cabeza y se mueve con un indescriptible sesgo en el andar, como si no quisiera mostrarse de frente entero al mundo. Obsérvelo el tiempo suficiente para comprobar lo que hemos descrito y estará de acuerdo con que las circunstancias —que, con frecuencia, producen hombres notables a partir de la obra ordinaria de la naturaleza—, han producido aquí este individuo. A continuación, dejando que prosiga furtivo por la acera, dirija su mirada en dirección opuesta, por donde una mujer de cierto porte, ya en el declive de la vida, se dirige a la iglesia con un libro de oraciones en la mano. Exhibe el plácido semblante de la viudez establecida. Sus pesares o se han apagado o se han vuelto tan indispensables para su corazón que sería un mal trato cambiarlos por la dicha. Precisamente cuando el hombre enjuto y la mujer robusta van a cruzarse, se presenta un embotellamiento momentáneo que pone a las dos figuras en contacto directo. Sus manos se tocan. El empuje de la muchedumbre presiona el pecho de ella contra el hombro del otro. Se encuentran cara a cara. Se miran a los ojos. Tras diez años de separación, es así como Wakefield tropieza con su esposa.

Vuelve a fluir el río humano y se los lleva a cada uno por su lado. La grave viuda recupera el paso y sigue hacia la iglesia, pero en el atrio se detiene y lanza una mirada atónita a la calle. Sin embargo, pasa al interior mientras va abriendo el libro de oraciones. ¡Y el hombre! Con el rostro tan descompuesto que el Londres atareado y egoísta se detiene a verlo pasar, huye a sus



habitaciones, cierra la puerta con cerrojo y se tira en la cama. Los sentimientos que por años estuvieron latentes se desbordan y le confieren un vigor efímero a su mente endeble. La miserable anomalía de su vida se le revela de golpe. Y grita exaltado:

—¡Wakefield, Wakefield, estás loco!

Quizás lo estaba. De tal modo debía de haberse amoldado a la singularidad de su situación que, comparándolo con los demás hombres y con los problemas de la vida, no se podría afirmar que estuviera en su sano juicio. Se las había ingeniado (o, más bien, las cosas habían venido a parar en esto) para separarse del mundo, hacerse humo, renunciar a su sitio y privilegios entre los vivos, sin que fuera admitido entre los muertos. La vida de un ermitaño no tiene paralelo con la suya. Seguía inmerso en el bullicio de la ciudad como en los viejos tiempos, pero las multitudes pasaban de largo sin advertirlo. Se encontraba —digámoslo en sentido figurado— a todas horas junto a su mujer y al pie del fuego, y sin embargo nunca podía sentir la tibieza del uno ni el amor de la otra. El insólito destino de Wakefield fue el de conservar la cuota original de afectos humanos y verse todavía involucrado en los intereses de los hombres, mientras que había perdido su respectiva influencia sobre unos y otros. Sería un ejercicio muy curioso determinar los efectos de tales circunstancias sobre su corazón y su intelecto, tanto por separado como al unísono. No obstante, cambiado como estaba, rara vez era consciente de ello y más bien se consideraba el mismo de siempre. En verdad, a veces lo asaltaban vislumbres de la realidad, pero solo por momentos. Y aun así, insistía en decir «pronto regresaré», sin darse cuenta de que había pasado veinte años diciéndose lo mismo.

Imagino también que, mirando hacia el pasado, estos veinte años le parecerían apenas más largos que la semana por la que en un principio había proyectado su ausencia. Wakefield consideraría la aventura como poco más que un interludio en el tema principal de su existencia. Cuando, pasado un rato más, juzgara que ya era hora de volver a entrar a su salón, su mujer aplaudiría de dicha al ver al veterano señor Wakefield. ¡Qué triste equivocación! Si el tiempo esperara hasta el final de nuestras locuras favoritas, todos seríamos jóvenes hasta el día del Juicio.

Cierta vez, pasados veinte años desde su desaparición, Wakefield se encuentra dando el paseo habitual hasta la residencia que sigue llamando suya. Es una borrascosa noche de otoño. Caen chubascos que golpean en el pavimento y que escampan antes de que uno tenga tiempo de abrir el paraguas. Deteniéndose cerca de la casa, Wakefield distingue a través de las ventanas de la sala del segundo piso el resplandor rojizo y oscilante y los destellos caprichosos de un confortable fuego. En el techo aparece la sombra grotesca de la buena señora de Wakefield. La gorra, la nariz, la barbilla y la gruesa cintura dibujan una caricatura admirable que, además, baila al ritmo ascendente y decreciente de las llamas, de un modo casi en exceso alegre para la sombra de una viuda entrada en años. En ese instante cae otro chaparrón que, dirigido por una ráfaga grosera, pega de lleno contra el pecho y la cara de Wakefield. El frío otoñal le cala hasta la médula. ¿Va a quedarse parado en ese sitio, mojado y tiritando, cuando en su propio hogar arde un buen fuego que puede calentarlo, cuando su propia esposa correría a buscarle la chaqueta gris y los calzones que con seguridad conserva con esmero en el armario de la alcoba? ¡No! Wakefield no es tan tonto. Sube los escalones, con trabajo. Los veinte años pasados desde que los bajó le han entumecido las piernas, pero él no se da cuenta. ¡Detente, Wakefield! ¿Vas a ir al único hogar que te queda? Pisa tu tumba, entonces. La puerta se abre. Mientras entra, alcanzamos a echarle una mirada de despedida a su semblante y reconocemos la sonrisa de astucia que fuera precursora de la pequeña broma que desde entonces ha estado jugando a costa de su esposa. ¡Cuán despiadadamente se ha burlado de la pobre mujer! En fin, deseémosle a Wakefield buenas noches.

El suceso feliz —suponiendo que lo fuera— solo puede haber ocurrido en un momento no premeditado. No seguiremos a nuestro amigo a través del umbral. Nos ha dejado ya bastante sustento para la reflexión, una porción del cual puede prestar su sabiduría para una moraleja y tomar la forma de una imagen. En la aparente confusión de nuestro mundo misterioso los individuos se ajustan con tanta perfección a un sistema, y los sistemas unos a otros, y a un todo, de tal modo que con solo dar un paso a un lado cualquier hombre se expone al pavoroso riesgo de perder para siempre su lugar. Como Wakefield, se puede convertir, por así decirlo, en el Paria del Universo. ◣

EL PAPEL **DE LOS LECTORES**

Se me ocurrió una idea impresionante que te va a volar la peluca y te vas a tirar pedos de colores —me dice Chiri.

—No importa. Guardála para otro día.

—¿Por qué?

—No digas nada interesante en esta sobremesa —le digo—, porque ya estamos en zona de papel ilustración.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cualquier cosa que digas, la pelotudez más enorme, el lector creerá que es brillante.

—Me deja mucho más tranquilo.

—Me encantó el desplegable. ¿Te puedo felicitar en público, o te da vergüenza? Me parece una idea buenísima hacer un juego de mesa del cuento de Hawthorne. ¿Se te ocurrió a vos solito?

—La verdad que no, es un laburo compartido con Hernán Cañellas. De hecho la idea original, que sobre la marcha la fuimos laburando y cambió un poco, salió de su cabeza de infógrafo.

—Hicieron un lindo trabajo, querido amigo —le digo—. Me llamó mucho la atención el dato de que el tatarabuelo de Hawthorne haya sido uno de los tipos que quemó a las brujas de Salem.

—¿Viste? Y no sabés lo que eso le costó al pobre Nathaniel —me cuenta Chiri—. Lo trastornó un poco. Oí esto que escribió: «No sé si mis antepasados se arrepintieron y suplicaron la divina misericordia; yo ahora lo hago por ellos y pido que cualquier maldición que haya caído sobre su raza nos sea desde el día de hoy perdonada».

—Bueno, se convirtió en una clásico, escribió *La letra escarlata*, Wakelfield —le digo—. De alguna manera se salvó.

—Y además, según Borges, con Wakefield prefiguró a Kafka, que no es poco.

—Y supongo que a muchos otros también.

—A Paul Auster, seguro. Y ahora me acuerdo de esa historia famosa que cuenta Hammet en *El halcón maltés*, la de Flitcraft: un tipo normal que un día sale de su casa y no vuelve nunca más.

—Claro, pero a diferencia de Wakefield a Flitcraft le pasa algo muy concreto.

—Exacto: casi se le cae una viga de concreto en la cabeza cuando caminaba lo más choto por la calle. Eso hace que sienta a la muerte muy cerca, que de golpe se dé cuenta de lo frágil que es todo y que se borre del mapa sin avisar.

—Pero Flitcraft no se encierra solo en una habitación a espiar cómo envejece su esposa. Hace vida nueva, forma otra familia.

—Se convierte en el mismo boludo que era.

—De eso no tengas dudas —le digo.

—A mí me parece buenísimo el ensayo que escribe Borges sobre Hawthorne en *Otras Inquisiciones*. Hace un resumen de Wakefield espectacular. No sé si no está más bueno que el cuento del autor, mirá lo que te digo.

—Pero no daba publicar el resumen de Borges en lugar del cuento de Hawthorne.

—Claro que no —me dice Chiri—. Aunque sí podríamos haber publicado un resumen del cuento chino. O por lo menos una síntesis como advertencia antes de leer. Es bastante asqueroso.

—A mí en cambio me pareció un gran hallazgo de Karina Salguero. Y hasta en un momento me dio hambre y fui a la heladera. Tipo cuatro de la mañana. Me hice un revuelto gramajo para chuparse los dedos y seguí leyendo mientras comía del pote. No era placenta, pero zafaba. ¿Por qué los chinos siempre inventan las cosas más revolucionarias, como por ejemplo comer fetos?

—¿Podríamos hablar de otra cosa?

—Inventaron la pólvora, los minimercados, la placenta, el papel, a Ludovica Squirru...

—A propósito del papel, ¿de verdad vamos a hacer una encuesta con los lectores para saber qué papel tendrá la revista desde el número trece? —me pregunta Chiri.

—Sí señor. Cuando el suscriptor lea esta sobremesa, ya estará abierto el referéndum y podrá votar entre «papel mate», como el que tenemos hasta la página ciento treinta, o «papel ilustración», como el que tenemos desde la página ciento treinta y nueve en adelante.

—¿Y a dónde se vota, en los colegios?

—No. En editorialorsai.com/referendum.

—¿Vos qué querés que gane?

—Mate —le digo—. ¿Y vos?

—Mate, obviamente —me dice.

—¿Alguno de nosotros, en la redacción, prefiere el otro papel?

—Que yo sepa, no —le digo.

Nos quedamos callados, con la mirada baja. Después de un rato Chiri dice:

—¿Y entonces por qué carajo los dejamos decidir a ellos?

—No tengo la más puta idea. ◣

Mi papel en la sociedad está hecho un bollo.

QUERIDO MESSI:
NO SÉ SI TE ACORDÁS DE MÍ.
HACE UNOS AÑOS PINTAMOS JUNTOS UN CUADRO PARA TU FUNDACIÓN.
LEO
ACÁ, ENTRE NOSOTROS, SOS TAN BUEN PINTOR COMO YO JUGADOR DE FÚTBOL.
PIN
ME PASÉ EL 2012 VIENDO PARTIDOS TUYOS EN EL BARÇA Y LA SELECCIÓN.
GOOOL
Y LLEGUÉ A LA CONCLUSIÓN DE QUE LE DEBÉS HABER VENDIDO TU ALMA AL DIABLO
SINO, NO SE EXPLICA.
Y QUERÍA PREGUNTARTE SI TENÉS SU TELÉFONO PORQUE ME VENDRÍA BIEN MEJORAR MIS CHISTES.
SALUDOS
LINIERS.
POST DATA:
GENIO

@altoprana.com, ssolari@altoprana.com, mbenoit@altoprana.com,
pez@altoprana.com.com, hcasciari@altoprana.com.com,
silis@altoprana.com, mmonjardin@altoprana.com, naltuna@altoprana.com,
uirre@altoprana.com.com, lvarela@altoprana.com, fgiraudo@altoprana.com,
ava@altoprana.com.com, mtrillo@altoprana.com, ldombret@altoprana.com,
one@altoprana.com.com, mgonik@altoprana.com.com, rsala@altoprana.com

OJO CON PAULA!!!!!

Chicos, después de mucho pensarlo, decidí mandar este mail.
Les quiero pedir que por favor no le hablen más a Paula, porque es una

PUTA

Sabe bien que Sebas y yo estuvimos juntos en la fiesta de la ofi y evidenemnte no lo entiende.
Gracias por bancarme,
Malory
PD: A las pruebas me remito:

Attachment:

ME VINO

15 Jueves / Thursday / Jeudi

1 2 3 4 5 6 1 2 3 4 5 6
MALORY GUERRA: 6+6=12 // 1+2 = (3)

1 2 3 4 5 6 7 8 9 1 2 3 4 5 6 7 8 9 1 2 3 4 5 6 7 1 2 3 4 5
SEBASTIAN GUILLERMO ANDRADA LOPEZ: 9+9+7+5=30/3+0 = (3)

EN EL AMOR Y EN LA GUERRA TODO VALE

Y NO SE COMPARTE !!

16 Viernes / Friday / Vendredi

DATO GROSO

Si ~~mata~~ marcás #31# cuando recibas por teléfono, no salés en el CALLER ID

Cuando te digan que no, insistí. Cuando te den vuelta la cara, insistí. Cuando te digan que no es para vos, volvé a insistir. Cuando te echen, te humillen, te traten de hacer creer que ese no es el camino, insistí, insistí, insistí. La vida no es de los que se rinden sino de los que intentan.

17 Sábado / Saturday / Samedi

Escorpio

Amor: El amor retoma su curso original. Vuelven antiguos amantes, las relaciones florecen, todo parece encontrar su rumbo. No se ilusione y avance con pie de plomo. Habrá amor, pero también complicaciones.

18 Domingo / Sunday / Dimanche

OBJETIVO DE LA SEMANA: Luchar por este amor y no dejar que nadie nadie se meta en el medio... CUESTE LO QUE CUESTE

Una vez más, los distribuidores de Orsai comparten sus gustos con los lectores. Nunca antes un distribuidor de un medio gráfico se había comunicado con un lector. No solo estaba prohibido, sino que los editores les cortaban un dedo. Así era la triste realidad del siglo veinte. ¡Y Geenpeace no decía nada!

PELÍCULAS

∗ **Todo Lubitsch.** Soy fanática de las películas viejas, especialmente las que se hicieron en Hollywood entre los años treinta y cincuenta, y muy especialmente las comedias, las buenas comedias. Blanco y negro, actuación artificiosa, elegancia, los mejores diálogos, y muuuchas citas que encontramos después en *Mad Men*, en Tarantino y por supuesto en el cine de los Cohen. Entre todo eso, no se pueden perder, de ninguna manera, las películas de Lubitsch, un alemán exiliado que se reía de los nazis y de los ingleses, pero mucho más de los yankis, aunque también de los por entonces soviéticos. Imperdibles: *Ser o no ser* (1942, para reírse con Hitler), *Desing for living* (*Una mujer para dos*, 1933, sobre lo bien que funcionan los tríos), *Ninotchka* (1939, para que conozcan a Greta Garbo y la vean reírse por única vez en el cine. Un detalle, hay un personaje menor, un policía político, y lo interpreta Béla Lugosi, el gran vampiro del cine). Lo mejor: ustedes sabrán cómo bajarlas de internet, son viejas y famosas.

Graciela Goldchluk.
Distribuidora en Palermo, Buenos Aires, Argentina.

∗ **Wicker Park.** Una película de Paul McGuigan, filmada en 2004. Cuenta la historia de un muchacho que conoce y seduce a quien cree la mujer de su vida. Se enamoran apasionadamente y un día lo abandona sin dejar rastro. Dos años después, él a punto de casarse, le parece verla, y huye. Con el corazón hecho pedazos y preguntas sin resolver el protagonista inicia una búsqueda obsesiva que lo llevará cada vez más al fondo de un misterio en donde cada descubrimiento será más terrible que el anterior.

Maximiliano Liciaga.
Distribuidor en La Plata, Buenos Aires, Argentina.

SERIES

∗ **Freaklances.** No tiene desperdicio para quienes trabajamos en el ámbito creativo como freelances (o somos esclavos por horas, da lo mismo). El pobre Fausto ("Fausto, no Faustino...") sufre lo que sufrimos todos, incluso cuando le llega la gran oportunidad. Nerviosos clics en el correo a ver si surge trabajo, eternas horas sin dormir ni comer para llegar con la entrega, palabras técnicas de marketing que no entiende... Me encantó el homenaje ochentero de la tercera temporada, «Freak to the future». (Y es genial el estereotipo de Maxi, el diseñador argentino). Es una webserie de Julio Garma y Alex Otero.

Gabriela Pedranti.
Distribuidora en Barcelona, España.

LIBROS

∗ **Intercambio de libros.** Dos páginas para intercambiar los libros que ya no leas y conseguir alguno que te interese: libroscompartidos.com (no sé ahora, pero tuvieron páginas también en México y en Argentina) funciona solo para España; y bookmooch.com para conseguir o enviar libros desde y a todo el mundo.

Sandra Rebeillé.
Distribuidora en Barcelona, España.

∗ **Los libros del lince.** Es una pequeña editorial independiente de Barcelona que edita ensayos críticos y muy radicales y da mucha bola a nuevos autores argentinos. Su editor, Enrique Murillo, fue quien se animó a editar la gran novela de Matías Néspolo *Siete maneras de matar a un gato*, luego traducida a varios idiomas. También editó otra excelente novela del argentino Martín Lombardo que se llama *Locura circular*, con una trama construida con letras de Charly García como telón de fondo.

∗ **L'atelier du tilde.** Es una pequeña editorial independiente de Lyon (Francia) muy interesada en traducir y publicar literatura argentina de todos los géneros, tanto clásicos inéditos como autores jóvenes. La llevan adelante artistas, editores y traductores franceses muy jóvenes que trabajan en forma comunitaria. Reciben originales en contact@atelier-du-tilde.org.

Julián Chappa.
Distribuidor en Caballito, Capital Federal, Argentina.

∗ **Baúl de trompetillas.** Quien esté interesado en Agustín García Calvo o Chicho Sánchez Ferlosio, dos personas muy singulares y fascinantes, puede visitar la página Baúl de trompetillas. Igual pueden encontrarse libros de Agustín García Calvo. De Chicho Sánchez Ferlosio se pueden oír algunos de sus discos (*A contratiempo*, *Canciones de resistencia*, etcétera) y un documental excepcional que le hizo Fernando Trueba: *Mientras el cuerpo aguante*.

José María Farjas.
Distribuidor en Zaragoza, España.

✱ **El Catarismo.** Es un libro de Eduard Berga que habla de cómo vivía esta comunidad «herética», llamada también de «los puros», en la Edad Media en Europa. Su intención era renovar el Cristianismo para devolverlo a lo que era en sus orígenes, y no en lo que se había convertido (la iglesia católica de fastos y oropeles en pos de un beneficio material). Tanto llegaron a molestar, con su simple ejemplo de actos, que el Vaticano creó la conocida Inquisición para quitárselos de en medio. El resto ya lo conocemos. Su impulso influyó mucho en el posterior Siglo de las Luces.

Adrián Álvarez.
Distribuidor en Valencia, España.

✱ **Tales of Mystery and Imagination.** Para los adeptos a Edgar Allan Poe, existe un libro de relatos seleccionados (no sé si en español) con ilustraciones de Harry Clarke: *Tales of Mistery and Imagination*, las ilustraciones están en la web. Además, hay una animación bastante buena de 1953 de «El Corazón Delator» en YouTube.

Diego Arellano.
Distribuidor en Temuco, Chile.

✱ **Barajas.** Una novela de Alejandra Zina. Un amigo me habló del libro y dudé, demasiado rosa la tapa pensé, a ver si en serio es de esos libros de chicas. Pero al final lo empecé a leer y quedé atrapada en el relato de Carolina la azafata. Un poco de intriga por saber de ese mundillo de los aviones, y que hubiera una Nelly Olson en el relato hicieron que me devorara el libro en un par de días.

María Paula Rithner.
Distribuidora en C.A.B.A. Argentina.

WEBS

✱ **Brainpickings.org.** Uno de los mejores sitios de curación de contenidos culturales en sentido amplio. Desde libros, frases y recomendaciones hasta datos insólitos. Tienen una newsletter muy buena, ideal para quien no tiene tiempo de entrar con frecuencia a la web. Me gusta la especial atención que le ponen a encontrar libros-objeto (esos que son una maravilla de diseño, contenido, edición y forma). Está en inglés, pero vale la pena hacer el esfuerzo.

José María Farjas.
Distribuidor en Zaragoza, España.

✱ **Dos blogs.** Les dejo un par de blogs para matar el tiempo en la oficina, el primero es las-historietas.blogspot.com.ar, son historietas simples totalmente absurdas. El otro es mikelnhao.com, un español que hace bromas estilo Tangalanga pero por mail, ¡un genio!

Cristian Putrino.
Distribuidor en Martín Coronado, B. A., Argentina.

✱ **Proyectocalco.wordpress.com.** Es una iniciativa sin fines de lucro que sale al encuentro de las personas a través de calcomanías con mensajes positivos e inspiradores. ¿El objetivo? Crear y reproducir bienestar en las personas... aunque sea por un rato. Cada vez más y más gente se copa con el proyecto, pide sus calcos, las pega por el mundo y las sube a Facebook. Vale la pena sumarse.

Martín Commenge.
Distribuidor en Belgrano, Capital Federal, Argentina.

✱ **NoPuedoCreer.com.** Soy fan de Orsai y algo nerd, por eso me maravillé con la cantidad de inventos que se pueden encontrar en esta web. ¿Un accesorio que transforma los dedos en vibradores? ¿Un bolígrafo que vibra si se cometen errores de ortografía? ¿Una bikini hecha con papel de burbujas? ¿Una mesa que camina? En esta página los esperan esos y muchos otros inventos. Se recomienda no verla con la tarjeta de crédito a mano: muchos están a la venta.

Ricardo Ferrari
Distribuidor en Caballito, Capital Federal, Argentina.

MÚSICA

✱ **MamaBora.** Es una banda de reciente formación con una amplia propuesta: temas propios que revitalizan el disco, el funk, el reggae, el jazz y hasta la cumbia. Están grabando su primer disco, pero mientras tanto podés escucharlos en MySpace o en Facebook y también se los puede ver en vivo en locales de Buenos Aires o de la Costa Atlántica.

Andrés Monferrand.
Distribuidor en Mercedes, Buenos Aires, Argentina.

✱ **Acorazado Potemkin.** Es un trío integrado por músicos de larga trayectoria en el under (Valle de Muñecas, Pequeña orquesta reincidentes, Los Visitantes, Don Cornelio). Como dice en su biografía, cuecen estribillos, yeites, palabras, lenguaje: una musicalidad extraña. Tienen un solo disco en la calle, *Mugre*, que se puede descargar desde su página. Una buena banda para agarrarla de entrada.

Cristian Putrino.
Distribuidor en Martín Coronado, B. A., Argentina.

REVISTAS

✱ **FronteraD.** Es una revista digital centrada en el periodismo narrativo, la crónica y el ensayo que intenta dar una versión distinta y crítica de cada uno de los temas tratados. Sus reportajes denuncian en muchas ocasiones situaciones que pasan desapercibidas o directamente son obviadas. El equipo de FronteraD está formado por: Alfonso Armada, Emilio López-Galiacho, Israel Súarez, Anxo Pastor, Eduardo Momeñe, Carlos García Santa Cecilia, Borja Robert, Luis Calderón, Inés Rivera, Fátima Margú, Jaime G. Mora, Federico Volpini, Abelardo Gil-Fournier, Eduardo Jordá, Eduardo del Campo, Laura Ferrero y los ilustradores Raúl y Dotot. Merece la pena conocerla.

Ignacio Dufour García.
Distribuidor en Madrid, España.

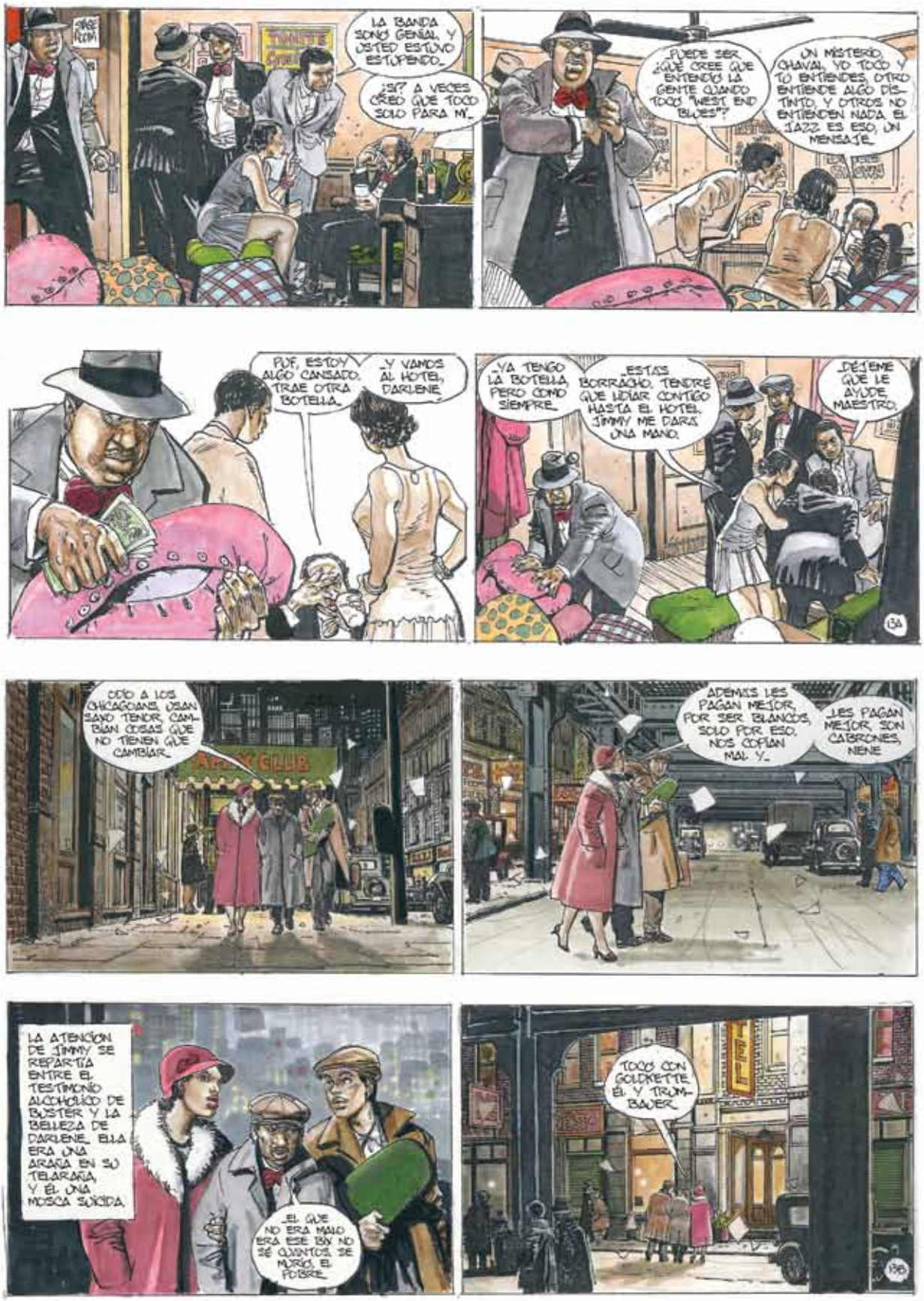
EN 1934 EE.UU. VIVÍA EN PLENA DEPRESIÓN. HABÍA TERMINADO LA LEY SECA Y LOS MORAN, COLOSIMO, TORRIO, CAPONE Y OTROS GRANDES NOMBRES DE LA CULTURA DEL PAÍS ESTABAN MUERTOS, RETIRADOS O PRESOS.
ESO NO QUERÍA DECIR QUE CHICAGO HUBIERA CAMBIADO TANTO, SOLO DISIMULABA. LA GENTE ACOSTUMBRADA A QUE LA SACASEN CON LOS PIES POR DELANTE, AHORA SALTABA POR LA VENTANA. EN TODO LO DEMÁS, SEGUÍA IGUAL.
...Y ALLÍ HABÍA LLEGADO JIMMY CHANCE, CON ILUSIONES Y HAMBRE. SOBRE TODO HAMBRE
¡MI SANDWICH! ESTABA AQUÍ
¿EH?
¿QUÉ HAS HECHO? ¡LO HAS PERDIDO, NIÑO ESTÚPIDO!
NO, YO...
¡EH! NO LO RIÑA ASÍ, HARÁ QUE EL NIÑO ACABE ODIÁNDOLA!
¿Y USTED QUÉ SE METE?
NO ME GUSTAN LAS INJUSTICIAS ¿VALE?
LOS MÚSICOS DE JAZZ QUE SE TUVIERON QUE IR DE NEW ORLEANS HACÍA UNA DÉCADA, SEGUÍAN MERODEANDO EN LA CIUDAD PORQUE LO QUE TOCABAN, GUSTABA. ERAN NEGROS, ERRANTES Y CON HAMBRE COMO ÉL, ASÍ QUE EL DESTINO LOS JUNTABA SIN QUE ELLOS LO BUSCASEN
TONITE
Buster GREEN
COTTON PICKERS
APEX CLUB

EL JAZZ QUE HACÍAN SUS HERMANOS DE RAZA TENÍA MUCHO ÉXITO, CHIFLABA A LA GENTE ERA UNA MÚSICA LIBRE, CONTAGIOSA Y SINCERA, POR ESO DONDE TOCABAN NO DEJABAN ENTRAR A LOS NEGROS.
APEX CLUB
JAZZ
ALLÍ DEBE ESTAR LA ENTRADA DE SERVICIO.
¿QUÉ BUSCAS?
SOY EL NUEVO PEÓN DE COCINA.
NO DAMOS DE COMER AQUÍ, IDIOTA!
ME HABRÁN HECHO UNA BROMA.
SEGURO. AHORA VETE DE AQUÍ O TE HARÉ UNA YO, IMBÉCIL!
¿HAS DICHO?
¡EH! ¡USTED ES BUSTER GREEN!
HE VENIDO DESDE KANSAS PARA VERLE. SOY BATERISTA, MIRE.
¿AH, SÍ?

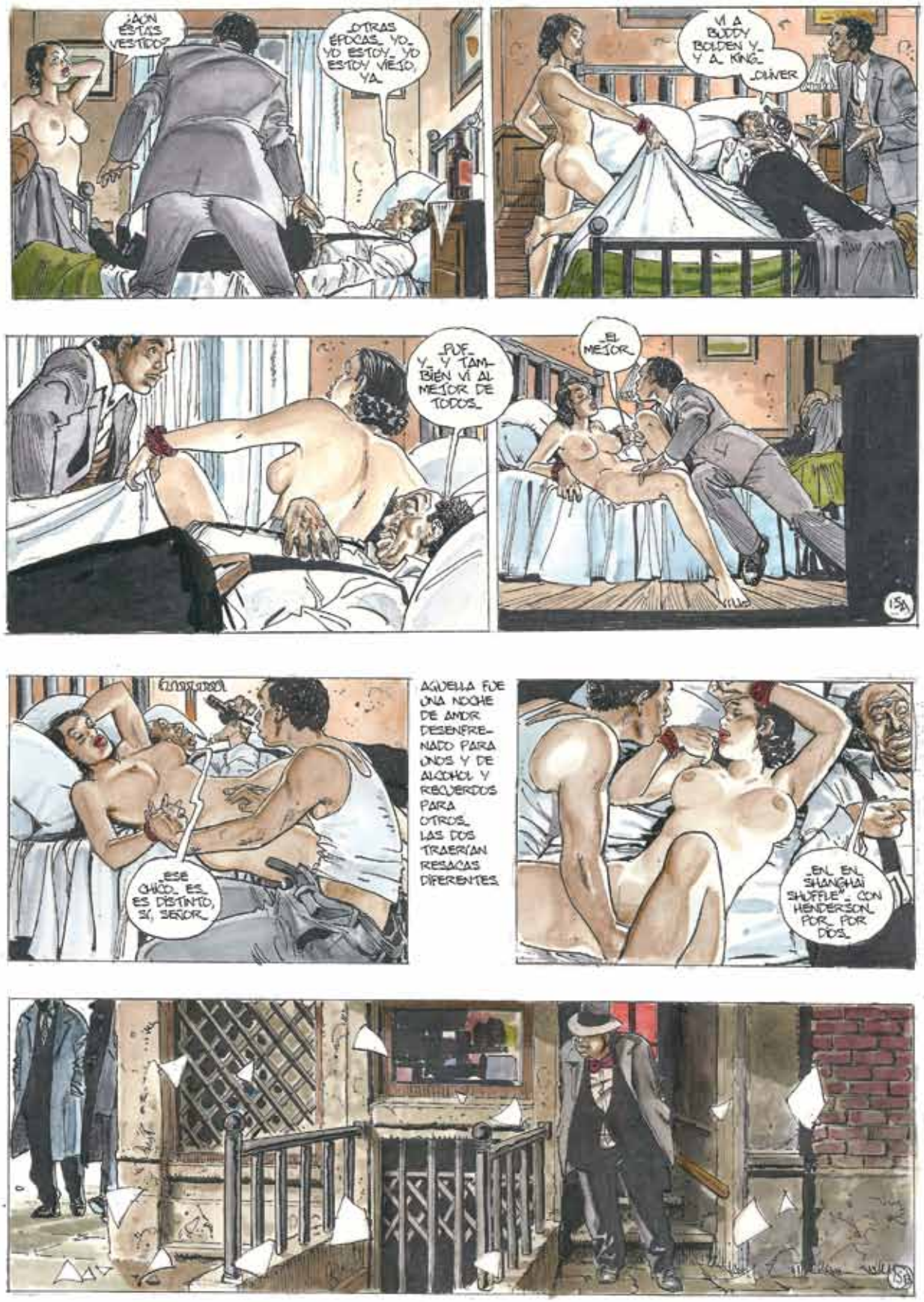
CON LA ENERGÍA Y LA TESTOSTERONA DE JIMMY CHANCE, Y LAS HORMONAS DE LA MUJER DE BUSTER GREEN, SE PODRÍA HABER ECHADO A ANDAR UNA OSINA, ASÍ QUE, PARA AMIGOS, EL TRÁMITE DE LA SEDUCCIÓN NO FUE NECESARIO.

LA BANDA COMENZÓ A TOCAR, ESTO ES, COMENZÓ A LIBERAR IDEAS, EMOCIONES, DESEOS Y ENERGÍA Y AUNQUE NO TODOS LOS QUE ESCUCHABAN ENTENDÍAN DE JAZZ, EL ALCOHOL LOS AYUDABA A PASÁRSELO BIEN, PORQUE ERA COMO HACER EL AMOR.

ESA NOCHE LA BANDA SONÓ VITAL Y CONTUNDENTE Y CASI TAPÓ EL TINTINEAR DE LAS COPAS, Y LAS CHARLAS DEL AUDITORIO.
...Y CUANDO TERMINÓ, TODOS APLAUDIERON COMPLACIDOS, PORQUE LO HABÍAN PASADO BIEN, MOVIENDO LOS PIES AL RITMO DE BUSTER GREEN Y SUS COTTON PICKERS. PODRÍAN LUEGO CONTAR QUE HABÍAN ESCUCHADO Y GUSTADO DE LA CASI RECIÉN LLEGADA NUEVA MÚSICA".
¿LLEVAS UNA BOTELLA EN LOS BOLSILLOS DEL PANTALÓN?
¿LO HAS NOTADO? ERA MI ENTUSIASMO, NENA. Y A PROPÓSITO...
...NO TENGO DÓNDE PASAR LA NOCHE.
¿TE DOY IDEAS?
LAS IDEAS LAS TENGO, LO QUE NO TENGO ES DÓNDE PASAR LA NOCHE.
12A
PUES ACOMPÁÑAME A LLEVAR A BUSTER AL HOTEL, ES DIFÍCIL LIDIAR CON ÉL BORRACHO.
CUENTA CONMIGO, PUEDO DARTE UNA MANO Y MÁS.
AH! ESTÁN.
LO SIENTO, NO TRAJE EL DINERO, MAÑANA SIN FALTA.
ESTA NOCHE! O LO TRAES O TU PUTA CABEZA APARECERÁ EN UN RETRETE! ORDEN DE D'ANGELO!
LA MAFIA Y LOS MILITARES TIENEN UN CÓDIGO BINARIO: O MANDAS O OBEDECES. Y SI TE EQUIVOCAS TE PUEDE IR MUY MAL.
12B


LA BANDA SONÓ GENIAL, Y USTED ESTUVO ESTUPENDO.
¿SÍ? A VECES CREO QUE TODO SOLO PARA MÍ.
¿PUEDE SER ¿QUÉ CREE QUE ENTIENDO LA GENTE CUANDO TOCO "WEST END BLUES"?
UN MISTERIO, CHAVAL. YO TOCO Y TÚ ENTIENDES, OTRO ENTIENDE ALGO DISTINTO, Y OTROS NO ENTIENDEN NADA. EL JAZZ ES ESO, UN MENSAJE.
PUF, ESTOY ALGO CANSADO. TRAE OTRA BOTELLA.
Y VAMOS AL HOTEL, DARLENE.
YA TENGO LA BOTELLA PERO COMO SIEMPRE.
ESTÁS BORRACHO. TENDRÉ QUE LIDIAR CONTIGO HASTA EL HOTEL. JIMMY ME DARÁ UNA MANO.
DÉJEME QUE LE AYUDE, MAESTRO.
134
OÍDO A LOS CHICAGOANS, USAN SAXO TENOR, CAMBIAN COSAS QUE NO TIENEN QUE CAMBIAR.
ADEMÁS LES PAGAN MEJOR, POR SER BLANCOS, SOLO POR ESO. NOS COPIAN MAL Y...
...LES PAGAN MEJOR, SON CABRONES, NENE.
LA ATENCIÓN DE JIMMY SE REPARTÍA ENTRE EL TESTIMONIO ALCOHÓLICO DE BUSTER Y LA BELLEZA DE DARLENE. ELLA ERA UNA ARAÑA EN SU TELARAÑA, Y ÉL UNA MOSCA SUICIDA.
...EL QUE NO ERA MALO ERA ESE BIX. NO SÉ CUÁNTOS SE MORÍA, EL POBRE.
TODOS CON GOLDKETTE. ÉL Y TRUMBAUER.
136

¿Y YO QUÉ HAGO? ¿ENTRO O...?
ENTRA, TONTO.
MEJOR ERA FLETCHER HENDERSON.
HABLALE Y DALE COPAS O LA BOTELLA.
¿Y TÚ?
¡PERO EL BIX SE FUE CON WHITEMAN, QUE ERA UNA MIERDA. SÍ, SEÑOR.
EN CAMBIO HENDERSON, HENDERSON Y REDMAN, DIOS MÍO. ESOS DOS HA - HACEN COSAS.
¡VAYA POR DIOS.
¡AHORA ESTÁN EN, EN NEW YORK, EN EL EN EL ROSELAND. CREO. O NO. YA NO.
DARLENE
MIERDA.
MA


¿AÚN ESTÁS VESTIDO?
...OTRAS ÉPOCAS. YO... YO ESTOY... YO ESTOY VIEJO, YA...
VI A BUDDY BOLDEN Y... Y A... KING...
...OLIVER...
...FUE... Y... Y TAMBIÉN VI AL MEJOR DE TODOS...
...EL MEJOR...
ESE CHICO... ES... ES DISTINTO, SÍ, SEÑOR...
AQUELLA FUE UNA NOCHE DE AMOR DESENFRENADO PARA UNOS Y DE ALCOHOL Y RECUERDOS PARA OTROS. LAS DOS TRAERÍAN RESACAS DIFERENTES.
...EN EL "SHANGHAI SHUFFLE"... CON HENDERSON... POR... POR DOS...

LA HISTORIA DE LA GENTE, A VECES, PARECE ESCRITA POR ALGUIEN POCO CREÍBLE, PERO A JIMMY CHANCE LE PASÓ LO QUE SE CUENTA. A LAS POCAS HORAS DE ESTAR EN CHICAGO, HABÍA ESCUCHADO A SU MÚSICO FAVORITO, SE HABÍA FOLLADO A SU MUJER Y AHORA ESTABA ACOSTADO CON LOS DOS.

Also starring

Poly Bernatene
Buenos Aires, 1972

Publicó libros infantiles en Argentina, México, España, Inglaterra, Australia, Dinamarca, Bélgica, Alemania, Francia, China, Taiwan, y Estados Unidos. Ilustró para Orsai dos crónicas de Enrique Symns, y una de Hernán Iglesias Illa. Esta vez lo convocamos para que dé la cara por nosotros en la portada.

Alberto Montt
Quito, 1972

Es ciudadano chileno. Se convierte en humorista gráfico desde internet, con su blog *Dosis Diarias*, donde dibuja una viñeta al día festejada por una enorme comunidad de lectores de todo el mundo. Su sección *Dosis Bimestrales*, de la página veintiuno, estará todo el año.

Gustavo Sala
Mar del Plata, 1973

Es dibujante, guionista, humorista gráfico y un gran provocador. Colabora en *Rolling Stone*, *El Jueves* y *Página/12*, entre otros. También hace radio, canta, escribe y actúa en espectáculos de humor. Estará en Orsai todo el año, con la sección *Sin Afeitar*, desde la página cincuenta y ocho.

Ángel Boligán
La Habana, 1965

Es el mayor humorista gráfico cubano. Premiado innumerables veces en el mundo entero, su trabajo se encuentra expuesto en el Museo del Humor de San Antonio de los Baños. Actualmente colabora en *El Universal*. Estará en Orsai todo el año, con su sección *Per Saltum*. Esta vez en la página dos.

Matías Tolsá
Santa Fe, 1983

Ilustrador y caricaturista. Coordina una escuela de dibujo en Cataluña. Como su padre Ermengol, es miembro fundacional de Orsai e ilustra los cuentos de Orsai desde la N1. En esta edición se encarga del montaje gráfico de la *Historia de las gemelas*, y de los cuentos *La lengua de Chifu* y *Wakefield*.

Rodolfo Fucile
Buenos Aires, 1978

Dibuja, escribe y trabaja como ilustrador. Publicó en diversos diarios y revistas como *Clarín*, *La Nación*, *Caras y Caretas* y también en un sinfín de editoriales. Es autor de los libros *Artistas irrelevantes* y *El Supervisor*. Ilustra la crónica *En el país de Los Siete Locos* desde la página setenta y seis.

Guillermo Decurgez, *Decur*
Rosario, 1981

Ha publicado en *Ñ* de *Clarín*, las revistas *Fierro* y *Un Mundo Mejor*, y en diversos sitios webs. En 2011 publicó su primer libro con Ediciones de la Flor. En 2012 ilustró todas las portadas de Orsai. Esta vez lo convocamos para la apertura de la crónica *El experimento Polgar*, desde la página ocho.

Eduardo Salles
Cd. de México, 1987

Fue, hasta hace poco, Director Creativo de JWT México. Es posiblemente uno de los mejores creativos de habla hispana. Su blog es uno de los más célebres de México. Estará en Orsai durante todo el año con su sección *Cinismo Ilustrado*, esta vez en la página cuarenta y siete.

Miguel Repiso, *Rep*
Buenos Aires, 1961

Es uno de los viñetistas más respetados de Argentina. Publica en *Página/12* desde el primer número. Colabora en *Veintitrés*, *Fierro*, *El País* y *La Vanguardia*. Ha pintado murales en ciudades de todo el mundo. Estará en Orsai todo el año con su sección *Postales*, desde la página setenta y cuatro.

Armengol Tolsá i Badia, *Ermengol*
Córdoba, 1958

Vive en Lérida desde hace décadas, pero empezó en *Hortensia*. Dibujó en *Playboy* España, *Segre*, *Diari de Andorra* y *La Mañana*. Recibió el premio Mingote de ilustración en 1993. Miembro fundacional de Orsai, ilustra las cinco sobremesas de esta edición, y todas las anteriores desde la N1.

Juan Pablo Caro
Buenos Aires, 1965

Es portadista de la histórica revista *Caras y Caretas*. Colabora en *Clarín* y en la revista de actores *Arlequín*. Ilustra libros infantiles y juveniles para las editorales AZ, Aique, SM, Longseller, Pictus, Aethos y Estación Mandioca. Ilustra el cuento infantil *Papelitos* desde la página cuarenta y ocho.

Lorenzo Amengual
Córdoba, 1939

Es arquitecto y fue reconocido durante mucho tiempo como humorista gráfico. Durante cincuenta años ha reflexionado con pasión sobre el dibujo y las obras gráficas en Roma, Nueva York, Milán, Madrid y Berlín. Ilustra la crónica *Black Jack en Atlantic City* desde la página setenta y seis.

Manel Fontdevila
Barcelona, 1965

Es colaborador habitual de la revista *El Jueves*, donde realiza las series *Para ti, que eres joven*, junto a Albert Monteys, y *La parejita S.A*. Colaboró en *Público* y ahora en *El Diario*. Estará en Orsai durante todo el año, con su sección *My is Beatiful* de la página noventa y uno.

Carlos Lomé
México DF, 1981

Diplomado en la Universidad de Lenguas de Beijing en 2004. Es traductor de español, chino, inglés, italiano y francés. Desde 2008 es intérprete de chino-español para el presidente de México en los países asiáticos. Tradujo el cuento *La lengua de Chifu*, de Liao Yiwu, desde la página ciento catorce.

Alejandra Lubliner Gonik, *Lunik*
Stgo. de Chile, 1973

Nacionalizada argentina. Es ilustradora y dibujante de historietas. Actualmente publica sus *Crónicas de la cultura* en la revista *Ñ* y su personaje *Lola* en *Ohlalá*. Su nueva tira en Orsai, *El diario de Malony*, tiene guiones de Carolina Aguirre. Ambas estarán en Orsai desde la página ciento cuarenta.

Gonzalo Garcés
Buenos Aires, 1974

Novelista y crítico literario. Estudió Letras en La Sorbona. Colabora en diversos medios de España y América Latina. En el año 2000 obtuvo el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral. Su última novela se llama *El Miedo*. Será el encargado de las entrevistas durante todo 2013.

Hernán Cañellas
Buenos Aires, 1966

Es ilustrador e infografista. Publicó en *Fierro*, *Noticias* y *Perfil*. Actualmente trabaja para *National Geographic Magazine*. En 2008 fue seleccionado para exponer en la feria del libro infantil de Bologna. Durante 2013 se encargará de componer las infografías desplegables de la página ciento treinta y dos.

Horacio Altuna
Córdoba, 1941

Es el embajador de la historieta argentina en el mundo. Publicó en *Fleetway*, *Thompson*, *Playboy*, *Fierro* y en innumerables revistas de cómic. Después de años, volverá a dibujar una novela gráfica episódica, *Hot*, en las seis ediciones de Orsai 2013, desde la página ciento cuarenta y cuatro.

Pedro Otero
Buenos Aires, 1979

Es fotógrafo editorial y publicitario. Trabaja en la revista *Access DirectTV*. También dirige cine. En 2008 ganó el primer premio del concurso de cortometrajes Georges Méliès. Realiza la producción fotográfica de la entrevista a Capusotto y Saborido, desde la página noventa y dos.

Ricardo Siri, *Liniers*
Buenos Aires, 1973

Comenzó a publicar historietas en fanzines, y después en periódicos y revistas. Es bestseller con su obra *Macanudo*. Sus libros, recopilaciones de sus publicaciones de tiras, son admirados. Estará en Orsai todo el año, con su sección *Carta Abierta* de la página ciento treinta y nueve.

Bernardo Erlich
Tucumán, 1963

Ha publicado en *Sátira/12* y *La Gaceta de Tucumán*. Publica una viñeta diaria en la versión digital del diario *El País* de España. Nos acompaña en Orsai desde 2003 (antes de que esto fuese una revista) y estará durante todo 2013 con su sección *Amén*, esta vez en la página ciento cincuenta y cinco.

Juan Matías Loiseau, *Tute*
Buenos Aires, 1974

Publica desde hace años en *La Nación*, donde realiza la tira diaria *Batu*. También publica en la revista dominical *LNR*. Sus dibujos se reproducen en diarios de todo el mundo. Ya estuvo en Orsai N3 y ahora estará durante todo 2013, con su sección *Planeta Tute* de la página ciento quince.

Carolina Aguirre
Buenos Aires, 1978

Su blog Bestiaria la convirtió en la escritora digital más leída de la Argentina. Publicó tres libros: *Bestiaria*, *El efecto Noemí* y *Ciega a citas*, del que también se hizo una serie de TV. Hará los guiones de *El diario de Malony* (junto a Lunik) durante todo 2013.

Juan Sáenz Valiente
Buenos Aires, 1981

Es historietista, ilustrador y animador. Publicó en Francia *Sarna*, historieta con guion de Trillo. También colaboró en la realización del libro *Arte y técnica de la animación*, junto con su padre, Rodolfo Sáenz Valiente. Dibujará todas las contratapas de Orsai durante 2013.

LO QUE VIENE EN **MARZO Y ABRIL**

Como ya es costumbre, no diremos nada sobre los contenidos de la revista que viene, porque nos gusta el suspenso. O quizá porque no tenemos la menor idea (eso también es suspenso). Sí diremos que la web de Orsai se llenará de novedades entre marzo y abril, así que presten un poquito de atención. Sacaremos a la venta, por fin, el breve stock que nos queda de números atrasados: serán las ediciones del uno al diez, primero juntas, después sueltas (si queda algo). Empezaremos la preventa de una colección gráfica que los hará babear contra la mesada de la cocina. Si les gustan los dibujos de Horacio Altuna, Jorge González, Alberto Montt, Eduardo Salles, Tute Loiseau, Carlos Nine, Javier Zabala, Gusti Rosenffet y otras bestias peludas, estén atentos a #ProyectoEmbudo en Twitter. Como se ve en la foto, seguiremos incorporando títulos digitales en OrsaiPad.com, incluidas las versiones para Kindle de la revista. Y si quieren saber cómo viene la edición número trece de Orsai, podrán ver adelantos suculentos desde el blog de la revista. Como siempre, estrenamos en papel, pero los ensayos son y serán virtuales.

FRASES AL PIE

Este señor que se masajea la sien con el índice de la mano derecha, en una clara actitud de devaneo, es **Carlos Aranda**, nacido en Río Gallegos en 1972. En la foto lo vemos pensando ideas creativas, y así está siempre toda la tarde, incansable como el viento patagónico. Carlos le puso su firma a las frases al pie de esta edición de Orsai. Y aunque predomine en él este gesto adusto de poetas del siglo dieciocho, Aranda es Analista de Sistemas y Técnico en Construcciones. Trabaja en Sistemas del Poder Judicial de Santa Cruz y dibuja planos en CAD en un estudio de arquitectura. Su impronta literaria la canaliza exclusivamente, por ahora, en su cuenta de Twitter: @Cararanda. No dejen de seguirlo, es muy poco probable que los pueda defraudar.

Aviso legal. Queda terminantemente prohibido referirse a esta revista utilizando la medida duodecimal creada por los astrónomos de la Mesopotamia. Aunque hayamos alcanzado la edición número doce de Orsai, no se le permite al lector pedir la revista con frases como «don Cosme, déme una docena de Orsai», ni tampoco «ahora me llevo media docena y después vengo a buscar la otra media». La revista Orsai no se vende, ni se produce, ni se cuenta por docenas porque no somos huevos de gallina ponedora, ni goles de Lionel Messi, ni prole de católicos practicantes. En otro orden: los lectores que hayan adquirido la suscripción anual a Orsai en formato físico (es decir, los que pagaron) pueden votar las nuevas características del papel con que se imprimirá la revista durante el resto del año. Para hacerlo, deben entrar a la dirección *editorialorsai.com/referendum* y escoger entre «papel mate« o «papel ilustración» o «me chupa un huevo». En un futuro cercano los suscriptores también podrán elegir cuál será el próximo corte de cabello del director de la revista, el color del marco de las gafas del jefe de redacción y el sueldo mínimo de los redactores. No nos detendremos hasta que este emprendimiento editorial se convierta en un reality show y se vaya todo al carajo, porque somos expertos en arruinar proyectos prometedores. Se imprimieron siete mil ejemplares de este número doce, correspondientes a los meses de marzo y abril de 2013, en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, en el mes de febrero de 2012. El depósito legal es el L-1382-2010. El ISSN, el 9772014015004-12. La marca «Orsai, Nadie en el Medio» está registrada.

STAFF

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección de arte
María Monjardín

Edición
Karina Salguero-Moya
Josefina Licitra

Entrevistas
Gonzalo Garcés

Novela Gráfica
Horacio Altuna

Arte y diseño
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Hernán Cañellas

Humor gráfico
Alejandra Lunik
Ángel Boligán
Bernardo Erlich
Carolina Aguirre
Eduardo Salles
Gustavo Sala
Liniers
Juan Sáenz Valiente
Manel Fontdevila
Miguel Rep
Tute

Fotografías
Pedro Otero

Corrección
Florencia Iglesias

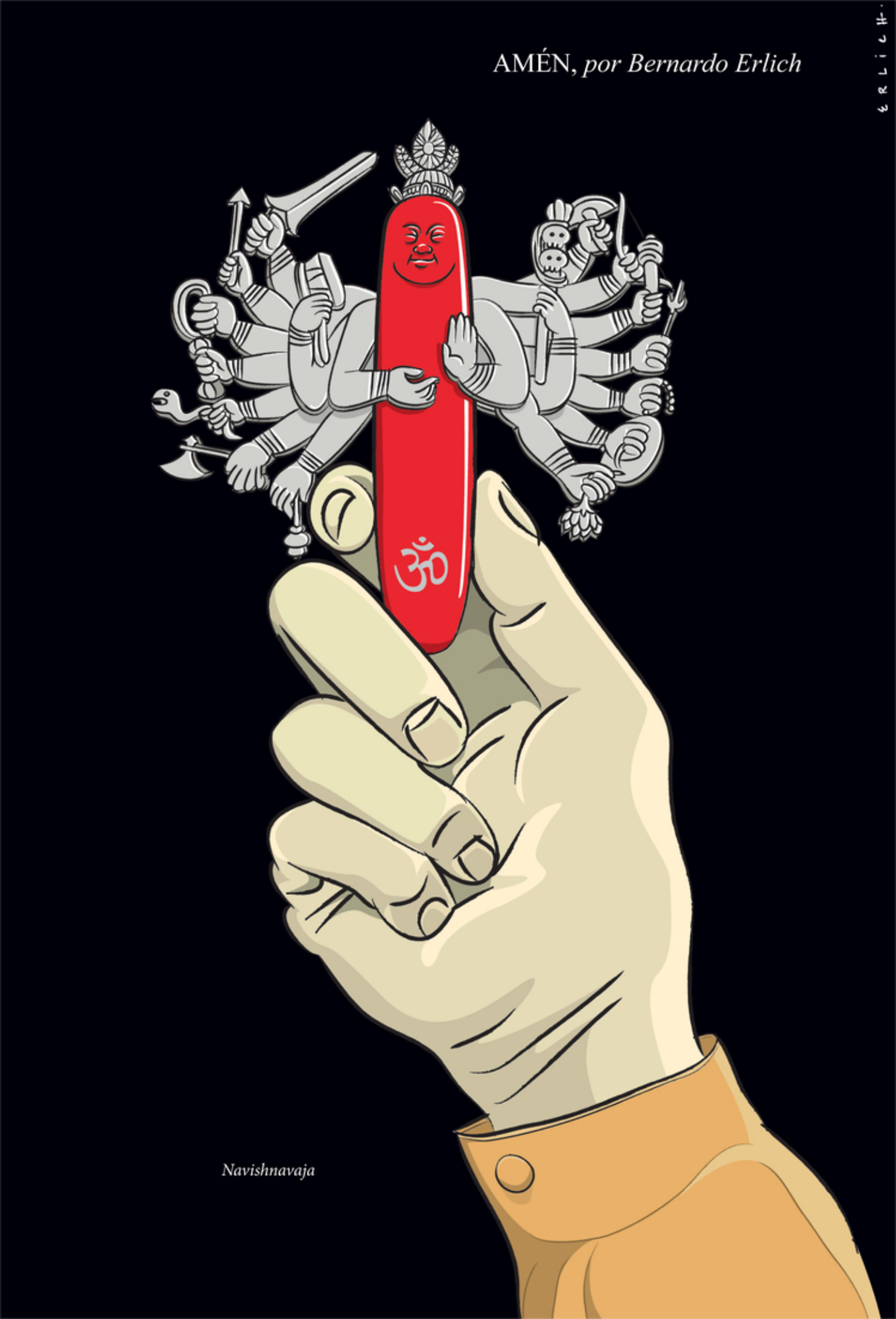
En este número
Carlos Lomé
César Calero
Gabriela Manuli
Guillermo Decurgez
Juan Pablo Caro
Liao Yiwo
Lorenzo Amengual
Marcos Pereyra
Poly Bernatene
Rodolfo Fucile
Rodolfo Palacios

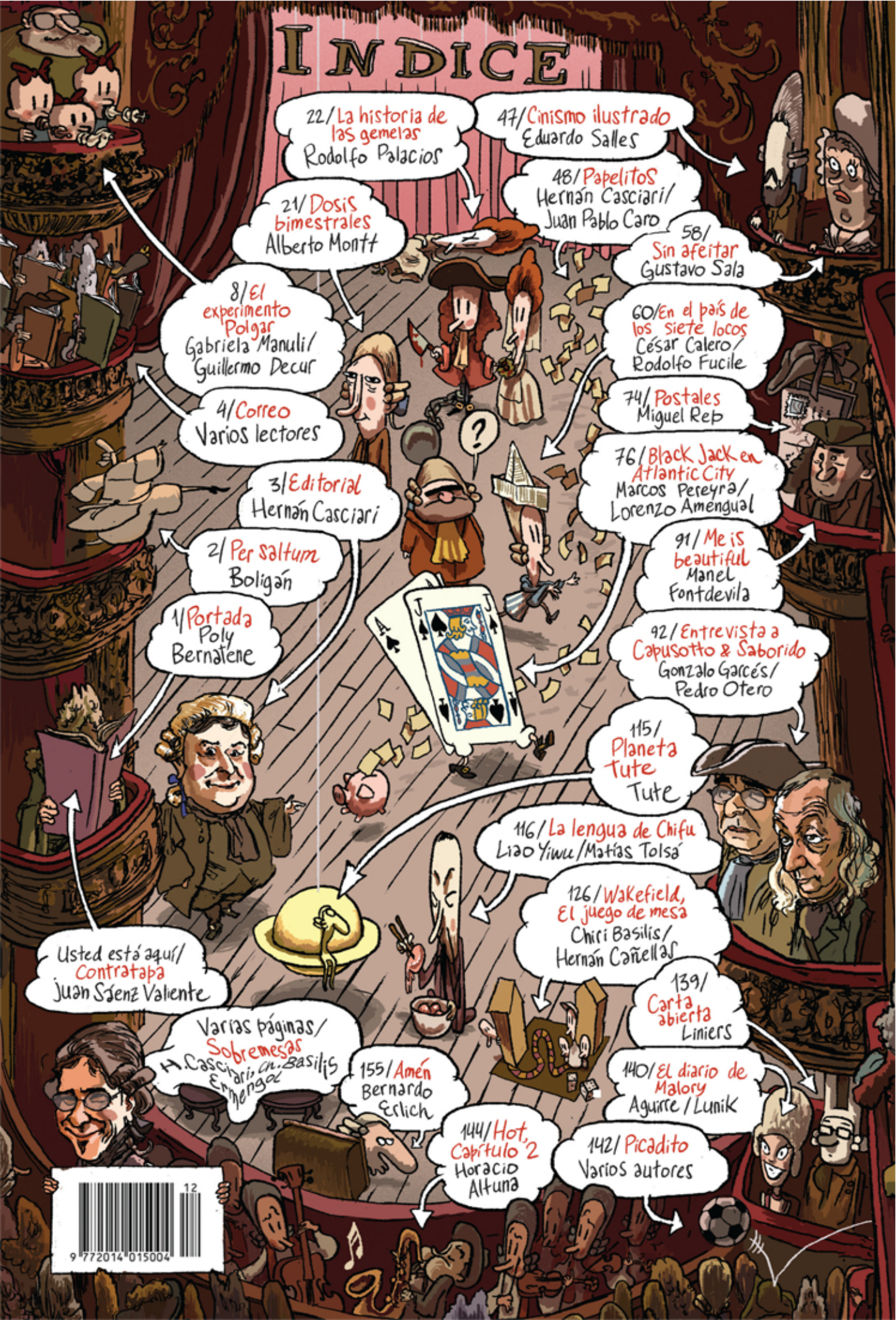
Gestión cultural
Pablo Perantuono

Desarrollo web
Guillermo Harosteguy

Administración
Cristina Badia
Silvia Peralta

AMÉN, *por Bernardo Erlich*




INDICE
22/ La historia de las gemelas
Rodolfo Palacios
47/ Cinismo ilustrado
Eduardo Salles
48/ Papelitos
Hernán Casciari/
Juan Pablo Caro
21/ Dosis bimestrales
Alberto Montt
58/ Sin afeitar
Gustavo Sala
8/ El experimento Polgar
Gabriela Manuli/
Guillermo Decur
60/ En el país de los siete locos
César Calero/
Rodolfo Fucile
4/ Correo
Varios lectores
74/ Postales
Miguel Rep
3/ Editorial
Hernán Casciari
76/ Black Jack en Atlantic City
Marcos Pereyra/
Lorenzo Amengual
2/ Per saltum
Boligán
91/ Me is beautiful
Manel Fontdevila
1/ Portada
Poly Bernatene
92/ Entrevista a Capusotto & Saborido
Gonzalo Garcés/
Pedro Otero
115/ Planeta Tute
Tute
116/ La lengua de Chifu
Liao Yiwu/Matías Tolsá
126/ Wakefield, El juego de mesa
Chiri Basilis/
Hernán Cañellas
Usted está aquí/
Contratapa
Juan Sáenz Valiente
139/ Carta abierta
Liniers
Varias páginas/
Sobremesas
H. Casciari, Ch. Basilis
Ermengol
155/ Amén
Bernardo Erlich
140/ El diario de Malory
Aguirre/Lunik
144/ Hot, Capítulo 2
Horacio Altuna
142/ Picadito
Varios autores
9 772014 015004 12